IGNACIO PEIRÓ MARTÍN (ed.)

Joaquín Costa

el fabricante de ideas

MEMORIA DE UN CENTENARIO

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3261

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Joaquín Costa

El fabricante de ideas

MEMORIA DE UN CENTENARIO

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN (ed.)

Joaquín Costa

El fabricante de ideas

MEMORIA DE UN CENTENARIO

Gabriel Jackson
José-Carlos Mainer Baqué
Juan Carlos Ara
Eloy Fernández Clemente
Guillermo Fatás Cabeza
Cristóbal Gómez Benito
José María Serrano Sanz
Carlos Forcadell Álvarez
Santos Juliá

Institución «Fernando el Católico»
Excma. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2012

Primera edición, 2012

Publicación número 3164
de la Institución «Fernando el Católico»,
Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza,
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879
fax [34] 976 288 869
ifc@dpz.es
http://ifc.dpz.es

Diseño gráfico
Víctor Lahuerta

Impresión
Litocián, SL

ISBN 978-84-9911-187-2

D.L. Z-1470/2012

© del texto, sus autores. 2012
© del diseño gráfico, Víctor Lahuerta. Zaragoza, 2012
© de la presente edición, Institución «Fernando el Católico». Zaragoza, 2012

Impreso en España – Unión Europea
Printed in Spain – European Union

Presentación

Durante la primera mitad del siglo XIX, el homenaje a los grandes hombres se había convertido en un verdadero rito europeo. Esculturas públicas, aniversarios, centenarios y conmemoraciones, en general, se dedicaron a los «héroes culturales» erigidos en símbolos de la historia que, «cual Jano, miraba a la vez hacia el pasado y hacia el futuro». A diferencia de los héroes políticos, los representantes de la República literaria, artística o científica se elevaron a los altares de la patria sobre la doble dimensión de un discurso cargado de contenidos nacionales; pero, al mismo tiempo, repleto de significados universalistas que hundían sus raíces en la experiencia estética de las Luces y trascendía los reflejos nacionalistas[1].

En su moderna condición de modelos de imitación, el nuevo canon heroico se integró en las novelas de formación de los «profetas del saber y sacerdotes de la ciencia» cuyas trayectorias vitales surcaron la época más positiva del largo final de siglo que alcanzó las primeras décadas del XX. Entusiasta admirador de Benjamin Franklin, Joaquín Costa perteneció a esa generación orgullosa y soberbia de personajes convencidos de *ser* y *querer ser* alguien en la vida. Una pléyade de luchadores que, además de creer en la idea de progreso, hicieron causa de sus angustias el anhelo de alcanzar la universalidad y la fama imperecedera de la posteridad. Al cabo, como buenos hombres del diecinueve, habían tomado conciencia del sentido histórico de la vida individual y asumido el valor moral e intelectual de la transcendencia.

1 Esteban BUCH: *La novena de Beethoven*, Barcelona, El Acantilado, 2001, p. 206.

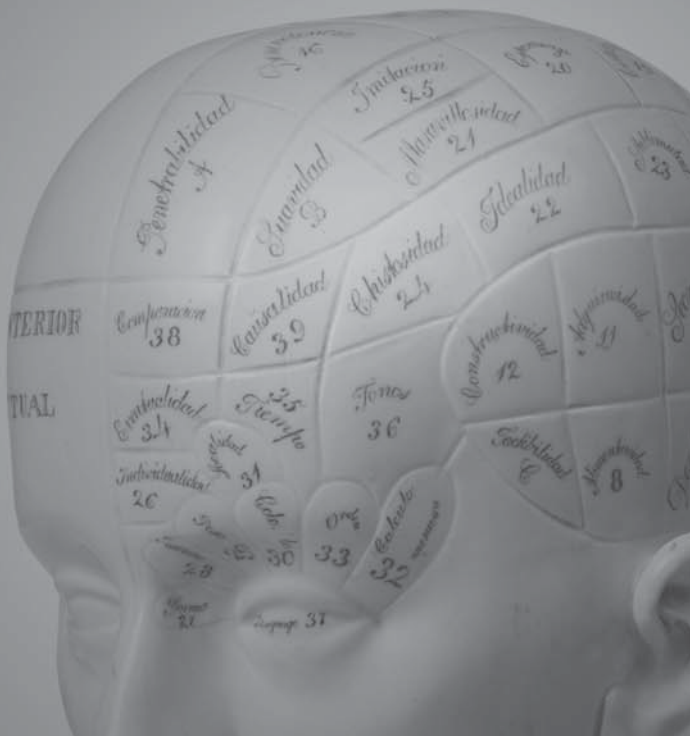
Y, en efecto, Costa lo consiguió. En vida, lo logró a través de una personalidad forjada en el espacio de los sabios que alcanzó la popularidad al saltar al terreno pantanoso de la política. Y tras el *réquiem español* que sucedió a su fallecimiento adquirió la gloria póstuma de los «héroes» contemporáneos. Por los caminos de la historia, la memoria costiana se construyó sobre los vaivenes del elogio, el recuerdo de los aniversarios y la mitificación heroica, las investigaciones de los historiadores y las admiraciones entusiastas (sin olvidar, por supuesto, los embates del conjunto de fenómenos asociados al vituperio, la censura y el silencio). Azares y cosas impredecibles de la fama que se han hecho presentes en la actualidad de su Centenario en 2011.

En este orden, el presente libro forma parte del programa de actos de la conmemoración y es fruto del catálogo de la exposición *Joaquín Costa: el fabricante de ideas*, celebrada en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza (del 22 de marzo al 16 de julio de 2011) y en las Salas Recoletos de la Biblioteca Nacional de España de Madrid (del 14 de septiembre al 6 de noviembre de 2011). Planeado con el propósito de superar el presente efímero del homenaje y pervivir como una aportación rigurosa al conocimiento histórico de Costa, el volumen se compone de tres partes y un epílogo. Bajo el título de *Miradas contemporáneas* se agrupan las colaboraciones de siete historiadores que analizan las diferentes facetas intelectuales y dimensiones políticas de su personalidad. El segundo apartado, reúne los textos de los paneles que explicaban los diferentes espacios de la muestra. Por su parte, el capítulo denominado *Razones de los otros* es una heterogénea selección de treinta y nueve textos representativos del caleidoscopio de imágenes, miradas convergentes y mutaciones interpretativas, desde 1899 hasta 2009. Finalmente, el libro concluye con un balance de las publicaciones más relevantes aparecidas con ocasión del Centenario.

Deseo agradecer la ayuda y dedicación de todas las personas e instituciones que han hecho posible este libro. En primer lugar, a Carlos Forcadell Álvarez, por su aliento e impulso para que viera la luz en la Institución «Fernando el Católico» que dirige y financia esta edición. Mi reconocimiento también a los profesores Jackson, Mainer, Ara, Fernández Clemente, Fatás, Gómez Benito, Serrano Sanz y Juliá que con gran amabilidad aceptaron colaborar y aportar sus conocimientos sobre Joaquín Costa. Por su comprensión, he contraído una deuda de amistad con Javier Almalé. Y, por último, agradezco a la Dirección de Cultura del Gobierno de Aragón, a la Sociedad Acción Cultural española (AC/E) y la Universidad de Zaragoza su patrocinio de la Exposición y facilidades para la publicación del libro.

Ignacio Peiró Martín
Zaragoza, 13 de enero de 2012

Miradas contemporáneas



Homenaje a Joaquín Costa

Gabriel Jackson[1]

A la hora misma de iniciar mi composición para esta conferencia, me di cuenta del hecho de que no había decidido con qué palabra descriptiva nombrar al sujeto de esta charla. Muchos historiadores le han tildado de «arbitrista», y entiendo esa caracterización si pienso en la cantidad y la pasión de sus juicios verbales y escritos. Pero la palabra «arbitrista» implica o bien una pizca de mala leche, o bien ignorancia en vez de sabiduría, o pasión en vez de ponderación. Acepto el hecho evidente de que a veces Costa exagera, a veces habla con más pasión personal que hechos comprobados. Pero, pensando en toda su carrera doy mucha más importancia a los rasgos personales de su carácter como son reflejados en toda su producción inmensa de libros y ensayos. Si quisiera preparar listas de escritores particularmente distinguidos por sus calidades de análisis y juicio, por la meticulosidad de sus bibliografías, por sus sensibilidades éticas, por sus preocupaciones de las necesidades de la gente de la calle, en todas estas listas aparecería el nombre de Joaquín Costa.

Otra característica de todas sus obras es un tono bíblico, muy emocional, con determinación de convencer, y de insistir en la ética en todos los aspectos de la vida humana. Puedo cansarme en algunos momentos de este tono predicador, pero a fin de cuentas hay siempre propuestas prác-

1 Conferencia inaugural del Centenario de la muerte de Joaquín Costa, impartida en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza el 11 de febrero de 2011.

ticas con motivación ética, y por eso no me parece un arbitrista sino un profeta de las mejores potencialidades de España.

Pues, disponiendo de una sola conferencia voy a concentrar mi esfuerzo en dos asuntos: 1) una discusión de lo que fue, en mi opinión, su contribución más importante a la cultura económica-política de la España moderna: la política hidráulica, y 2) ofrecer unas reflexiones sobre su carácter y su destino personal.

Ahora bien, el programa de Costa para la regeneración rural puede ser resumido bajo dos rótulos principales: primero, la conservación y explotación más eficaces de recursos básicos, tales como el agua y el suelo; y segundo, la mejora de toda clase de asistencia pública en las zonas rurales, incluyendo la construcción de escuelas y carreteras secundarias, la reducción del costo del transporte por ferrocarril, y la fundación de bancos rurales y facilidades de crédito.

Aunque es verdad que la cantidad de lluvia era escasa e irregular en grandes partes de la península, también lo era que se desperdiciaba una gran cantidad del agua disponible. Todos los años, las nieves derretidas de los Pirineos inundaban el Ebro y, en menor extensión durante la primavera, los valles del Duero. Esto, sin mencionar las lluvias y nieves de las vertientes norteñas vascas y asturianas que contribuyen sus aguas a la Bahía de Vizcaya. El Gobierno, dice Costa, debería construir una serie de pantanos, lagos artificiales y canales para recoger y canalizar estas aguas, en vez de permitir que se pierdan en el mar a la vez arrastrando con sí toneladas de tierra valiosa.

Para la mejora de la tierra misma, Costa pidió la repoblación forestal de las laderas montañosas españolas y la introducción de una rotación científica de los cultivos en las zonas cerealistas de la meseta. La repoblación forestal conservaría la tierra y arreglaría las corrientes fluviales precisamente en aquellas zonas donde la erosión y el rápido desagüe causaban los peores daños. La rotación de los cultivos mejoraría tanto la explotación del suelo como la posición económica de los agricultores.

Estudioso de la economía agrícola, Costa sabía que el trigo en España era un cultivo próspero a corto plazo, y que también era deseable, y en este caso hasta practicable, para la alimentación de España. Sabía, además, que el trigo tendía a agotar las tierras, más bien mediocres, de la meseta, y que la sustitución de bosques o de tierras de pastos por campos de cereales aumentaba los problemas, ya serios, de la erosión del campo. Desde el punto de vista de los costos y beneficios por acre, el trigo español bajo las mejores condiciones no podía esperar competir con los cereales de las regiones recientemente cultivadas en América y en Rusia.

Costa se pronunció, por consiguiente, para la limitación estricta del cultivo de cereales en España. Las tierras de trigo debían ser divididas y rotadas en cuatro partes: una para sembrar trigo cada dos años y en años alternos

trébol y algarroba con objeto de reponer la fertilidad del suelo; una segunda parte sería transformada para la viticultura, y las dos cuartas partes restantes para pastos naturales. Bajo este sistema el agricultor ganaría en variedad de cosechas y mejoraría la calidad del suelo. La siembra de cereales en años alternos evitaría el desgaste de la tierra. Las tierras de pasturaje ganarían en fertilidad para una futura siembra de cereales. La venta de vino y lana produciría un capital que podría ser invertido en mejoras de las tierras de cultivo o en diversos aspectos del equipamiento de la granja.

Si dejamos aparte los obstáculos políticos y sociales, no hay ninguna razón para dudar de la viabilidad del programa de Costa. Las obras hidráulicas ejecutadas por la Confederación Hidrográfica del Ebro en la década de 1920, durante el régimen del general Primo de Rivera, los numerosos pantanos y albercas iniciados durante la República por el muy dotado socialista Indalecio Prieto, y la alta productividad de los años 1931-1935 en la producción de cereales son evidencias importantes del valor de lo que el profeta elocuente, D. Joaquín Costa Martínez, había apodado «política hidráulica».

Pero Costa no vivió para ver su política practicada a gran escala, y no ha sido practicada en forma consistente en el siglo transcurrido desde su muerte. En la segunda mitad del diecinueve ocurrió un crecimiento considerable del sistema capitalista en España, no al nivel eficaz de Europa del Norte y del mundo anglosajón, pero bastante para establecer los conceptos de empresa, de acumulación de capital, y de rentabilidad como medida suprema en decisiones económicas. Alrededor de 1890, cuando Costa había agitado a muchas mentalidades con su campaña para obras hidráulicas, y el gobierno tenía que explicar su inacción, el primer ministro Cánovas del Castillo expuso crudamente que no estaban construyendo pantanos y canales porque no daban dinero.

En el siglo diecinueve, los pastos comunales y los bosques y las propiedades de la Iglesia confiscados por los gobiernos anticlericales también fueron vendidos como propiedad privada y explotados para la obtención de rentas. Las laderas de los montes fueron taladas con objeto de conseguir beneficios por la venta de su madera, y los pastos comunales fueron sembrados de trigo con objeto de obtener ingresos en efectivo; mientras que los campesinos perdían sus antiguos privilegios de espigueo. Dado el riguroso clima y el bajo nivel de vida generalmente dominantes en la península, era un asunto serio privar a los campesinos de leña, carbón de hulla, forraje y caza menor, los cuales habían obtenido anteriormente como usufructo de las tierras comunales.

El hecho de no conseguir los apoyos políticos y económicos para un desarrollo de **la** política hidráulica a escala peninsular, produjo muchas épocas de desesperación en los últimos quince años de vida de D. Joaquín. En varias páginas de *Oligarquía y Caciquismo como la forma actual de Gobierno de España*, editado en 1900; y aún más en *Tutela de Pueblos en la Historia*, su

desesperación le lleva a hablar de la necesidad de un «cirujano de hierro» para controlar los excesos de los ricos capitalistas, y en *Tutela*, ofrece una imagen bastante exagerada de las cualidades y acciones de la Reina Isabel supuestamente solucionando los problemas de España en el siglo XV.

Al mismo tiempo que no puedo recomendar sus versiones del régimen de Isabel y Fernando, ni su concepto de las virtudes de un cirujano de hierro, quiero insistir en dos cosas: uno, que D. Joaquín Costa no vivió para ver los verdaderos cirujanos de hierro del siglo XX, los peores de quienes en Europa han sido en mi opinión Joseph Stalin, Adolf Hitler, y el Caudillo por la Gracia de Dios; y dos, no hay razón para infravalorar la política hidráulica a causa de la dominación de un capitalismo feroz en años recientes, o a causa del temperamento emocional del profeta y profesor Costa.

Su creencia en los hombres antes que en las instituciones, su tendencia anticapitalista, la concentración de su plan económico en los problemas de la agricultura antes que en los de la industria, el deseo idealista de introducir las ventajas de la ciencia moderna sin destruir los modos de la vida tradicional, son elementos que reflejan las condiciones españolas, y en alguna medida las condiciones sociales de América Latina y de varias sociedades asiáticas y africanas.

Tanto sobre los regímenes de Primo de Rivera (1923-1930) como de Manuel Azaña en los años 1931-1933 como Primer Ministro de la República, puede decirse que intentaron la realización de una política hidráulica; y del gobierno de la coalición republicano-socialista en los años 1931-1933, el programa de escuelas de Costa, y la conciencia por parte de un gobierno de las actitudes y necesidades de las clases no pudientes. Creo, personalmente, que el gobierno de Lázaro Cárdenas en México (1934-1940) representó lo que Costa esperaba ver en España: un régimen revolucionario que actuara en interés de las masas campesinas, acentuando la reforma agraria, la educación popular, la atención médica elemental, un régimen de tendencia democrática que no se contuviera por las sutilezas del procedimiento parlamentario, pero tampoco fue de «cirujano de hierro». También, personalmente, con mis casi noventa años de experiencia y estudios, creo que un futuro humano, decente y civilizado, exigirá mucha política hidráulica, mucha enseñanza en el espíritu de Costa, y mucha consideración comprensiva de las costumbres históricas de numerosas sociedades que no conforman al modelo capitalista occidental

Ahora quiero hablar de Joaquín Costa como ser humano. Y antes de exponer mis propias impresiones de la persona, quiero expresar mi inmensa admiración para la biografía de Costa que fue la obra de su vida, literalmente, del profesor inglés George J.G. Cheyne. Cheyne pasó años buscando, descubriendo, leyendo, y poniendo en orden la amplia documentación existente. Costa había sido famoso durante su propia vida, sus libros, artículos, y conferencias habían inspirado debates apasionados, pero nadie antes de Cheyne había tenido el tiempo, y poseído los

conocimientos técnicos para arreglar la bibliografía e interpretar los escritos. Además, disfrutó de la colaboración de su mujer, una médica española, y también de la ayuda de varios miembros de las familias Costa y Martínez. Escribió sobre D. Joaquín con verdadero amor; pero al mismo tiempo notando los errores y debilidades del gran polígrafo[2].

Voy a darles mis impresiones de algunos aspectos particulares en la vida de nuestro gran autor de la política hidráulica y de la «doble llave en la tumba de El Cid Campeador».

En el año 1867, cuando tenía veintiún años, Costa fue uno de los doce jóvenes albañiles enviados a París para mantener los edificios y las exhibiciones de España en la Exposición Mundial. Trabajó como albañil, como jardinero, como guardián dentro de los edificios. Mantuvo su diario, aprendió bien la lengua francesa, desarrolló un enorme respeto por la calidad de **la** tecnología francesa. Envió dibujos de bicicletas francesas y describió las facilidades eléctricas construidas en los Pirineos, muy cerca, de hecho, de su amada provincia de Aragón.

Adquirió las esperanzas económico-científicas que han inspirado toda su vida adulta, y no dormía más que cuatro a seis horas, en parte debido a su sed de lecturas, en parte por problemas crónicos del estómago y dolores de cabeza. Le faltaba la compañía de mujeres, a quienes se sentía muy atraído. Y lo peor de todo, avanzaba la atrofia muscular de su brazo derecho, que afortunadamente no había paralizado su mano para escribir, pero sí hizo imposible muchas tareas físicas normales para un hombre.

También, a pesar de sus éxitos de trabajo y de autoeducación, no le gustaba su posición social. En la página 49 de su biografía escribe las siguientes palabras el profesor Cheyne: «Aunque Costa ganó su estancia en París demostrando ser un buen albañil, ni una sola vez se refiere a este oficio en su Diario». En Joaquín Costa, a pesar de sus muchas habilidades y de sus simpatías políticas, tenéis vosotros un intelectual de primera categoría que había sufrido físicamente y psicológicamente en una forma u otra durante toda su vida.

El elemento más feliz de su vida profesional fue sus años como profesor en la Institución Libre de Enseñanza, en Madrid. Durante los años revolucionarios (1868-1873), parecía bien posible que España llegase a ser una monarquía parlamentaria-democrática, o tal vez una República. Esos fueron los años de estudios universitarios en Madrid por parte de Costa y del desarrollo de la Institución Libre. Por el hecho de no ser católico practicante, y por otros rasgos no convencionales, le faltaba a Costa la oportunidad de hacerse catedrático universitario. Pero los fundadores de la escuela secundaria liberal, y krausista, hallaron en Joaquín Costa uno de sus profesores más creativos.

2 George J.G. CHEYNE: *Joaquín Costa. El gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972.

Costa generó el entusiasmo de los estudiantes por suplementar las lecturas de biología con expediciones a granjas, jardines, y bosques: para que los hijos de burgueses urbanos conocieran la naturaleza misma. También fue editor durante varios años del *Boletín* de la Escuela, que ha sido una fuente muy respetada para ideas progresistas en todas las ciencias y humanidades.

El krausismo tuvo un papel muy positivo en la vida personal e intelectual de Costa. Con el desarrollo del capitalismo han venido discusiones importantes sobre el significado de propiedad privada. ¿Tiene el propietario control personal y exclusivo de las tierras, suelos, y otros recursos materiales que ha comprado? ¿O hay una responsabilidad hacia la sociedad que limita ese control? Claro que los nuevos capitanes de la industria y el comercio insistían en su control completo de sus propiedades. Y en oposición, los movimientos marxistas y anarquistas insistían en que las tierras y las fábricas pudiesen ser utilizadas por individuos y grupos definidos, pero que la propiedad fuese de la sociedad total.

El krausismo ofreció una actitud distinta. No combatió el capitalismo y la propiedad privada como tal. Pero insistía en que con todo título de posesión, venía también una responsabilidad ética en tomar en consideración las necesidades y las tradiciones y costumbres de la población total. Para Costa, como para muchas personas que no pueden aprobar los dogmas religiosos y las reclamaciones de expresar la sola y única verdad, sea religiosa o sea secular, esta insistencia en deberes éticos le daba una forma de pensar en términos de un «capitalismo con una faz humana» y también de mantener un papel para las tradiciones de miles de años antes de la llegada del capitalismo. En el excelente libro de Rafael Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, se puede ver la tendencia de Costa a preferir las ideas del genial escritor ruso, León Tolstoy, y la experiencia de cooperativas desarrollándose en Suiza y Escandinavia en la segunda mitad del siglo diecinueve[3]. Personalmente, estoy convencido de que si Costa hubiera vivido hasta los años 20 y 30 del siglo veinte, hubiera celebrado el ejemplo de los *Kibbutzim* en la parte sionista de la Palestina del *British Mandate* bajo la Liga de Naciones. Los *Kibbutzim* fueron colonias agrícolas igualmente democráticas, colectivistas y científicas en su régimen. Florecen todavía, pero el conflicto trágico entre judíos y palestinos árabes, y la explotación de esos conflictos en la diplomacia internacional, hace imposible el día de hoy asegurar su futuro.

Finalmente, hay un elemento particular del pensamiento de Costa que me ha sorprendido, y que justifica parcialmente la idea desarrollada por Enrique Tierno Galván en su libro *Costa y el Regeneracionismo*: se trata de una

3 Rafael Pérez de la Dehesa: *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.

definición de Costa como «prefascista»[4]. Es verdad que en la década de 1880, había mucha discusión entre geógrafos sobre la exploración de los océanos y la fundación de colonias inglesas, francesas y alemanas en África, Asia y la islas del Pacífico. Como se puede aprender en el excelente ensayo de José M.ª Sanz García, «Costa, un geógrafo capaz y comprometido. El primer ecologista», Costa disfrutaba de mucho prestigio entre los geógrafos, y hablaba de esas actividades imperialistas con cierta admiración teñida de celos, y predijo la necesidad de extender las exploraciones y el comercio español en el interior de África, y en varios lugares del Medio Oriente y de las islas del Pacífico. Por momentos, es abogado de una alianza española-portuguesa para prevenir la colonización masiva de la costa africana por los ingleses y franceses[5].

La actitud conscientemente nacionalista e inconscientemente racista de Costa en este asunto fue de hecho una actitud típicamente europea de la época. Costa fue un lector entusiasta de ingleses como Edmund Burke, Thomas Macaulay, y John Stuart Mill; y de franceses como Alexis de Tocqueville, François Guizot, y Jules Michelet. Conservadores o liberales en la política doméstica, todos asumían la superioridad de la cultura europea en relación con las sociedades africanas y asiáticas, y todos tenían tendencia a confundir la cultura europea con la cultura de su propio país.

Por contraste, todos los fascismos se han caracterizado por torturas y ejecuciones masivas de personas que no han saludado sus violencias. No fue esa la psicología de Joaquín Costa, pero un inconsciente sentido de superioridad cultural europea, eso sí.

Finalmente, me gustaría compartir con vosotros un dilema intelectual de toda mi vida. Se trata de un aspecto importante de la economía capitalista. Karl Marx, el primer analista profundo del sistema, ha dividido las actividades capitalistas entre producción y distribución. Él mismo ha explicado que los métodos capitalistas financieros habían creado el sistema más exitoso en la historia humana del aspecto de producción. El problema yace en el campo de la distribución: ¿cómo evitar el fenómeno repetitivo de *boom and bust* con los ricos llegando a ser más ricos y los pobres más pobres? Personalmente, creo que para crear y mantener sociedades industriales y democráticas, no hay más que una solución: el estado de bienestar originado en Escandinavia antes de la Segunda Guerra Mundial, y desarrollado en Europa, el mundo anglosajón, y en el «Borde Pacífico» –Japón, Corea del Sur, Hong Kong y Singapur– después de la Segunda Guerra.

Dos cosas no fáciles de conseguir juntas son la libertad de inversión y riesgo y de grandes ganancias que son necesarias a la producción; y un con-

4 Enrique Tierno Galván: *Costa y el regeneracionismo*. Barcelona, Editorial Barna, 1961.

5 José María Sanz García: «Costa, un geógrafo capaz y comprometido. El primer ecologista», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 2 (1985), pp. 55-80.

trol gubernamental de las formas de riesgo tal que no amenacen con la destrucción de toda la economía en crisis como las de ahora y la del año 1939.

El estado de bienestar ha dado desde hace setenta años la evidencia de su capacidad de ofrecer una vida decente para todas las clases sociales en naciones de muy distintas culturas. El hombre cuyo centenario de muerte celebramos estos días fue uno de los pioneros del pensamiento social y económico que será capaz de guiar la humanidad hacia una vida feliz. La política hidráulica ha contribuido mucho al aspecto práctico de los problemas de agricultura y de vida en comunidades pequeñas. Y en Costa tenéis siempre un pensador cuya preocupación no fue el poder o la riqueza personal, sino las condiciones de vida para todos los seres humanos. Otra vez me siento honrado por la oportunidad de renovar mi propio conocimiento de su obra, y por la oportunidad de hablar en su honor, aquí en una España libre y democrática.

De 1868 a 1911, pasando por el 98: para una topografía costiana

José-Carlos Mainer Baqué

En 1900: lo arcaico en el campo intelectual

A la altura de 1900, el panorama de la *intelligentsia* española era un complejo entramado en vías de transformación que presidían honoríficamente dos categorías equivalentes: por un lado, los escritores que habían obtenido un importante crédito después de 1868 y que disfrutaban del favor de un público suficientemente amplio (lo componían dramaturgos de éxito, poetas y oradores, a los que se habían unido dos disciplinas emergentes, los cultivadores de la novela realista y los críticos reputados); por otro, el mundo académico que incluía grandes profesionales del bufete, catedráticos, eruditos y *dilettantes*. Ambos grupos sustentaban relaciones de cordialidad a despecho de sus diferentes inclinaciones políticas y mantenían estrechos contactos con el poder de la Restauración. Después de la integración del liberalismo en el sistema, en 1881, no iba a ser infrecuente el escritor con cargo público –los poetas Campoamor y Núñez de Arce fueron gobernadores civiles; el novelista Galdós, diputado; el crítico y narrador Juan Valera, era diplomático desde hacía tiempo...– e incluso existían las figuras en las que era difícil discernir la significación política de la literaria: los casos de Adelardo López de Ayala, Emilio Castelar y José de Echegaray lo demuestran. Y añadamos que los tribunales de cátedras juntaban en significativa amalgama a profesionales de la Universidad y figurones políticos o eruditos, del mismo modo que las no siempre fáciles elecciones de senador por cada una de las diez universidades del Estado suponían una nueva ocasión de confusión del esquema.

Este orden de *intelectuales* operaba todavía en función de concepciones arcaicas del saber y la representatividad social. Un certero artículo de prensa o un discurso, un libro presuntamente sesudo pero también una novela o un poema para el álbum de una dama linajuda eran acontecimientos que, con el tiempo, avalaban la idoneidad del futuro miembro de las Reales Academias o la recepción de un banquete de homenaje y el prestigio se consolidaba mediante la presencia física en el Ateneo madrileño o en la grata tertulia de un salón aristocrático. Pese a todo, se iba afianzando lentamente el tránsito de lo *erudito* a lo *profesional* universitario: un paso que podría ilustrar bien la figura y la obra de Marcelino Menéndez Pelayo, a despecho de sus contradicciones e insuficiencias. Por supuesto, al mentar las últimas, no me refiero a las ideológicas sino a las puramente técnicas. Y entre estas estaban su escaso interés por el nivel internacional de los estudios que practicaba, la orientación declaradamente reinvidicativa y patriótica de sus proyectos y, sobre todo, su preferencia por lo bibliográfico (y lo bibliofílico) sobre lo metodológico, además de su desinterés por la actividad universitaria como forma de conocimiento y de transmisión de saberes.

La ya citada constitución de la figura del *crítico* (algo que comenzó en los años sesenta y alcanzó fuerza en los ochenta) nos invitaría a considerar como más moderna la figura coetánea de Leopoldo Alas, con quien el escritor santanderino nunca se llevó demasiado bien; cierto es que Clarín alcanzó una visión más moderna de lo universitario y anduvo mucho más atento al movimiento internacional de las ideas, pero también lo es que sus deslumbrantes aportaciones como intérprete de su tiempo convivieron con enfadosas divagaciones humorísticas, pequeñas venganzas personales o el aprecio interesado de figuras insignificantes (y, alguna vez, cierta prevención cicatera ante los valores emergentes). Por eso, los casos de Menéndez Pelayo, Leopoldo Alas y Emilia Pardo Bazán, también novelista y crítica, permiten considerar ahora un plano de actividad intelectual más seria y profesionalizada. Los tres estuvieron muy presentes en una revista como *La España Moderna* (1889-1914) que dibuja ya un panorama muy exigente en el mundo intelectual de los noventa, relacionándose con un mundo de técnicos especializados (ingenieros, investigadores de laboratorio...) y de profesores universitarios normalmente de ideas avanzadas y que, en la mayoría de los casos, estuvieron vinculados a la secuencia krausismo (o idealismo)-Institución Libre de Enseñanza, que a finales de siglo desplegaba importantes iniciativas en materia educativa, destinadas a ser ejecutadas por el Estado. Es evidente que Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Santiago Ramón y Cajal, Eduardo de Hinojosa y incluso los más jóvenes Rafael Altamira y Ramón Menéndez Pidal ofrecían un aspecto de intelectuales más *modernos* que los antecedentes. En todos ellos se dio un significativo rechazo a las formas de sociabilidad dominantes en su tiempo, una mayor curiosidad por lo internacional y una identificación personal con las técnicas de trabajo que no tenía precedentes.

... Y lo moderno

Pero otros grupos emergentes empujaban ya... La divulgación del término *intelectuales* –un plural que es más expresivo que el singular– iba a englobar hacia 1900 a escritores más jóvenes que se habían hecho a sí mismos en la nueva prensa de opinión, caracterizados por su tono más personal y directo: suyo era un género como la *crónica*, síntesis del moderno periodismo en lo que tenía de tono individualista, de ironía sentimental y de desenvoltura crítica. Y pronto lo sería el *ensayo*, palabra todavía reputada de anglicismo pero que un breve libro de Unamuno –*Tres ensayos*– asoció a esa nueva imagen del autor, independiente, joven y polémico. Es la que también ofrecieron aquellas novelas de 1902 que abrieron el género a la modernidad, como en su momento vieron con agudeza dos sensibilidades que oteaban los nuevos horizontes, Joan Maragall y Emilia Pardo Bazán: *La voluntad*, de J. Martínez Ruiz; *Camino de perfección*, de Pío Baroja; la *Sonata de otoño*, de Valle-Inclán, y *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno. Las unía, como sabemos, su distancia respecto a la realidad española: el aborrecimiento casi físico por su mediocridad y su hostilidad hacia lo diferente. Pero también que todas declinaban formas muy imperativas del yo. Afirmar su personalidad es lo que buscaba el histriónico y refinado marqués de Bradomín, inventado por Valle-Inclán, a partir de un carlismo imaginario y un decadentismo a la francesa; lo que desde la lúgubre Yécora añoraba el periodista fracasado Antonio Azorín, de *La voluntad*; lo que lleva a una excursión delirante al alucinado pintor Fernando Ossorio, de Baroja, y lo que obsesiona al atribulado Avito Carrascal, que en la novela de Unamuno buscaba la filosofía perfecta que le diera una pauta de vida.

Y para completar el panorama, el escenario español apuntaba también la consolidación de una suerte de proletariado de la pluma. Muchos de los redactores de la prensa de provincias o de los diarios radicales de Madrid y Barcelona, al igual que todos los autores teatrales que abastecían a las compañías de piezas breves cómicas, formaban parte de esa nueva clase que la opinión y ellos mismos asociaban a otra expresión definitoria, la *bohemia* artística. Ésta era una abigarrada sala de espera de la notoriedad pero también un modo de vida y una empecinada afirmación de valores en los que coincidían con otros nuevos escritores: la arriscada independencia de criterio, la hostilidad a la hipocresía burguesa, la simpatía por los compañeros de sufrimiento, ya fueran los verdaderos proletarios o las prostitutas callejeras. También eran *bohemios* bastantes de los que enviaban refinadas ilustraciones, cuentos emotivos o poemas extraños y decadentes a la prensa y las revistas. Y del mismo modo que la palabra *bohemia* podía entenderse, a la vez, como una descalificación burguesa y un gozoso signo de identidad de sus miembros, también la voz *modernismo* empezó a designar tanto la distancia hostil con que los viejos artistas despreciaban a los jovenzanos atrevidos como la orgullosa autopercepción de un arte emergente.

Viejos y jóvenes

Se hablaba mucho en 1900 de la fatiga de unas promociones envejecidas y ya estériles, si alguna vez habían sido fecundas. En los días de su eclipse, el siglo XIX no gozaba de buena prensa ante un horizonte en el que todos los europeos tenían a la juventud por valor fundamental. Pero aquella querella de viejos y jóvenes subrayaba, en el fondo, una conciencia que los mayores ya habían tenido de sí mismos años atrás: la de haber llegado tarde. El romanticismo había contribuido mucho a esa suerte de masoquismo y, aunque sus días de gloria estaban lejanos en 1860, seguía siendo una referencia sentimental a falta de otra mejor. La Restauración de la monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII vino después de casi un decenio de fervor conspiratorio, de la revolución de 1868 y del carrusel de cambios de régimen político que se sucedieron. Años después, en 1881, un luminoso artículo de Leopoldo Alas, titulado «El libre examen y la literatura presente», analizó con notable lucidez las consecuencias intelectuales y morales del cambio experimentado: aunque insatisfactoria e incompleta, la de 1868 había sido la única de las revoluciones españolas que vino acompañada de una fuerte actividad intelectual que obligó a definirse a los revolucionarios y a los reaccionarios, a explicar su rechazo. Para Clarín, la poesía corrosiva –aunque conservadora– de Ramón de Campoamor, el teatro ideológicamente avanzado de José de Echegaray y, sobre todo, la irrupción de la novela realista como palenque abierto a todos los conflictos sociales fueron los grandes frutos de aquella remoción, mientras en el mundo de las ideas combatían el positivismo, las formas del idealismo (y, a su cabeza, el krausismo) y el pugnaz neocatolicismo.

Pero lo cierto es que, en torno a 1875, las obras más memorables tenían mucho más de recapitulación reflexiva que de bandera rebelde. Los dos poemarios más expresivos de la época fueron un breviario nihilista, teñido de humor (*Algo*, 1874), obra de un joven poeta de Reus, Joaquín María Bartrina, agnóstico y darwinista, que murió con treinta años en 1880, y los *Gritos del combate* (1875), de un destacadísimo participante en la revolución, Gaspar Núñez de Arce, que, sin embargo, optó por presentarse como un hombre lleno de dudas que execraba a Voltaire y a Darwin. También tenían mucho de revisión conciliadora las dos series (de diez novelas cada una) que constituyeron los *Episodios nacionales* (1873-1879) de Benito Pérez Galdós, en nada ajenos al clima de confusión que el país estaba viviendo. En la esperanza de unirlo moralmente, el joven escritor procedió a recontar la historia del liberalismo español, pero también la de sus enemigos, y a convocar al frente de todo el grandioso retablo, el recuerdo de la batalla –*Trafalgar*– que se había perdido pero en la que había nacido el sentimiento moderno de nación, único bálsamo para el futuro. En poco más de un centenar de emotivas páginas, la *Minuta de un testamento* (1876), firmada por W. (Gumersindo de Azcárate), había expuesto uno de los dramas íntimos de los que Galdós se haría cargo: la crisis de fe de un intelectual español que se aleja del catolicismo y se refugia en la moral y

el deísmo krausistas (dos años después, *La familia de León Roch*, de Galdós, explicaría algo muy similar en forma de novela). Aparentemente, los cuatro mil ejemplares que vendió la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), de Marcelino Menéndez Pelayo, pudieron ser recibidos por sus fieles como una befa de los krausistas (que ciertamente no salieron muy bien parados) y como el envés del proyecto conciliador de los *Episodios* de Galdós, que concedía su parte a los reaccionarios en la construcción de la España liberal; pero lo cierto es que, a despecho de la sectaria acometividad juvenil del discurso preliminar de 1877 y del epílogo, fechado en 1882, el autor de los *Heterodoxos* también dio carta de naturaleza española a lo que llamaba «la triste historia del error». Como Clarín había señalado en su artículo de 1881, hasta un fanático como Pedro Antonio de Alarcón o un carlista como José María de Pereda hubieron de defender sus ideas con las armas modernas de la novela...

Para un perfil intelectual de Costa

No resulta fácil, pero sí es una empresa atractiva, emplazar a nuestro Joaquín Costa en el abanico de las ideas, las personalidades y los trabajos que hemos desplegado hasta aquí. En lo que toca a su emplazamiento profesional, a Costa lo definió el estudio y el ejercicio del Derecho, entendido en aquella dimensión que el siglo XIX había hecho posible: la forma privilegiada de interpretación de la vida social, cuando la sociología o la antropología tenían todavía un estatus incipiente. Su consecuente centro de atención fue el Derecho Civil, pieza maestra del debate de una sociedad donde se afianzaba la burguesía de rentas y negocios y que se iba dotando de códigos en los años de la primera actividad costiana: no deja de ser revelador que piezas como la Ley Hipotecaria o el Código de Comercio fueran anteriores a la promulgación del Código Civil que sólo en 1889 logró rematar la intervención de Manuel Alonso Martínez, con la aceptación de los apéndices forales. Pero Costa no sólo estuvo en la batalla de incorporar las legislaciones regionales a la codificación estatal sino que su trayectoria no fue ajena a los problemas generales de filosofía del derecho, ni a la dimensión historicista de su desarrollo, ni a las consecuencias político-culturales de su estudio; en tal sentido, dos breves pero enjundiosos folletos, *La vida del derecho* (1876) y *Teoría del hecho jurídico individual y social* (1880), vinieron a ser por las fechas y por su espíritu dos aportaciones significativas a aquel ciclo de recapitulaciones y propuestas del que hablaba más arriba y que abrió la vida intelectual de la Restauración.

Hasta aquí, el perfil costiano se ajusta bien al sistema consagrado de valores profesionales de su tiempo, aunque también integre dos disonancias llamativas. La primera fue su fracaso en la pretensión de obtener un refrendo universitario. En 1875 perdió el Premio Extraordinario de Doctorado ante Marcelino Menéndez Pelayo y, al poco, renunció a figurar en la terna de candidatos propuestos a la cátedra de *Historia de España* de la

Universidad Central y, un año después, hizo lo propio al quedar en la misma situación a la hora de proveer la cátedra de *Derecho Político y Administrativo* de la Universidad de Granada. En ambos casos pesaba mucho el hecho de que fuera el último de ambas ternas y, por supuesto, la escocedura del desaire madrileño. De añadidura, pudo influirle su significación como hombre vinculado a la Institución Libre de Enseñanza y su lealtad a quienes se habían visto desposeídos de sus cátedras.

En consecuencia, Costa no llegó a figurar entre esa minoría de técnicos intelectuales a la que aludíamos más arriba. Ni sus ambiciones y su vida encajaron del todo en el *ethos* de discreción y exigencia *institucionistas*, ni las formas de su trabajo intelectual –en el campo de la historia social– se ajustaban en los usos modernos. La abundante obra histórica de Costa fue tan amplia como errática y, pese a las pautas de su tiempo, parece mucho más cercana al espíritu romántico que a la edad del positivismo científico. Costa fue un hombre del XIX y un repaso a sus proyectos literarios juveniles puede ser muy ilustrativo al respecto: quien a los veinte años se había empapado de la lectura de los libros de Chateaubriand y de *El Conde de Montecristo*, de Dumas, próvidos almacenes de romanticismo vital, se trajo en su equipaje parisino –tras su visita a la Exposición Universal de 1867– los primeros volúmenes de los «Viajes Extraordinarios», de Jules Verne... No nos ha de extrañar que para entonces sus empeños fueran escribir poemas narrativos sobre *Hernán Cortés* y sobre *El Sinaí o los hebreos*.

La literatura y la historia se le confundían como lo hacían en Michelet y en Thierry, en Carlyle o en Disraeli... y, como sucedía en términos españoles, en la obra de Emilio Castelar, quien lo mismo escribía una *Vida de Lord Byron* (1873) y una novela histórica sobre *Fra Filipo Lippi* (1877) que una popular obra en cuatro volúmenes sobre *La revolución religiosa: Savonarola-Lutero-Calvino-Ignacio de Loyola* (1880-1882) o una *Historia del descubrimiento de América*, oportunamente aparecida en 1892. Pero en 1874 hallamos entre los propósitos de Costa algo que se parece muchísimo al proyecto de los *Episodios Nacionales* de Galdós y que expresa el común deseo de explicar el desarrollo político de la nación para entender las luchas liberales de su siglo: las «Novelas Nacionales» que concibió hubieran sido ocho, desde *Aquileida* y *V.V. Osca* hasta *De 1812 a 1823*. El proyecto no pasó de los esbozos pero de la última novela citada surgió el designio de otro relato, *Justo de Valdediós*, en el que trabajó entre 1873 y 1884. Y el último empeño literario de Costa fue una novela arqueológico-política, ambientada en la Hispania antigua, titulada *Último día del paganismo... y primero de lo mismo*, cuyos primeros fragmentos aparecieron (y no es casual la elección...) en la revista *La España Moderna*, todavía en vida del autor, en 1910.

Para entonces Costa miraba con interés, y alguna melancolía, la nueva trayectoria de la Junta para Ampliación de Estudios y sus cartas a Rafael Altamira reflejan que su pasión por la Historia seguía intacta, a la vez que buena parte de sus ideas coincidían poderosamente con otras que Unamu-

no había divulgado en los años finales de siglo: la de *intrahistoria*, visión poética y populista de la vida colectiva, y la noción de *demótica*, concebida como historia antropológica. En tal sentido, el Costa del siglo XX estuvo marcado por los fuegos –fatuos, a veces– de la utopía patriótico-social: como lo estuvieron los años de senectud de Galdós o incluso de Juan Valera. Pero la sentencia sobre el alcance científico de los trabajos historiográficos de Costa quedó en una benevolente (aunque inequívoca) reseña de Emil Hübner a los *Estudios ibéricos* de Costa, publicada en la *Revista Crítica de Historia y Literatura Española*, en 1895. A la vista de las deficiencias del trabajo, el reseñista alemán concluía: «Para alcanzar la perfección del método crítico, los jóvenes acuden hoy a las cátedras filológicas de Berlín, de París, de Roma. En España, desde muy antiguo, estos estudios se hacen sin salir de la Península [...] y esta limitación nacional perjudica. Por lo pronto, si aun sin eso gozan de tal saber y juicio como el autor de los *Estudios Ibéricos*, el país que produjo una hombre del mérito del P. Enrique Flórez no dejará de representar en el campo de los estudios de la antigüedad un papel digno de sus antepasados».

Entre 1898 y 1905 Costa vivió con la aceleración y el fuego de un insólito meteoro político y alcanzó su mayor cota de popularidad. En algún modo la conserva todavía: su nombre está presente en el callejero de las ciudades españolas como el último y más persistente recuerdo de una guerra –de la 1898– que no dejó monumentos públicos ni casi otra huella literaria que la retórica. Pero, al final, Costa había fracasado en casi todo: el «regeneracionismo» que predicó se había convertido en un *flatus vocis* y su fervor de «europeización» no resultaba atractivo a quienes vivirían experiencias europeas intelectualmente más sustanciosas; había elegido muy mal al protagonista colectivo del presunto cambio (las que llamó «clases productoras») y todo lo mucho que había escrito envejeció en poco tiempo. Retornó al radicalismo de donde procedía y, sin embargo, su proyección más popular y persistente empezó a anclarse –por obra de los *costistas*, empezando por su voluntarioso hermano Tomás– en una retórica equívoca, más cercana al autoritarismo que a la democracia. Este Joaquín Costa final fue el que registraron las necrológicas de Unamuno, Azorín, Maeztu y Ortega, a medias entre la devoción, la piedad y la distancia intelectual.

Costa tuvo muy poco que ver con el fenómeno que todavía algunos se obstinan en llamar «generación del 98» que en 1900 ya volaba sola: su máximo deudor, Unamuno, aunque lo niegue explícitamente, buscaba la más flexible condición de *crítico*, como lo hacía Azorín, pero sin desdeñar, ni uno ni otro, los demás géneros; Baroja o Maeztu, su otro gran deudor, hallaban en la novela y en el artículo, respectivamente, su plaza en la posteridad; Valle-Inclán deseaba aclimatar previamente una imagen –el escritor decadentista–, pero que convirtió pronto una potente y renovadora literatura. Y pisándoles los talones venían los más jóvenes, como Ortega, Pérez de Ayala o Azaña, que pensaban que la sólida preparación había de ser pre-

via a la entrada en el mercado intelectual. Unos y otros, nuevos y menos nuevos, compitieron por el rótulo de «generación del 98» que, de la mano de Azorín, lo ganaron los primeros en 1913, dos años después de la muerte de Costa.

Las reglas de juego suelen estar fijadas de antemano y en esto de las «generaciones» cada grupo recién llegado ajusta sus objetivos a lo que ya figura sobre el tablero. Quizá sea el momento de revisar el orden generacional, que tan hegemónico ha sido en la historia cultural española, y encontrarle un nuevo significado en términos de escenarios profesionales, modalidades de acceso al público potencial y relación dinámica con los grupos antecedentes, tal como se ha venido describiendo; muy cerca, por supuesto, de las ideas de formación del *canon* literario y de la consideración de la literatura como *institución*, pero también del concepto de «campo de producción cultural» y de «mercado de bienes simbólicos», que ha introducido la sociología de Pierre Bourdieu. En tal sentido y sin salir de los nombres más citados, Costa (nacido en 1846) formaría con Francisco Giner de los Ríos (1839), Gumersindo de Azcárate (1840) y Galdós (1843) la primera generación claramente post-romántica, llamada a desarrollar una posición de crítica nacional de tonos radicales, equivalente a la generación portuguesa casi coetánea (la de Teofilo Braga, Antero de Quental o Eça de Queiroz). Los rasgos aparecen más definidos y algo más modernos en la promoción siguiente cuyos nombres españoles serían, entre otros, los de Emilia Pardo Bazán (1851), Leopoldo Alas (1852) y Menéndez Pelayo (1856), porque Unamuno (1864) e incluso Valle-Inclán (1866) serían ya las avanzadillas de una nueva actitud más decididamente literaria (un *campo* cuya *autonomía* se va afirmando) que es dominante en el grupo de Azorín, Baroja y Maeztu, nacidos en los primeros años setenta.

Costa en sus *Memorias*, o la inexorable voluntad de ser alguien

Juan Carlos Ara Torralba

Joaquín Costa acomete la escritura de sus *Memorias... en este valle de lágrimas* en junio de 1864, a los pocos meses de abandonar su familia en Graus para establecerse en Huesca a las órdenes de Hilarión Rubio. Como adelanté en otro lugar[1], este es el momento exacto en el que Costa pierde la identidad construida en los límites del espacio de la familia y de la comunidad para ganarla en el terreno de la privacidad, del trabajo, en primer lugar, y de la civilidad (o ámbito donde los individuos limitan socialmente los abusos sufridos en el escenario del trabajo), después. La determinación de *ser alguien* nace en Costa, claro, en un entorno de *abusos* y *humillaciones* en el trabajo y de sentimiento lacerante de carencia, privación y orfandad. Lo que Costa tal vez todavía no alcanzaba a entender en junio de 1864 es que el primer paso para disipar las dudas acerca de *no ser nadie* lo estaba dando ya, y que aquél era precisamente la propia escritura de los *diarios-Memorias*, la construcción de su *yo* mediante los espejos reflectantes de las cuartillas autobiográficas.

A todo esto conviene no olvidar que Costa había visto truncado un primer movimiento por salir del nido familiar: el de ser alguien en el ejército. La última orden paterna que obedecerá a regañadientes Costa, con

1 Juan Carlos Ara Torralba: «Actualizando a Joaquín Costa. Ante el centenario de su muerte», *Turia*, 97-98 (2011), pp. 457-468.

diecisiete años recién cumplidos, sería precisamente la de abandonar la idea de enrolarse en el ejército para combatir a los insurgentes de Santo Domingo. De posible soldado Costa pasa a solicitante de trabajo en el proyecto de explotación jabonera a cargo de Hilarión Rubio y de allí a mozo-para-todo de la familia y empresas del por entonces arquitecto municipal de Huesca. Tras la efectiva emancipación paterna, pronto hallará en Rubio un segundo *padre* del que, con los años, también se separará. Cuando retoma tímidamente sus estudios (unas lecturas y disciplinas allende las latinidades aprendidas en Graus, y conducentes casi siempre al sacerdocio, ocupación en la que Costa fácilmente hubiera terminado a tenor del numeroso elemento clerical existente en su círculo familiar), aprovechando el tiempo que le dejaban libre las constantes ocupaciones, Costa no tarda en vislumbrar un espacio luminoso en el que despuntar; anota en sus *Memorias* el 2 de octubre de 1864: «En el intervalo de la otra vez que escribí y ahora he compuesto dos programas; uno de un tratado de Agricultura y otro de una tragedia histórica». Se manifiesta tempranamente la costumbre costista del programa, de la planificación de un futuro que redima las carencias del presente y del pasado. A partir de este año de 1864 Costa no dejará de escribir proyectos, notas, apuntes, de ordenarlos y reordenarlos en cuadernillos y carpetas, de dejar constancia de ir siendo alguien en la convicción de que el progreso personal era poco menos que inevitable, fatal.

Por tales razones, y una vez matriculado en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Huesca, Costa comentará, alborozado, en sus *Memorias* el 12 de junio de 1865:

> Mis profecías del 2 de octubre han salido verdaderas; mis presentimientos eran posibles y ahora efectuados; he tenido tres sobresalientes y dos medallas y puede ser que aún gane otras. ¡Si así como predije esto resultara la otra predicción de Agricultura, etc.! Este verano voy a aprender de albañil; ya he trabajado algunas horas entre ratos. ¡Si algún día lo ejerciese prácticamente para ganar la comida! El verano que viene tal vez aprenda el de carpintero. ¡Cuál de los dos será mi definitivo si no paso de aquí!

No olvide el lector, a efectos de la peculiar percepción del tiempo en Costa como progreso providencial, la expresión de *profecías*, puesto que es sustantiva para comprender la solidaria y terne sensación de fracaso que perseguirá a Costa hasta el final de sus días. En las sazones de 1865, sin embargo, lo que a Costa le faltaba era tutela, consejo y modelos para su progresión. Todo lo tentaba, ensayaba oficios y devoraba libros para conseguir emular a las celebridades mostradas en las enciclopedias o en aquellos libros que presentaban la Historia (así, con mayúsculas) como una procesión de siglos en progreso con su inevitable friso de genios. Una construcción ideológica muy decimonónica, desde luego. En esta carrera agónica, pronto encuentra Costa modelos que siente muy afines; escribe en sus *Memorias* el 18 de junio de 1865:

> Hoy he leído el librito *El tío Pedro o el Sabio de la Aldea* en que se narra la vida del gran Franklin. ¡Cuánta semejanza con la mía! Pobre y aficionado a lecturas y composiciones. ¡Ojalá que le asemeje en el método que empleó para conseguir sus costumbres y que un día llegue a...! ¡Franklin! Tu recuerdo me es grato, como también el de mi juventud parecida a la tuya.

Una conversación entre profesor y compañeros del instituto parece corroborar a Costa la intuición de estar en el buen camino del progreso. La anota el 1 de agosto de 1865: «Ayer oí decir a Casas que hablaba con Feliú y Castán que yo podía como una especialidad estudiar cualquier Ciencia o Arte. ¡Siquiera no lo supiera! Sigo albañil». Para su desgracia, en efecto, Costa *sigue albañil*, pero se empeña en fundar, junto a otros colegas del Instituto, el Ateneo Oscense, establecimiento donde impartirá clases; incluso consigue ser profesor sustituto de Dibujo en el Instituto de segunda enseñanza; escribe Costa el 24 de diciembre de 1865: «He sido sustituto de la cátedra de Dibujo unos treinta y seis días en lugar de Abadías. El Director del Instituto me envió un oficio de gracias bastante expresivo».

De los progresos académicos Costa pasa a paladear los primeros dulzores de ver sus escritos impresos en las planas de los periódicos locales. Costa magnificará lo que no pasaban de ser primeros balbuceos de publicista. Entre mayo y junio de 1866 Costa *ya se ve* escritor y periodista; anota el 10 de mayo de 1866:

> Se ha impreso en el *Alto Aragón Una noche en Monte-Aragón* y *Un 25 de noviembre* sobre la batalla de Alcoraz. Anoche corregí las pruebas de un discurso de *Meteorología* que leí en una sesión del Ateneo y que se imprime en la *Revista de Instrucción*. ¿Es que ya no me extasían ni entusiasman tanto mis estudios impresos? ¡Nace ya la seriedad del novicio escritor!

Una oportunidad que no podía ser desdeñada se le presentó al joven Costa a finales de 1866: la de ser pensionado como artesano dentro de la representación española para la próxima Exposición Universal de París. El 26 de noviembre de 1866, ya en Madrid, anota en sus *Memorias*: «He visto varios de los antiguos compañeros y no digo nada sobre ellos. ¡Cuántas escalas de la sociedad ocuparemos entre unos y otros antes de algunos años!...». En esta voluntad de ascenso en *las escalas de la sociedad* también hubo de asomar, empero, alguna inseguridad fatalista, típica en Costa; así, el 28 de diciembre de 1866 comenta lo que sigue: «Yo he de ser artesano o labrador por fuerza y lo último de preferencia. Es imposible que yo estudie. ¿Para qué? Conozco que no sirvo para estudiar... me turbo cuando he de hablar delante de personas cultas, etc., etc., etc.».

Instalado en la Ciudad-Sol, y admirando las grandezas y progresos del siglo en la ciudad emblemática de la centuria, Costa se decanta por la ingeniería agrícola. El 5 de febrero de 1867 escribe con letra apretada (para aprovechar papel) que ser Ingeniero Agrónomo constituía ahora su meta ideal: «Hubiera sido tal vez mi felicidad y mi carrera e indudablemente me hubiera conducido al fin de mis deseos de tantos años, esto es, de dar cima a mi *Tratado de Agricultura General*, pues hubiera podido hacerme In-

geniero Agrónomo. Veremos». Persiste en estas ideas durante su estancia parisina, aunque de vez en vez asaltan a Costa las crisis de identidad, o mejor dicho, las reflexiones acerca del progreso en su designio de ser alguien, en qué se ha avanzado y en qué no; el 28 de marzo de 1867 escribe estas reveladoras anotaciones:

> Pero contestemos la pregunta: ¿Qué es de mí? Difícil es responder. ¿Qué es de mí? ¿Estoy en mejor posición que entonces? Al parecer sí, pero entonces tenía medio año menos de edad y menos aspiraciones... ¿Menos aspiraciones he dicho? Lo he equivocado, tenía más. Entonces pensaba en... no recuerdo; pero ahora sólo pienso en salir de esta Babilonia que ya me va cansando y en ser agricultor, último objeto de mis afanes y deseos. Afortunadamente, Rubio parece, según lo que me ha escrito hace cuatro días, llevar un proyecto con Vehil de comprar o arrendar un terreno que explotaría yo. Esto ya me gusta.

En el verano de 1867, Costa piensa firmemente que su futuro ha de transitar por la explotación agrícola moderna y científica. Cree así conciliar la redención de la agricultura atrasada de su comunidad original, con el futuro de su progreso científico-experimental y la forma de ganarse la vida de consuno con su todavía respetado Hilarión Rubio; todo esto lo confirma la nota del 21 de julio de 1867:

> Ya se va enderezando el negocio. Don Hilarión me escribe que es probable se haga algo con sus parientes de Barbastro dentro de poco tiempo. ¡Cuánto me alegraré de causar la envidia de los estúpidos tíos de Graus! ¡Cuánto me alegraré poder coger al tío don Ignacio y decirle: «¿Qué le parece a usted de mis esparcetales y de mis ovejas y de mi vino y de mi aceite? ¿Eh? ¿Quiere usted hacerlo así? Pues aprenda!»

Observará el lector que en las *Memorias* costistas late en muchas ocasiones un doloroso sustrato de ajuste de cuentas con el pasado de la comunidad familiar. En el propósito tenaz de *ser alguien*, Costa jamás esconderá su deseo de demostrar serlo también *contra* otros, señaladamente los *otros* del círculo de sus parientes grausinos (en la cita anterior, Ignacio Pedrol), de los que Costa siempre pensó que no hacían otra cosa que herir su dignidad y amor propios y recordarle su humilde origen. Por tal razón, Costa se desesperanzaba doblemente cuando veía atisbos de fracaso en su proyecto de ser, cuando la concatenación fatal del progreso hacia el éxito y el reconocimiento se truncaba inexorablemente (siempre dentro de los parámetros providencialistas del pensamiento de Costa, desde luego). En este sentido, escribe apesadumbrado el 16 de septiembre de 1867 lo que sigue:

> ¡Hace tres días se cumplieron veintiún años desde que mis ojos vieron la luz! ¡Veintiún años!... Sí, veintiún años y todavía no he hecho nada para el porvenir. ¡Oh! Sí, nada para el porvenir... ¡Cuán oscuro lo veo!... Pienso en ello y me pongo triste. ¡Veintiún años!, y ni mi nombre es conocido, ni gozo de tranquilidad, ni tengo esperanza de uno ni de otro...

Poco después remata la angustiada argumentación vital:

> El otro día hablaba con don Hilarión y le decía: ¿Qué voy a hacer el año que viene si fracasan, como es posible, nuestros proyectos agrícolas? Ir a Madrid

> a enseñar Francés y a estudiar Química. ¡Yo!, ¿estudiar como un chiquillo a los veintidós años? ¡Jamás! Primeramente me echaría a la política, al periodismo, a la Revolución ¡Qué sé yo!, ¡a cualquier cosa!

Esa *cualquier cosa* se traduciría, en noviembre de 1867, en un futuro dependiente del éxito o fracaso de una *Sociedad Extractora* de aceite constituida en Barbastro. Para entonces, ya parece inminente el inicio de actividades de la sociedad en la que Costa empeñará esfuerzos y afanes durante buena parte del año de 1868: «Ya contestaron los de Barbastro y Huesca dando el *sí* al proyecto de extracción de aceite con bisulfuro carbónico. Le he remitido a Rubio de este último para que haga ensayos con el cospillo y aguardo lo que deciden en su visita» [12 de noviembre de 1867]. Sin embargo, Costa conoce íntimamente que *cualquier cosa* no es suficiente, siente siempre la comezón del estudio y la certeza de la superioridad moral e intelectual sobre Rubio y los otros socios de la compañía. De este modo ha de entenderse este revelador párrafo extraído de la entrada de las *Memorias* correspondiente al 2 de diciembre de 1867:

> Que me dejen con mi agricultura simple y llana, con mi *De re rustica moderna*, título que creo para mi obra de agricultura; con mi *Los Israelitas*, y no quiero más... Pero ¡ay!, ¿cómo he de ser jamás dichoso, cuando me acosa esa sed insaciable, esa ambición de gloria que me consume? Ambicioso yo, ¡y creía lo contrario!... Sí, sí, ambicioso, tengo que confesarlo. Pero una ambición que no ha de saciarse, ¿qué digo saciarse? Ni empezará a ser satisfecha. Mi ambición era la gloria, pero la gloria precoz, en mi juventud; ¿de qué me sirven los laureles sobre el sepulcro? Y sin embargo, ya empezó mi suerte por negarme los más pequeños, los más inocentes, apartándome de las aulas en donde los hubiera recogido. ¡Y ahora mi ambición me ciega! Soy de veintiún años y quisiera saberlo todo, y como no lo sé, quisiera estudiarlo todo.

Y es que ser escritor de renombre le sigue seduciendo mientras augura, con razón, que habrá de consumir sus horas junto a una máquina extractora que nunca terminará de funcionar bien; el 23 de febrero de 1868 escribe:

> ¡Pobre Costa! ¿De qué te sirve el genio, ese genio que viene dentro de ti y que nadie ha conocido ni tal vez conozca nunca? ¿De qué me sirve? ¡Ay! Pero, ¿cómo es que mi ambición no se vería satisfecha aunque ahora publicara un libro y luego otro, etc.?... Dos razones veo: una, que yo hubiera querido ser publicista y muy joven, antes de ahora; ¡oh!, ¡si tengo un amor propio!... Otra es que no precisamente mi ambición de gloria predomina sobre mis demás pasiones.

No abdica Costa de sus propósitos, no se resigna a ser *aceitero*, como señala también ese día 23 de febrero; máxime tras ver cómo comienza a imprimirse sus *Ideas apuntadas*, el primer libro de Joaquín Costa; entonces exclamará, orgulloso, el 19 de marzo de 1868: «Hoy es día que forma época en la historia de mi vida. Hoy se ha principiado a imprimir mi folleto de *Ideas apuntadas en la Exposición Universal*. Es mi primera producción formal: ¿daré a luz otras más?, ¿será esta *la introducción* de mi vida literaria?».

Costa ve pasar los días perdidos sin remedio acompasados con las averías de la maldita máquina extractora. Anota el 31 de mayo de 1868 estos significativos comentarios: «Siempre tengo propensión a mirar al través del velo del porvenir, y por eso, ahora, mis puños se crispan iracundos y mis dientes rechinan de rabia y mi imaginación acalla los gritos de la conciencia de la razón, de la conformidad, ¡viendo la realidad del tiempo que pasa y que vuelve!». En octubre de 1868, ante los continuos fracasos (evidentes los de la máquina extractora), Hilarión Rubio no tiene más remedio que insinuar a su por entonces socio Costa que se vaya buscando el sustento al abrigo de los proyectos de Teodoro Bergnes de las Casas (a quien Costa había conocido en Barcelona a la vuelta de la Exposición), con el que más adelante, en el año de 1870, se ganará la vida como delineante y topógrafo. Puestas así las cosas, ese mismo octubre de 1868 se lamenta Costa: «Si cuando fui a Huesca me hubiera hecho estudiar Rubio en la escuela normal, al menos sería maestro: ¡pero nada, nada...!».

El futuro como profesor se cumple provisionalmente en el otoño de aquel 1868, precisamente cuando Costa anda emancipándose de la tutela de Hilarión Rubio. En noviembre de este año, y por mediación de su tío el canónigo José Salamero, Costa consigue un puesto de profesor en el madrileño Colegio Hispanoamericano de Santa Isabel. Sin embargo tampoco le satisface el trabajo en el establecimiento privado, como bien apunta en sus *Memorias* el 25 de diciembre de 1868: «¡Cuando miro al porvenir! ¡Voy perdiendo lo poco que me quedaba de entusiasmo, de fe, de esperanza, de ilusiones! ¿Me pierde ese colegio? No lo sé. Lo que sí sé es que muchos ratos me consumo y que los años se pasan sin adelantar yo un paso».

En constante agonía, antes motivada por el inútil trabajo junto a la máquina de Barbastro, ahora por andar rodeado de alumnos indolentes constantemente castigados, anota de nuevo Costa el 28 de febrero de 1869 la necesidad de ser alguien según los ejemplos que lee en el libro que anda en sus manos por aquellas sazones:

> Anteayer leía *Enfances célèbres* de Linneo, Franklin, Pascal, Gassendi, etc... ¡Ah! Yo me preocupo demasiado de la gloria sin pensarlo, sosteniendo interiormente una lucha desconocida con la fortuna. Ellos eran célebres sin saber que lo eran: es verdad que tenían la llama del genio... ¿pero quién sabe si pensaban ellos también en la gloria que les estaba reservada y la sentían interiormente?... ¡Ah! Si yo hubiera tenido un pequeño agarradero, un pequeño hilo que me marcara el principio del camino... Pero nada... ¡nada!

Concluye, para alivio de Costa, el curso en el Colegio de Santa Isabel, en junio de 1869, y decide Costa tomar el grado de Bachiller en Artes con los 23 años que habrá de cumplir en septiembre. Mientras pasa el verano en Graus señala el 11 de julio: «Yo sigo tan desesperado y tan en vacilación como siempre. No sé por dónde puedo emprenderlas». En el magín de Costa se ilumina entonces la idea de ser farmacéutico o maestro de pueblo:

> ¿Tendré aún que ponerme de aprendiz en una farmacia para seguir despacio esta carrera? ¿Tendré aún que hacerme *maestro de niños* y agarrarme a un pueblo para ser esclavo de los bárbaros? ¡Triste de mí! Anteayer lloraba yo sin poderlo remediar, cuando mi abuela me decía que siendo yo pequeño, mis tíos de Barbastro habían querido llevarme a su casa de aprendiz de guarnicionero, ¡y que mis padres no quisieron...!

Al mes siguiente decide al fin «tomar los pomposos grados de agrimensor y maestro. Tal vez no pueda ir a examinarme ni de maestro por falta de dineros para las matrículas». Los tomará tras superar los exámenes en Huesca los días 11 y 13 de septiembre de 1869: «Ya soy maestro. ¡Al fin!», escribe el 12 de septiembre, convencido de superar sin dificultad las pruebas del día siguiente; de seguido comenta en el texto de las *Memorias*: «No sé, aunque sospecho, lo que me tiene preparado el destino para mañana»; cuatro días después, de nuevo en Graus, remata su fatalismo: «Salí lego y vuelvo maestro, ¿qué cosa de las dos es peor? ¡Bachiller en Artes! ¡Maestro!».

Otra vez en Madrid, Costa llega al extremo de implorar al oscense Mariano Carderera alguna plaza de maestro en Fernando Póo o Filipinas... *cualquier cosa*; pero ni aun ésas. Ante el cúmulo de adversidades, piensa Costa en el suicidio o en refugiarse en un convento benedictino. Desesperado, cae en sus manos la reciente biografía del niño prodigio, muerto prematuramente, Jesús Rodríguez Cao. Tras su lectura, parece inevitable formularse la eterna cuestión acerca de la fama por venir y la desgracia presente. La entrada de las *Memorias* correspondiente al día 16 de enero de 1870 recoge estas valiosas reflexiones de Costa:

> ¡A su edad hubiera sido yo poeta como él, botánico como Linneo, o filósofo como Pico de la Mirandola!... Como yo, Cao confiaba al papel el secreto de sus aspiraciones, su amor a la gloria, su genio melancólico, su elevado patriotismo y sus grandes proyectos. Al menos él murió a tiempo, con la cabeza coronada de laurel, huyendo del mundo que le había impuesto el deber de trabajar noche y día dando vida a los bocetos que ha dejado en sus borradores, para llenar luego su camino, en recompensa, de espinas y veneno. Ha sido dichoso. Ah, ¡si yo también!... «*¿Qué será de mis papeles?*» exclamaba antes de agonizar el pobre niño, como yo hubiera exclamado; aunque ya, sin morir de muerte real, puedo decir: «*¡Qué será de mis proyectos!*» ¡Ah! hubiéramos trocado nuestro destino, y yo hubiera ganado en el cambio.

Él, predestinado a la fama, se encuentra hundido, en el nadir de la línea límpida y gloriosa trazada por la biografía de sus modelos *célèbres*; los orígenes humildes y la falta de un tutor o apoyo que le alentase y encauzase su talento tienen la culpa:

> Hubiera tenido un padre Esteban, un tío Rinaldo o un amigo Rothman, y yo... ¿qué? Como agrónomo, mi celebridad se hubiese extendido por toda Europa con el *De re rustica nova*; como poeta, mi nombre hubiese pasado a la posteridad con *El Monte Sinaí*; en Filosofía y Economía, hubiese tal vez formado una escuela con mi *Economía divina* y mi *Filosofía del día de maña-*

> *na*; pero no hubo nada: la enseñanza de Parral fue mi condenación, y la vista superficial y carácter frío de Rubio hicieron traición a un genio que se va extinguiendo por momentos, antes de haber nacido, así como se consume el entusiasmo de la niñez. No he hallado en mi camino sino egoístas que se contentaban con disparar a quemarropa un *promete* o un *¡qué lástima de joven!* y pasar adelante... Yo, yo cuya infancia estaba destinada a figurar entre las célebres de madame Colet, ¡yo estoy condenado a la vida, a ser eterno testigo de la vergüenza que siento ante mi conciencia, viéndome oscuro en el año 1870!

En estos momentos de desgarro y crisis personal aguda, Costa ya no acierta a rasgar el velo del porvenir para vislumbrar un futuro *ser*, sino que simplemente recuenta lo que *no es*, lo que *no ha llegado a ser*: «Cada vez que leo un periódico o un libro sufro horriblemente. ¡No ser escritor! ¡No ser economista! ¡No ser filósofo! ¡No ser agrónomo! ¡No ser poeta!». Ese mismo día 18 de febrero de 1870 concluye esta relación de lo que *no es* con la minuta descorazonada de las potencialidades: «Yo que podría ser desde ahora periodista, traductor, profesor de lenguas, de instituto o de escuela Normal, estudiante, agricultor, industrial, empleado, etc., no soy nada de esto».

Ya en el pueblo madrileño de Chapinería, en casa de Teodoro Bergnes de las Casas, Joaquín Costa piensa definitivamente en los estudios superiores como modo natural de consecución de celebridad, pero siempre al peculiar modo personal, aspirando en sus anhelos fatal y *automáticamente* a metas altas, muy altas; así anota, sin pudor alguno, el 14 de junio de 1870:

> Tengo en proyecto dos obras importantes, *El siglo XXI* y *Lo absoluto del progreso agrícola*... ¡Oh, si pudiera estudiar! ¡Si pudiera luego desarrollar el plan de esos dos títulos! ¡Si pudiera fundar con ellos la escuela económico-filosófica que me está bullendo en la cabeza hace tres meses, y que por cada día va tomando mayores proporciones y más claros perfiles! No lo dudo, no lo dudo, ejercería una gran influencia en nuestra península y, ¿quién sabe?, ¡tal vez en el continente! ¡Y si esa escuela me hiciese sentar en la Presidencia del Consejo de Ministros con la cartera de Fomento! ¡Oh!

En diciembre de 1870 comenta que al fin se ha matriculado en la Universidad Central, que estuvo «por primera vez en aquellas aulas que tanto anhelaba frecuentar, respiré aquel aire que me dio más vida». Como siempre, surgía automáticamente el programa del progreso: «Mi plan era concluir la carrera de Jurisprudencia en dos años y la de Filosofía y Letras en un tercero».

Pertinazmente insatisfecho, en la Universidad pudo Costa ver progresar sus anhelos, pero en ella habría de sufrir también nuevas frustraciones. Se licenciaría en Derecho en 1872 y en Filosofía y Letras al año siguiente; se doctoraría en ambas carreras (1874); habría de recibir premios y galardones, sí, pero nunca pudo ganar una oposición para catedrático de Universidad, ni de Historia de España ni de Derecho Político. Cuando hubo de lograr ser cuando menos profesor supernumerario, tuvo que renunciar al

puesto por dignidad ante los lodos de la llamada segunda cuestión universitaria. Algunos años antes de que esto último ocurriera, el 30 de diciembre de 1871, anotaba Costa: «Mañana se despide el año en que he cumplido veinticino, ¡y nadie todavía conoce mi nombre!».

Concluidos los estudios de jurisprudencia, la profesión de abogado de secano tampoco le habría de seducir (escribe Costa en sus *Memorias* el día 21 de julio de 1872: «Que si me veo obligado a abandonar mis proyectos y a meterme en un pueblo, tendré bastante con dos años para morir tísico de tedio y desaliento»), a pesar de los requerimientos de sus padres, pero con el tiempo no tendría otro remedio que opositar a oficial letrado en el otoño de 1875, ya que al menos le aseguraba sucesivas instalaciones en capitales de provincia y prometía un no lejano regreso por traslado a Madrid. En este sentido, anotaba el 14 de mayo de 1875: «Habiendo visto que sacaban a oposición varias plazas de 'Oficiales letrados de la Administración Económica' con diez mil reales de sueldo, he resuelto tomar parte en ellas, como resuelve el náufrago agarrarse a una barra candente».

En 1876, al menos, podía ejercer de profesor en la recién creada Institución Libre de Enseñanza, y sentirse a gusto bajo la tutela y consejo de Francisco Giner de los Ríos, una vez emancipado definitivamente de Hilarión Rubio desde 1872 y casi totalmente de José Salamero desde el verano de 1875, con quienes ajustaría unas cuentas personales fiel y puntillosamente relatadas en las *Memorias*. Cobijado en el sueldo de oficial letrado de la administración de Hacienda y a la sombra científica del círculo institucionista, Costa pensaba progresar y *ser alguien* en el mundo académico bien en la Filología, en la Historia del Derecho, bien en la Historia Antigua... y a ello se encaminaron las numerosas publicaciones editadas entre 1875 y 1878, sea por poner como término *ad quem* el año en que finiquita la escritura de las *Memorias*.

Así pues, en 1876 Costa tenía más claro quién era y a qué aspiraba, con los títulos académicos y un trabajo en la mano. Y sin embargo Costa no abandonó su cita con la escritura compulsiva de las *Memorias*. Sucedía en verdad que faltaba algo esencial en el programa costista para *ser alguien*. Y ese algo era la esposa (e hijos) que concluyesen definitivamente la perfección del círculo que debía trazar su programa vital. De hecho, el noventa por ciento de la sustancia de las *Memorias* en 1877 y 1878 está dedicado a las tribulaciones del cortejo con Concepción Casas Soler, su pretendida. En 1877 quedaban lejos los proyectos amorosos de unión con la criada grausina Pilar Puerta o el insinuado (por parte de la familia) arreglo matrimonial con su prima, también gradense, Salvadora Castán. Aspiraba ahora Costa a una esposa *more krausista*, que uniese a las virtudes del ángel del hogar decimonónico las que se esperaba de una mujer instruida, *moderna*. Mientras Salvadora entraba en el Colegio oscense de Santa Rosa para continuar una *ortodoxa* educación, Conchita Casas se le aparecía a Costa como la más bella actualización del paradigma de mujer según el

ideario de los krausistas españoles. Este modelo lo encontraba Costa, como lo hallaron también tantos otros institucionistas de la época, en la mujer de Facundo Riaño, Emilia Gayangos. Escribe Costa, ya en Huesca, el 20 de julio de 1877: «Riaño me encargó noticias sobre fondas de Huesca, Jaca y Barbastro; ¡qué mujer tiene! ¡Feliz Riaño!». Al poco, el 13 de agosto, confiesa Costa que en las conversaciones con Concepción Casas él le habla de la mujer de Riaño, al mismo tiempo que se lamenta de lo que pudo *haber sido* para ofrecer mejor posición a su cortejada:

> Principié una declaración, aunque en forma indirecta, y ella fue a sentarse al lado de su madre, y a poco se puso a bailar con otro; es verdad que hacía mucho rato que iba conmigo. La hablé de la señora de Riaño, de mi proyectada *Historia universal realizada para la mujer*, etc., y no quiso entenderme, etc., etc. No recuerdo lo que le dije, estuve torpe, pero he tenido que decir: ¡adiós generosos sueños! Sí, adiós, porque entre tantas mujeres que he encontrado, ninguna tenía el mérito de Concepción [...] Primer amor serio que he tenido, se me ha frustrado: ¡un eslabón más en la cadena de desdichas con que me tiene amarrado la fatalidad desde mi cuna! Mi primer amor; ¡ay! Cuando vuelvo la vista en torno mío, y me pregunto si podré olvidarla por otra, mi corazón me dice que no. ¡Ay Concepción! Yo te perdono, porque no es tuya la culpa sino de la fatal estrella que me persigue, de lo mal que se me han combinado los acontecimientos externos, de lo mal que he gobernado mis estudios. En vez de hacer oposiciones cuando concluí Derecho, me puse a estudiar doctorado y letras; hoy tendría una posición desahogada, al paso que es ahora humilde; y no tiene ningún atractivo para ninguna mujer de mérito. Cuando quise hacer oposición a tiempo oportuno, cuando podía salir bien, la política torpe y a veces criminal, de los revolucionarios, lo impidió. Cuando las hice, la revolución había pasado, y mis enemigos me hicieron caer. Liberal yo, carlista y ultramontano su padre y su tío el canónigo, un nuevo obstáculo nace presa mi felicidad; ¡Dios mío, por qué me habrás inspirado tanta fe en la libertad y tan poca en lo que he caído para siempre! Por último, mi familia es humilde, la suya no.

Aquí Costa enumera ciertamente las razones últimas (ideología, orígenes, posición social...) por las que fracasará su cortejo con Conchita Casas. Este cortejo y posible matrimonio no era un programa vital más en la vida de Costa, era tal vez *el programa* definitivo que habría de culminar su ser alguien. Ya en 1868, en las páginas autobiográficas paralelas a las *Memorias* que Costa bautizó con el revelador título de *Nosce te ipsum*, nuestro hombre apuntaba (proyectaba, en verdad):

> Mis hijos conseguirán lo que yo no pude conseguir: ellos serán lo que yo debiera haber sido [...] ¡Vea yo siquiera alguno de mis hijos que puedan asemejarse a Balmes o a Pascal! ¡Vea yo mi nombre glorificado en niños de doce años! Literatos y sabios ha habido cuyos hijos han seguido honrando el apellido de su familia: Racine (padre e hijo) [...] Del mismo modo, ¡que un día puede formar la familia Costa un grupo científico respetable! *Vida y escritos de los Costa* se llamaría el conjunto de sus trabajos que comprendería gran número de volúmenes.

A continuación relaciona Costa los nombres escogidos para sus hijos futuros: Joaquín, el poeta; Alonso Joaquín, el agricultor, botánico, carpintero o herrero; Miguel Ángel, el pintor; César, el historiador y militar; Justus, el físico, químico o médico... Cuando en enero de 1883 le nazca una niña fruto de sus relaciones con la viuda de Teodoro Bergnes de las Casas, Isabel Palacín, Costa, a pesar de no ser varón la criatura, no duda en seguir el programa de quince años ha y le impone el nombre simbólico de Antígone (aunque al final la Iglesia le forzase el de Pilar). Pero este natalicio y la relación con Isabel fueron convenientemente ocultados por Costa. El lector de estas páginas conocerá a estas alturas la razón, sabedor de los detalles del programa vital del montisonense, de la perenne necesidad de perfección y progreso dentro de los límites de una estricta moral laica. Rasgando una vez más el velo del porvenir, ya en 1868 y en el citado *Nosce te ipsum*, Joaquín Costa había asumido la naturaleza verdaderamente quimérica de aquel ensoñado *Vida y escritos de los Costa*:

> ¡Ilusiones! ¡Ilusiones! Aunque una esposa querida me diera un hijo en el año 1875, y que a los veinte años diera principio a sus estudios serios (al «Monte Sinaí» por ejemplo), que la aparición de estos fuera a los once años, llegaríamos al segundo lustro del siglo XX ¡y yo tendría sesenta años! ¡Y aún están allí mil dificultades, y la eventualidad de que sea precisamente un varón, que éste no me sea arrebatado de la cuna por el Ángel de la Muerte, que no tenga un talento vulgar, que sepa yo inspirar y hacer sentir a su alma la grandeza de la Creación, etc., etc.!, La eventualidad de que sepan llegar tantos niños al nivel de los poetas, de los historiadores, de los químicos, etc., ¡distinguido! ¡Cuántos pesares guarda la Naturaleza moral para un corazón de 1868!

Distinguido, en efecto, distinto se sentía Costa desde pequeño. No le faltaba razón, y en su programa de ser alguien hubo de buscar no sólo tutela, sino también reconocimiento. De lenitivo a su dolorida sensación de pertinaz orfandad hubo de servirle la escritura autobiográfica de las *Memorias*, a donde trasladaba la relación de méritos y el *reconocimiento* que hubiera deseado fueran escritos por mano ajena. No sucedió así, y al cabo el *Nosce te ipsum* y las propias *Memorias* no son, entre otras muchas cosas, sino ejercicios continuados de *reconocimiento*. La ausencia de éste hería íntimamente el orgullo de Costa y propiciaba el distanciamiento sucesivo de los que deberían haber sido mentores destacados del genio. Así pasaría con Hilarión Rubio, así con José Salamero e incluso con Modesto de Lara o el grupo de amistades y colegas del Instituto y después de la Universidad. Hasta en el modo de encajar las sucesivas derrotas en el largo cortejo con Conchita Casas se advierte que el herido Costa va más allá de la reacción orgullosa de un pretendiente despechado, va directamente al atormentado y castigado espacio de *humillaciones* y *abusos* donde se había gestado la escritura de las *Memorias* en 1864.

No ha de extrañar, por todo lo hasta aquí argumentado, que el fracaso del programa íntimo de un casamiento *krauso-armonioso* con Conchita

Casas Soler precipitase el fin de sus relatos autobiográficos el 11 de julio de 1878:

> Cerremos este cuaderno, que ya es hora, y pongámoslo con las cartas de esta triste historia. No creí que se prolongase por tanto tiempo. Que sea menos angustioso el punto final del cuaderno siguiente; pero, ¿es posible tratándose de mí? Llevo en mi nombre las iniciales de Jesús Cristo: ¿no llevo grabadas también en mi corazón con fuego sus llagas que no han de cerrarse jamás ni dejar de manar sangre? ¿O estará destinada a cerrarlas aquella criatura soñada en San Sebastián, Salvadora Castán? ¡Pst! ¡Concepción!, ¡no puedo despedirme de ti sin llorarte! ¡Adiós para siempre! ¡Adiós! (11 julio).

Este *Adiós* resulta valioso, revelador ¿Terminó en el entonces de julio de 1878 el designio de Costa por *ser alguien*? Sólo en parte, pues se conservan algunas notas sueltas de naturaleza autobiográfica en los años siguientes, y pequeñas anotaciones, aquí y allá, que se diseminan también en los venideros. Desaparece, eso sí, la *narración* orgánica y sostenida del *diario*, de las *memorias*. Parece como si Costa hubiera resuelto, a su manera (la alentada por la sensación contumaz de fracaso, de negación), la construcción de su *yo* en el espacio de la privacidad y del trabajo. Faltaba, por descontado, la acción y desarrollo de esa identidad en el ámbito de la *civilidad*, de la política. Desde al menos ese final de la década de los setenta del siglo XIX, Joaquín Costa proyectó paulatina, lentamente, sus anhelos por *ser alguien* al combate político, a la reforma o *regeneración* de todo aquello que precisamente él consideraba (casi siempre con bastante razón) que le había impedido serlo.

La redención de los orígenes familiares, de la comarca ribagorzana, de la región aragonesa y al fin de la patria toda y sus *males*, acometida por Costa con su *máscara* de notario (Costa decía cuando los tiempos del Santa Isabel que llevaba máscara de profesor, y de todos es sabido la relación, etimológica y antropológica, entre *máscara* y *persona*) constituirá el objetivo esencial de nuestro hombre. El Costa *público* se hace visible en la arena política en el momento en que arrancan las campañas de la Cámara Agrícola del Altoaragón allá por 1890 (conviene recordar a este respecto que Costa había denominado en las *Memorias* a la decisión de acometer los doctorados en Derecho y Letras sus *últimas campañas universitarias*). De ahí a la Unión Nacional, a la celebridad política, al retiro en Graus y a la mitificación del personaje mediaron escasos pero asombrosos pasos...

A su modo, tarde y fatalmente, a la manera agónica y trágica, había conseguido Joaquín Costa *ser alguien* y esculpir su figura, con justicia, en el friso de personajes famosos de la Historia de su por igual querido y odiado siglo. Algunas de las profecías infantiles y juveniles *le salieron verdaderas*. Tal vez no sea la menor aquella por la que Joaquín Costa permanece todavía en la memoria colectiva española como el capítulo insoslayable de una ejemplar edición nacional de *Enfances célèbres*.

Prometeo intelectual: facetas de una personalidad

Eloy Fernández Clemente

Al intentar trazar un retrato intelectual de Costa nos sorprende de la variedad y **complejidad de sus perfiles**, a veces contradictorios, y el peso, aún, de los excesos de muchos de sus biógrafos, que al atribuirle grandes virtudes y defectos nos alejan del hombre concreto, mitificándolo. Como en el Jano bifronte, casi siempre van juntas la grandeza y los defectos del ser humano, haz y envés, y así ocurre con él, de modo que unos implican los otros, y el total da ese perfil esquivo.

En los pasados siglos XIX y XX europeos y norteamericanos, no fue raro el caso de grandes figuras de la cultura, la economía o la ciencia que superaron su **origen humilde** con un gran esfuerzo acompañado de una gran valía personal (y a veces también de mucha suerte). Fue uno de ellos el de Joaquín Costa, nacido en una familia de pequeños campesinos de Monzón y Graus, en el Alto Aragón, carente de medios para realizarse, pero que **no dejó nunca de estudiar**. Forzado por sus limitaciones físicas (una enfermedad congénita y progresiva, que le llevará a un retiro temprano de toda actividad pública y a la muerte a los 64 años), a la vez que trabajaba en diversos oficios ajenos a la agricultura familiar, se graduó primero de maestro (lo que entonces se hacía ingresando directamente, desde la escuela primaria), habiendo por ello de alcanzar luego el bachiller, único camino hacia la Universidad.

Fue estudiante siendo mozo ya, con la mezcla de humillación que eso suponía junto a chicos más jóvenes, y el prurito de ser el mejor precisamen-

te por ello y a pesar de todas sus dificultades. Tuvo **problemas de comprensión**, dificultades para el estudio, de lo que se queja, con grave preocupación por su desarrollo mental: «no sirvo para estudiar... me turbo cuando he de hablar delante de personas cultas. Soy un desdichado» y años después anota: «Sostengo una perpetua lucha conmigo mismo; no puedo sujetar la atención a que recoja y grabe en la memoria los detalles de la legislación positiva...» Poco después, con apenas veinticinco años, escribe: «Estoy muy triste, tengo el mal de los libros, el mal de la ciencia... Estoy triste, muy triste, y ¡pensar que hay tantas calabazas que estudian y pensar que mi cerebro ha de consumirse en la obscuridad, y mi corazón secarse en viudez perpetua. No puede ser, eso no puede ser».

Esa obsesión por alcanzar una comprensión profunda, clara, crítica, resultó ser el mejor camino para el desarrollo de su inteligencia, labrado con desazón y paciencia, pero esculpido a buril lo así fundamentado, para saltar hacia nuevas metas. En su época estudiantil, se trataba en la mayoría de los casos de obedecer, asumir lo ofrecido por los manuales, bastante deficientes casi siempre, «catecismos» no sólo religiosos sino de todo tipo, y en especial en el caso de las ciencias sociales, llenos de tópicos, de manipulaciones ideológicas, de torpezas metodológicas. El mundo que se abría ante un escolar primario, o un estudiante de bachiller, magisterio, comercio, era muy limitado. Por eso supuso un tramo decisivo en su formación la «beca» que recibió a los veinte años para trabajar en la instalación y el control de visitantes del pabellón español de la gran Exposición Internacional de París. El mundo civilizado se mostró de golpe ante sus asombrados y curiosísimos ojos. **Todo le interesaba**: los más ilustres visitantes, las maravillas de la industrialización y las nuevas colonizaciones, el idioma francés, que dominaría.

Costa se pregunta, tan ambicioso como dubitativo: ¿qué estudiar? Baraja incluso hacerse fraile o militar, las dos viejas salidas del segundón del Antiguo Régimen. Las desecha y decide ir a la Corte, donde se puede avanzar más deprisa, con mejores profesores, bibliotecas, oportunidades. Estudiará Derecho y luego Letras, aunque cada matriculación suponga una nueva carga familiar. Derecho es la carrera casi universal de las familias burguesas, de los políticos, de la gente de negocios; permite el acceso a multitud de destinos, empleos, puestos. Y da una imagen cerrada del mundo a través de normas, ordenaciones, seguridades.

De modo que **el Derecho** va a regir casi toda su vida profesional. En sus años de juventud estudia, trabajando como oficial letrado, el *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*; trabaja como hombre de confianza en el bufete del ingeniero, economista y abogado Gabriel Rodríguez; colabora en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* y en la *Real Academia de Jurisprudencia* (donde presenta sus *Estudios jurídicos y políticos* y *Teoría del hecho jurídico individual y social* y, más adelante, será profesor y hará un *Plan de una Historia del Derecho español en la antigüedad*); participa muy

destacadamente en el *Congreso de Jurisconsultos Aragoneses*. Y, tras su acceso al cuerpo de notarios (Granada, Jaén), aboga por la *Reorganización del Notariado, del Registro de la Propiedad y de la Administración de Justicia* (1890). Vuelve a esos temas en 1901 con su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre *El Problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el «status» individual, el referendum y la costumbre*; y, en años siguientes estudiará aún temas jurídicos relevantes, como *Derecho consuetudinario y Economía popular en España* (1902).

Pero si el Derecho le da una gran base profesional, **el mundo de las Letras** es la gran pasión que le acerca a casi todas las demás preguntas, a la Cultura en el sentido más amplio. Opción que, sin embargo, resulta ardua y llena de obstáculos. En cuatro años ha culminado ambas carreras y se doctora en Derecho con premio extraordinario; pero tras terminar brillantemente el doctorado en Letras, ha de esperar para optar al mismo premio: ya casi no quedan a su familia tierras por vender para pagar las tasas. Cuando lo consigue, bajo el clima de euforia conservadora de la Restauración canovista, es otro candidato el que obtendrá el preciado premio: Marcelino Menéndez y Pelayo, a pesar de que le supera Costa con una mucho mejor actuación. Ignacio Peiró lo explica por «su falta de habilidad para desenvolverse en los medios académicos»: entendemos bien el eufemismo. Se refuerzan e intensifican sus largos periodos de pesimismo y depresión. Aún no ha cumplido treinta años y exclama: «No puedo más conmigo. He hecho esfuerzos titánicos, gigantescos, he prodigado mi vida, he consumido mi salud y... todo ha sido inútil. ¡La indignidad se ha llevado el fruto del trabajo!».

Esa sensación durará toda su vida, pues tras varios episodios humillantes o irritantes, sufre el que quizá sea su principal fracaso: haber de desarrollar toda su investigación, conferencias y publicaciones, **al margen de la Universidad**. O renuncia por principios, o es relegado, o es seleccionado en una terna y se niega a que un ministro elija entre ellos al catedrático por razones políticas. Cuantos hemos tenido la inmensa suerte de pertenecer a esa «materna» institución, sabemos del calor con que arropa a sus miembros, los medios materiales e intelectuales que ofrece, el foro de discusión y el apoyo que los colegas suponen para perfeccionar con críticas amistosas el trabajo. También, claro, que «docendo discimus», la enseñanza da vida y realismo a nuestras reflexiones. Es en ese sentido, en el de una no realizada «carrera académica» regular en el que algunos le ensalzaron como «autodidacta», para enfado de su sobrino nieto, don José María Auset Viñas, guardián del despacho de Graus hace poco fallecido. Lo fue, y desde mucho antes, saciando su avidez en bibliotecas y librerías, en correspondencia con amigos y colegas, en lecturas y reflexiones.

Sólo en parte quedará resuelta esa carencia con **su vinculación a la Institución Libre de Enseñanza**, donde encuentra a un grupo de maestros y colegas, también algún discípulo, con quienes contrastar y poner en prác-

tica sus ideas sobre educación, derivadas de lecturas y experiencias: Giner, Altamira, Gumersindo de Azcárate, Labra, Álvarez Buylla, Aniceto Sela, Salillas. Amigos de gran calidad intelectual y moral, con quienes colabora y enseña, de quienes recibe ideas, muchas ideas, sentimientos, ánimos. Suponen, proyectado en el tiempo su ideario hasta la II República y saltando sobre la dictadura franquista hasta nuestros días, el mayor movimiento de renovación pedagógica de un país notablemente atrasado, la gran ocasión de modernizar teorías y técnicas y acercarnos a Europa.

Costa, como resultado de esas vivencias docentes, de esas lecturas de grandes autores extranjeros y propios, de ese clima intelectual que propicia la ILE, propone la enseñanza globalizada, las misiones pedagógicas, una enseñanza media más didáctica, el cuidado extremo en la formación de maestros y profesores, la supresión de los exámenes por asignaturas, el régimen tutorial, la importancia de la educación física, autonomía universitaria, creación de colegios mayores y becas en el extranjero, dotación actual y moderna de libros y revistas en las bibliotecas, proyección social de la Universidad, intensificación del trabajo personal de investigación, apertura de la escuela al mundo, educación natural, espontánea, amorosa y disciplinada del niño, todo ello sintetizado en su intervención en el Congreso Pedagógico Nacional de 1882. Es, dándole la vuelta, mucho de lo que no encontrara él mismo en aquella escuela, aquella Normal, aquel instituto, la propia Universidad entonces «Central». Y cuando se aleje, un enigma aún, de la ILE, que no de varios de sus líderes, seguirá trabajando con instituciones y gentes semejantes, en varias reales academias o en el Ateneo madrileño.

No fue, pues, como soñara, catedrático de Universidad; no ejerció apenas la notaría, y toda su vida **careció de suficientes recursos económicos** aun para el tipo de vida que llevaba, realmente austero y modesto. Es, junto a su enfermedad, la otra gran limitación con que hubo de luchar: una situación económica familiar rayana en la miseria, a la que se unirá un peculiar enfoque del tema económico durante toda su vida. Fue lo que los anglosajones descalifican como un *unpractical man*. Su pariente y biógrafo Pedro Martínez Baselga, da fe de la escasez, pobreza y hasta miseria en que vive, agobiado casi siempre por una sucesión de «pequeñas deudas que le abrumaron desde que fue muchacho». Es recurrente su recuento de carencias económicas, pedidos de préstamos, cartas al padre, a los amigos, súplicas. Con frecuencia elude a la patrona, a la que debe meses de pensión. También enumera la lista de cobros que consigue por sus colaboraciones en varias revistas, o la busca de premios remunerados. Por lo que llegará a escribir: «Sufro la obsesión de las deudas y de los enojos...».

Y una tercera llaga, junto a la mala salud y mala economía: **la soledad**. Vivió solo durante toda su vida, alejado incluso de la mujer que le amó y fue la madre de su única hija; con muy escasa vida social, exigente con todos y sobre todo consigo. Respetado y querido, pero con pocos amigos ínti-

mos, Cheyne editó las tres magníficas colecciones de correspondencia con Giner, Bescós y Altamira, los más precisos y veraces autorretratos junto con su diario y la obra literaria, que editara amorosamente Agustín Sánchez Vidal, en la que, asegura éste, «va trazando de forma paralela a su vida pública una especie de itinerario para uso propio de unos cuarenta años de duración que, prácticamente, se extingue sólo con su muerte». Textos que, señala Sánchez Vidal, tienen el valor de «sorprenderle muy desinhibido, expresándose en términos todavía más explícitos que en sus manifestaciones públicas»: una vieja práctica de supervivencia intelectual en un clima hostil, que explica el propio Costa: «Convencido de que no tendría patria como yo mismo no me la crease, me recogí en mi pensamiento; y allí la he vivido tal como la había soñado». De modo que podríamos decir, con Luis Antón del Olmet, que Costa «se hizo solo y vivió solo».

Otro rasgo, ya mencionado, es el de ser un **trabajador compulsivo**. Martínez Baselga, primo y biógrafo de Costa, afirma: «Ducay, que es quien ha tratado más íntimamente a Costa desde niño, calculaba que de los 65 años que vivió, trabajó durante 50 a razón de diez y seis horas diarias... Y es que Costa tenía mucho trabajo retrasado. Tenía tal cantidad de legajos que no cabían en un carro de mudanzas, y como calculaba que por mucho que viviera no podría terminar su labor, se daba prisa, muchísima prisa, y por eso trabajaba tan desenfrenadamente». En cierta ocasión escribe a Altamira, «me falta tiempo». Y en otra a Bescós: «Tengo un retraso enorme en la correspondencia».

Ese afán por saber, por vincular todas las ciencias sociales y sacar conclusiones nuevas, por divulgar con rigor y claridad sus estudios, es algo que hace siempre arrastrado por la impaciencia, el inconformismo, con casi todo y consigo mismo. Algunos críticos le han achacado mal humor, ser alguien amargado; pero era dulce con los niños, amable con los ancianos, paciente con los débiles. Se ha contado que, absorto por los trabajos en que se ocupaba, ocurrió en varias ocasiones que cuando la mujer que le atendía le traía la cena... ¡aún no había tocado la comida! Esa mezcla de pesimismo, misantropía, ataques de mal humor, sus «huidas», la «melancolía incurable» (según el conocido artículo de Azorín), etc., no impiden que también se le recuerde por su humor socarrón, y su distingo, tan aragonés, entre la seriedad y la formalidad.

Fue, sin ninguna duda, **un gran intelectual** con una inteligencia excepcional y unos conocimientos enciclopédicos. Entre los estudiosos de las Ciencias Sociales (Derecho, Historia, Economía, Sociología, Lingüística, Antropología, Pedagogía, Ciencia Política...) hay conciencia de su valía: su obra fue extensa, sus lecturas muy actualizadas, sus propuestas científicas, aunque condicionadas por su época, modernas e innovadoras. De no haber intentado abarcar tantas disciplinas y haberse ceñido a una sola, hubiera alcanzado, por su enorme capacidad de trabajo e inteligencia crítica, una cumbre universal.

Por ejemplo, en plantear, frente a los simples y tendenciosos tomos que analizaban apenas el pasado político, una Historia multidisciplinar que se hubiera adelantado un siglo a lo que hoy se estudia. Para Alberto Gil Novales, que ha analizado magistralmente su tesis doctoral en Letras, *Historia crítica de la Revolución Española* (1875), «resulta impresionante este elenco de fuentes y de autores en torno al problema de la revolución». Y destaca la aceptación admirativa de Costa por la independencia de los Estados Unidos, que vincula, cosa rara entonces, con la revolución inglesa del XVII. En cambio, mantuvo sus recelos con la Revolución francesa, tanto por las «violencias y excesos» cuanto porque, en su opinión, «devoró las revoluciones históricas y nacionales» y condujo a Napoleón, a quien critica por volver a formas monárquicas. Había leído a Burke y la Escuela Histórica, a Guizot y Tocqueville, también a Macaulay y Michelet.

En otras ciencias sociales, en las que fue pionero, destaca su **agudeza en el método**. El gran antropólogo Lisón Tolosana ha estudiado sus artículos sobre costumbres, religión, folklore, mitología y literatura popular, constatando que realizó 56 publicaciones de carácter etnográfico-antropológico. Y se entusiasma ante su actitud científica: «está seguro de que hay que beber en el manantial de la cultura popular, que hay que ir al campo, dialogar con la gente, observar al pueblo en acción, recoger directamente los hechos vivos, palpitantes». Algo parecido ha escrito sobre su aproximación a la lingüística Juan J. Pujadas: «Costa tuvo la capacidad de plantear fértiles intuiciones interpretativas respecto a la historia de las hablas dialectales interpretativas altoaragonesas y, a la vez, de interesar a importantes romanistas franceses, como Morel Fatio y su discípulo Saroïhandy, en el estudio de las *hablas vivas* pirenaicas».

Sin embargo, fue sobre todo conocido por sus estudios y luchas en pro de **la modernización de la agricultura** y la economía en general: destacan sus escritos agrarios, finalmente muy bien sistematizados (por Alfonso Ortí y Cristóbal Gómez Benito), estimulados desde su participación en los *Congresos de Agricultores y Ganaderos* (1880-1881) y vertebrados políticamente en sus campañas por todo el Alto Aragón (1892 en adelante), con diverso éxito. Uno de los grandes temas es siempre la potenciación de la producción agraria gracias al regadío, mediante obras hidráulicas que debe hacer el Estado, en opinión de Costa. Tras regresar, por fin (1893), a una plaza de notario en Madrid, tiene ahora una visión mucho más política y científico-social, preparando su magna obra *Colectivismo agrario* (1898), en que hace una dura crítica de la destrucción por las desamortizaciones y otras prácticas de ancestrales sistemas de propiedad comunal, que describe muy documentadamente. Entre otras propuestas que, de modo sintético presenta así en 1902 el hijo y nieto de pequeños campesinos, están: «cambio radical en la aplicación y dirección de los recursos y energías nacionales (presupuesto volcado en educación, colonización interior, obras hidráulicas, repoblación forestal, investigación científica...); abaratamiento rápido del pan y de la carne, aumentando la productividad y fa-

voreciendo el crédito agrícola; mejoramiento de los caminos de herradura; suministro de tierra cultivable, con calidad de posesión perpetua y de inalienable a los que la trabajan y no la tienen propia; legislación social (contrato de trabajo, seguro social, cajas de retiro); sanear y europeizar nuestra moneda, mediante la europeización de la agricultura, de la minería y del comercio...».

Todo ello nos lleva a considerar su imagen global, la de **un gran político**, radicalmente honesto y audazmente crítico, un orador de gran valía, que bajo el habitual estilo declamatorio, de periodos largos y argumentaciones acumulativas, resulta convincente en el razonamiento, y contagia a muchos en sus batallas contra la corrupción política. Una señal de su extrema honradez es su reflexión cuando, en vísperas del 98, tras hacer un duro esbozo de las circunstancias en que duerme y malvive el país, exclama: «Deseo *rabiosamente* equivocarme», sabiendo que, por desgracia, no es así.

En sus durísimos escritos tras el Desastre (no olvidemos, no lo ha hecho la agudeza de Rafael Bardají, que es también un gran periodista), *Quiénes deben gobernar después de la catástrofe, Reconstitución y europeización de España* conecta y a su vez es evocado por diagnósticos más o menos afines y coetáneos: los de Mallada, Macías Picavea, Joaquín Sánchez de Toca, Ganivet, el primer Unamuno, Damián Isern, Maeztu, César Silió, Morote, o científicos como Rodríguez Carracido, Comás Solá, Cajal y varios de sus amigos del entorno de la Institución Libre de Enseñanza. Es el Regeneracionismo español, movimiento político, social, ético (mucho más eficaz que la llamada generación del 98), del que él es ya figura principal.

Y sintetiza así sus escritos, de extraordinario vigor, sus denuestos contra la dinastía gobernante, su queja contra la profunda corrupción del sistema, y su sueño europeísta: «No es la forma de gobierno en España la misma que impera en Europa, aunque un día lo haya pretendido la *Gaceta*: nuestro atraso en este respecto no es menos que en ciencia y cultura, que en industria, que en agricultura, que en milicia, que en Administración pública. No es... nuestra forma de gobierno un régimen parlamentario, viciado por corruptelas y abusos según es uso entender, sino al contrario, un régimen oligárquico, servido, que no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias».

De ahí su decisión de formar sin dudarlo **en las filas del republicanismo**, **abogando por su unidad**, siendo candidato electo en varios distritos, intentando con Santiago Alba y Basilio Paraíso un nuevo tipo de partido, la Unión Nacional, que fracasó por lo que hoy llamaríamos «mala química» entre los tres personajes y porque se adelantaba décadas a lo posible: una formación de masas, con cientos de «cuadros» preparados, con prensa, reuniones de debates internos, etc.

Su gran reacción efectiva consistió en demostrar que además del mítin y el artículo de prensa, la intervención parlamentaria o la conferencia, era

posible realizar aportes fundamentales para el cambio. De ahí, su encuesta y estudio sobre *Oligarquía y caciquismo...*, según Gil Novales «acaso el más importante de los publicados en España al alborear el siglo XX», a pesar de que Costa trabaja desde el Ateneo, con ánimo conciliador e invitando a numerosas personalidades («oligarcas y caciques») del régimen de la Restauración al que trata de criticar a fondo. Aun así, el paso está dado y esta obra supondrá la marginación de Costa de los centros políticos del sistema. Su elección como diputado republicano viene en momentos en que ha perdido casi del todo la esperanza en regenerar España: ya nada le consuela, y no desea ratificar con su presencia la corrupción política oficial.

Desde el punto de vista político, como ha escrito la archivera Ana María Rivas: «Costa se anticipó a algunos de los problemas que actualmente centran el debate político, económico, social y cultural de nuestras sociedades: la relación entre el Estado y la sociedad, el tema de la soberanía popular en una sociedad de masas, los límites de la participación política en una democracia formal, el respeto al desarrollo de los pueblos conforme a sus tradiciones y modos de vida en equilibrio con la naturaleza...».

Pero es demasiado tarde para un hombre ya mayor para la época, **derrotado por la enfermedad y por la ineficacia de sus propuestas**; así lo escribe a Giner en 1903: «ha concluido, creo, todo. Hace veinte años (política geográfica), aun veía o creía ver mucho; hace diez, y hace cuatro (Alto Aragón, Zaragoza), algo; hace dos (Ateneo), muy poco, un resplandor de crepúsculo; hoy, nada: cerrado del todo el horizonte: si algo veo, es que no existe camino» y en 1906 advierte y reconoce a Ciges: «no se puede contar conmigo ya para nada». Lo que modifica aún más cruelmente escribiendo a Bescós a menos de un año de su muerte: «En conclusión, que no valí nunca para nada, y ahora valgo todavía menos... Y he sido siempre un impotente. Habría debido declararme dinástico. Entonces habría hecho vida práctica y normal, sin engañar a los amigos ni engañarme a mí mismo».

Pero no es sólo el hombre, con ser ello muy grave. Es también muy duro el juicio que le merece su propia obra. Ya a semanas de morir, escribe a Aguilera y Arjona sobre ciertos escritos suyos afirmando que son «agua pasada y no le interesa a nadie».

Sin embargo, podríamos citar de nuevo al insustituible maestro del costismo, George J.G. Cheyne, que afirmó, como síntesis de sus estudios, que «antes que a un *gran fracasado*, yo veo en Costa a **un *gran frustrado***». Pero, añadiríamos, un gran frustrado no porque sus estudios, sus escritos, sus propuestas, no fueran casi siempre razonables, científicamente fundamentados y en muchos casos excelsos. Sino porque todo eso no tenía recibo ni seguimiento ni suficientes apoyos en la España de su tiempo, en aquella sociedad que Silvela declaró «sin pulso», en un régimen como el de la Restauración que lo mantuvo todo atado y pactado al servicio precisamente de sus tan combatidos oligarcas.

Como afirma Alfonso Ortí, «quizás ningún otro intelectual, ni siquiera ningún otro político de la España contemporánea estuvo tan obsesionado con definir un programa de gobierno concretísimo y operativo –directamente «gacetable», según su propia expresión– como Joaquín Costa. Y sin embargo, tras su muerte, la evocación de Costa quedó bien pronto reducida a una representación estética: la de una figura emblemática con la que matasellar y archivar –desde el punto de vista teórico y político– el movimiento regeneracionista del 98, dándolo por históricamente clausurado». No es el caso de Aragón que, siempre, y sobre todo en la actual democracia, ha mantenido encendida la brasa del recuerdo, la consideración, el orgullo por uno de sus principales hijos, lo que bien merecería del resto de toda España.

Ya que, como afirma Josep Fontana en su prólogo a la magistral biografía de Cheyne recién reeditada, a través de ella, «el titán nebuloso se transforma en estas páginas en un ser humano de perfiles precisos», y conocer también esos perfiles, supone «un paso adelante, puesto que vale más un ser humano real, por discutido que pueda ser, que un fantasma incoloro». Y tomando otras palabras suyas espero, con estas consideraciones que rodean y reiteran muchos escritos anteriores míos, haber contribuido a encontrar en la figura y la obra de Joaquín Costa esa «profunda lección acerca de la responsabilidad del intelectual y del precio que puede verse obligado a pagar si se mantiene fiel a ella».

Iluminar la Antigüedad: Costa y su «audacia histórica»

Guillermo Fatás Cabeza*

Aunque no ocupen un lugar demasiado relevante en el conjunto de su obra, Costa escribió varios cientos de páginas sobre la Antigüedad hispana, por la que sintió en todo tiempo vivo interés, estimulado este por su propio modo de trabajar. Entre los procedimientos que prefería destacaba el indagar siempre los primeros antecedentes, a veces muy remotos, de los fenómenos que, ya fuera como jurista, como sociólogo o como político ejerciente, se proponía esclarecer. Esta metodología, muy querida para él, lo mantuvo hasta sus últimos días vinculado a la inquietud por la Historia Antigua.

No pasó Costa a la posteridad como historiador principalmente y hay razones para ello, aunque también pueda defenderse un punto de vista opuesto, dada la condición híbrida de gran parte de sus escritos, que constituye, sin duda, un valor añadido de los mismos. Y en ese punto se cimenta su condición pionera, hija de una clara voluntad de innovar mediante enfoques nuevos y a través del recurso simultáneo a diversas disciplinas. Rafael Altamira[1] le reconocía un cierto magisterio y un autor tan canónico como Valdeavellano[2] dice que vio siempre y ante todo en él a un historiador.

* El autor agradece a Ana Mateo su ayuda en la redacción de este trabajo.

1 Carta a Costa en 1893: «Es V. una de las personas que más han influido en la formación de mis ideas», en G.J.G. Cheyne: *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Alicante, 1992, p. 74.

2 L. García de Valdeavellano: «Joaquín Costa en el recuerdo de la Institución Libre de Enseñanza», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 1, 1984. Unamuno ve

Se trasluce en sus escritos de Historia lo que Valdeavellano define sucintamente como «la pasión de Joaquín Costa por España», motor principal de toda su labor intelectual. Un motor que requiere de él atención a los tiempos prerromanos, entendidos como matriz de esencias y muy faltos por entonces de luz y de cultivadores científicos. A raíz de la muerte del aragonés, alguien que lo conocía a fondo, Francisco Giner de los Ríos, había consignado en una carta a José Ortega y Gasset la opinión de que «sus estudios eran principalmente de historiador». Y si Miguel de Unamuno había dicho de Costa que «vivió siempre en la Historia, dentro de la Historia y para la Historia», Eduardo de Hinojosa anotó cómo «de las varias aficiones científicas que solicitaron el espíritu eminentemente universal de Costa en su triste y procelosa vida, ninguna le atrajo tan poderosamente, tan persistentemente como la Historia del Derecho». La cual, en el caso español, está anclada de forma especialmente ineludible en la Antigüedad clásica.

Después de todos ellos, y como resumiéndolos, Valdeavellano aseguró que «Joaquín Costa era, ante todo, un historiador, ya que incluso en sus estudios de derecho [...] estuvo siempre muy influido por la llamada Escuela histórica del derecho, de Savigny». No obstante, el Costa historiador lo fue *sui géneris*, según se advierte en que, al describir genéricamente su modo de actuar, sobre todo en la vida pública, Valdeavellano recurre para caracterizarlo a términos como 'avasallador', 'frenesí', 'iracundia' o 'imprecación' (se atisban, en efecto, rastros de estas condiciones también en sus textos sobre Iberia).

Sus páginas sobre la Antigüedad, comprobable y comprensiblemente, son más citadas que leídas, y ello por dos motivos: por una parte, carecieron de continuidad; y, por otra, el planteamiento general de las metas por alcanzar, que sí fue adecuado y perspicaz, no fue acompañado por el rigor en la aplicación plasmada en trabajos concretos, en los cuales las hipótesis erróneas, apresuradamente elevadas a tesis, acompañaron con demasiada frecuencia a los aciertos, dibujándose con ello una obra de mérito irregular, llena de fallos en el detalle y, por ello, de difícil empleo posterior.

Vaya por delante que Costa manifestó un anhelo extraordinario, incluso desmesurado, por resolver problemas pendientes de la Antigüedad hispana (o ibérica, como él prefería llamarla, cuando no «española»). No lo consiguió, o en muy escasa medida, porque la empresa excedía sus posibilidades, sobre todo a raíz del cegamiento relativamente temprano de una carrera académica que él habría querido fuera la de un catedrático universitario de Historia de España, oficio bastante reciente en nuestro

en Costa el espíritu de Tucídides: «Discurso en el homenaje a Costa, en el Ateneo de Madrid, el 8 de febrero de 1932», *Obras Completas,* VII, Madrid-Barcelona, 1958, p. 1026.

país y que atrajo a Costa con más fuerza que ningún otro: de esa vocación no cabe dudar.

Asomado a la vez a la Historia y al Derecho, en ambos ámbitos diagnosticó que faltaba un buen sustento en la Edad Antigua, un cimiento sólido que estuviera asentado en las épocas más remotas del pasado hispano; y en apreciar ese déficit, definir los elementos para colmarlo y planificar cómo resolverlo sí que acertó a proponer un camino transitable. Lo hizo en las dos direcciones. En la jurídica, concibió nada menos que una Historia del Derecho Español en la Antigüedad, que dejó planeada, aunque su proyecto no viera la luz. Salvo error mío, el manuscrito autógrafo, bastante extenso, pues consta de cincuenta y dos pliegos en folio, no se ha publicado y sigue guardado en la Real Academia de la Historia[3]. El sabio montisonense, que lo dejó sin fechar, lo tituló *Ensayo de un plan de Historia del Drº Español en la antigüedad* y algún día habrá de ser estudiado, pues ha de tener interés a poco que se asemeje al segundo de los que ideó, referido esta vez a la Historia Antigua, propiamente dicha, de España, aparentemente desde el punto de vista exclusivo o restringido de la servidumbre (en la acepción laxa del concepto, no en la estricta de la *servitus* romana) y de su evolución. Creo yo que el interés por ambos planes fue simultáneo, o casi, y que lo plasmaría en torno a 1884.

Este «Plan», modestamente titulado *La servidumbre entre los iberos*, hubiera constituido un grueso volumen si lo hubiera desarrollado por entero, pues sus primeros cinco puntos, los únicos que redactó, le ocuparon más de ochenta páginas en su libro *Estudios ibéricos (1891-1895)*, aparecido en Madrid en esta segunda fecha[4].

Con una visión ambiciosa y perspicaz, Costa, que partía siempre de consideraciones sobre el presente español para esclarecerlo a continuación mediante indagaciones retrospectivas, quería conocer preliminarmente las bases económicas de las sociedades paleohispánicas y, en particular, la ganadería y sus implicaciones. En ello iba incluido el abigeato, pero presentado no como mero latrocinio o bandolerismo, sino como práctica regular con motivo y significado económico y que podía ser mejor comprendido mediante parangones con costumbres comprobables en lugares tan disímiles como Irlanda o Marruecos: dos ámbitos geográficos que siempre le atrajeron por su vinculación presumida con las poblaciones antiguas de Iberia.

3 Es el ms. 11-8654-2, según J.M. Abascal y R. Cebrián: *Manuscritos sobre antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 2005, p. 87.

4 Acaba de publicarse por la Institución «Fernando el Católico» una edición depurada y comentada en la colección «Historiadores aragoneses», Zaragoza, 2011. En su estudio preliminar señalo aspectos de la tarea de Costa como historiador de la Antigüedad que, por razones de espacio, no puedo considerar aquí.

Del estudio de las bases económicas pasaba Costa al análisis de cómo afectaban estas al hábitat, entendido en sentido amplio, incluyendo en ello desde la organización familiar, que determinaba ciertas estructuras sociales, hasta el urbanismo, que les daba marco físico, o las funciones sociales de cada tipo servil. Todo ello producía ciertas especies particulares de servidumbre *lato sensu*, de las que algunas eran de carácter público. En este punto concluyó lo escrito y, aunque, según dejó advertido expresamente, se proponía continuarlo, no lo hizo.

Al igual que había previsto en el resto de los apartados del plan, avanzaba en estos cinco epígrafes desde los umbrales de la prehistoria hasta la dominación romana, sin olvidar las pervivencias de ciertos usos en el Medievo y aun más acá, cruzando abundantísimos datos de toda procedencia y época y manejando una vasta panoplia de fuentes antiguas y medievales (historiográficas, jurídicas, numismáticas, epigráficas, mitológicas), abundantes comparaciones entre lenguas vivas y muertas (e incluso imaginadas) y abundante bibliografía reciente, española y europea (sobre todo francesa), que se proponía discutir.

Si bien lo que quedó pendiente fue mucho más que lo publicado, de la lectura de la propuesta desnuda se deduce no solo la vastedad de conocimientos de Costa, sino la multiplicidad de sus intereses. A cuenta de la servidumbre, de sus variedades privadas y públicas y de su devenir y características según las diferentes sociedades, Costa quería estudiar, entre otras cosas, y no de modo gratuito ni por yuxtaposición, sino bien hilvanado, la agricultura (por apartados y momentos), los burgos, las milicias locales, las behetrías, los sistemas comunitarios de propiedad y sus pervivencias (simiente de su importante *Colectivismo agrario*, donde desarrollaría una parte de estos asuntos), los tiempos godos, la época musulmana, las limitaciones al poder dominical, la situación legal de los esclavos liberados, el régimen de las *civitates stipendiariae* sujetas a Roma, y las instituciones de la milicia que manifestaban vinculaciones *ad personam*, como los *soldurii*, *devoti*, *sodales,* συναποθνησκοντες, εὐχωλιμαῖοι, ὑπασπισταί, ἑταῖροι, φίλοι, θεράποντες, o θεραπευτῆρες, mencionados por los historiadores antiguos a propósito de carismáticos caudillos de guerra como Retógenes, Sertorio, Adiatunno o Viriato, a quien interpreta precursoramente desde un punto de vista socioeconómico.

Pero los viajes de Costa por el tiempo aúnan el interés con el riesgo, ante el que nunca se arredra, sino al contrario: en su plan se transparenta, por ejemplo, la osada intención de vincular a los νέοι de Lutia con otros grupos sociales cuyas características cree poder deducir del Código de Eurico o de los fueros de Soria; pero, junto a esos rasgos de osadía, también se advierten amplios rellanos de reposo, en los que su vocación jurídica marca una fuerte impronta. Así sucede con los tipos legales de suelo, las demarcaciones y censos romanos, las colonias, los *vici* o las aldeas *contributae* y una dilatada comparación entre los tipos indígena, romano y godo de

servidumbres, incluidas las prestaciones fiscales y personales que podían apreciarse en una panorámica tan vasta: comprendía desde la servidumbre en la Edad del Bronce, perceptible apenas en leves y ambiguos atisbos arqueológicos, y los hispanos que, con sus jefes naturales, servían a Aníbal, hasta los remensas catalanes, pasando por los siervos fiscales del *Fuero Juzgo* o por lo que en las leyes de Wamba podía deducirse sobre las instituciones serviles. Era un programa inteligente e incitante, como solamente podía concebirlo una mente resuelta y bien equipada.

También llevó a cabo Costa un estudio sobre el *Litoral ibérico del mediterráneo en el siglo VI-V antes de J.-C.*, más breve, pero igualmente ambicioso en objetivos y abundante en afirmaciones poco cautelosas, que no es menester describir aquí, pues sí que se publicó como segunda y última parte en sus *Estudios ibéricos*, con una extensión de 202 páginas. No se engañe el lector ante el título: era mucho más que una descripción geográfica, ya que incluía toda una propuesta sobre las relaciones de fenicios, tartesios y griegos, y una retadora interpretación de las grandes líneas generales y argumentales de la Antigüedad 'española' en los tiempos que, por comodidad, solemos llamar de las colonizaciones, así como de los mitos antiguos en la medida en que a Costa le parecían fuentes susceptibles de algún provecho deductivo. Se empleó tan a fondo en la cuestión que su entusiasmo le hizo fantasear en unas cuantas propuestas.

En esos años tenía Costa grande y justificada admiración por el jesuita y académico catalán Fidel Fita Colomé, quien, retornado a España tras un breve exilio francés a causa de la *Gloriosa*, se convirtió en el mejor epigrafista del país y en una especie de tutor del aragonés, once años más joven que él. Fita había extraído de su excepcional conocimiento epigráfico muy buen fruto en relación con lo celta, entonces objeto de discusión académica. Su agudeza detectó en las inscripciones latinas retadores vestigios célticos que le llamaron la atención. Con esos materiales publicó en 1878 un interesante *Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas*. Para entonces ya se había trabado la fértil relación entre los dos hombres, muy estimada por Costa, que produjo un interesante epistolario.

Costa, siempre al tanto de los avances de Fita, daría a la imprenta sus escritos sobre celtas precisamente un año antes y un año después de aparecido *Restos*, dejando constancia escrita de que su «querido amigo», a quien seguía muy de cerca en sus labores, era un gran conocedor de la mitología y las religiones paleohispánicas[5]. El asunto apenas empezaba a des-

5 Sobre la imprescindible tarea de F. Fita, véase J.M. Abascal Palazón: *Fidel Fita. Su legado documental en la Real Academia de la Historia*, Madrid 1999. Las precisiones acerca de los trabajos de Costa sobre celtíberos las dio, como de costumbre, George J.G. Cheyne en su *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Zaragoza, 1981 y son así: *Cuestiones celtibéricas: religión*, se editó primeramente en la capital altoaragonesa en la imprenta de Costanera, del *Diario de Huesca*, en septiembre de 1877, como desarrollo de las notas que

pejarse, y se mezclaban en él la generalizada –e incorrecta– atribución a los celtas del megalitismo hispano con la supuesta existencia de ritos o «artes» de la teurgia 'goética' (en origen, una superchería que toma nombre del griego γόης, hechicero, y que se ha llegado a vincular nada menos que a Salomón), en un conjunto para el que Costa proponía un análisis crítico comparado, tras el rastreo de estos vestigios en todo género de documentos y prácticas, sin olvidar las contemporáneas.

Costa es consciente de la dificultad de una tarea en la que, como en los estratos geológicos, se forman y mezclan con el paso del tiempo capas en las que «el más sutil y delicado análisis basta apenas para distinguir en antiguas prácticas condenadas por los concilios» qué conductas proceden de lo «genuinamente aborigen», que siempre le interesó grandemente, y qué otros elementos son intrusiones griegas y romanas, incluso en las muchas leyendas atribuidas a los moros, resultando mayor la dificultad «cuando se intenta quilatar la parte de los iberos y bereberes» –dos pueblos a los que el aragonés tenía por cercanos–, «egipcios, celtas, penos [púnicos y, por extensión, fenicios], judíos y focenses».

En este mismo escrito, Costa dicta la necesidad de adoptar algunas precauciones (cautela muy conveniente y a la que no siempre se atuvo) para evitar riesgos contrarios al apocamiento, como son «la precipitación y el ansia de las soluciones» y su opuesto (en el que nunca cayó, por temperamento y carácter), que era «el escéptico desaliento que las da por imposibles cuando el problema no se rinde al primer asalto». Contra la parálisis y la resignación invocaba, en fin, el atrevimiento a que invitaba Max Müller, «que ha engendrado en manos de la escuela histórica, una de las más grandes maravillas de este siglo, haciéndonos penetrar en las oscuridades legendarias de Oriente, de Grecia, de Roma y de Germania, y alzando el denso velo que nos escondía la cuna de estos y otros muchos pueblos»[6].

venía publicando en el joven *Boletín* de la Institución Libre de Enseñanza (*BILE*): I, 3 y 5 (mayo y junio de 1877, respectivamente), pp. 9-10 y 17-18. En cuanto a *Organización política, civil y religiosa de los celtíberos* apareció en Madrid, impresa por Montoya y cía., en 1879, y con título y texto idénticos también en la *Revista de España*, 268, 1878 (marzo-abril), pp. 490-518 y 269; 1879 (mayo-junio), pp. 63-79. Ambos fueron unidos para formar parte, como sección XV, del capítulo IV de la *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península*, impreso en Madrid por la Revista de Legislación, 1881, que es la misma obra, y no distinta, que *Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispanas*. Finalmente, su hermano Tomás Costa los publicó como libro aparte en la problemática «Biblioteca Económica» (XII), en 1917: *Organización política, civil y religiosa de los celtíberos*, anteponiéndoles la carta de Costa a Fita de 1877.

6 *Essai de mythologie comparée*, París, 1859. Friedrich Max Müller, alemán afincado en el Reino Unido y gran experto en temas védicos, había publicado tres años antes esta obra en inglés (Oxford, 1856). Causó gran revuelo en los medios religiosos (en 1888 el obispo católico de Glasgow condenó duramente por

Hay que comprender esta actitud impetuosa, incluso exaltada, de nuestro hombre, porque el panorama historiográfico conocía ya un comienzo renovador, pero estaba cargado con lastres muy onerosos que la Restauración no contribuyó demasiado a aliviar, si bien se dieron, también en Historia, claros avances en dirección a la 'ciencia positiva'. A finales de los años setenta, ya doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, vio frustradas, casi a un tiempo, su razonable aspiración al Premio Extraordinario de Doctorado en esta segunda carrera y la legítima ambición de enseñar Historia en una cátedra universitaria, estorbada por sus propios ideales, muy vinculados a los de la Institución Libre de Enseñanza. Costa quiso obligarse moral y afectivamente con Giner de los Ríos, confinado en Cádiz por el régimen tras ser separado de la cátedra por el ministro Manuel Orovio, de modo que se solidarizó con él al precio de recibir perjuicio y ello en un momento de su vida en el que parecía abrirse la vía a un modesto bienestar material.

Para entender el tono elevado de sus invectivas contra la historiografía más acreditada, por su anquilosamiento e incluso por su conformismo con la superchería –y, *a contrario sensu*, la ardorosa defensa costiana de los nuevos talentos a quienes debería confiarse su renovación–, ha de recordarse que esos disgustos académicos y personales ocurrieron, si no a la vez, muy poco antes de la redacción de sus trabajos sobre los celtíberos en los que se lee la valerosa diatriba que vale la pena comentar[7].

Costa denuncia categóricamente las invenciones y falseamientos conscientes, *mala fide*, que han arraigado en la Historia de España y, particularmente, en su Edad Antigua, ya que esta es el ámbito de predilección para las suplantaciones de la verdad en materia de historia del cristianismo, fundamental en la historia y en la historiografía hispanas. Los «orígenes de nuestra patria» han albergado una turba de desvergonzadas creaciones que incluyen «genealogías, santorales, episcopologios, cronicones, actas, cánones, concilios e historias municipales», con el fin de otorgar carta de naturaleza a una muchedumbre incontable de «santos, dioses, obispos, escritores, soberanos, ciudades místicas, filosofías cristiano-coránicas llovidas del cielo, milagros y leyendas», de forma que el paisaje está sembrado de «píos dolos» de difícil extirpación a causa de que son tan abundantes como arraigados en la sociedad, letrada o inculta.

No se trata de asuntos menores (ni aun hoy lo son algunos todavía), pues entre ellos se cuentan el mismísimo origen de los 'españoles' y su vinculación directa con los patriarcas postdiluvianos de la Biblia, además de todo

anticristiano a Müller, hombre piadoso y luterano practicante, que insistía en sus puntos de vista). Costa, manejó la versión francesa, si bien cita el título en español.

7 Los nombres que elogia son exactamente los de Fernández Guerra, Hübner, Fita, Tubino, Delgado, Zóbel de Zangróniz, Rada, Saavedra, Berlanga, Villaamil y Coello.

cuanto se refiere a las visitas apostólicas a Hispania, empezando por la de Santiago –caso que afecta tanto a Compostela como a Zaragoza, sin contar con la vinculación de la creencia jacobea a la Reconquista y al Ejército– y concluyendo por el dogma de la Inmaculada, amén de un sinnúmero de imposturas destinadas al halago de los poderosos, más o menos coronados, o del orgullo local de ciudades, templos y obispados.

El enfado de Costa, incubado largamente y publicado en 1879, grana en un justificado denuesto contra los falsarios y quienes les siguieron la corriente, por conveniencia o por descuido. Tomados sin excepción todos los nombres y asuntos a los que se refiere nominalmente, e incluso alguna expresión característica, de un ejemplar trabajo de José Godoy[8], publicado en 1868 por la Real Academia de la Historia, cabe hacerle el reproche de que no lo nombre. Dada la útil propensión de Costa a mencionar, incluso profusamente, sus fuentes bibliográficas, no acierto a entender la causa de que escatimase la mención a Godoy, que la tenía mejor ganada que nadie en esta materia.

De este enojo indignado, cargado de razón, extrajo Costa el designio de recurrir a la intuición, «al golpe de vista certero», a la «*audacia histórica* que recomendaba Müller para llamar á nueva vida pueblos y épocas que pasaron dejando apenas memoria de su existencia en el espacio»[9] con la idea de proceder según el método de las ciencias naturales: así como de un hueso podía inferirse la estructura de todo el esqueleto, incluso de una especie extinta, así el historiador debía reunir condiciones tales que le impulsasen a «resucitar voces de los sepulcros, y convertir en parlantes fonógrafos las piedras y en eléctrico faro las brevísimas chispas de luz que despiden los clásicos, á beneficio de atrevidas, al par que circunspectas conjeturas y recomposiciones analógicas». En este propósito se sentía alentado por la incursión de Fidel Fita en el atractivo, pero dificultoso terreno de la celtología hispana, y animado por una reciente manifestación del sacerdote, que había asegurado cómo era «tiempo ya de penetrar con tesón y tino en la historia primitiva de España»[10].

8 El asunto completo puesto por la Real Academia de la Historia a concurso figura en su *Boletín*, I, 1877, III, como *Historia crítica de los falsos cronicones; sus autores; fuentes históricas de que se valieron; errores que autorizaron*. Se añade: «Fue premiada por la Academia en junta de 21 de Abril del dicho año. Su autor, el Sr. D. José Godoy Alcántara, nombrado Académico de número en 9 de Abril de 1869, murió en Archidona a 5 de Enero de 1875. Se imprimió con este título: *Historia crítica de los falsos cronicones, por D. José Godoy Alcántara. Obra premiada por voto unánime de la Real Academia de la Historia y publicada a sus expensas*. Madrid: Imprenta y estereotipia, de M. Rivadeneyra, calle del Duque de Osuna, núm. 3. 1868. En 8.º, 313 páginas».

9 En su *Essai* cit.

10 F. Fita: «Antiguas murallas de Barcelona», *Revista histórica*, Barcelona, enero de 1876.

Algo que percibía como aún más necesario, toda vez que no había historiadores hispanos o ibéricos antiguos que iluminasen aquellos tiempos lejanísimos desde un punto de vista autóctono, lamento que expresa con un visible sentimiento que pasa de lo patriótico a lo nacional y bordea lo nacionalista, pues –como escribiría en otro lugar– anda en busca de la *unidad interna de nuestra nación*[11], unidad que, idealmente, incluye Portugal, el otro país ibérico: «Cuán ardua empresa sea ésta [de reconstruir la Antigüedad ibérica o hispana], no hay para qué ponderarlo [...] Interrumpido con la conquista el desarrollo de una civilización original y propia, distinta de las clásicas, que venía elaborándose espontáneamente en nuestra patria, careció éste de escritores verdaderamente *españoles*[12], que fotografiasen en sus obras la actualidad, y con la actualidad el pasado, y para colmo de desdicha, los más de los apuntamientos recogidos por extranjeros, –griegos, cartagineses y romanos– se han perdido. Los escasos materiales con que la erudición inquieta y zahorí de nuestro siglo brinda al historiador, son vagos y poco consistentes, porque los desvirtúa el hecho de aparecer en ellos barajados y revueltos los elementos indígenas con los latinos, en lengua, derecho, poesía, instituciones, costumbres, ritos y creencias». De donde la necesidad, que Costa experimentaba como perentoria, de comportarse audazmente, porque los historiadores más conspicuos y aceptados en España no eran satisfactorios, sino acartonados y conformistas.

Como el montisonense no se arredraba con facilidad, consignaba sus nombres sin disimulo ninguno y picando muy alto: Vicente de la Fuente, Colmeiro, Marichalar, Amador de los Ríos y Modesto Lafuente (esa fue la lista) componían un panorama indicativo de la historia oficializada y académica, firmada por personalidades ilustres y, además, poderosas (todas ellas vivas, salvo la última) cuando Costa preparaba sus primeros escritos sobre los celtas, al concluir su doctorado como historiador.

Modesto Lafuente y Zamalloa había muerto en 1866, pero su impresionante *Historia general de España: desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, primera de gran tamaño, en veintinueve tomos, que podía sustituir a la del padre Mariana, era omnipresente y manejada incluso por sus detractores, incluido el propio Costa[13]. Del bilbilitano Vicente de la Fuente (1817-1889) cabe señalar que acababa de publicar (1873-1875)

11 En la lección 20 de su programa como opositor de 1875 presenta a Viriato, y también a Sertorio, como fundadores frustrados de la *nacionalidad* ibérica. En la 18 dedica un epígrafe a la *escritura nacional* prerromana. En la 26 aprecia un «sello común de nacionalidad» en los «ingenios hispano-latinos». Etc.

12 La cursiva es de Costa.

13 Joaquín Costa: *Oposiciones a la cátedra de Historia de España de la Universidad de Madrid. Programa y método de enseñanza* (I. Peiró, introducción), Zaragoza, IFC, 1997. Puede verse el texto en internet, en la web de la Fundación Manuel Giménez Abad, de las Cortes de Aragón, en el meritorio intento, inacabado, de digitalizar las obras de Costa, del que da minucioso detalle E. Fernández Clemente.

la segunda edición, ampliada, de los seis tomos de su *Historia Eclesiástica de España*. Manuel Colmeiro y Penido, compostelano (1818-1894), diputado, senador y académico a doble título, era autor de obras de referencia universitaria en Economía y Derecho políticos y, en particular, de una reciente, de 1873, que también manejó Costa, el *Curso de Derecho político según la Historia de León y Castilla*. Hacía, en cierto modo, complemento a la *Historia de la legislación y recitaciones del Derecho civil de España*, vasta excursión historicista en nueve volúmenes, que se editaron entre 1861-1872, redactada al alimón por Amalio Marichalar y San Clemente (1817-1877), marqués de Montesa, y el jurista e historiador Cayetano Manrique, estudioso del siglo XVI y columnista de *El Imparcial*. Amador de los Ríos, el más importante historiador general de la Literatura española en su tiempo, en lo que concierne al Costa anticuarista y aspirante a profesor reunía dos importantes condiciones: haber escrito los tomos referidos a los escritores romanos y godos de Hispania y presidir, en 1875, el tribunal de siete jueces que, entre una docena de candidatos, lo situaría en el tercer puesto, y no en el primero, como anhelaba el fogoso opositor, que renunció públicamente a figurar siquiera en la terna de aquella manera.

Costa, por su parte, incurrió en errores notables por varias causas, entre las cuales se cuenta su manejo superficial de los vocabularios de lenguas que desconocía, incluida la vasca, de los que, incansablemente, extraía explicaciones muy forzadas. Por el contrario, rasgo destacado de su labor fue su conocimiento de las fuentes tradicionales, incluidos los autores clásicos, tanto griegos como latinos.

Estuvo muy atento a las novedades epigráficas, como se ha dicho, pero no siempre acertó en sus propuestas de interpretación, y manejó materiales del magistral tomo II del *Corpus Inscriptionum Latinarum*[14]; a las numismáticas, a través de los mejores repertorios, considerables ya a partir de los

14 El volumen II del *CIL*, dedicado íntegramente a Hispania, fue mérito impagable de Hübner, agente en España de Theodor Mommsen, que le propuso el trabajo en 1858. Ernst Willibald Emil Hübner (Düsseldorf, 1834-Berlín, 1901), tejió en España, con ayuda de Aureliano Fernández Guerra, Antonio Delgado, Gayangos, Hinojosa, Gómez Moreno y, más adelante y con gran brío y eficacia editora, Fita (y, en grado menor, el propio Costa, con ánimo cooperativo y entusiasta), una sobresaliente red de corresponsales y comunicantes con cuyas informaciones, unidas a su propio y excelente saber, compuso una obra que era algo más que un repertorio epigráfico, a causa de su tarea de contextualización y por el rastreo y vaciado de las muchísimas fuentes humanísticas que contenían noticias o alusiones de interés epigráfico. Editado en 1869 y muy ampliado en 1892, puso, en fin, a disposición de los estudiosos cerca de seis mil quinientas inscripciones latinas antiguas científicamente editadas, ordenadas e indizadas, excluyendo solamente las cristianas, que no formaban parte del plan general de la obra, establecido desde Berlín por la Academia de Prusia. Anecdóticamente anotamos que Hübner, que viajó intensa y trabajosamente por España y Portugal, no logró ver en Zaragoza las gruesas tuberías de plomo con

de Zóbel y Delgado; y a las arqueológicas, que iba conociendo de primera mano por su asidua convivencia en el *BILE* con J. R. Mélida, persona muy competente. También los pertrechos de hombre de leyes acopiados por Costa aportaron un buen bagaje a la apoyatura de sus argumentaciones y discursos, pues no ha de olvidarse que, para el conocimiento, comprensión y aplicabilidad del Derecho, la Historia como clave fue una constante costiana. Manejó con soltura un amplio repertorio de autores y fuentes tardoantiguas, medievales y modernas en relación con los asuntos de la Antigüedad ibérica, tales como Juan de Bíclaro, Isidoro, Ildefonso, Martín de Dumio, Eulogio de Córdoba, Juan Tzetzes, Eustacio de Tesalónica, Brunetto Latini, Elio Lampridio, Julio Escalígero o Gianbattista Vico y su *Scienza nuova*, a todos los cuales, y a bastantes más de los humanistas españoles, se refiere habitualmente.

Recurrió igualmente a las actas conciliares, hispanas o no, para buscar en ellas vestigios de usos y derechos; y a las crónicas y a las colecciones legales de todo tiempo y lugar, de forma que la mente del lector deambula lo mismo por el *Fuero Juzgo* y la *Crónica General de España* que por los sínodos visigodos o los de Elbira y Arles, las *Leges anglosaxonicae*, el *Codex Calixtinus,* las Leyes hindúes de Manu, las *Partidas*, el *Quaderno de la Mesta* y la *Hitación* de Wamba, por citar algunos textos dispares a los que la erudición del aragonés convertía en asociados de su empeño.

Y, por su insistencia y exhaustividad, llama favorablemente la atención el prurito de amarrar bien sus proposiciones e innovaciones en la autoridad de los clásicos. Este es un punto notable en favor de su tarea, porque no dio por sentadas las interpretaciones ajenas y se afanó considerablemente en usar las fuentes, si bien es cierto que no siempre de primera mano.

Manejaba bien el latín y, al menos instrumentalmente, el griego, pues no en vano había cursado varias asignaturas de asunto helénico en su licenciatura de Letras. A pesar de su grave pobreza, extrema en algún momento, Costa, por su frecuentación de la Universidad, del Ateneo de Madrid y de la Institución Libre de Enseñanza, pudo satisfacer en alto grado su avidez lectora. Su breve, pero fructífera estancia juvenil en París, becado como aprendiz para la Exposición Universal de 1867 (propiamente, como 'artesano discípulo observador', es de imaginar que de albañilería), le dio una familiaridad con el francés que le resultaría utilísima y fundamental para el resto de su vida de estudioso, pues se mantuvo al tanto de las novedades bibliográficas europeas principalmente a través de esta lengua, académicamente tan activa entonces, a la que se traducían muchas obras de importancia, tanto del alemán como del inglés. Así tuvo acceso a las

letreros descubiertas en 1804, al repararse el Puente de Piedra: para entonces, ya estaban perdidas. Sobre Hübner, A. U. Stylow / H. Gimeno Pascual: «Emil Hübner», *Pioneros de la arqueología en España del siglo XVI a 1912*, Alcalá de Henares, 2004, pp. 333-340.

atractivas ediciones de los clásicos de la casa Didot, los cuales superaban con mucho los textos antiguos referidos a Iberia que solamente podían hallarse en ediciones antiquísimas y sin propósito crítico, del tipo de las incorporadas a la *España Sagrada*. El acceso a estas ediciones francesas fue para él fundamental, sobre todo si se repara en que no habían nacido todavía algunos de los grandes repertorios que le hubieran sido de gran provecho en aquellos sus primeros años de actividad historiográfica, como la *Patrologia Latina* de Migne, que apareció entre 1879 y 1888, o la colección *Guillaume Budé des Universités de France*, que no lo haría hasta 1920.

Puede decirse que no omitió nada en este capítulo fundamental, manejando las más de las veces los textos de primera mano y, las menos, por autor moderno interpuesto. No existiendo entonces un repertorio sistemático y monográfico de escritores antiguos sobre España (el primero, del alemán Adolf Schulten, comenzaría a editarse en la Universidad de Barcelona en 1922 con el título de *Fontes Hispaniae Antiquae*) y sin ser Costa filólogo ni clasicista, es un mérito que procede subrayar y que el lector podrá apreciar en la relación aneja, que, sin aspiración de exhaustividad, demuestra el fervor que puso en el conocimiento de las fuentes convencionales para el estudio de la Antigüedad hispana.

Anejo

Algunos autores y textos clásicos mencionados por Costa en *La religión de los celtíberos* y en *Estudios ibéricos* (listados según la grafía actual):

Agustín de Hipona
Anacreonte
Apiano
Apolonio
Arriano
Artemidoro de Éfeso
Asclepiades de Mirlea
Ateneo
Avieno
Calistrato
Cárax de Pérgamo
César
Cicerón
Claudiano
Codex Euricianus
Codex Theodosianus
Columela
Digesta
Diodoro
Dión Casio
Dionisio de Halicarnaso
Dionisio Periegeta
Éforo
Escimno de Quíos
Esteban de Bizancio
Estrabón
Eugenio de Toledo
Ferécides
Filisto
Filóstrato
Flegón de Tralles
Floro
Frontino
Galeno
Gayo
Gregorio de Tours
Hanón
Herodiano
Herodoro
Heródoto
Homero
Horacio
Itinerarium Antoninianum
Jerónimo
Justino
Juvenal
Lactancio
Licofrón de Calcis
Livio
Macrobio
Marciano
Marcial
Mela
Nicolás de Damasco
Orosio
Ovidio
Pausanias
Píndaro
Platón
Plinio

Plinio el Joven
Plutarco
Polibio
Posidonio
Prisciano
Procopio
Prudencio
Pseudo Aristóteles
Ptolomeo
Prisciano
Quintiliano
Quinto de Esmirna
Salustio
Servio
Silio Itálico
Sófocles
Solino
Sozomeno
Tácito
Tertuliano
Timeo de Tauromenio
Tucídides
Ulpiano
Valerio Máximo
Varrón
Veleyo Patérculo
Virgilio
Vitruvio
Zonaras
Zósimo

El sembrador de ideas. Realismo y utopía en el reformismo social de Joaquín Costa

Cristóbal Gómez Benito

Joaquín Costa como pensador y reformador social

Sobre todos los perfiles intelectuales de Joaquín Costa, que son muchos, destaca y se sobrepone el de reformador social. Es desde la lectura de su programa de reforma económica, social y política, de cómo éste se va definiendo, perfilando, desarrollando, desde sus primeros escritos juveniles hasta sus años finales, como mejor se comprende todo su pensamiento, toda su obra, desde sus aportaciones a la filosofía del derecho y la ciencia de la Administración a la historia española (antigua, medieval, moderna y contemporánea); desde la economía a la antropología y el estudio del folklore; desde la sociología a la pedagogía; desde la agronomía a la ciencia política; desde la geografía al estudio de la literatura popular; incluso buena parte de su casi desconocida, por casi inédita, creación literaria no es sino un trasunto de sus preocupaciones sociales. Nada más lejos de la verdadera identidad intelectual de Costa que el marchamo (peyorativo) de erudito. Fue un gran erudito, desde luego, pero su erudición inmensa no se agota en un mero (y habría que añadir, disperso) saber, sino que ese saber estuvo siempre al servicio de una finalidad social: la mejora de su país.

Todos esos perfiles convierten a Costa en pensador social que en su despliegue intelectual evoluciona desde la filosofía del derecho (matriz disciplinar inicial) a la sociología, a medida que su pensamiento se sociologiza cada vez más, como bien ha advertido Alfonso Ortí. Y la expresión más clara y acabada de esa evolución es su *Colectivismo agrario*.

Costa, como pensador y reformador social, se sirve de las ciencias sociales, como instrumentos de progreso social, de modernidad. Concibe las ciencias sociales como herramientas que debían proporcionar el conocimiento de la realidad social y su compresión, para transformarla. Las reconoce (y en particular a la sociología) como ciencias auxiliares del progreso. Y como pensador social, adopta un punto de vista a la vez histórico y sociológico, como se evidencia en sus estudios históricos, incluidos los de historia antigua, donde defiende una historia social frente a la restrictiva historia política al uso.

Y como pensador social, el tema principal de la indagación de Costa es el de explicar la génesis de la formación social española contemporánea y los problemas para constituirse en una nación moderna, así como el de fundamentar científicamente sus programas de desarrollo político, económico y social nacional. En esta línea hay que considerar la opinión de José Ortega y Gasset cuando en 1911 con ocasión de la muerte del sociólogo altoaragonés, escribe: «lo científico en la obra de Costa es su concepción del problema español y su sistemática respuesta»[1]. Un proyecto que le lleva a buscar directamente en las fuentes (la filosofía del derecho, la literatura popular, las instituciones históricas de los pueblos hispánicos primitivos, la política colonial y comercial, la recogida y sistematización del derecho consuetudinario vivo, el análisis económico y técnico de las condiciones del desarrollo agrario español, etc.), los fundamentos empíricos, teóricos y doctrinales de sus propuestas. Mediante sus investigaciones históricas, jurídicas, económicas, sociológicas, agronómicas o políticas, Costa busca las raíces del atraso español y de los obstáculos a la democracia y el progreso social, a la modernización de España, y trata también de fundamentar teórica y prácticamente sus propuestas de reforma en todos los campos.

Porque a diferencia de muchos de los intelectuales de su época, Costa no se limitó a diagnosticar los «males de la patria» sino que se empeñó en promover soluciones «gacetables», como él decía, es decir, que pudieran ser convertidas en leyes o normas de rápida aplicación, implicándose muchas veces en su redacción y en su defensa en los más variados foros. Para Josep Fontana, Costa es un «hombre que buscó la renovación de su país a través de una política avanzada: por la vía revolucionaria, si fuese preciso. Conviene mucho no confundirle con todo ese amplio rebaño de declamadores del 'problema de España', que se le asemejan en el léxico y el estilo, pero que jamás descendieron al terreno de la acción concreta...»[2].

1 Ortega y Gasset, J. [1911] (1969): «La herencia viva de Costa», en *El Imparcial*, (20 de febrero de 1911), recogido en el tomo X de las *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, p. 172.

2 Fontana, J. (1971): *Joaquín Costa. El gran desconocido* (G. Cheyne, prólogo), Barcelona, Ariel, p. 8.

Y como político, Costa se ocupó de la política (las formas de gobierno, el sistema político, la acción política, la crítica de los obstáculos a la modernización y a la democracia, etc.) pero también y especialmente de las políticas concretas (económica, social, colonial, agraria, comercial, de transportes, pedagógica, de previsión social, del crédito, obras públicas, etc.), algo poco frecuente en los políticos de todo tiempo. Pues, a menudo, los formuladores de políticas concretas han sido técnicos o expertos en esas materias, pero han solido carecer de una finalidad política y social general, que dé sentido a esas políticas sectoriales. Y en el otro extremo, a menudo los políticos profesionales se han desentendido de las políticas sectoriales, sin entrar en los detalles de las mismas. Por el contrario, en Costa no se entiende al político general, sin el político sectorial y a la inversa. Y es esa doble condición una de las peculiaridades más positivas del pensamiento de Costa. De modo que en su personalidad coinciden el científico y el político, el técnico (o experto) y el reformador social. Una preocupación por las políticas concretas (como técnico y como político) que a menudo le valió el calificativo de arbitrista, en un sentido peyorativo; un calificativo injusto (aunque haya notas de ese arbitrismo en su pensamiento) pues sus propuestas están inusualmente bien apoyadas doctrinal y empíricamente.

La finalidad política última de muchas de las investigaciones sociales de Costa ya fue advertida sagazmente por el gran historiador Rafael Altamira cuando escribe: «El resultado práctico a que tienden las investigaciones del Sr. Costa y sus colaboradores ofrece gran analogía con el que persiguen en Rusia Vonontzov y los populistas [...], pues como los populistas rusos, afirma Costa que el colectivismo tradicional de España está llamado a ser la base de la organización industrial española, pero a diferencia de ellos, reduce hasta ahora el problema a la agricultura y a las industrias inmediatamente conexas»[3]. Identificando a Costa con los populistas rusos, una caracterización reconocida también por otros reputados estudiosos, y fundamentada y desarrollada por Alfonso Ortí desde mediados de los años cincuenta.

Todos estos rasgos convierten a Costa en un intelectual comprometido con su sociedad y con su tiempo. Costa llevó a cabo una crítica sistemática del sistema político de la Restauración, del funcionamiento de los partidos, del juego de intereses, de los conflictos, las alianzas, los programas, el parlamento, la judicatura, los acontecimientos o sucesos políticos y las posiciones de grupos y personas al respecto, la coyuntura, la estructura y el tiempo largo de la política, y lo hizo desde una doble condición: como estudioso y analista y como actor político que baja al ruedo desde su peculiar condición de *sujeto pequeño burgués inadaptado* (Ortí) y no pocas ve-

3 Altamira, R. (1935): «El renacimiento ideal de España en 1897», en *Cuestiones modernas de historia*, 2ª ed., pp. 287-288; citado por Ortí, A. (1987): «Regeneracionismo e historiografía: el mito del carácter nacional en la obra de Rafael Altamira», en *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Fundación Gil-Albert, Diputación de Alicante.

ces excluido, campesino desclasado e intelectual mal acomodado. Costa puede ser considerado la imagen canónica del intelectual comprometido, crítico y fieramente independiente. Un compromiso que antepuso a cualquier otra consideración o cualquier interés, incluso el personal, sacrificando el estatus personal a su vocación y objetivos intelectuales, subordinando su carrera académica (como frustrado profesor universitario) y profesional (como exitoso oficial letrado, notario y abogado) a su labor pública como intelectual y reformador social.

Y la condición de intelectual, en el pleno sentido de la palabra, le fue reconocida en su tiempo con una unanimidad poco frecuente, por amigos y enemigos. Y si desde principios de los años ochenta Costa ya era conocido y respetado por los intelectuales como economista, abogado o historiador, la crisis de 1898 hizo de él un tribuno nacional para los elementos políticamente activos y progresivos del pueblo español[4]. Como dice Ana María Rivas: «Sin estar necesariamente de acuerdo con las propuestas políticas de Costa para salir de la crisis que en su época padecía España, hay que reconocer, sin embargo, que Costa se anticipó a algunos de los problemas que actualmente centran el debate político, económico, social y cultural de nuestras sociedades: la relación entre el Estado y la sociedad, el tema de la soberanía popular en una sociedad de masas, los límites de la participación política en una democracia formal, el respeto al desarrollo de los pueblos conforme a sus tradiciones y modos de vida en equilibrio con la naturaleza...»[5].

Las contradicciones de Costa

A menudo se ha dicho del pensamiento de Costa que es contradictorio y que Costa (los diversos Costa: el técnico y el político, el joven y el viejo, el posibilista y el radical, el reformador y el revolucionario, etc.) se contradice. Y que se contradice porque carece de sistema, porque tiene intuiciones más que ideas. Si bien es verdad que hay en él contradicciones (no conozco a ningún pensador que no las tenga, por muy sistemático que sea); si lo es también que buena parte de sus grandes ideas son intuiciones poco elaboradas y desarrolladas (crítica que por otra parte choca en un país donde son escasos los intelectuales que hayan producido un pensamiento sistemático y bien desarrollado), no se puede derivar de todo eso que no tuviera un pensamiento coherente, articulado, desarrollado, sistemático. Porque lo tiene[6].

4 Jackson, G. (1976): *op. cit.*: 976:12.

5 Rivas, A.M. (1995): «Tradición y modernidad en Joaquín Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 12, pp. 35-50.

6 Sobre el sistema de Costa véase Gómez Benito, C. y Ortí, A. (2010): «Estudio introductorio» a *Joaquín Costa: la tierra y la cuestión social*, Madrid, CIS. Allí se argumenta sobre la existencia de sistema y coherencia del pensamiento costiano.

Costa, más que contradecirse intenta la conciliación de contrarios, lo que le sitúa en una difícil posición ideológica y política. Y si en el plano teórico Costa intenta armonizarlas, no siempre con éxito, encuentra más dificultad en el plano práctico, cuando intenta materializar esas síntesis armónicas en propuestas políticas.

La primera de esas contradicciones es el intento de conciliar tradición con modernidad. Es esa una constante en su pensamiento. Lo mismo cuando habla del progreso en la agricultura, al intentar conciliar el conocimiento científico y los adelantos técnicos de la época con el conocimiento popular, campesino, para buscar un encuentro armónico entre ambos, que cuando habla en términos similares entre la ley y la costumbre como fuentes ambas legítimas de derecho, o cuando considera el papel de las instituciones rurales tradicionales en el progreso de las comunidades rurales, buscando y encontrando en ellas soluciones susceptibles de aplicarse para la reforma social de la agricultura y de la sociedad rural. ¿Puede entenderse esta tensión entre aparentes contrarios como una muestra del conservadurismo o tradicionalismo de fondo de Costa? Recordemos que Azaña dijo de él que «su tragedia es la de un hombre que quisiera dejar de ser conservador, y no puede»[7]. Pudiera ser. Pero también nos podemos preguntar por el o los significados de lo tradicional y de lo moderno y a qué instituciones y circunstancias se asocian (y el carácter necesario o contingente de esa asociaciones). Costa, desde luego, no asume la modernidad (el progreso, en sus propias palabras) como una ruptura con todo lo anterior, como una borrón y cuenta nueva. Y es probable que su intento de conciliación demostrara un sentido histórico más profundo que los defensores de la modernidad abstracta. La proximidad de algunas ideas de Costa sobre ciertas «*instituciones míticas* con las posiciones del carlismo», como dice Azaña, es forzar mucho los parecidos. Los populistas rusos, como recuerda Altamira en la cita antes comentada, también volvían sus ojos sobre las instituciones colectivistas tradicionales, como el *mir,* como fundamento del nuevo orden socialista, lo cual tiene muy poco que ver con los tradicionalismos al estilo del carlismo. Pero mirando a nuestros días, al movimiento ecológico, ¿acaso no podemos considerarlo como un neopopulismo (ecológico)? La cuestión ambiental nos está obligando a repensar modernidad y tradición con otros parámetros. Pues bien, Costa ya estaba en ello. Lo cual no impide reconocer cierta tensión, puede que conflictiva, en la manera de Costa de abordar los retos de la modernización. Pero no era un tradicionalista.

Otro de los conflictivos intentos de Costa de conciliar contrarios es el de orden y revolución, o mejor dicho, entre Derecho y Revolución, implícito en su deseo de una «revolución desde arriba», «desde el poder». Para Costa, el Derecho es lo único que, salvando la justicia, puede parar los efec-

7 Azaña, M. [1930] (1976): *Plumas y palabras*, Barcelona, Crítica, p. 180.

tos desastrosos de la Revolución, haciéndola innecesaria, aunque por otra parte la comprende y en determinados momentos la considera inevitable. Pero en su filosofía del Derecho admite que el individuo pueda no obedecer al legislador (o al poder político) cuando éste se aparta de la realización de la justicia.

Hay un cierto temor en Costa a la revolución en cuanto movimiento subversivo espontáneo que genera desorden y con ello injusticias. Rechaza todo tipo de violencia. Pero teme también la reacción si la revolución no triunfa ni se consolida, pues eso significa retroceder aún más respecto al punto de partida. El recuerdo de la revolución de 1868 («la Gloriosa y la suerte de la Primera República) fueron para él una negativa experiencia. Pero cuando se enfrenta decididamente al sistema de la Restauración, tras el desastre colonial de 1898, y propugna la sustitución de la clase dirigente y defiende la República, desea, si bien de forma vaga, que un movimiento popular haga caer a la Monarquía y crear una nueva legitimidad política que sitúe en los puestos dirigentes a personas no comprometidas con el sistema de la Restauración. Aunque sea un juego especulativo, creo que la forma en la que se produjo el advenimiento de la Segunda República se ajusta bien a lo que Costa esperaba y propugnaba treinta años antes. Como dice Gil Novales[8], Costa «se ve preso entre la justicia de la revolución y el temor de la misma» citando palabras del propio Costa cuando afirma que «...el poder debe conjurar, no la revolución, sino la necesidad de la revolución» y «el legislador progresivo y reformista hace imposible al revolucionario».

Y en el proceso de radicalización política, desde 1890, Costa se va inclinando hacia la revolución de «abajo», como única salida posible. Para Costa, es ya el momento del «turno del pueblo», porque los intelectuales y dirigentes económicos y sociales han desertado de su papel histórico (el fracaso de las «clases directoras»), aunque él no haga nada salvo llamamientos iracundos a la revolución. Él no puede liderar ya esa alternativa y hay que verlo ya más como la manifestación de su desesperación que de un plan revolucionario claro. Pero por otra parte, la revolución tiene para él otro significado: no se trata de la forma de cómo se conquista el poder sino del alcance, del significado del cambio que considera necesario. Y en ese sentido lo que Costa propugna es una ruptura completa con el régimen de la Restauración, remplazar a los hombres, las ideas, las políticas, y hacerlo de forma rápida, *quirúrgica,* mediante un programa mínimo pero básico que responda a las principales problemas del país.

Y una última tensión no es entre democracia y dictadura, cuestiones que nunca fueron alternativas para Costa, sino entre parlamentarismo y decisionismo político. Mucho se ha hablado de la proclividad de Costa hacia una fórmula política decisionista, encarnada en la figura del «cirujano de

8 Gil Novales, A. (1965): *Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa*, Madrid, Península, p. 49.

hierro» y en su «no parlamento». Una lectura atenta y amplia del pensamiento de Costa, así como el conocimiento de su propia biografía deberían despejar toda duda de su compromiso personal y político con las libertades, con la democracia y con el parlamentarismo. Costa jamás aspiró a ejercer él mismo una dictadura personal ni defendió una solución de este tipo. Cuando en la recta final de su vida política, tras la crisis de 1898, cuestiona el parlamento y con él el sistema de partidos de la Restauración, lo hace porque considera que se ha abierto una brecha entre el liberalismo y el pueblo. No es su libertad la que defiende sino la de la inmensa mayoría del pueblo, porque «el pueblo no sabe o no puede leer; no se reúne ni se asocia, no imprime, no vota...» Lo que critica es que las libertades políticas proclamadas con la revolución liberal son puramente formales, ajenas a la realidad diaria del pueblo, y lo que él intenta es crear las condicione materiales para que esas libertades sean una realidad, para que haya verdaderos ciudadanos libres. Como liberal profundo, Costa rechaza el absolutismo, tanto en su versión monárquica (carlista) como en cualquier otra. Como liberal radical, Costa se opone a todos los obstáculos al despliegue de la libertad individual, en el plano de los derechos políticos (y la oligarquía y el caciquismo son los grandes obstáculos al ejercicio real de las libertades políticas), pero también en el plano de los derechos sociales (y la concentración de la propiedad es el principal obstáculo al ejercicio real de la libertad civil y de las libertades políticas).

Su confusa llamada al «cirujano de hierro» hay que entenderla, pues, en su progresivo proceso de radicalización política, determinado por la impotencia de llevar a cabo su programa dentro del sistema político de la Restauración, pero al que tampoco es ajena la conciencia dramática de que su tiempo se acaba, de que no puede esperar diez, veinte años, a que se den las condiciones para hacer factible su programa político (premonición patética de su cercana muerte, justo diez años más tarde). En mi opinión, obedece, más que a una teoría elaborada y asumida del caudillaje (aunque no faltan pruebas de intentos teóricos sobre la acción tutelar de los grandes dirigentes en la historia de los pueblos), a las urgencias derivadas de su premonitorio y cercano final. De este modo, su permanente defensa de la «revolución desde arriba», de revolución desde el orden, cede, finalmente, a una (tan poco definida como muy desesperada) «revolución desde abajo», al «turno del pueblo», expresados en sus escritos posteriores a 1902. Hay sólidos indicios en los papeles de Costa de que la imagen de ese «cirujano de hierro» a lo que más se parece es a la figura del «dictator» de la República romana, un personaje de reconocido y respetado prestigio al que ante determinadas emergencias el Senado le daba plenos poderes (*imperium)* durante un período limitado, de cuyos actos debían responder pasado ese período de emergencia. Desde ese punto de vista, Costa lo que está planteando es un proceso que dé lugar a un ejecutivo fuerte que gobierne con «actos» más que con leyes» para acometer las reformas fundamentales para que la democracia parlamentaria pueda discurrir sobre

bases sólidas y estables y sus beneficios se universalicen y no sean el privilegio de unos pocos. Pero lo que no acierta a definir es el carácter de la movilización política, la naturaleza de ese proceso que desemboca en un cambio de régimen. Y tras la normalización, su modelo político es el de una república democrática presidencialista. Así pues, la contradicción política de Costa (aquí sí hay una clara contradicción) es la de pretender una movilización popular justiciera, orgánica e inmediata (y en este sentido imaginaria) contra la dominación oligárquica del bloque altoburgués, pero sin ser capaz de concebir otra forma organizativa para su éxito que la del liderazgo de la propia «intelligentsia» pequeñoburguesa liberal, cuando esta tácita e idealizante alianza de clases y esta vía de articulación política había fracasado ya históricamente en la República de 1873.

Como bien señala Azaña, lo del «cirujano de hierro» es «hijo de su cólera, no de su pensamiento»[9]. Pero lo que sí está claro es la falta de fundamento para calificar a Costa de «prefascista» como hiciera con más éxito que rigor Tierno Galván.

Realismo y utopía en el programa político de Costa

Es opinión aceptada que Costa no supo ver el significado de algunos procesos inherentes a la modernidad, como la industrialización y la urbanización (con sus implicaciones sociodemográficas). No ve bien las consecuencias inevitables del proceso de constitución de la moderna civilización urbano-industrial, más allá de su expresión capitalista. Y le preocupan los efectos disolventes de estos procesos, como la excesiva división del trabajo y el proletarismo, factores que llevan el germen de la conflictividad social. Su visión es ruralista: trata de ruralizar la sociedad toda, más que urbanizarla, como poéticamente se expresa en un brindis al final del congreso de agricultura de 1880: «Tablero surcado de un sistema arterial hidráulico, esplendida obra de arte; Que todo el territorio sea pradera entapizada y rebaño sin fin, dividido, espaciado; Población sin ronda y sin suburbios, inacabable red de casas diseminadas por los campos, á derecha é izquierda de los caminos y de las carreteras, verdaderos Estados domésticos, habitados por propietarios del coto que labran, y dueños de su albedrío; Vergel y bosque de árboles frutales, forrajeros y maderables, que surtan de pan gratuito». Un sociedad rural abundantemente poblada, dispersa por el territorio, basada en una agricultura familiar floreciente, con el complemento de una industria asociada a ella, con una economía diversificada, y con el complemento de una propiedad colectiva, de carácter concejil o comunal, base material de la autonomía local.

El ideal social de Costa se resume en una concepción de la riqueza sin explotación; de una sociedad armónica organizada básicamente en la existencia de una multitud de pequeños propietarios autónomos, poseedores

9 Azaña, M. [1930] (1976): *op. cit.*, p. 184.

de una propiedad familiar, reduciendo la presencia de la gran industria y del gran cultivo lo máximo posible. Incluso considera aún mejor que el trabajador agrícola convertido en propietario dispusiera también de una pequeña o «mínima industria» así como el trabajador industrial convertido en propietario disponga también de un pequeño coto o «mínimo cultivo»[10]. Un ideal de sociedad, que por extensión, se compone no como una suma de personalidades, sino «como un ser propio que realiza su vida en el espacio y que por tanto tiene derechos sobre este espacio», según una concepción organicista de la sociedad. Ideal cuya expresión máxima se concreta en la figura del pequeño cultivador, propietario de sus tierras y de su hogar, dueño de su destino, libre e independiente, miembro de una comunidad de iguales, así mismo libre e independiente[11].

Una sociedad basada en los derechos derivados del trabajo y el mérito personal, sin privilegios heredados de ningún tipo, pluriclasista pero sin monopolios ni excesiva concentración de la riqueza, cuyo enemigo es la renta y la concentración (centralización según sus propias palabras) de la propiedad de la tierra, que considera excesiva e ilegítima, centralización que constituye la base social de la oligarquía y del caciquismo y ve al Estado de la Restauración, expresión institucional del liberalismo doctrinario, como el Estado de los propietarios. Para Costa, no hay propiedad legítima más que la que se deriva del trabajo propio: «La propiedad individual no puede legítimamente recaer sino sobre los bienes que sean producto del trabajo individual; la tierra es obra exclusiva de la Naturaleza; por consiguiente, no es susceptible de apropiación» (1897). Pues el derecho natural de cada hombre al producto íntegro de su trabajo se antepone al derecho de los no-productores, los propietarios, cuya renta, como extracción de parte del producto del trabajo ajeno, es considerada como un robo. En definitiva, una filosofía social de carácter liberal, de un liberalismo radical y social, que quiere remover los obstáculos objetivos (pobreza, ignorancia, estructuras caciquiles...) estructurales, a la libertad real del pueblo.

A pesar de ese ideal social ruralista, marcadamente utópico, lo relevante de Costa es su despliegue teórico y empírico para fundamentar su programa de reforma social. Si hay que reconocer que el ideal social último de Costa, con su excesivo componente ruralista, tiene un claro componente utópico, también hay que reconocer el realismo de su análisis del proceso conflictivo y desequilibrado de la revolución liberal en España y del proceso de desarrollo y modernización de la economía y de

10 Un ideal pues de reducir todo lo posible la división del trabajo y la producción en gran escala, en un afán de buscar la máxima autonomía del individuo y de la familia, ignorando, pues, la naturaleza de algunos de los procesos sociales y económicos contemporáneos.

11 Véase Gómez Benito / Ortí (2010): Estudio introductorio a *Joaquín Costa: La tierra y la cuestión social*, Madrid, CIS, pp. 146-147.

la sociedad españolas, así como el realismo de su programa de reforma económica y social.

Respecto a lo primero, el análisis de Costa se centra en el proceso de dualización campo/ciudad (dualización sectorial, económica y de «clase»), dualización que entiende potencialmente muy conflictiva. Asumiendo como definitivas (a nivel de principios y de realidades institucionales) las conquistas de la revolución liberal (libertades individuales, sufragio popular, parlamento, partidos, división de poderes, etc.), Costa va más lejos, pues denuncia que la inmensa mayoría del país no goza de estas libertades y derechos. Y que los excesos (esterilidad) del liberalismo doctrinario y del sistema político de la Restauración impiden la acción real de gobierno, tal como se gobierna en Europa: con políticas constructivas, que enriquecen al país, que lo modernizan, que lo desarrollan; que extienden sus escuelas, sus ferrocarriles, que desarrolla su agricultura y su comercio, y su industria, y su ciencia y su tecnología; que posibilitan y protegen las condiciones de vida básicas para toda la población, especialmente para los más necesitados. Y lo que plantea Costa es que las reformas económicas y sociales deben anteceder (o al menos ir en paralelo) a las reformas políticas (de ahí su materialismo de base), pues «quien tiene la llave del estómago, tiene la llave de la conciencia». De ahí, también, los dos componentes básicos de todo su programa («escuela y despensa»). Construcción física y espiritual de un español nuevo, sujeto pleno de sus derechos y ciudadano libre.

En realidad lo que Costa plantea se puede entender desde la distinción de Thomas H. Marshall (1950) entre derechos civiles, derechos políticos y derechos sociales, siendo estos últimos los propios del Estado Social de Derecho (lo que ha sido el Estado del Bienestar), pues son los que garantizan la libertad e igualdad reales, ya que éstas no son posibles si se carecen de unas mínimas condiciones materiales de existencia. Y eso es precisamente el argumento y el objetivo principal del programa de reforma social de Costa: que el Estado, directamente y a través de las reformas económicas y sociales garantice esas condiciones para que pueda hablarse de una ciudadanía plena. Ese es el núcleo del programa político de Costa y la gran contribución de Costa al pensamiento reformista español.

Se puede definir, por tanto, el programa de reforma nacional de Costa como el programa de un liberalismo radical y de un reformismo social, que busca construir las bases materiales para que sea posible de verdad una democracia en España, o dicho de otra manera, remover los obstáculos objetivos (pobreza, ignorancia, estructuras caciquiles...) estructurales, a la libertad real del pueblo. Partidario de la intervención del Estado y la utilización de la ley para imponer la reforma social, en cambio no es un estatalista. Ve en el Estado un aliado de los desposeídos, no una institución omnipresente; un Estado fuerte, pero mínimo y descentralizado, respetuoso con los organismos intermedios y con la diversidad social y cultural, no homogéneo.

Y junto a esta idea central, es importante el modo en que Costa concreta, en programas sectoriales, un programa de reforma social y económica general para el país. En este sentido, la mayor parte del programa de reformas de Costa es no sólo realista, por factible, sino también porque era el adecuado para el caso español, además de coincidir sustancialmente con el contenido de las políticas sectoriales que se estaban aplicando en Europa o que se han aplicado en el primer tercio del siglo XX, especialmente desde programas socialdemócratas o similares. En ese sentido, Costa se anticipa en muchos aspectos. Pero además el programa de reformas de Costa inspiró casi todos los grandes proyectos reformistas planteados en las décadas siguientes a su muerte, especialmente durante la Segunda República[12], desde la política hidráulica, a la política agraria, desde la política pedagógica a la de infraestructuras, desde la administración de justicia a la política comercial. El conjunto de esas propuestas en los más diversos campos de la acción pública, que suponían la extensión de la intervención del Estado a nuevos ámbitos de la vida social, constituye sin duda alguna el programa de desarrollo nacional más completo elaborado por cualquier político español en la España contemporánea. Un programa de desarrollo orgánico, equilibrado y desde la base[13]. Todo el programa de reformas económicas y sociales de Costa se orienta a legislar a favor de la «blusa y el calzón corto», es decir, para las clases populares, para el campesinado y los trabajadores del campo y de la industria, conteniendo una claro carácter de clase. Su significación hermenéutica estriba en que se le puede considerar como clave histórica interpretativa fundamental del desarrollo a largo plazo de la Revolución Liberal en España, así como su significación estructural para la comprensión de los problemas básicos de la necesaria y urgente reforma económico-social y modernización, desde las mismas bases agrarias, de la sociedad española de 1900[14].

La obra y el proyecto político de Costa representaban como ninguna otra la alternativa real del (finalmente) fracasado proyecto de un liberalismo social y reformista: la vertebración de la disforme, desequilibrada y conflictiva España de los siglos XIX y XX, a través de la acción de un Estado liberal intervencionista y «resocializador»[15]. Su fracaso personal fue el mismo que el de otros muchos grandes reformistas españoles contemporáneos. El fracaso de ese programa fue el mismo que el de tantos otros grandes programas reformadores, como los que se acometieron en la Segunda República, pero, paradójicamente, ese fracaso es un fracaso relativo, pues, como ya he dicho, su ideas inspiraron gran parte de las refor-

12 Como advirtió, entre otros, Méndez Calzada, L. (1943): *Joaquín Costa, precursor doctrinario de la República española*, Buenos Aires, 1943.

13 Gómez Benito / Ortí (1996): *op. cit.*

14 Gómez Benito / Ortí (2010): *op. cit.,* p. 41.

15 Gómez Benito / Ortí (2010): *op. cit.*, p. 24.

mas económicas y sociales del siglo XX en España. Decía Azaña que «todo Costa es, seguramente, realizable el día menos pensado, sin que desaparezca ninguna de nuestras aspiraciones actuales»[16]. Pues bien, Azaña no entendió el significado político del programa costiano y, por otra parte, su realización, además de encontrar numerosos obstáculos, no se hizo el día menos pensado, sino que se retrasó mucho tiempo, y cabe preguntarse que si se hubiese realizado en su tiempo cuál hubiera sido la historia de España en el siglo XX.

16 Azaña, M. [1930] (1976): *op. cit.*, p. 180.

Joaquín Costa, economista

José Mª Serrano Sanz

Es difícil aprehender a Joaquín Costa. Ya concluyó su mejor –o más bien único biógrafo verdadero hasta ahora– que era «el gran desconocido» (Cheyne). Seguramente esa dificultad ha llevado a cuantos han escrito sobre él a intentar sintetizar su figura en una expresión lapidaria. Su pariente Pedro Martínez Baselga, se vió obligado a titular su libro *Quién fue Joaquín Costa* para concluir con un enternecedor, pero insuficiente, «un hombre muy bueno». Ese tono personal fue una salida utilizada por más de uno. Así, su íntimo Francisco Giner de los Ríos, hombre siempre contenido, lo llamó en carta particular»el más adorable baturro que existe», mientras Azorín, a medio camino entre lo privado y lo público, habló de su «fiereza candorosa». Otros optaron decididamente por su faceta de hombre público: Antón del Olmet le dedicó una expresión típicamente decimonónica y grandilocuente «el más egregio patriota», mientras, en un tono más moderno y comprometido, Ciges Aparicio lo calificó como «el gran fracasado».

Del mismo modo resulta complicado encontrar una síntesis para el Joaquín Costa polígrafo. Se puede predicar con fundamento su condición de «historiador» (Hinojosa, Gil Novales), «sociólogo» (Altamira), «educador» (Moret, Cossío), o «filósofo del derecho» (Pérez de la Dehesa), entre otras. Basta aproximarse a su obra desde una determinada óptica profesional para descubrir la enjundia de sus trabajos y reclamar para él un puesto en cualquier disciplina. También en la economía, por cierto, según trataremos de mostrar en las próximas páginas. Quizá esta multiplicación de per-

sonalidades indica que para definirlo es necesario leerlo en conjunto y con detenimiento, pero esto será complicado mientras siga faltando una edición cuidadosa de sus *Obras completas*. Sólo entonces su condición integral de estudioso desbordará las visiones fragmentarias ahora dominantes y, sobre todo, permitirá relativizar su imagen omnipresente de protagonista de un frustrado regeneracionismo político. Ya lo dijo Marcelino Menéndez Pelayo cuando le pidieron su opinión: «Para hablar de Costa, a quien he querido porque fuimos condiscípulos, necesitaría hacer lo mismo que si se tratara de un escritor antiguo: leer uno a uno sus libros cronológicamente». Un siglo después aún no cabría pronunciarse.

Calificar a Costa de economista, por otra parte, no hubiera sorprendido lo más mínimo a sus coetáneos. En realidad, sólo puede extrañar a quien contempla el pasado desde la óptica del presente y piensa en la de economista como en una profesión familiar, con sus Facultades, sus Colegios oficiales, sus revistas y hasta sus Premios Nobel. Pero situados algo más de un siglo atrás, el término no se utilizaba en un sentido restringido, porque no había siquiera estudios universitarios específicos. Por entonces, pocos intelectuales podían ser considerados economistas con más argumentos que Joaquín Costa.

La economía estuvo desde el principio de su formación, apareció enseguida en sus escritos juveniles y se mantuvo presente a lo largo de toda su obra, de un modo difuso o incluso en el primer plano. Tanto en el Costa estudioso o investigador como en el político –por seguir la atinada división de Pérez de la Dehesa– aparece de continuo su preocupación por la economía. Esto, claro está, era una necesidad ineludible en el Costa político que, desde su perspectiva, proponía reformas para mejorar las condiciones materiales de los españoles. Pero era igualmente imprescindible en el Costa estudioso, quien en sus trabajos podía acumular cantidades ingentes de erudición, pero nunca perdió de vista su condición de reformador social.

La economía en el Costa investigador

Fue Ramiro de Maeztu, en 1911, el primero en dar gran importancia en la formación de Costa a su visita a la Exposición Universal de 1867 en París; allí habría adquirido conciencia del atraso relativo de España y de esa conciencia el impulso reformista que siempre alentó. Aunque con distinto énfasis todos los estudiosos coinciden en señalar la importancia del viaje, algo, por otra parte, fácil de deducir tras leer *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca*, el libro que escribió a la vuelta. En el comienzo mismo del libro sitúa una interrogación, «Por qué no hemos adelantado», que será *leit motiv* de su trabajo a lo largo de los años y le obligará a volver una y otra vez a la economía. La respuesta la acaba encontrando en las condiciones naturales, las instituciones y la instrucción. Todo ello se puede corregir con políticas ade-

cuadas, cree Costa, y a reflexionar sobre tales problemas y diseñar las políticas pertinentes dedicará buena parte de su vida.

Pero no sólo París le mueve a interesarse por la economía. También sus estudios de Derecho y Filosofía en la Universidad de Madrid y, acaso más precisamente, su sintonía inmediata con los krausistas, que se convertirá desde ese momento en otra constante en su vida. El hecho es que en 1873 escribe en su *Diario* un párrafo, citado por Antón del Olmet, que no puede ser más expresivo de su pretensión de convertirse definitivamente en economista (por cierto, en el párrafo hay algunas profecías curiosas sobre el devenir político de los años inmediatos): «Se ha proclamado la República (por renuncia de Amadeo) y ha comenzado a hacer sus pruebas. Predije parte de lo que sucedería; decía yo: 'los radicales se harán republicanos y los sagastinos alfonsistas'; vendrá la República, el ensayo. Como todos los principios será fatal. Ocurrirá la Restauración, con Alfonso, durante diez o doce años, y volverá la República más racional y prudente, porque el país estará desahogado, el pueblo educado y menos crédulo, y los propagandistas serán más prácticos, menos utópicos... En esto ¿qué papel puede tocarme a mí? Si fuese *catedrático en Madrid, ser uno de estos propagandistas racionales, con predominio de la cuestión económica, durante estos diez o doce años; fundar escuela, formar un núcleo de nacionalistas, armónicos en Economía*, y a la caída de D. Alfonso, ser Gobierno. Esto puede ser si consigo ser *profesor de Economía en Madrid*; si no nada» (el subrayado es nuestro). El hecho es que un año después, en 1874, pasó varios meses –según Cheyne– escribiendo una «Memoria sobre concepto y Plan de la Economía», para optar a una plaza de profesor auxiliar, aunque abandonó el trabajo al suspenderse el concurso.

A partir de ese momento abandonó la economía en sus intentos de conseguir plaza de profesor universitario, si bien tampoco obtuvo cátedra alguna de otra especialidad, como es bien sabido. Aprobó, en cambio, las oposiciones de oficial letrado, pero ni el empleo ni los destinos le satisficieron y al cabo renunció para volver a Madrid. Frustrada a la fuerza su vocación universitaria, «no llegó nunca a encontrar el verdadero empleo de sus fuerzas», escribió Eduardo Hinojosa y Cheyne, tras citarlo, añade «como abogado, notario, geógrafo y político, faltó a su vida la precisión y la perseverancia que hubiera mostrado si la Universidad le hubiera acogido en su claustro y si Concepción [la madre de su hija] para bien o para mal le hubiera aceptado». En efecto, una de las impresiones más claras que la vida de Costa transmite es la escasa constancia en el ejercicio de cada profesión y hasta en los lugares de residencia.

A su regreso a Madrid en 1880, la economía volvió al primer plano en los trabajos de Costa y durante los años que van hasta las oposiciones a notario, al final del decenio, una cuestión tan estrictamente económica como el comercio, fue uno de sus temas principales de estudio y escritura. Por un lado, se convirtió en fervoroso propagandista del librecambio y, por

otro, la geografía o la cuestión colonial las veía estrechamente asociadas a los problemas comerciales. Y ni siquiera se dedicó en exclusiva a estos temas, por supuesto, sino que mantuvo como siempre lo que Gumersindo de Azcárate denominó en su Necrología «una actividad prodigiosa». Ejercía de abogado, daba clases en la Institución Libre de Enseñanza, donde además dirigió el *Boletín*, como después la *Revista de Geografía Comercial* y se ocupó también de agricultura, pedagogía y derecho, por citar lo más señalado. Aquí, no obstante, nos centraremos en la economía, lo que exige como paso previo una breve referencia al contexto intelectual de la materia en aquellos años y al entorno institucionista, clave siempre necesaria, insistimos, para comprender a Costa.

Fue en los años setenta del diecinueve cuando se produjo en toda Europa un cambio significativo en el mundo de las ideas económicas, que Joseph A. Schumpeter resumió diciendo que entonces «se rompió la alianza de la economía y el liberalismo». Gradualmente se perdió la confianza en que el libre mercado y la completa libertad de iniciativa individual fueran capaces de garantizar el progreso permanente y se abrió paso la idea de que ciertas intervenciones gubernamentales tenían sentido. La conciencia de que la cuestión social no se arreglaba de forma espontánea y las crisis económicas podían derivar en trastornos políticos, obligaron a ensanchar el catálogo de las medidas aceptables de la política económica. Los liberales extremos fueron pareciendo cada vez más cosa del pasado y una amplia gama de posiciones revisionistas e intervencionistas se abrió paso.

En España el liberalismo radical en economía había estado representado por la llamada *escuela economista*, en expansión desde mediados del siglo y en el poder durante el Sexenio. Entre sus nombres más representativos, Laureano Figuerola, Gabriel Rodríguez, Joaquín Mª Sanromá, José Echegaray o Luis María Pastor. Algunos de ellos eran personas no ya ligadas a la Institución por vínculos de simpatía, sino colaboradores permanentes y tan significados como Figuerola, primer rector.

Pues bien, será precisamente en el seno del krausismo donde se inicie la disidencia con la escuela economista y serán nada menos que Francisco Giner de los Rios y Gumersindo de Azcárate quienes la encabecen a mediados de los setenta. El primer hito fueron las *Lecciones sobre filosofía del derecho* dictadas por Giner en la universidad durante el curso 1873-1874, en las que consideró necesario exponer sus ideas económicas, para explicar las relaciones entre derecho y economía. De tales lecciones se tiene noticia por el resumen que realizó José Manuel Piernas Hurtado. Las críticas de Giner abarcan dos planos: el concepto de economía y los límites de la política económica. En cuanto al concepto de economía pretende nada menos que refundar ésta a partir de las bases filosóficas del organicismo krausista, pero esto no tuvo gran desarrollo. Sin embargo, fue mucho más llamativa su propuesta de que se debía utilizar el poder del Estado para remediar males de la economía, como la cuestión social. El segundo hito fue

la publicación en forma de libro en 1876 de los *Estudios Económicos y Sociales* de Gumersindo de Azcárate que recogía trabajos de los años anteriores. Con un lenguaje menos filosófico y más próximo al de los economistas y situado en la posición de un liberal reformista, marca claramente distancias con el optimismo de la *escuela economista*, abriendo también la puerta a una intervención más amplia del Estado en la vida económica. La confianza en que estaba naciendo una nueva escuela de economía, con sensibilidad por la cuestión social pero con los pies asentados en el liberalismo, será duradera entre los krausistas. Eso les permitió mantener una continuada distancia con el historicismo doctrinal y resistir lo que debieron ser tentaciones del socialismo de cátedra.

Este era el contexto intelectual en el cual se inició Joaquín Costa en la economía y no habrá que insistir en demostrar que tanto sus simpatías personales como sus opciones científicas estaban mucho más próximas a Giner y Azcárate, y su liberalismo revisado, que a los más ortodoxos componentes de la e*scuela economista*. Ya en su tiempo Piernas Hurtado –que en momentos clave, como tras el 98, colaborará con Costa en calidad de asesor económico (*Epistolario con Bescós*)– situaba en esa nueva escuela «que aspira a la armonía» a Giner, Azcárate y Costa, junto con él mismo. Ni siquiera con Gabriel Rodríguez, en cuyo despacho de abogado trabajó al volver a Madrid, parece haber tenido Costa una gran sintonía personal, a juzgar por algunas cartas a Giner, más allá, por supuesto, de la buena relación que cabía esperar de los muchos afanes e ideas que compartían. Entre éstas se encontraba, precisamente, el librecambismo, el único terreno en el cual los revisionistas no cuestionaron los postulados de la e*scuela economista* e incluso colaboraron activamente en las campañas de la época, como hizo el propio Joaquín Costa.

El movimiento librecambista español se había organizado en 1859 con la creación de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*, para promover la libertad comercial mediante mítines, conferencias o escritos. El arancel Figuerola pareció a unos la meta y a otros una transacción inaceptable y la Asociación se paralizó hasta desaparecer. En 1879 el grupo más radical decidió refundar la Asociación en una segunda época, ante lo que se consideraba amenaza de una deriva proteccionista. Al comienzo fue Gabriel Rodríguez quien estuvo al frente, pero enseguida llegó la reconciliación de las dos facciones y en 1882 pasó a presidirla Laureano Figuerola, decano indiscutible del grupo. Entre 1879 y 1893 la Asociación realizó 23 mítines públicos, aunque el grueso de su actividad se concentró en la primera mitad de los ochenta; después mantuvo una posición defensiva, cada vez más aislada en medio de la marea proteccionista que culminó en el viraje de comienzos de los noventa.

Pues bien Joaquín Costa estuvo tan comprometido con el movimiento librecambista de aquellos años como para ser miembro de la Junta directiva de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas* desde

1882 y tomar parte en cuatro de sus mítines durante los primeros ochenta. A partir de 1883 continuó en la directiva durante un tiempo, pero concentró sus esfuerzos en la Sociedad Geográfica y el movimiento colonialista.

El primero de los mítines en el cual intervino Costa se celebró el 26 de junio de 1881 en el Teatro de la Zarzuela y su lema era «Urgencia de la reforma arancelaria». Presidió Gabriel Rodríguez y Costa intervino en cuarto lugar, junto a José María Alonso de Beraza, Alberto Aguilera, Manuel Pedregal, Laureano Figuerola y Segismundo Moret. Además un proteccionista (Vallés) pidió la palabra precisamente durante la intervención de Costa y se le permitió hablar tras él. El segundo se celebró en el Teatro Apolo el 8 de enero de 1882, no tenía un tema específico y lo presidió ya Laureano Figuerola; junto a Costa intervinieron, entre otros, Pedregal y Azcárate. Sólo unos meses más tarde se celebró el tercero en el Teatro de la Comedia. Fue el 21 de mayo y el tema en esta ocasión «Urgencia del levantamiento de la suspensión de la Base 5ª de la Ley arancelaria: necesidad de decretar la libre importación de cereales». Presidió Figuerola y aparte de Costa hablaron entre otros Azcárate, Moret y Gabriel Rodríguez. Por último, el 24 de junio de 1883 y de nuevo en el Teatro de la Comedia se celebró otro mitin sobre el tema genérico «Estado actual de la cuestión arancelaria». También presidió Figuerola y en él intervinieron Pedregal, Azcárate y el propio Figuerola, junto a Costa.

«Costa poseía un don verbal sobresaliente. Hallaba con naturalidad los vocablos significativos y justos», diría años después Manuel Azaña, y, en efecto, estos discursos, variados en su forma y contenido, son un ejemplo paradigmático. Por otra parte se encuentran en ellos muchos de los temas importantes y recurrentes en Costa, desde la defensa de una agricultura modernizada, al interés por la proyección exterior de España. Pero también temas menos frecuentes como la fiscalidad, las relaciones entre industria y agricultura o sus juicios sobre la política comercial de la época. Todo ello los convierte en piezas imprescindibles para comprender no sólo las ideas económicas de Costa, sino para tener una visión de conjunto del Costa reformador. Por eso es de lamentar la poca atención que se ha prestado al Costa economista, y, en concreto a tales textos. Acaso debido esto último a su difícil accesibilidad, pues sólo uno de los cuatro discursos fue recogido en un libro de Costa (el del 8 de enero de 1882 en *Estudios Jurídicos y Políticos*), mientras los otros sólo se podían encontrar hasta una muy reciente reedición (*En defensa de la libertad de comercio*) en los folletos publicados en la época por la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas,* que no son fáciles de localizar.

Sobre el tema de la necesaria modernización de la agricultura y su relación con la libertad de comercio ya había pronunciado sendos discursos en los dos Congresos agrícolas celebrados en Madrid en 1880 y 1881, recogidos después en *Agricultura Armónica*. A la cuestión de la geografía y el comer-

cio, así como a las relaciones de la colonización y el comercio, prestó considerable atención en los ochenta: «desde 1881 intensifica su campaña africanista, convirtiéndose en organizador y motor de todos los actos notables que se realizan en varios años» (Ciges Aparicio). Los hitos más sobresalientes fueron el Congreso español de Geografía colonial y mercantil y su implicación en la *Revista de Geografía Comercial*.

Tras ganar las oposiciones a notario y marchar primero a Jaén y enseguida de vuelta a Graus, la geografía y el librecambio pasan a un segundo plano y cobra intensidad el Costa más erudito, que acabará desembocando en *Estudios Ibéricos*, *Colectivismo Agrario en España* o *Derecho Consuetudinario y Economía popular de España*, entre otras muchas publicaciones. Un repaso de su correspondencia con Altamira, recopilada por Cheyne, que se inicia en 1888 resulta ilustrativo sobre sus nuevos intereses.

Pero también en esta nueva etapa aparece a menudo la economía como trasfondo. Es más, para los economistas de la época Costa pasa a ser ejemplo de historiador económico. Así en *Estado actual de los estudios económicos en España*, el principal balance de situación coetáneo, Ramón de Olascoaga decía: «Hemos aludido en el primer capítulo de este trabajo al Sr. D. Joaquín Costa, jurisconsulto e historiógrafo de nota, y *que debe ser incluido entre los economistas, y en primera fila*, porque aunque ha escrito poco sobre Economía política, hay algún trabajo suyo de fecha muy reciente que a pesar de las pocas páginas que contiene revela estudios profundísimos y señala la senda por la que debieran dirigirse los economistas españoles» (el subrayado es nuestro). Se refería a *Colectivismo, Comunismo y Socialismo en derecho positivo español*. Años después, en 1927, un discípulo de Antonio Flores de Lemus y futuro ministro de Hacienda en la República, Gabriel Franco, en otro elenco de economistas españoles contemporáneos, situaba también a Costa como un destacado historiador de la economía: «Una plaza distinguida en lo que se refiere a estos trabajos de investigación [historia económica] es la que corresponde a Joaquín Costa, quien ya se había destacado anteriormente como jurisconsulto, historiador en el terreno de las cuestiones jurídicas e incluso como agitador político». De manera que los economistas de su tiempo sí tuvieron a Joaquín Costa por uno de los suyos.

La economía en el Costa político

La actividad propiamente política de Joaquín Costa se inició durante su primer paréntesis en Graus, a comienzos de los noventa, y desde el principio imprimió en la misma un sesgo económico. Costa venía a resolver problemas materiales de sus convecinos y no eligió como móvil de su actuación un discurso estrictamente político. Esto será una constante a lo largo de todas sus campañas, aunque en la última, la de Unión Republicana en 1903, habrá más equilibrio. Tenía, por un lado, un sentido instrumental, pues era una forma de marcar distancias con lo que entendía co-

mo retórica huera de los políticos de la Restauración. Pero, por otro, era un planteamiento de fondo, en la medida en que consideraba a libertad en abstracto insuficiente para quien padece dificultades materiales para sobrevivir. Y probablemente le sirvió de acicate para hacer de la economía su divisa, la profunda crisis en que se encontraba desde mediados de los ochenta la agricultura española, y en particular la de secano.

El tono abiertamente orientado hacia la economía se vió desde el principio en el propio carácter –y hasta en los nombres– de las organizaciones creadas para apoyar su acción política: Liga de Contribuyentes de Ribagorza en 1891, Cámara Agrícola del Alto Aragón en 1892 y Liga Nacional de Productores en 1899. No utilizó como plataformas asociaciones de afinidades políticas, como los partidos, sino agrupaciones de intereses económicos, con reconocimiento explícito de tales. En 1898 pretendió dar el salto a un partido, ya en el ámbito nacional, pero no lo consiguió y todo quedó reducido a la efímera Unión Nacional, cuyo fracaso pronosticó desde el principio. Finalmente en 1903 entró por unos años en Unión Republicana.

A pesar de ello tuvo esperanzas en la acción política convencional, al menos hasta el episodio de la Unión Nacional, pues no en vano se presentó a las elecciones para concejal en 1893 en Graus y para diputado al Congreso en 1896 por el distrito de Barbastro. De su propio testimonio, posterior a esta última elección, se sigue que hubiese acudido al Congreso a defender sus posiciones, en relación, por ejemplo, con la guerra de Cuba. Por contra, cuando finalmente fue elegido, en 1903 por Zaragoza en el seno de la Unión Republicana había perdido toda confianza y no fue siquiera a tomar posesión de su acta. Iría al Congreso, en cambio, en 1908, pero como particular para pronunciarse en contra del proyecto legislativo de Maura contra el terrorismo.

En su etapa de acción política hay documentos que merecen interés en un estudio del Costa economista. En particular, el discurso del 7 de septiembre de 1892 en Barbastro, preparatorio de la constitución de la Cámara, el manifiesto de 1896 a los electores del distrito de Barbastro, el mensaje de la Cámara Agrícola del Alto Aragón de noviembre de 1898, el programa de la Asamblea Nacional de Productores aprobado en Zaragoza en febrero de 1899, así como las posteriores declaraciones de la Liga; además de su discurso a la Asamblea municipal republicana.

Al examinar todos esos textos se aprecian simultáneamente continuidad y cambio en las ideas de Costa y en la forma de exponerlas a lo largo de esos breves años de activismo político. Continuidad por un lado, y no sólo en los lemas como «escuela y despensa», pues los problemas de instrucción y nivel de vida estuvieron permanentemente en el primer plano y no yuxtapuestos sino enlazados. Continuidad también al considerar a la agricultura motor del cambio económico que era necesario provocar y asimismo en verla desde la óptica de la España interior, con los secanos y la falta de

arbolado, agua, ganadería y montes comunales como problemas; en otras palabras, sin abordar otras cuestiones importantes, como los latifundios, por ejemplo. Continuidad, asimismo, en una perspectiva liberal de la hacienda pública, que ve casi siempre en el exceso de gasto la clave de los desequilibrios, prestando una limitada atención a los impuestos.

Pero al mismo tiempo, cambio en un doble sentido: las ideas son sensibles al contexto en que se formulan y van madurando en el fondo y la forma con el paso del tiempo. Su discurso de septiembre del 92 en Barbastro parte de una perspectiva estrictamente comarcal y no puede ser entendido sino en el marco de la crisis agrícola iniciada a mediados de los ochenta en toda España y del fracaso de la negociación para renovar el tratado comercial con Francia que arruinaba la viticultura (Serrano Sanz). En cambio, los *Siete criterios de gobierno* son una reflexión de madurez con una perspectiva nacional de largo alcance.

El *Manifiesto a los electores de Barbastro* de 1896 mantiene a la política hidráulica, los caminos baratos y el quimérico tratado comercial con Francia en primera línea, aunque aparecen también –como es lógico– cuestiones de política nacional: intereses mercantiles de España en América, economías en el presupuesto, reforma del régimen hipotecario o autonomía municipal, entre otros. La crisis agrícola se ha suavizado y la guerra colonial está todavía en sus inicios, por eso el texto tiene un tono menos dramático.

Todo lo contrario le ocurre al *Mensaje de la Cámara Agrícola del Alto Aragón* de noviembre de 1898, una vez consumada la derrota. El tono es ahora imperativo y urgente y la economía llena la primera mitad del programa de acción, que desarrolla con más detalle las ideas anteriores y trata de abarcar temas relegados antes, como la industria. Es preciso recordar que el texto estaba dirigido a los organismos representantes de las «clases neutras»: Cámaras, ligas, gremios, sociedades de amigos del país... Los rótulos de los diferentes apartados son ya ilustrativos de lo extenso del programa reformista costiano (por más que esté firmado por la Cámara, el texto y hasta los temas son inequívocamente costianos); Agricultura y colonización interior; Crédito, titulación, Fe pública, registro; Industria y comercio; Vialidad; Reformas sociales; Educación y ciencia; Hacienda y crédito público. Después vienen las cuestiones políticas.

Estos textos fueron la base de las conclusiones de la Asamblea Nacional de Productores celebrada en Zaragoza en febrero de 1899, las cuales pasaron a constituir el Programa de la Liga Nacional de Productores, allí creada. Las conclusiones se numeraron como puntos concretos, para hacer más fácil su aprobación asamblearia, y quedaron establecidas en 85, de las cuales son estrictamente económicas la mayor parte de ellas, 67. Aunque hechura de Costa –quien dirigió la reunión con mano férrea, al decir de diversos testigos– no todos los textos eran originalmente suyos. Quizá por eso hay algunas diferencias significativas con el programa de la Cámara al-

toaragonesa, al margen de que casi todos los puntos están más desarrollados. Así, aparece por primera vez el Banco de España, cuyos privilegios se denuncian.

Pero sobre todo se insiste mucho más en las reducciones impositivas y de gastos presupuestarios; probablemente esto se debía al tipo de asambleístas convocados. Y no estará de más recordar aquí que uno de los principales problemas que acabó teniendo el movimiento, ya en tiempos de la Unión Nacional, fue el fracaso clamoroso de su intento de organizar un amplio boicot al pago de impuestos como forma de protesta contra la vieja política. Un boicot que el propio Costa secundó aunque había estado siempre en contra, con el argumento –a la postre acertado– de que era útil como amenaza, pero podía descubrir la fragilidad de la posición de fuerza si se intentaba y fracasaba. Además lo extremado de las posiciones hacendísticas de la Liga se convirtió en una crítica al costismo que ha sido insistente: la incoherencia de pedir reducciones impositivas y, a la vez, grandes gastos en obras públicas, que no se podían compensar con las limitadas economías previstas.

Acaso el propio Costa fue consciente de tales desajustes, porque en la siguiente ocasión en que desarrolló un programa de futuro gobierno estuvo mucho más atento a proporcionar los gastos con los recursos. Fue en *Los siete criterios de gobierno*, su testamento político, según le habría advertido el autor a Marcelino Gambón (Ciges). El texto nacía del discurso pronunciado por Costa el 12 de febrero de 1906 en el Teatro Pignatelli de Zaragoza durante la Asamblea municipal republicana (Costa y Zaragoza, siempre en febrero, diría después Gambón). Se trata de uno de los grandes discursos de Costa y desde luego un programa político equilibrado en todos los sentidos y perfectamente jerarquizado.

El contexto aquí es un poco inesperado, desde la perspectiva del Costa de la Liga, porque el régimen de la Restauración ha mostrado una capacidad de reacción en el corto plazo que a muchos había sorprendido. En efecto, la estabilización de Raimundo Fernández Villaverde («tremenda, formidable liquidación de aquellas guerras» dice con cierta perplejidad el propio Costa) había logrado absorber en poco tiempo el descalabro financiero de la guerra y todos los presupuestos desde 1900 se estaban liquidando con superávit y así continuaría siendo hasta el comienzo de las hostilidades en Marruecos al final del decenio. Además, la economía española crecía con fuerza y hasta la peseta se había estabilizado. Había un problema en el encarecimiento de los alimentos, o subsistencias, al que Costa se refiere, pero era menos grave que la crisis finisecular. Incluso el régimen había superado la desaparición de Cánovas y Sagasta, el desastre o la coronación de Alfonso XIII y contaba en el horizonte con la nueva savia política que podían proporcionar dos personajes tan decisivos como Maura y Canalejas. Y algunos de sus viejos compañeros de viaje, que no por eso amigos, se habían integrado en el régimen, como Santiago Alba, subsecretario de la Presidencia con Fernández Villaverde en 1903. Probablemente todo ello

hizo al discurso mucho menos tremendista –aunque no por ello menos efectista– y más resistente al paso del tiempo.

Costa acudió aquí a los problemas de fondo de la sociedad española y propugnó remedios en las dos vertientes, económica y política, pero a través de un discurso elaborado y bien trabado, lejos de ese aire de ocurrentes yuxtaposiciones que a veces traslucían los primeros. Comienza por la educación y el cambio de mentalidad, la europeización, sitúa después a la economía como un medio para alcanzar un mejor nivel de vida y a la higiene, la salud y el progreso material en relación con el aumento de la esperanza de vida. Aparece entonces la necesidad de recursos presupuestarios extraordinarios para dar un triple impulso en esos objetivos y propone doce acciones concretas y coherentes. Los tres últimos criterios se refieren al procedimiento: «el mayor número de millones en el menor número de años posible», la exigencia de eficacia a la administración y el lema «gobernar por actos, no por leyes», que, en realidad, hay que interpretar como «hechos y no palabras», más que en un sentido jurídico. A pesar de su empeño de 1899-1900 por acumular medidas «gacetables» con los estudios de la *Revista Nacional*, los *Siete criterios de gobierno*, quizá resulten su programa más fácilmente trasladable a la *Gaceta*.

Sin embargo, el tiempo del Joaquín Costa hombre había comenzado a pasar. Retirado en Graus de nuevo desde 1904, ahora lo sería de un modo definitivo. Aunque realizó algunas salidas resonantes, como la mencionada, eran paréntesis con los que interrumpía su marcha del escenario público. La correspondencia con Giner y Altamira, pero sobre todo con Bescós, así como los testimonios familiares recogidos por Ciges, nos ilustran a la perfección sobre este último Costa. Doliente, y a veces intemperante, aunque acaso más tierno, no cejó un momento en su disciplina de trabajador prodigioso, ni abdicó de sus férreos principios por más que aumentaran su aislamiento. En realidad preservar su soledad en el entorno familiar y concluir su novela inacabada parecen haber sido sus últimos verdaderos afanes.

Todo cambió a partir del 8 de febrero de 1911, el día de su muerte. La conmoción fue generalizada y por un momento hasta los adversarios parecieron costistas y se sumaron a un amplio coro de alabanzas que provocó una verdadera avalancha en la prensa de escritos y declaraciones, que rivalizaban en elogios y manifestaciones de orfandad. Fue un verdadero «réquiem nacional», para utilizar la deliciosa expresión de José Carlos Mainer. Y su cadáver se hizo de repente propiedad de los políticos y las multitudes, desde que fue sacado de Graus en carro hasta su frustrado viaje en tren a Madrid con parada en Zaragoza, que resultó ser definitiva en el cementerio de Torrero. Allí se erigió el mausoleo en el que su fiel Manuel Bescós, sin duda con la mejor voluntad, dio carta de naturaleza a un Joaquín Costa que resultaba ser esencialmente político frustrado, al escribir en piedra: «Concibió leyes para conducir su pueblo a la tierra prometida. No legisló».

Referencias bibliográficas

AZAÑA, M.: «El cirujano de hierro según Costa», en *Obras Completas*, vol. II (S. Juliá, ed.) CEPC, Madrid, 2007.

AZCÁRATE, G.: *Necrología del Sr. D. Joaquín Costa Martínez*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1919.

CIGES APARICIO, M.: *Joaquín Costa el gran fracasado*, Espasa-Calpe, Madrid, 1930.

CHEYNE, G.: *Joaquín Costa el gran desconocido*, Ariel, Barcelona, 1972.

- *Confidencias políticas y personales: Epistolario Joaquín Costa – Manuel Bescós (1899-1910)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1979.
- *Estudio bibliográfico de la Obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Guara Editorial, Zaragoza, 1981.
- *El don de consejo: Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, Guara Editorial, Zaragoza, 1983.

CHEYNE, G. (ed.): *El renacimiento ideal: Epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira 1888-1911*, Ic. Gil-Albert, Alicante, 1992.

COSTA, J.: *Reconstitución y europeización de España*, Imprenta S.F. de Sales, Madrid, 1900.

- *Agricultura armónica (expectante, popular)*, Biblioteca Joaquín Costa, Madrid, 1911.
- *Política hidráulica (Misión social de los riegos en España)*, Biblioteca Joaquín Costa, Madrid, 1911.
- *Los Siete criterios de gobierno*, Biblioteca Joaquín Costa, Madrid, 1914.
- *Política quirúrgica*, Biblioteca Joaquín Costa, Madrid, 1914.
- *En defensa de la libertad comercial. Tres Discursos en la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*, Colección Economistas Aragoneses, Fundear / CEA, Zaragoza, 2011.

FRANCO, G.: «La teoría económica de nuestro tiempo. España», en *Anales de Economía*, 15, 1972.

GAMBÓN, M.: *Biografía y bibliografía de D. Joaquín Costa*, F. Gambón, Huesca, 1911.

OLASCOAGA, R.: *Estado actual de los estudios económicos en España*, V. Suárez, Madrid, 1896.

OLMET, A. del: *Los grandes españoles. Costa*, Madrid,

PEREZ DE LA DEHESA, R.: *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, SEP, Madrid, 1966.

PIERNAS HURTADO, J.M.: *Principios elementales de la ciencia económica*, V. Suárez, Madrid, 1895.

SERRANO SANZ, J.M.: *El viraje proteccionista en la Restauración. La política comercial española 1875-1895,* Siglo XXI de España Eds., Madrid, 1987.

La escritura y la política

Carlos Forcadell Álvarez

Joaquín Costa (1846) quiso ser y fue un hombre público y un escritor público. Durante el siglo XIX se va ampliando progresivamente el espacio público y las elites cultas y profesionales combinan y asocian la escritura (literaria, histórica, jurídica...) con una imprescindible vocación, actividad, presencia política; era una característica creciente y expansiva de la cultura liberal, desde Quintana, Espronceda o Martínez de la Rosa hasta Valera o Castelar. Si el Costa escritor concibió programas políticos, intervino en la vida política y pública de su tiempo antes de llegar al escaño republicano, también Galdós (1843) transitó de la literatura a la militancia republicana y al Congreso de los Diputados. Los más significados hombres públicos de la siguiente generación: Unamuno, Ortega y Gasset, Azaña, andarán también distintos caminos desde la escritura hasta la política.

Por tanto la biografía y la obra de Costa distan de constituir ningún tipo de anomalía en el escenario cultural, intelectual y político de la época, en el que él se encontraba naturalmente instalado; y tampoco Costa es ninguna figura extravagante entre las elites intelectuales europeas de la segunda mitad del siglo XIX, cuando en Francia, Alemania, Austria..., el camino de sabio y hombre de letras a político, aunando ideas y acciones, es un paisaje habitual y característico, iniciado en ocasiones desde una condición social humilde: Zola (1840) empezó como modesto empleado de la librería Hachette, el dublinés Bernard Shaw (1856), autodidacta procedente de familia de clase media amenazada de descenso social, fue concejal y

diputado socialista fabiano, también amigo de sentencias y profecías, por no desplazarnos, más lejos en el mapa, a la Rusia zarista y a los exponentes de la «Intelligentsia», significados por su oposición al peso de la tradición y de la religión en un régimen político injusto, por su defensa de una crítica teórica y práctica basada en el deseo de saber y de justicia, en valores morales, y en el cultivo del conocimiento científico e histórico.

Son elementos que formaban parte de la cultura europea y española de la época en los que toda biografía y práctica intelectual y política debe ser necesariamente insertada para ser comprendida y explicada. La imagen que nos ha llegado de Joaquín Costa, por el contrario, es el retrato de una «excepción» y, como tal, de una persona que rebasó, hacia atrás y hacia adelante, su tiempo histórico y, por tanto, fue incomprendida por su época («Moisés», «León tronante en el Sinaí», «Hércules truncado») y por sus contemporáneos, tanto como hoy ha acabado siendo un tanto incomprensible: «titán nebuloso», «Catón autodesterrado»..., y un notorio ausente: habríamos pasado del Costa «fracasado» de Ciges Aparicio (1930), al Costa «desconocido» (Cheyne, 1972), al Costa desaparecido de la actualidad.

Bajar a Costa del pedestal

Nuestro tiempo, estimulado por el recuerdo centenario, para reconstruir la significación de su persona y de su obra, ha de partir de su anclaje en la cultura europea y española de la época, y desde su propia biografía, para lo cual es imprescindible destruir la losa de la imagen de hombre excepcional que nos ha sido legada, ascendido a un panteón, olímpico o bíblico, deshacer las montañas de manipulaciones y usos interesados de su obra que se han acumulado, olvidarse de los desastres causados por todos que, desde 1911, se autodenominaron «costistas»; se trata de colocarlo, en definitiva, en la historia del ayer de su tiempo.

El conocimiento de su época y de su biografía es el que ha de proporcionar las claves para la comprensión de su obra intelectual y política, pues nada en la obra de Costa es ajeno a las incitaciones de su tiempo; su vastedad temática, por encima de su notable amplitud o aparente dispersión, tiene una extraordinaria lógica y coherencia interna, algo de lo que Costa también era consciente de forma natural; una obra que, después de ser manipulada o reiterada en sus aspectos más conocidos como un mantra ucrónico a gusto e interés de cada consumidor, puede y debe hacerse inteligible desde la historiografía de hoy.

Costa era un hombre público, escritor, estudioso y sabio, con vocación política como lo eran las elites españolas y europeas de su época. Un estudio fundamentado de las relaciones entre su escritura y sus proyectos políticos ha de constituir una clave importante y significativa de comprensión de la historia cultural e intelectual de la España de su tiempo, a caballo entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, así como la vía más efectiva para recuperar el significado y el legado de un destacado intelectual y polí-

tico liberal que hoy parece estar bastante desvanecido en los estudios e investigaciones de historia intelectual, cultural y política más recientes.

De modo que las razones por las que nuestro «fabricante de ideas» decidió subirse a la palestra política en 1896, a sus cincuenta años cumplidos, pueden constituir el tema de una buena pregunta. La vocación política se le da por supuesta desde la primera juventud: en su diario personal fantasea en 1873 (26 años) con el previsible fracaso de la I República, seguido de una restauración alfonsina que «durará diez o doce años y volverá la República más racional y prudente»; entonces será posible «fundar escuela, formar un núcleo de nacionalistas, armónicos en Economía y a la caída de Don Alfonso, ser Gobierno». No le faltaban al joven Costa pues, ni ambiciones ni cálculos políticos, pero esperó hasta 1896 para concurrir, sin ningún éxito, a las elecciones por el distrito electoral de Barbastro, y lo hizo además como candidato independiente, lo cual garantizó su invisibilidad para los votantes de «la más desagradecida de las provincias españolas... despreciadora de sus hijos ilustres que la sirven y honran» (1903). La acción política institucional de Costa fue rápida y meteórica, tras probar y ensayar sucesivamente las posibilidades que ofrecía el sistema, bien desde el interior del Parlamento y de la política oficial, como candidato a Diputado, independiente o en listas republicanas, o desde fuera, presionando desde organizaciones ciudadanas y corporativas como las Cámaras Agrícolas, la Liga Nacional de Productores o la Unión Nacional.

El tiempo y los caminos de la política

La decisión de pasar a la acción política concreta supone iniciar un nuevo camino: en este momento Costa se separa de sus queridos institucionistas y, en una carta a Giner de los Ríos que no sabemos si llegó a enviar, le reprocha estar incapacitado «para dar al elemento económico el primer lugar, para ver en él y no en pedagogías abstractas, ni en la conciencia del deber y demás filosofías de sobremesa, la condición primordial de una vida sana y honrada», un texto que, por su fecha, 1897, puede dar cuenta de las razones hondas que le llevaron a bajar al ruedo de la política, así como de los presupuestos materialistas de su crítica económica y política al liberalismo dominante en la Restauración, desde los que va a desarrollar la etapa final de su actividad intelectual y pública.

El tiempo de la política activa es corto, seis o siete años, entre su fracaso electoral de 1896 y el acta de diputado que obtuvo en 1903 en las candidaturas de Unión Republicana, pero constituye una etapa clave y fundamental en su biografía, porque es ahora cuando convierte sus ideas, sus análisis y elaboraciones doctrinales sobre la dirección de los asuntos públicos, sus convicciones y sus críticas, en programas políticos y en empresas políticas nacionales, que han de ser trasladadas al conocimiento general; la naturaleza y el alcance del artículo o del libro son constitutivamente diferentes del eco y difusión del mítin, del manifiesto, del discurso. El pro-

grama electoral que vocea en 1896 en la plaza de Toros de Barbastro es el capítulo VIII de su libro *Política Hidráulica*, sus propuestas agrarias, elaboradas desde un pionero y potente análisis (1880) sobre la crisis agraria finisecular, son uno de los ejes de su actuación al frente de la Liga de Productores y de la Unión Nacional, veinte años más tarde, sin que su más intensa presencia pública en estos momentos le impidiera estar escribiendo simultáneamente, con entusiasta dedicación, su *Colectivismo agrario en España* (1898).

Frustrado su primer intento electoral, Costa optó por hacer política desde los linderos del sistema y potenció las posibilidades que ofrecían la Liga de Contribuyentes de Ribagorza (1891) y la Cámara Agrícola del Alto Aragón (1892), organismos profesionales y corporativos que venía dirigiendo y a los que hizo desembocar en la Liga Nacional de Productores (1899) y en la Unión Nacional que dirigió junto con Basilio Paraíso y Santiago Alba (1900); entremedio había sucedido el «Desastre» de la pérdida de la guerra hispanoamericana, de las Antillas y de Filipinas, un potente estímulo, transitorio, para que los escritores públicos e intelectuales se consideraran en la obligación de opinar, proponer y pasar a la acción, una coyuntura que parecía abrir nuevas oportunidades políticas en el fin de siglo.

O Liga, o partido

Como advirtió Unamuno, tras el 98, eran los llamados intelectuales y algunos hombres públicos los que a cada paso hablaban de «la regeneración de España».Y Costa lo hizo mucho y muy alto, optando por entrar con más decisión en el escenario político, confiando quizás en que había llegado el momento en el que iba a poder convertirse en un actor principal; pesimista sobre las posibilidades del sistema de partidos realmente existente, alentó con energía un esperanzador movimiento de opinión sustentado por intereses de clases medias agrarias, mercantiles, profesionales, poniendo al servicio de la nueva empresa el capital de reconocimiento y de prestigio profesional e intelectual que había acumulado en la España de la Restauración. Pero el movimiento no desembocó en la constitución de un nuevo partido político, contra la opinión de Costa, quien sí que contribuyó destacadamente en estos momentos a difundir y elaborar las ideas y programas políticos que mejor definen las doctrinas regeneracionistas. La Unión Nacional, limitada a actuar como un grupo de presión ante Gobierno, Parlamento y Corona, fue abducida con facilidad por el sistema político.

Luego, a falta de partido, surgió la ocasion de agrupar a las distintas culturas y familias republicanas en 1903, al constituirse la Union Republicana, asamblea en la que Costa estuvo presente, confiando en que el partido renovado bajo la dirección de Salmerón pudiera constituir el vehículo de esa regeneración nacional para la que buscaba un espacio político desde mediados de los 90. La UR fue, brevemente, lo más parecido a un partido,

al menos en el plano electoral, en el que obtuvo ciertos éxitos, entre otros el de proporcionarle un escaño a Don Joaquín, elegido finalmente por Zaragoza, Madrid y Gerona. Agravada su enfermedad, y decaído su ánimo, cuando por fin su voz pudo tener tribuna parlamentaria, ni siquiera tomó posesión del escaño y remitió al poco su dimisión oficial a Salmerón «renunciando definitivamente a la vida pública»(1904).

Para recomponer en la actualidad la obra y la personalidad de Costa, y para que puedan ser reconocidas como destacados testimonios de nuestra historia intelectual y cultural, se imponen, como vías de trabajo, un par de evidencias, normalmente frecuentadas por los historiadores: la consideración, por una parte, de la radical unicidad entre su obra escrita y su acción política, una coherencia y lógica interna que también existe en el interior de esa vasta y heterogénea obra publicada que intérpretes o usuarios de Costa han troceado inmisericordemente (Costa jurista, sociólogo, historiador, geógrafo, economista, agrarista, filólogo, novelista...), con el efecto de adjudicarle para la posteridad la imagen –escasamente atractiva– que nos ha llegado de él como un polígrafo curioso distraído en una multiplicidad de temas por su propensión a la grafomanía; una segunda evidencia analítica, difícilmente eludible hoy, consiste en atender a la más desconocida vida privada, no tanto por curiosidad, sino porque incluso la vida pública de las personas, grandes o pequeñas, solo queda cabalmente comprendida si se acierta a relacionarla con el ámbito de lo privado y de la totalidad de la experiencia personal.

El «héroe» ausente

Del hecho de que Joaquín Costa siga siendo hoy, si no desconocido, sí muy mal conocido, se deriva su muy llamativa condición actual de ausente que puede ser ignorado y prescindible por la historiografía política y cultural más significativa; tan ausente en la historia del panteón intelectual español hoy como presente estuvo en el mismo: admirado por Unamuno o por Galdós, reconocido por Ortega como precursor de la necesaria europeización de España, un Ortega y Gasset que se lo imaginaba entre los libros «como un potente búfalo que abreva» (1911), «poderoso educador» para Moret, «enseñanza y ejemplo de las generaciones venideras» en palabras de Canalejas..., un «héroe» de antaño que el tiempo ha acabado, hoy, por abatir.

La contradicción entre el reconocimiento de su excelencia política e intelectual en su tiempo y su olvido historiográfico en la actualidad resulta llamativa y solo puede deberse, en el fondo, al profundo desconocimiento que tenemos todavía de su vida y obra. Costa fue muy leído, pero también mal leído; hoy se le sigue leyendo poco, y sobre todo, mal. Algo inevitable cuando existe una obra inédita pendiente de establecer y de estudiar y una obra póstuma por desmontar y reconstruir, junto con la que publicó en vida. La Biblioteca Costa que organizó su hermano To-

más entre 1911 y 1917 ha sido una fuente absoluta de errores: improvisó títulos nunca escritos ni programados por Joaquín, reunió materiales heterogéneos sin citar fuentes, separó y agrupó textos arbitrariamente, agrupó con títulos inventados escritos de diferentes épocas, llegando en ocasiones a insertar textos falsos. A Cheyne le costó un libro desbrozar parcialmente el desaguisado organizado por el militante primorriverista que era su hermano Tomás, estableciendo 834 fichas de publicaciones y 137 de manuscritos inéditos (1981). A todo lo cual hay que añadir el abuso y la distorsión de que fue objeto su obra y su biografía en nuestro particular y largo «siglo de los dictadores». En todo caso Costa está a la espera de disponer de su Ortiz Armengol (Galdós), Rabaté (Unamuno), Lissorgues (Clarín), Santos Juliá (Azaña)...

Así no es extraño que la obra de Costa, conveniente e inevitablemente troceada, parezca el desván o cacharrería de un ávido anticuario en el que se acumulan desordenadamente pensamientos y textos, por lo general bien razonados y documentados, sobre los precios de la cebada o de los garbanzos, el cultivo del algodón y del azúcar en Luisiana, diseños de bicicletas o de segadoras, el derecho consuetudinario, fueros, códigos o fideicomisos, la exploración de África o de Micronesia, las viviendas para obreros, refranes y romances, celtíberos e iberos, la historia nacional y su temprana propuesta de contarla en «novelas nacionales» (1874)..., etc.

Conviene subrayar que sólo la reconstrucción de la coherencia, sistematicidad y organicidad existente en el conjunto de sus escritos, y entre ellos y su práctica política o pública, hará posible establecer y comprender la importancia historiográfica de su obra, una obra que precisa ser reconstruida, a la vez que se baja del pedestal la imagen del autor heredada desde hace cien años, una operación que inició meritoriamente George J.G. Cheyne hace cuatro décadas (1972) y que nuestro tiempo exige continuar y renovar.

Crítica y política: la regeneración de España

Y es el «Regeneracionismo», como ideología y doctrina profunda y transversalmente asumida en amplios sectores de la sociedad española y en toda clase de programas políticos, el factor que mejor puede articular la obra y la biografía intelectural y política de Joaquín Costa. El Regeneracionismo parte de una conciencia de atraso comparativo, ya percibido por el joven Joaquín en su estancia en París antes del 68, y se despliega a partir de un contenido de crítica y propuestas económicas y de una dimensión politica de crítica y revisión del sistema político de la Restauración, una crítica económica y política estrechamente interrelacionadas e insertas en una concepción de la cultura inseparable de la historia y de la tradición de un pasado recreado como guía ejemplar para el presente; todos estos temas dan forma coherente a las empresas intelectuales y políticas de Costa, así como a la totalidad de su obra, que integra una in-

terpretación histórica del pasado, una prospectiva de futuro y una variable adaptación táctica al presente.

Como dejó establecido Alfonso Ortí (1975), la crítica costiana del estado de la Restauración es original porque es una crítica empírica y materialista, que desplaza la crítica política del plano de las instituciones al de las condiciones concretas de la existencia cotidiana de los ciudadanos: «Los labradores y braceros del campo, los menestrales, obreros de la industria y proletarios, que son en España más de 17 millones y medio, han pagado con ríos de sangre y oro, en cien años de guerra, la civilización que disfruta el otro millón restante: sus libertades políticas, su derecho de asociación, su libertad de imprenta, su desamortización, su prensa diaria, sus ferrocarriles, sus teatros, su Parlamento..., todo eso que a la masa de la nación no le ha servido de nada ni le sirve, porque el pueblo no sabe o no puede leer, no se reúne ni se asocia, no imprime, no vota, no viaja...» (1903), una descripción concreta de esa dicotomía y oposición oligarquía-pueblo que solo podría solucionarse aplicando un programa de reformas tutelador de los intereses populares, que Costa elaboraba y proponía a la evidencia de sus contemporáneos. Un discurso populista, con ambigüedades, que lo iba separando del elitismo liberal de la mayor parte de los intelectuales de fin de siglo.

Se puede sostener que los escritos agrarios de Costa constituyen el primer núcleo de su obra y una de las claves de la originalidad y relevancia historica de su pensamiento. Solo, o principalmente, desde esta perspectiva adquiere sentido su crítica al liberalismo y sus proyectos y programas políticos de rectificación de su trayectoria histórica, su comprensión de la sociedad española de su época que, en la vision costiana, de no ser reformada, se abocaría necesariamente a la Guerra Civil, como enfrentamiento no desactivado entre «oligarquía» y «pueblo»: sus primeros escritos, con 18 años, son el esbozo de un plan para elaborar un Tratado de Agricultura Práctica y en ellos, junto con otros textos y artículos publicados antes de sus 25 años, asoman las líneas maestras de lo que será su programa de reconversión productivista de la agricultura española (Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí (2009).

Costa vinculaba necesariamente las condiciones materiales de existencia de las masas populares con la estabilización de un régimen de libertades o su horizonte de democratización progresiva, evolutiva, sin conflicto (entre la oligarquía y el pueblo). Habiendo trabajado la tierra con sus manos, caso insólito entre unas elites liberales que iban al campo de visita, se ocupó siempre en elaborar programas reformadores agrarios, descendiendo a lo concreto y a políticas específicas.

Sus estudios jurídicos, sociológicos, históricos, etnológicos, sus tanteos de novelas, no le apartaban nunca de una atención minuciosa a la realidad concreta, hasta el punto de que la de «ilustre sociólogo» fue una denominación frecuente entre sus contemporáneos, hasta que hoy ha podido ser

reivindicado como precursor de la sociología en España. En fecha tan temprana como 1880 percibió perfectamente las características y envergadura de la larga crisis agraria que comenzó a manifestarse en España y en Europa, por causa de una internacionalización de los mercados de productos agrarios debida a la expansión ultramarina del capitalismo europeo, de capitales y fuerza de trabajo, que colocaba trigos, carnes etc., en los mercados europeos a precios bajos y provocaba una expulsión y emigración masiva de pequeño e ínfimo campesinado. Costa descendía a la realidad, mientras otros ascendían a sublimar estéticamente los paisajes.

Su profundo conocimiento de las causas y de los devastadores efectos de la crisis agraria finisecular en el campesinado español le llevaron a desarrollar con gran sistematicidad una potente alternativa modernizadora y desarrollista para el sector agrario, inmovilizado por la gran coraza de los intereses proteccionistas de la gran propiedad. La transformación competitiva y modernizadora del sector agrario nacional exigía una politica hidráulica nacional impulsada por el estado: era el requisito y la palanca para la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, campesinas por aquel entonces en sus dos terceras partes, y en ese contexto el agua, la intervención hidráulica del estado, había de funcionar como un vehículo de generalización y redistribución de la propiedad, de aumento de nivel de vida, de democratización, condiciones previas todas ellas para la extensión y socialización de las libertades individuales reales y el pleno ejercicio de los derechos ciudadanos. Las formulas costianas de la «agricultura armónica» no eran enunciados formales y arbitristas, sino una alternativa estratégica para transformar las bases económicas y sociales de la España fin de siglo, un proyecto (populista) de una alianza antioligárquica y desarrollista, defensiva, de las clases medias mercantiles y profesionales urbanas con el pequeño campesinado parcelario, con el objetivo de democratizar sin conflicto el estado liberal español. Costa no puede quedar reducido a un erudito, un polígrafo, todo lo que hacía, pensaba y escribía estaba relacionado con un mismo objetivo. «El proyecto global de desarrollo nacional agrario, como eje del reequilibrio y regeneración transformadora del inestable estado liberal y de la propia sociedad burguesa de la España contemporánea, constituye el alma y la urdimbre sobre la que Joaquín Costa trabajó incesantemente, tanto desde el punto de vista intelectual como político» (A. Ortí).

Desde el altavoz del Ateneo: palabras para la nación

Y este era el bagaje, de notable envergadura y coherencia teórica, que le acompañó en sus empresas políticas. Resulta difícil integrar en esta trayectoria las vicisitudes y evolución de su vida privada; Cheyne atisbó, empatizando algo con su biografiado, que Costa, a la altura de 1900, sentía que le habían quitado la primera novia (Pilar Puerta), por la oposición familiar de sus padres carlistas, las cátedras que se merecía, una vida familiar

ordenada, a su hija Pilar que acabó criándose lejos del padre, y el escaño cuando se presentó a elecciones en Barbastro en 1896 y, al final, también su proyecto de partido político.

La crítica política, inseparable del análisis costiano de la agricultura y de la economía española, confluyó definitivamente en el resonante resumen de la encuesta organizada por el Ateneo de Madrid en marzo de 1901, que publicó con el título de *Oligarquía y Caciquismo como forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1902), el documento más significativo del regeneracionismo español. Cuando en 1900 asciende, ya con dificultades, el estrado del Ateneo madrileño para presentar la más vehemente crítica del sistema político de la Restauración, ha llegado la hora de la revancha y de ajustar cuentas con la vida, con la historia y con la política, con la propia trayectoria del liberalismo español, poniéndose al frente, desde la tribuna ateneísta, de la plana mayor de los escritores y políticos liberales: Emilia Pardo Bazán, Unamuno, Altamira, Buylla, Posada, Ramon y Cajal, Salillas, Azcárate, Antonio Maura, Pi y Margall, Sanchez de Toca... Costa, en el momento más alto de su prestigio intelectual, hizo un resumen muy personal de los testimonios de las elites nacionales para elaborar una disección crítica del sistema político desde su personal y vehemente lenguaje, pero también desde su biografía, cuya herida más reciente era el fracaso de la Unión Nacional.

La vehemencia del lenguaje, la desmesura retórica sin freno de esta radiografía crítica de la política y del parlamentarismo concretamente existente, explica que este texto haya sido usado históricamente como legitimación ideológica de todas las políticas antiliberales y antiparlamentarias posteriores, que fueron muchas y muy persistentes. Pero un análisis y contextualización del discurso nos demuestra que el objetivo, en sus propias palabras, es crear las condiciones «para que pueda aclimatarse un régimen europeo de libertad, de gobierno del país por el país». La crítica política de Costa era magnífica, pero, con posterioridad a su muerte, fue utilizada, falseando su significado histórico real, como fundamento doctrinal de una crítica antiliberal y antiparlamentaria, cuando llegó el tiempo del ascenso de dictadores y fascismos. Pero para nuestro intelectual regeneracionista, por muy airado y frustrado que estuviera, no existía cosa con que sustituir al régimen parlamentario y «su simple amputación sería más dañosa que la propia dolencia» (1902), frases después tantas veces evaporadas, ya desde las ediciones de la Biblioteca Costa.

Dictadores, pero romanos: Cincinato y Cincinati

Ciertamente, dada la desconfianza en las posibilidades de reforma y transformación política desde el parlamento concreto de 1900, Costa apeló en la Memoria de la Sección del Ateneo, al hombre providencial, cirujano de hierro, escultor de pueblos (Cavour, Bismarck, Washington, Cromwell, Porfirio Díaz...), lo cual, con el tiempo, alimentará la justificación doctri-

nal de cualquier tentación de caudillismo, frecuente en tiempos de populismos como son los de las transiciones del liberalismo a la democracia. El «cirujano de hierro» no era un dictador en ciernes, entre otras razones porque en aquella época había emperadores, zares, sultanes otomanos, monarquías más o menos liberales, pero los dictadores, y menos militares, tan frecuentes en el siglo XX, afortunadamente, aún no habían comparecido en el escenario. Costa, como era característica común de la cultura liberal y republicana desde hacía más de un siglo, volvía la vista hacia las repúblicas norteamericana y francesa, precisamente por lo que tenían de presidencialistas, con un poder ejecutivo menos controlado, unos modelos próximos y conocidos; y puestos a mirar más lejos, Costa encontraba su figura de Dictador en la antigua Roma, en ese cargo provisional con plenos poderes para tiempo limitado que nombraba el Senado para situaciones de crisis, ante quien tenía que dar cuenta cuando finalizaba la situacion excepcional, como lo hizo el primer dictador, un tal Cincinato, en los albores de la república romana, quien «abandonó el arado para dictar leyes a Roma», en cuyo honor Washington y Jefferson, que también buscaban ejemplos preclaros en el mundo clásico, bautizaron una ciudad con el nombre de Cincinatti (Ohio).

El horizonte y escenario del pensamiento y de las políticas de Costa fue nacional y español, aunque el altoaragonés compartía los rasgos de una común cultura liberal en la que eran naturalmente compatibles la identidad territorial de origen con la nueva construcción nacional, para lo cual, desde los días del primer liberalismo, se desplegó una proyección historicista atenta a defender la función del pasado histórico particularista e institucional al servicio de la nueva nación liberal. Una lectura aragonesista de Costa es un despropósito, aunque menor que otros de los que ha sido objeto. Alejado y despreocupado del terreno de la política regional o local, los objetivos de Costa iban dirigidos al corazón del estado y de la nación, y no a ninguna de sus partes. Los diputados zaragozanos en 1903 eran el conservador Castellano, el liberal Moret y el republicano Costa, el más ausente, con mucho, de la política local y provincial. Basilio Paraíso y el canónigo Jardiel eran, en sus palabras, «los dos amos de Zaragoza».

Los aragoneses de mayor proyección nacional eran Joaquín Costa y Basilio Paraíso (junto con Ramón y Cajal), republicanos todos, alejados de culturas y de prácticas religiosas, convencidos de la necesaria afirmación de valores laicos y cívicos en el estado y en la sociedad. Costa, ya en sus últimos años de Graus, se mantuvo alejado de los afanes de sus paisanos aragoneses, cuando no crítico con la Exposición Hispano-Francesa de 1908, y con cualquier tipo de hagiografía histórica sobre la guerra contra los franceses, una «lamentable equivocación» desperdiciada como «ocasión de redimirnos de los Borbones». Basilio Paraíso, que se había iniciado en el republicanismo de la mano de Ruiz Zorrilla, acabó más próximo al reformismo de Melquíades Álvarez.

Democracia, en la otra orilla

La muerte le privó de la oportunidad de acercarse a ese nuevo partido republicano «reformista» nacido en 1912; si hubiera recorrido ese camino se hubiera encontrado con el joven Manuel Azaña, mejor escritor y mejor político que Costa, ya un hombre del siglo XX que asumió la democracia y la necesidad de reformar y modernizar la sociedad y la política junto con los sindicatos y partidos en los que estaba organizada la clase trabajadora, parte imprescindible de ese pueblo al que se dirigía Costa y que demostraba crecientemente su capacidad de autonomía para representar intereses y agregar demandas; aunque años más tarde, en el dramático texto de la Velada de Benicarló, escrito en 1937 en plena Guerra civil, reflejó una impotencia y una parálisis no muy diferente de la costiana de treinta años antes, desbordado por los acontecimientos, pesimista, derrotista, dando a entender el convencimiento básico de su obra y vida política, que su proyecto político republicano reformista había sido la única y última alternativa al enfrentamiento civil.

Pues tampoco sus escritos ni su cultura política nos permiten situarlo en las raíces de la democracia: no entendía que «el pueblo» o «las masas» pudieran tener proyectos políticos propios y autónomos, porque estaba convencido de que «siempre hasta ahora ha gobernado a la nación una minoría de los nacionales, y así tendrá que ser por un espacio indefinido de tiempo. Solo que hasta ahora la minoría ha gobernado para la minoría y desde hoy tendrá que gobernar para la mayoría» (1903), para ese pueblo necesitado de la tutela de las elites inteligentes y no del egoísta control de oligarcas y caciques. Joaquín Costa, «el baturro más adorable» que dijo haber conocido Giner de los Ríos, el «hombre bondadoso al que le gustaba leer a Julio Verne», al decir de Rafael Altamira, uno de los escritores y políticos más importantes en su época, fue un liberal de su tiempo, la segunda mitad del siglo XIX, nada más, pero tampoco nada menos.

Europeizar España: Ortega y Azaña encuentran a Costa

Santos Juliá

En la noche de 14 de junio de 1901 iniciaba Joaquín Costa en el Ateneo de Madrid su resumen de la memoria sobre *Oligarquía y caciquismo* ante un público entregado, que volvió a escucharle el día siguiente durante más de dos horas. Conocida es la elocuencia del señor Costa –escribió el cronista de *El Imparcial*– «que arrebató a los oyentes, que muchas veces prorrumpieron en aplausos estruendosos». Eran las once y media de la noche cuando, terminado su segundo discurso y disponiéndose a abandonar el Ateneo, le advirtieron de que en la puerta le aguardaban muchos de sus oyentes «con el propósito de rendirle un homenaje de admiración, acompañándole hasta su casa. Y así se verificó». Sumaban más de doscientas las personas que arroparon al gran tribuno, desde la calle del Prado, pasando por la del Turco y atravesando Alcalá hasta la del Barquillo, dando vivas a los hombres de buena voluntad, al mismo Costa, a la regeneración y a los regeneradores y mueras a la oligarquía y al caciquismo, a los egoístas y a los políticos de profesión. Una vez en casa, y como los manifestantes no se disolvían, Joaquín Costa se sintió obligado a salir al balcón y pronunciar un breve discurso recordando que se imponía una revolución para corregir los convencionalismos destructores que motivaban en todas partes manifestaciones de protesta, y que esa revolución, si no se hacía desde arriba con medidas de gobierno, se haría desde abajo en medio de las convulsiones del desorden en la vida pública. Y dicho esto, terminó la manifestación.

No sería del todo novelesco imaginar que entre los doscientos y pico de entusiastas que acompañaron a don Joaquín hasta su casa predominaran los jóvenes y que, entre estos, se contaran dos socios del Ateneo de Madrid, Manuel Azaña, que había cumplido ya los 21 años de edad, y José Ortega, que tenía tres años menos. El primero, Azaña, había defendido hacía un año su tesis doctoral en Derecho sobre «La responsabilidad de las multitudes» y era asiduo participante en los debates que tenían lugar muy cerca del Ateneo, en la Academia de Jurisprudencia y Legislación. El segundo, Ortega, cursaba estudios de Filosofía en la Universidad Central, tras haber abandonado la carrera de Derecho que había iniciado con los jesuitas en Deusto. Vivía Azaña en la calle del Desengaño y Ortega en la de Goya, no muy lejos ninguno de los dos de la calle del Prado, donde abría sus puertas el Ateneo de Madrid.

Vidas paralelas, podría decirse, las de estos dos jóvenes, porque ambos procedían de familias de la burguesía media, de la misma capital, con una larga historia de periodismo a sus espaldas, la de Ortega; de Alcalá de Henares y con una secular dedicación a la vida municipal, desde la escribanía y la alcaldía, la de Azaña. Habían pasado los dos varios años como internos en instituciones regentadas por religiosos, Azaña con los agustinos, Ortega con los jesuitas, y ambos habían interrumpido su internado antes de terminar sus estudios: uno recordará vivamente la noche del rompimiento con la práctica religiosa; otra da la impresión de no haber sentido nunca ni una sola crisis de fe porque nunca la tuvo. Ambos, además, hicieron sus primeros pinitos literarios en esos mismos años, preocupados los dos por la presencia de la masa en la vida pública: Ortega, en una de sus Glosas para *Vida Nueva* evocó la masa como turba, como *foule*, impersonal por suma de abdicaciones, involuntaria, torpe como un animal primitivo, después de que Azaña, que escribía en *Gente Vieja*, hubiera dedicado a la responsabilidad de las multitudes su tesis doctoral. Ambos habían despertado a la curiosidad razonadora, como dirá Ortega, cuando cayeron las últimas hojas de la leyenda patria o, como apuntó Azaña, cuando España llevaba camino de quedarse fuera del mundo. Quiso, en fin, el azar que ambos, con una diferencia de edad de tres años, ingresaran casi al mismo tiempo como socios en el Ateneo –en los últimos meses de 1900 Azaña, con el número 7069; en los primeros de 1901 Ortega, con el número 7127– y que escucharan la voz tonante de Joaquín Costa y, quizá, le acompañaran en aquella noche de junio a su casa, arrebatados ellos también por lo que acababan de oír.

De modo, y esto es lo que aquí interesa, que su trato con el pensamiento y la política de don Joaquín no fue puramente libresco: escucharon su voz y su llanto, lo vieron temblar. Azaña, en las memorables jornadas de su presentación del «Resumen de la Información», en aquellos días de junio de 1901, quizá también en su conferencia de 24 de marzo, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno de España*, la célebre Memoria de la Sección. El efecto fue fulminante y duradero: recordará

toda su vida las impresiones recibidas en el Ateneo de Madrid durante esos primeros años de siglo, «en la edad en que se cuajan las emociones», los lamentos por los males de la patria, las desdichas de España, la decadencia, la derrota, la venalidad, la corrupción. «Recuerdo las últimas conferencias de Costa en el Ateneo», escribe Azaña cuando se vuelve por vez primera hacia el pasado para echar un «Vistazo a la obra de una juventud». Y lo que recuerda es sobre todo los «apóstrofes violentos» que caían sobre las cabezas de sus oyentes a cuenta del carácter español: «el salón se hundía de aplausos», añade, sorprendido de que nadie protestara. «Yo le vi en la tribuna del Ateneo llorar de rabia temblándole las gruesas facciones, mientras improvisaba una arenga descomunal para confundir, ya que no podía comérselo, a un contradictor impertinente. Irascible, apremiante, iluminado por la indignación, su destino era abrasarse en los sentimiento ingenuos...», recordará muchos años después, en 1923[1].

Ortega, que podría haber participado también de esta experiencia en el Ateneo de los primeros años del siglo XX, evocada en carta a Costa[2], no conserva o, al menos, nunca alude a los mismos recuerdos de Azaña. Lo que por él sabemos de su encuentro con Costa es que sucedió algo después, hacia 1904, cuando «en la horas del centro de la jornada solía habitar solo la paz de la biblioteca del Ateneo» y un día sintió a su espalda al bibliotecario que tocándole el hombro le dijo: «Ese es Costa». Levantó el joven Ortega los ojos de la mesa y vio al fondo de la solitaria biblioteca una enorme masa humana, un cuerpo de gigante coronado por una cabeza recta, alta y cuadrada como una torre de las que Aragón puso en avanzada sobre el Duero. Y sin embargo, no es esta enorme masa humana la que evocará Ortega con ocasión de la muerte de Costa: «Cuando yo le conocí –escribe entonces– había ya perdido la ecuanimidad: su corazón hervía lacerado, traspasado por España, sobre su pensamiento, sobre su palabra, sobre su ademán, sobre sus sentimientos, pesaba ya un acento de incontinencia enfermiza... Era la amencia quijotesca»[3], una variante de aquel llanto de rabia por la pérdida de España que tanto había impresionado a Manuel Azaña.

1 Martín Piñol [Manuel Azaña]: «Vistazo a la obra de una juventud», *La Correspondencia de España* (25 de septiembre de 1911); y «El cirujano de hierro, según Costa», *España* (24 de noviembre de 1923), en *Obras Completas* (Santos Juliá, ed.) Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, vol. I, pp. 168-169, y vol. II, p. 290.

2 «Carta a Costa», de 16 de julio de 1908, en José Ortega y Gasset: *Cartas de un joven español* (Soledad Ortega, ed.), Madrid, El Arquero, 1991, p. 673, donde dice a Costa que es «antiguo en la memoria de un joven».

3 Ortega: «[Costa, el patriota]», apunte inédito, en José Ortega y Gasset: *Obras Completa*s, t. VII, «Obra póstuma», p. 216; y «La herencia viva de Costa», *El Imparcial* (20 de febrero de 1911), en *OC*, vol. I, p. 403.

Sea lo que fuere, en los dos jóvenes suscitó, además de los mismos sentimientos, idéntica actitud hacia su persona: importaba más el hombre que lo que el hombre decía. Las imágenes se repiten: corazón hirviente, en carne viva, incontinencia en la palabra, denuestos e improperios de lo más terrible, amencia, rabia. Este desgarro vivido en público, que habría despertado en estos dos jóvenes un sentimiento de rechazo, que a Ortega le parecía poco grato y admisible, y que Azaña juzgaba como causa del influjo detestable que su exaltación, su fantasía, ejerció en su política, tratándose de Costa lo consideraban como una especie de reflejo incontrolado de la «altísima nobleza del propósito», una derivación de lo que Ortega llamaba «patriotismo del dolor». Costa era honesto, sincero, su corazón sufría realmente lacerado: una constatación que, en el Ateneo, contrastaba con el escepticismo de los modernos, de aquellos que, como Azorín, presumían de tabaquera de plata y paraguas amarillo, de esa joven generación que Azaña veía guiada por un afán de destrozar estatuas para colocarse ellos mismos en la hornacina. La retórica dolorida de Costa no tenía nada que ver con el pesimismo introvertido de Azorín ni con la protesta de Baroja, a quien Ortega dibujó huyendo despavorido después de prender fuego a la casa solariega.

Es lo más probable que si su trato hubiera sido exclusivamente libresco, sin haber sentido a su persona o participado en los acontecimientos en que convertía sus conferencias, ni Azaña ni Ortega hubieran prestado a Joaquín Costa y a su programa de regeneración de España mayor atención. Fue esa percepción de que tras lo barroco de la retórica y el exceso de las imprecaciones, latía un dolor profundo por la patria muerta lo que más les impresionó de aquel profeta que en verdad no sacaba provecho material alguno de su apostolado. Ellos, los *teen-agers* del 98 –como los llamó Vicente Cacho– también habían sentido el mismo dolor cuando volviéndose hacia los mayores no recibieron más que una respuesta: «Ya no hay España. Nos habíamos quedado sin patria», dirá Azaña. Sencillamente, buscaban a alguien en quien poder creer, a quien elevar, como repetía Ortega, al altar de nuestros respetos. ¿No quedaba en aquella España nada ni nadie que mereciera ese respeto? ¿No quedaba ninguna tradición a la que sumarse, en la que incorporarse? Viviendo en Madrid, la cloaca de la que gustaba alejarse Unamuno, y frecuentando el Ateneo, que tan a mano quedaba de sus domicilios, echaban de menos alguien a quien respetar: Costa ocupó por unos años ese vacío.

El Ateneo de Madrid era, cuando comenzaba el siglo, lugar privilegiado para el encuentro y la mezcolanza de políticos que salían del Congreso e intelectuales, mayormente literatos y periodistas, que allí recalaban desde sus tertulias y sus redacciones. Costa, sin embargo, aunque visitaba el Ateneo y había realizado para el Ateneo su famosa indagación, no era un político y no ejercía de intelectual, por más que todo el mundo supiera que había fundado una liga política y había escrito voluminosas obras sobre cuestiones agrarias. Era un ejemplar único, mitad científico social, mitad

agitador político, pero como en lo primero no era universitario y, como en lo segundo, no era diputado, su incombustible ardor por el conocimiento del pasado y por los programas de acción solo podía atribuirse a su honestidad y desinterés. Un personaje como él, que no era catedrático ni diputado aunque se hubiera tomado tan a pecho la ciencia y la política, no cabía en ninguno de los moldes de la profesionalización. Aquel «mueran los políticos profesionales», dicho como homenaje a Costa, resume bien el sentimiento que despertaba. Costa no era nada de eso, Costa era un regenerador, y regeneración era lo que aquella España, que había muerto, que estaba desaparecida, necesitaba.

Por eso lo respetaban, o mejor, por eso lo buscaban como posible objeto de respeto. No sólo respeto: los jóvenes que escuchaban a Costa compartían con él idéntico duelo por la nación muerta o moribunda, por la decadencia que había llegado a un punto de extinción sin provocar ninguna reacción entre las clases dirigentes ni entre un pueblo al que veían convertido en masa inerme. De esos sentimientos se derivó su acercamiento a Costa y a pensar el presente de la nación en términos de problema con una fuerte carga moral. Compartían con Costa el diagnóstico de la situación: «España no existe como nación», proclamará Ortega en unos de sus primeros discursos en el Ateneo de Madrid, que fue a la vez una de sus primeras llamadas a la juventud. Eran los «días tristísimos», los «meses crueles» que contemplaron la protesta contra la guerra de Marruecos y la revolución en Barcelona. España estaba enferma y hasta cabía pensar que había llegado al último extremo de la abyección y Ortega, un pobre español mozo, «convoca a examen de conciencia a los que tienen las mismas amarguras que él». No espera nada de la generación anterior, de la que la suya no ha recibido ninguna herencia moderna. Nuestros padres, dice, nos han dado ya muertas algunas partes de nuestras almas: nos falta entusiasmo, energía, pureza, sensibilidad para las sustancias morales. La receta consistirá en un largo periodo de reconstitución liberal que España necesita y que se concreta en una deber de europeización. Hay que educar la conciencia pública española; esta es la labor que desde hoy mismo tiene que iniciar la juventud, decía Ortega.

Lo decía en 1909 y si su diagnóstico era idéntico al de Costa años antes, la fórmula para salir de aquella situación será de nuevo idéntica a la de Costa: hay que europeizar España. No es por mera cláusula de estilo por lo que Ortega comienza su nota necrológica a la muerte de Costa diciendo: «Apenas si he escrito una página alguna vez en que no apareciera el nombre de Costa como fondo resonante y ennoblecedor que yo buscaba para la silueta de mis pensamientos». Bien dotado para las metáforas, Ortega acierta cuando habla de Costa como fondo resonante y ennoblecedor de su propio pensamiento. Fue él quien le enseñó «la virtud de dolernos», y abundante uso que hizo Ortega de aquella virtud; y fue también Costa quien «organizó el pesimismo para que fecundara la tierra misma acongojada: en la anatomía del dolor fijó los caminos para la salud»: dolerse de

España es ya querer ser Europa. El pesimismo es una figura retórica para llamar a la acción, del mismo modo que la muerte de Lázaro, tantas veces evocada por Costa en los amargos días del 98, y la bajada a su sepulcro no era más que una promesa de resurrección: Lázaro muere porque ha de resucitar. Costa seguirá viviendo, dice Ortega, mientras haya quien recoja su doble herencia. Y esa doble herencia es: dolor de España, idea de Europa.

Todo esto es puro Costa, con un añadido que procede de la experiencia académica en Alemania y quizá de su juvenil lectura de Renan y que se convertirá en el centro del programa modernizador de José Ortega: hay que europeizar España, pero para emprender esa tarea será preciso definir antes qué es Europa. Y es en ese punto, pensando con Costa y a partir de Costa, cuando Ortega añade de su propia cosecha la terapia que sacará a España de su secular decadencia. Muy bien, le dice a Costa, España es el problema, Europa es la solución, de acuerdo, pero hay que saber qué es Europa. Y con su habitual aplomo, Ortega sentencia: Europa es ciencia. Tal es la labor de esa España joven que surge con la nueva generación, la llamada a infundir a la masa una conciencia pública basada en lo que Vicente Cacho definió en su día como una moral de la ciencia. En Alemania, en Francia, escribe Ortega, persiste de hace tres o cuatro siglos una muchedumbre de ciudadanos que se dedican exclusivamente a trabajar la ciencia: en su historia no hay claros ni soluciones de continuidad. Por tal razón, en estos países la ciencia existe fuera de los científicos. La ciencia disciplinada, he aquí el tipo de la ciencia alemana y francesa. Y lo que España necesita es ciencia a torrentes, a diluvios, para que se nos enmollezcan, como tierras regadas, las resecas testas, duras y hasta berroqueñas[4]. Europa, señores, es ciencia antes que nada, repetirá luego desde la misma tribuna en la que Costa había fustigado a sus auditorios. Es como si dijera: amigos de mi tiempo, vamos a dejar de llorar, vamos a ponernos a estudiar. Estudiad.

Los amigos de su tiempo estaban bien dispuestos a escuchar esa llamada. Estudiar: ese fue el móvil que animó a la generación de la que Azaña y Ortega serían destacados ejemplares, cada uno a su tiempo. La historia se ha contado muchas veces y no será necesario más que evocarla: en la consigna de Ortega confluía el movimiento procedente de la Institución Libre de Enseñanza, el magisterio de Giner con su programa de la reforma interior del hombre –como lo definió Azaña– y la sentida necesidad de europeización que Costa infundía con su retórica del dolor y el lamento por la patria muerta. Andaba por ahí también el tercero de los santos de la trinidad orteguiana, Pablo Iglesias, y la organización de un partido revolucionario que evite la revolución, al modo en que Kautsky decía que la sociademocracia era un partido revolucionario que no hacía la revolución. A san Francisco Giner y a san Pablo Iglesias, Ortega añadió san Joaquín Costa,

4 Ortega: «La ciencia romántica», *El Imparcial* (4 de junio de 1906), en *OC*, vol. I, p. 89

que había infundido en su espíritu la figura del dolor como acicate de europeización: elevación moral, organización de una minoría selecta, ciencia, cuando esas tres reformas se pusieran en marcha, España entraría por el camino de su regeneración, que era como se llamaba a principios de siglo a lo que décadas después se llamará modernización.

Es claro, pues, que Ortega llegó a formular algunas de sus más resonantes convocatorias a la juventud intelectual de su tiempo, en un lenguaje que procedía de la generación de los mayores, saltando sobre la inmediatamente anterior, la bautizada luego, en buena medida gracias a él mismo, como del 98. Regeneración, ciencia, europeización, como más adelante, cuando se convierta por unos años en líder espiritual de su generación, nueva política, eran conceptos que se habían echado a rodar mucho antes de que irrumpiera él en la escena pública madrileña. En realidad, era de lo que todo el mundo hablaba. Como también de la necesidad de organizar a las nuevas fuerzas emergentes en ligas para, soslayando los partidos, ejercer un influjo directo en la política. En la Liga para la educación política, que Ortega y unos amigos, entre ellos Azaña, ponen en pie en 1914, con la perspectiva de extender esa conciencia pública de la que tan necesitada estaba la política española, resuena también el ejemplo de Costa: una minoría selecta de españoles conscientes debía echar sobre sus espaldas la ardua tarea de educar y guiar a una masa a la que era preciso despertar de su sueño y sacudir de su inercia.

¿Resuena también cuando en septiembre de 1923 el general Primo de Rivera recibe de un selecto grupo de intelectuales el elogio de que con su política se realiza el sueño de Costa? Como es sabido, Ortega guardó un largo silencio antes de manifestar su opinión sobre el Directorio militar: hasta el 27 de noviembre no escribió nada, aun si por los editoriales de *El Sol* respiraba su aliento. En todo caso, como *El Sol* en septiembre, Ortega interpreta en noviembre el golpe de Estado como el mazazo a la vieja política. Lógicamente, no cabía «ponerle reparos» a tan excelente propósito. Ahora, añade Ortega, la vieja política no se reducía solo a los viejos políticos. Más aún, los viejos políticos no eran sino una emanación de la vieja política, que coincidía exactamente con la masa de los españoles: el pueblo los ha hecho, los ha seleccionado, los ha dirigido, los ha moldeado. De manera que bien estaba que un militar se hubiera aplicado a derruir esa creación secular del pueblo español, la vieja política. Pero ese militar y quienes le rodeaban habían de saber que para culminar la tarea, que no es solo de destrucción de la vieja política, sino la reconstrucción de un Estado, habrán de dejar paso a los únicos que realmente pueden destruir el corazón de la vieja política, a esos pocos hombres egregios que han consumido su existencia en llamar a sus conciudadanos para que, formando una cruzada de reivindicación, liberasen la máquina pública; son esos pocos hombres egregios, esas exiguas minorías que componen los hombres más valiosos, las que rebelándose contra la gran masa, procederán a la obra de reconstrucción del Estado. Este es, después de septiembre de 1923

el camino del futuro: que los militares dejen paso a la minoría de hombres egregios. Y esto ya no es Costa, esto es pura cosecha Ortega[5].

Para cuando Ortega enuncia esta singular interpretación del golpe de Estado militar y lo que del golpe podía esperarse, Azaña había dado por liquidada su militancia en el reformismo dentro de la monarquía y preparaba su *Apelación a la República*. Como en los primeros años del siglo, también ahora toma nota del espíritu dominante, con la juventud del 98 pero también Ortega proclamando abiertamente o sugiriendo solapadamente que Primo de Rivera era la encarnación del cirujano de hierro que había pensado Costa, llamado a destruir la vieja política, liquidar la oligarquía y erradicar el caciquismo. Y será en el curso de la polémica contra esta manera de interpretación del pasado cuando Azaña proceda a una revisión completa de Costa, de su significación política y de su herencia y, en función de ese análisis, sitúe su proyecto político muy lejos del alumbrado por Costa veinticinco años antes.

Estaba más que preparado para emprender esa última revisión porque desde muy pronto, al finalizar la primera década del siglo, ya se planteó qué quedaba de aquel momento de tensión que acompañó el sentimiento de desastre. Y el diagnóstico de entonces anunciaba ya algunas proposiciones que el tiempo no habría de desmentir: del lado de la juventud, un aluvión de confesiones, intimidades y dietarios cayó sobre los más apercibidos: los que venían detrás hubieron de enterarse de la mórbidas reconditeces de toda alma desolada: egolatría y exhibicionismo, esos fueron los móviles de aquella generación, escribe Azaña ya en 1911: en el mar donde se hundían tantas cosas, que sobrenadasen al menos la estimación y fama personal. Pero de ese mismo Ateneo, recuerda Azaña también las conferencias de Costa, sus apóstrofes violentos a cuenta del carácter español. Y entonces añade: sufríamos el sarampión del mesianismo político. La inteligencia de Costa, engañada por el corazón, esperaba en el cirujano de hierro, en el escultor de pueblos y muchos jovenzuelos creyéronse llamados a manejar la lanceta y el cincel por inspiración divina[6].

Costa era para Azaña una inteligencia engañada por el corazón: a esas impresiones de juventud se atendrá en su relación política e intelectual con Joaquín Costa. Ante todo, marca claramente la enorme distancia que separa a Costa de la gente del 98. Costa es un verdadero patriota, más aún, vive el patriotismo en carne viva. Luego no dejará de destacar las limitaciones de ese patriotismo, pero de momento, ser patriota en el sentido de

5 Ortega: «Sobre la vieja política», *El Sol* (27 de noviembre de 1923). Poco antes, en julio de 1923, en los «Propósitos» que alentaban la salida de *Revista de Occidente*, Ortega había escrito: «De espaldas a la política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas, procurará esta Revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana».

6 Azaña: «Vistazo a la obra de una juventud», *op. cit.*

Costa, es vivir el problema de España, sentir un profundo dolor por el estado inerme de su pueblo. En este sentido, Costa es ejemplar: «encarnó una España llena de honradez y de buena fe, que aspiraba fervorosamente a salvarse sin salir de sus antiguos quicios»[7]. Y esa ejemplaridad es lo que subleva a Azaña cada vez que se pretenda integrar a Costa en la generación del 98, como uno de sus más destacados representantes. Porque en efecto el problema existe y es preciso hacerle frente. Sólo que Azaña, desde el mismo momento en que lo enuncia propone el único camino posible: democracia hemos dicho, pues democracia. Lo cual exigía entender el problema de España en términos políticos: organizar democráticamente el Estado es la única receta para acabar con el apartamiento de Europa. Y eso exige que los ciudadanos intervengan activamente en la política: es imprescindible una acción política que partiendo de lo local, llegue al Estado. Hagamos, pues, todos política: tal es la síntesis de su discurso en la casa del pueblo de Alcalá.

Azaña, a diferencia de Costa y de Ortega, hará política en el sentido convencional del término: presentándose como candidato a diputado por el Partido Reformista en dos ocasiones en el distrito de Puente del Arzobispo, una experiencia de la que aprendió mucho más de lo que hubieran podido enseñarle varios tratados de teoría política. Aprendió, sobre todo, que si las nuevas fuerzas emergentes en la sociedad española pretendían reconstruir democráticamente el Estado no había más camino que el de una alianza entre la clase obrera organizada y la clase media profesional. Nada, pues, de mesianismos, de espera en el hombre providencial, en el tutor de pueblos, que habría de resucitar a la nación muerta; nada tampoco de minorías selectas situadas por encima y al margen de la política; nada en fin de revolución, que solo ocurre entre sangre y lágrimas, sin propósito definido y con un incierto mañana. Lo que la política española necesitaba era propaganda, ejemplaridad y energía en la lucha. Es «apoyarse en cada español, hecho hombre, para rehacer España» sin encomendar al cirujano de hierro la función de suplir la conciencia de cada compatriota. Esto era lo que Azaña juzgaba como el peor fruto de la impaciencia de Costa[8], contra quien nunca dirá nada irrespetuoso, «porque no lo siento», pero al que siempre reprochará, primero, haberse quedado en los problemas previos, escuela y despensa, sin plantear la cuestión central, la relativa al poder; segundo, utilizar un *atrezzo* oratorio propio del siglo XIX: demasiada batalla de Villalar, demasiadas Cortes de Castilla, demasiada Justicia de Aragón y acaso demasiada confianza en el leal entender y en la cordura de capa parda de los honrados varones concejiles; y tercero, recelar de la democracia y del parlamento, para depositar sus esperanzas, por impaciente, por considerar a los españoles «zánganos abyectos», en un cirujano redentor del pueblo.

7 AZAÑA: «Luis Araquistain, *España en el crisol. Un Estado que se disuelve y un pueblo que renace*», *La Pluma* (marzo de 1921), en *OC*, vol. II, p. 69.

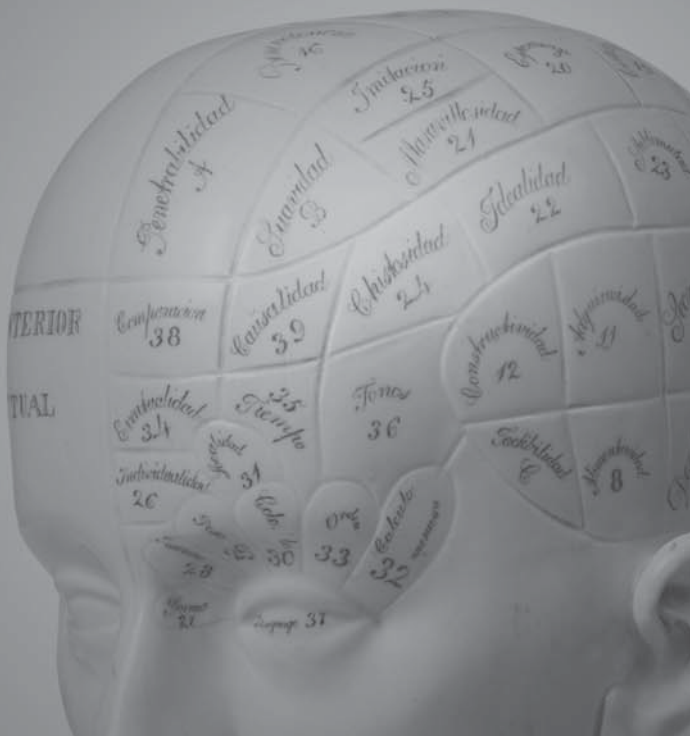
8 «La política de Costa», manuscrito inédito, en *OC*, vol. 7, p. 416.

Partiendo de esos supuestos, era inevitable que Azaña se levantara indignado contra el uso que de la herencia de Costa pretendía hacer Ramiro de Maeztu, en primerísimo lugar, pero también Ortega. Disponía entonces de una singular tribuna que todavía permanecerá abierta durante unos meses, la revista *España* que Ortega había creado en 1915, pero que había abandonado el año siguiente cuando no pudo seguirla en su compromiso activo con la causa de los aliados. Y será desde *España*, en abierta polémica con Maeztu, que veía en la política de la dictadura la realización de las «ideas del 98», cuando Azaña resuma lo que separa a Costa de la generación del 98: A Costa le faltó comprender, escribe Azaña, por qué un pueblo puede sublevarse, en ciertos momentos, para cambiar la Constitución y no se subleva para que le construyan pantanos. Y añade: Todo Costa es, seguramente, realizable el día menos pensado, sin que desaparezca ninguna de nuestras aspiraciones actuales. Por añadidura, era jurista. Su tragedia es la de un hombre que quisiera dejar de ser conservador y no puede. Pero entre su historicismo, su política de calzón corto, su despotismo providencial y restaurador, y el análisis, la introspección y la egolatría de los del 98 hay un mundo de distancia[9].

En conclusión, Costa fue algo más que una inspiración para aquellos dos jóvenes que a principios del siglo se habían cruzado con él por el Ateneo de Madrid: fue un ejemplo digno de respeto, una voz poderosa que salía de un corazón desolado, alguien que sufría no ya por la muerte de España sino por el estado de postración de su pueblo y de corrupción de sus políticos. Azaña, Ortega y tantos otros vivieron ese momento, escucharon aquella voz y estuvieron de acuerdo en la vía de salida: volver a Europa, europeizar España. La cuestión, una vez sentido el problema y establecidos sus términos, se refería a qué hacer para alcanzar la meta. Y mientras Costa desesperaba, Ortega hablaba de estudio, de ciencia, de competencia a una minoría de hombres egregios para que formaran alguna liga y educaran y guiaran a la masa; Azaña, por su parte, se tomó en serio el programa reformista, al que se mantuvo leal hasta que un militar cegó los caminos por los que la monarquía liberal pudo haber transitado hasta desembocar en una democracia. En ese momento, y tras identificar monarquía con despotismo y someter a crítica la herencia del 98, el programa de Costa y la abstención de Ortega, Azaña apeló a la República y se dispuso a trabajar por una nueva coalición de republicanos y socialistas como única fórmula de resolver el problema de España tal como lo había planteado en sus años de juventud, como un problema de constitución de un Estado democrático.

9 «¡Todavía el 98!», *España* (20 de octubre de 1923). A este artículo siguieron, con idéntico propósito: «Al pie del monumento de Cartagena», «El cirujano de hierro, según Costa» y «Balance de una empresa de reconstrucciones» (17 y 24 de noviembre, y 22 de diciembre de 1923). La crítica al abstencionismo político de Ortega, en «Santos y señas» (23 de febrero de 1924).

Los textos de la exposición



Joaquín Costa: el fabricante de ideas

Ignacio Peiró Martín

Los hombres de letras del diecinueve creyeron firmemente en la fuerza de las ideas. Su confianza en los principios de la individualidad, la razón y el progreso les sirvió para construir su personalidad y dotar de sentido a sus vidas. Creyéndose los nuevos héroes de la sociedad, mezclaron sus voluntades privadas con los sentimientos patrióticos colectivos. Lo hicieron así con el propósito ciudadano de hacer cultura y ponerse al servicio de las naciones. Pero no sólo eso. En una Europa donde se pasaba del campo al taller y la fábrica, las ideas se transformaban en ideologías y los pensamientos en culturas políticas.

En la España de aquel tiempo desarrolló su actividad Joaquín Costa y Martínez, el sabio aragonés a quien esta exposición rinde homenaje. Figura polifacética (jurista, escritor público, erudito, periodista, pedagogo...), fue un intelectual a la manera del siglo XIX y un político sin partido que quiso regenerar España. Fue un destacado pensador, un hombre de acción y de carácter. Una «gran cabeza» cuyas ideas transcendieron el tiempo de su existencia y han llegado hasta la actualidad.

01 El sentido del paisaje

La educación de la mirada. El sentido del paisaje

Desde principios del siglo XIX, los geógrafos y escritores formularon la idea de que el paisaje era la expresión visible de un orden natural que comprendía al hombre. Establecieron que las estrechas relaciones existentes entre los hombres y los paisajes, además de influir en la individualidad, mostraban una importante dimensión colectiva. De ese modo, no sólo las formas de ser y de pensar de las personas quedaron vinculadas al sentimiento de la tierra, sino que era la misma historia de las naciones la que mantenían nexos continuos con sus paisajes.

El carácter profundamente aragonés de Joaquín Costa se construyó en su relación con el paisaje donde nació y la tradición de su familia. En 1867, «la importancia de otro lugar» le decidió a escapar a su «natural» condición campesina para estudiar en Madrid. Su sentido del paisaje se hizo nacional y adoptó desarrollos diferentes relacionados con su aprendizaje intelectual (la *razón armónica* de Giner y el excursionismo de la Institución Libre de Enseñanza). También, al mirar hacia otros continentes (África o Europa). Y, en último término, por el vitalismo de sus reacciones ante la catarata de acontecimientos que se sucedieron en la España del *Desastre* y la *regeneración*.

02 El sentido del paisaje

El entorno aragonés

A finales del XIX se consolidó la dualidad espacial que determinó la construcción del Aragón contemporáneo: por un lado, Zaragoza, ciudad industrial y moderna, nudo de comunicaciones que centraliza la población, monopoliza las instituciones culturales y la prensa. Y, por otro, el resto del territorio, agrario, con dos pequeñas capitales, unos cuantos pueblos grandes y una mayoría de poblaciones que iniciaban un imparable proceso de despoblación.

Costa construyó su personalidad en su relación genealógica con las tierras aragonesas de la Ribagorza. Sintió admiración por su padre (*El Cid*) como cabeza de una familia que nunca «es una unidad sin relación, aislada en medio de la sociedad y el mundo». En sus *Memorias* pensó su descendencia y reflexionó sobre la función de las «familias matrices» que «encarnan las tradiciones y el espíritu de la nacionalidad, representan la salud del cuerpo social».

Montañés de provincias residente en Madrid, las relaciones de Costa con Zaragoza se movieron siempre en la ambivalencia del rechazo absoluto y la aceptación incondicional. La ciudad que se había apropiado de la capitalidad de Aragón, sólo le rindió tributo unánime de admiración al morir. El multitudinario entierro ciudadano le abrió las puertas de la posteridad, la leyenda y la historia.

03 La educación de la mirada

Madrid: nuevas geografías y sentimientos

Nacido en los arrabales de las provincias, Joaquín Costa despertó a la realidad de los «otros lugares» al ser pensionado como obrero-artesano en el Pabellón de España en la Exposición Universal de París (marzo-noviembre de 1867). A su regreso, resolvió ser escritor y supo de la importancia de «encontrar la puerta de entrada» a Madrid. La metrópoli académica convertida por varias generaciones de políticos y literatos, profesores y estudiantes oriundos de las regiones («proletariado de levita»), en el símbolo cultural de la unicidad española y en el gran «Banco Central» para el cambio e intercambio de favores.

Una nueva geografía urbana de la educación se desplegó ante sus ojos. En su aprendizaje, descubrió la forma especial de *sentir* que proporciona el magisterio intelectual, las voces y las caras de la amistad en los entornos culturales. La naturaleza se hizo estética, paisaje y armonía. Las salidas al campo se convirtieron en un programa de aventuras «naturales», excursiones regidas por el pensamiento y el sentido racional de los sentidos.

En su compleja personalidad construida sobre el universo aragonés, la vida en Madrid cambió la mirada de Costa. Pronto, su sentido del paisaje se hizo nacional. Y, en adelante, la capital de España fue su centro sentimental. Una plataforma para pensar la política y la regeneración del campo.

04 El sentido del paisaje

España fin de siglo

Sin dejar de mirar hacia África, la modernidad que se anuncia tras el *Desastre* supuso, entre otras expectativas, la ampliación de los horizontes geográficos de los reformistas españoles. Sus propuestas de r*egeneración* se perfilaron desde la vocación europea y el deseo de salvar la frontera pirenaica.

De la tensión entre modernización y nacionalización, apareció un nacionalismo estético que debía más al paisaje que a la historia. Tratando de borrar la invención de la *España negra* y miserable, se buscó el diálogo de la verdadera *alma* española con sus inseparables *almas* regionales. Y así, convertida en la palabra clave de la época, el *alma* fue el objeto de atención de los literatos y los músicos, de los fotógrafos y los pintores, cuyas descripciones, sonidos, colores y miradas intentaban ir más allá del pergeño físico para retratar los ambientes y las conciencias del paisaje nacional.

05 Profetas del saber

Profetas del saber, sacerdotes de la ciencia

Héroes modernos, profetas o sacerdotes civiles de la búsqueda de la verdad y la ciencia, en el Ochocientos una élite de estudiosos, individualistas militantes, ampliaron el sentido de la *vocación* para otorgar un nuevo significado al trabajo de quienes vivían del talento, de la pluma y la palabra.

Después de sus primeros pasos educativos en Huesca, Costa recibió la ayuda protectora de su tío Salamero y el apoyo inicial de algunos «paisanos» como Carderera para estudiar en Madrid. Pronto, su peripecia de formación pasó por la Universidad Central y por el estímulo para el conocimiento que significó la relación de magisterio establecida con Francisco Giner de los Ríos, su integración en los círculos krausistas y la Institución Libre de Enseñanza. Convencido de que el «libre desarrollo de uno mismo», dependía del esfuerzo de la voluntad, el aprendizaje intelectual y el ejemplo de vida, se esforzó por llevar a la práctica sus principios. Los contemporáneos le consideraron un profeta moral y social más que un jurista, un historiador, un sociólogo, un escritor o un político.

06 Profetas del saber

Prometeo intelectual: facetas de una personalidad creadora

Hombre de una curiosidad sin límites, desde el primer momento, sintió la necesidad de crear y dar a conocer sus ideas sobre una multiplicidad de temas. Cultivó los más diversos géneros, utilizó todos los medios y, con el apoyo de los círculos krausistas, se convirtió en un animador de las instituciones, congresos científicos y espacios de la cultura oficial de la Restauración.

Con una profunda vocación universitaria, no pudo cumplir su sueño de ser catedrático. Por otra parte, tratándose de un autor prolífico, nunca alcanzó el reconocimiento de un escritor de éxito. Sin embargo, su voluntad de saber y su esfuerzo le convirtieron en un personaje célebre y popular. Novelista, erudito historiador y filólogo de renombre, por encima de cualquier otra faceta, destacó por ser un jurista dedicado al estudio del derecho consuetudinario, las cuestiones agrarias o las informaciones de índole sociológica sobre los problemas político-sociales de la España finisecular.

Ateneísta famoso y orador admirado, alcanzó la gloria de la República de las Letras al ser elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (máxima representación institucional del grupo de saberes burgueses que conformaron la base de la cultura política del liberalismo decimonónico).

Fue un sabio, un gran soñador y un visionario.

07 Cultura política

Cultura política: República y regeneración de España

El discurso adquirido e ideológicamente compartido que define la cultura política de Costa experimentó un proceso de formación paralelo al de su aprendizaje intelectual. Su desarrollo arranca desde percepciones cercanas al tradicionalismo carlista y evoluciona hasta un complejo sistema de normas y valores de vida, aptitudes ciudadanas y representaciones ideológicas conectadas con los ideales de la humanidad de la filosofía krausista, los principios económicos liberales y las ideas políticas republicanas. Fue un liberal reformista. Y todo ello desde una visión historicista de España como nación (originada a partir de la Guerra de la Independencia) y de la nacionalidad ibérica.

Patriota de corazón y sentimiento, pensó la «Nación española» de «Estados» unidos por la «común condición nacional creada por la misma Península y por su historia», porque: «si el morador del Oriente se llama valenciano ó catalán ó aragonés y el de Occidente portugués ó gallego, y el del centro castellano y andaluz el del Mediodía, todos nos apellidamos iberos, de la Iberia, hispanos, de la Hispania». Y pensó Aragón desde el derecho consuetudinario y el conocimiento «interno» de la historia del Viejo Reino, legendaria y medieval.

Con estas ideas quiso regenerar España.

08 Cultura política

Tiempo de caciques

En una época de «cirujanos» reformistas, Joaquín Costa fue el más radical e influyente en sus críticas de la clase política y el sistema de la Restauración. En sus procesos culpatorios denunció la ineficacia constitucional del «poder moderador»: el Rey, dirá, «es una ficción» y la constitución real de España no era la monarquía constitucional, sino un cacicato oligárquico. El Parlamento no era otra cosa que una «feria de las vanidades..., un instrumento para hacer carrera». Y, en su opinión, los partidos eran «facciones, banderías o parcialidades de carácter marcadamente personal, caricaturas de partidos».

En *Oligarquía y caciquismo*, su famosa encuesta en el Ateneo de Madrid, escribirá:

> *... no es nuestra forma de gobierno un* ***régimen parlamentario viciado*** *por corruptelas y abusos, según es uso entender, sino, al contrario, un* ***régimen oligárquico servido****, que no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias. O dicho de otro modo, no es el régimen parlamentario la regla, y excepción de ella los vicios y las corruptelas denunciadas en la prensa y en el Parlamento mismo durante sesenta años: al revés, eso que llamamos desviaciones y corruptelas constituyen el régimen, son la misma regla.*

09 Cultura política

Los amos de Zaragoza

En 1908, en la Zaragoza de los tranvías, de las primeras salas de cine y del Mercado Central, confluyeron dos proyectos conmemorativos distintos, aunque perfectamente interrelacionados y de ninguna manera incompatibles: de un lado, la *Exposición Hispano-Francesa*. Un certamen mercantil e industrial, impulsado por hombres que creían con fervor en la idea de progreso y en Europa. Y de otro, la conmemoración del *Centenario de los Sitios de Zaragoza y de la Guerra de la Independencia*. Una celebración del pasado nacional y aragonés cuya planificación y manifestaciones se adscribieron a una determinada idea de *tradición*, ligada a la religión católica y asociada al discurso conservador de la Historia de España.

Después de haber luchado contra Manuel Camo, el «gran cacique» posibilista de Huesca, Costa se mostró crítico con Paraíso y Jardiel, los nuevos «amos de Zaragoza». Su figura no apareció en el retrato «oficioso» de los personajes más relevantes en el presente ciudadano de la capital de Aragón.

10 Hacer política

Hacer política: «realidades» para España

Desde su época universitaria, Costa sintió dentro de sí la llamada de la política. Durante las siguientes dos décadas, se preparó para la práctica de la acción política (inseparable de la acción social). Al estudiar las instituciones consuetudinarias, reforzó su concepción de la individualidad de los pueblos, la primacía de los organismos intermedios (familia y municipio) sobre el Estado y la importancia del conocimiento del pasado en la solución de las «realidades» del presente. El ingrediente krausista de su pensamiento social le llevó a creer en el orden armónico de una sociedad perfecta representada por el modelo del labrador («jornalero de los campos»). En ese sentido, su krausismo pudo ser un freno de cara a su comprensión de la lucha de clases, de la sociedad de masas y del socialismo.

Desde el corporativismo agrario local, ingresó en el Ruedo Ibérico de la política, poniéndose a la cabeza de la protesta regeneracionista para recalar tardíamente en el republicanismo. No fue un político profesional, ni un dirigente empresarial. Costa fue un intelectual con vocación política frustrada que, a diferencia de otros compañeros como Santiago Alba o Paraíso, nunca sería integrado por el sistema en puestos de responsabilidad institucional. Mientras tanto, en el escenario de la práctica política de la Restauración los partidos dinásticos rivalizaban por hacer suyas las «soluciones» nacidas del *Desastre* y la *regeneración* –incluidas las de Costa–, tanto en la política económica, como en la educativa o en la purificación electoral.

11 Hacer política

Programas para la *regeneración*: las primeras campañas en la Ribagorza, La Litera y el Alto Aragón

Coincidiendo con la «crisis agraria» de los años noventa, Joaquín Costa dio el paso del pensamiento a la acción. Fue un hombre de programas con un reformismo de claro contenido económico. Un regeneracionista cuyas ideas presentan una clara continuidad, si bien fueron sensibles a las distintas coyunturas y a los diferentes marcos de aplicación (comarcal, provincial o nacional).

En mayo de 1891, creó en Graus la Liga de Contribuyentes de la Ribagorza. Y, en septiembre de 1892, fundó en Barbastro la Cámara Agrícola del Alto Aragón con el propósito de «hacer de los agricultores una fuerza política». Su programa profundamente agrarista pretendía presionar al Estado para la realización de una política hidráulica y la construcción de obras (caminos, pantanos y canales de riegos). A finales de octubre, celebró un mitin en Tamarite para promover la realización del Canal de Aragón y Cataluña.

En las elecciones provinciales de 1896 se presentó como candidato independiente por el distrito de Barbastro. Fue derrotado por el cacique local liberal. La experiencia le pusó en contacto con la verdadera realidad del mundo rural caciquil y las prácticas electorales del sistema de la Restauración. Las relaciones con Manuel Camo, jefe del posibilismo provincial que pronto pasó a ser el gran cacique liberal de Huesca, desembocaron en el enfrentamiento directo.

El discurso de Costa se hizo más radical y populista.

12 Hacer política

La Liga, la Unión Nacional y el Partido Republicano: Maura en el punto de mira

Tribuno del pueblo de atronadora voz en mítines y banquetes políticos, en octubre de 1898, Costa habló al país desde las páginas de *El Liberal*. Ante el *Desastre* y la consiguiente «crisis hacendística y monetaria» fue uno de los impulsores del movimiento de protesta popular que encabezaron las Cámaras Agrícolas y de Comercio. Presidente de la Liga Nacional de Productores, su programa lo difunde en la *Revista Nacional* y en *Reconstitución y europeización de España*.

En marzo de 1900, nació la *Unión Nacional* presidida por un directorio formado por Santiago Alba, Basilio Paraíso y Costa. Convertida en un grupo de presión contra los gobiernos de Sagasta más que un partido político, sus estrategias a favor de la politización de la protesta y la toma del poder mediante una revolución, impulsada por el bastión ciudadano de la «masa neutra», fueron rechazadas.

Republicano que vive y piensa como tal desde mucho antes, ingresó en la Unión Republicana de Salmerón en abril de 1903. Elegido diputado por Gerona, Madrid y Zaragoza, no tomó posesión de su acta. En las legislativas de 1905 volvió a presentar su candidatura siendo derrotado por el conservador zaragozano Tomás Castellano. Su discurso *Los siete criterios del gobierno* pronunciado en la Asamblea Municipal Republicana de Zaragoza, en febrero de 1906, está considerado su testamento político.

El 22 de mayo de 1908 salió de su retiro de Graus para informar en el Congreso en contra de la Ley antiterrorista de Maura. Aclamado por miles de madrileños, les habló en la Puerta del Sol invitándoles a hacer la revolución desde la calle, «a tomar posesión de aquella casa del reloj y de las casas grandes de la Corte donde se alojan ilegítimamente los Gobiernos». Fue su despedida viva de la nación y del pueblo que tanto amó como sabio, como político y como hombre: «Me faltan los pulmones y necesito descansar. Gracias, muchas gracias y adiós».

13 Muerte y posteridad

Muerte y posteridad: Memoria e historia de Joaquín Costa

Han transcurrido cien años de la muerte de Joaquín Costa y su figura de autor no ha envejecido. Tras el *réquiem* nacional que acompañó a su fallecimiento, su imagen de intelectual comprometido con la historia y la política del país se ha ido remodelando a golpe de recuerdos, perfiles apresurados, memorias interesadas e interpretaciones de historiadores. Producto de las *razones de los otros*, Costa se ha convertido en un personaje de variadas facetas y semblantes múltiples. Un hombre marcado por el sentido de la conmemoración, diluido en el espacio de lo legendario y las representaciones estándar. Y un escritor fragmentado, a veces impenetrable, cuya obra sigue sin bastarse a sí misma.

14 Muerte y posteridad

La herencia de un hombre: la familia de Joaquín Costa

Joaquín Costa fue un hombre enamoradizo, un escritor de *Diarios* y *Memorias* que, desde el presente de su juventud, pensó y proyectó en el futuro sus expectativas familiares (desde las cualidades que debería tener su mujer, hasta el nombre y profesiones de sus hijos). En la búsqueda ideal, se conocen sus peripecias de enamoramiento con la joven Pilar Puerta, sus ensoñaciones con su prima Salvadora Castán o su pasión imposible por Concepción Casas.

Casi sin esperarlo, a los treinta y siete años de edad, los deseos de Costa de tener una familia se hicieron realidad al nacer, el 2 de enero de 1883, su hija María Pilar (*Antígone*) fruto de su relación con Isabel Palacín Carrasco (*Elisa*). La nieta de ésta, Felicidad Blanc Bergnes, narró el acontecimiento como una bella historia de amor (*Espejo de sombras*).

Costa pasó sus últimos años con su familia de Graus, separado de las dos mujeres de su vida.

María Pilar Costa Palacín se casó con José María Ortega Ballestero, ingeniero que llegó a ser jefe de Obras Públicas en Barcelona. Enviudó a los cuarenta años, con trece hijos. Falleció en Barcelona en 1970.

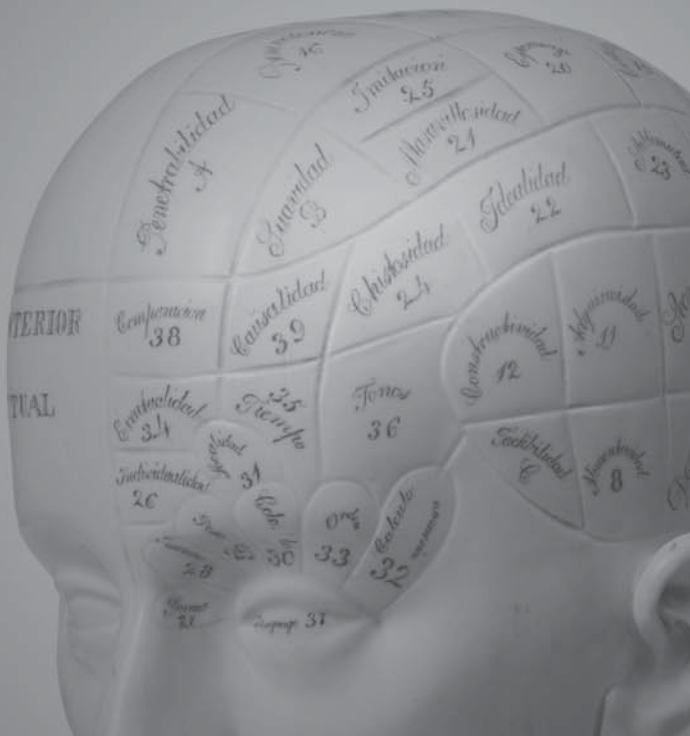
15 Muerte y posteridad

El triunfo de las ideas

Una tradición venerable distingue entre el sabio y el que sabe muchas cosas. El sabio añade al conocimiento de las cosas un saber de sí mismo y de los demás hombres, y de lo que le interesa al hombre. El sabedor de cosas cumple con comunicar sus conocimientos. El sabio, en cambio, está obligado a más: si cumple su obligación, señala fines.

M. Sacristán

Razones de los otros



Perfiles, memoria e historia de Joaquín Costa. Una selección

Ignacio Peiró Martín

Yo un luchador he sido,
Y esto quiere decir que he sido un hombre

GOETHE

Han transcurrido cien años de la muerte de Joaquín Costa y su figura de autor no ha envejecido. Antes bien, su imagen de intelectual comprometido con la historia y la política del país se ha ido remodelando a golpe de recuerdos vivos, perfiles apresurados, memorias interesadas e interpretaciones de historiadores. Producto de las *razones de los otros*, Costa se ha convertido en un personaje polimórfico de variadas facetas y semblantes múltiples. Un hombre marcado por el sentido de la conmemoración, diluido en el espacio de lo legendario y las proyecciones estándar. Y un escritor fragmentado, a veces impenetrable, cuya obra sigue sin bastarse a sí misma.

En ese sentido, la lectura de los textos que presentamos quizás sea suficiente para satisfacer nuestra curiosidad memorial y las pretensiones de exactitud acerca de la vida del pensador altoaragonés. Siempre a la espera del libro ideal, hemos seleccionado una lista de treinta y nueve trabajos que empieza en 1899 y acaba en 2009. Se trata de un mosaico de palabras y citas ajenas, escogidas con la única pretensión de acercarnos a la historia de la cultura española contemporánea y hacer nuestra la personalidad inalcanzable de Joaquín Costa.

1 *Soberbia y mesianismo: ironías de un adversario político aragonés*

[...] Habla con acento particular, el cual tiene algo de montañés de Ribagorza y algo personalísimo del sujeto. En la conversación familiar es pausado y pronuncia cuidadosamente las palabras recalcando mucho algunos conceptos, como quien subraya frases en un manuscrito.

Frente á la multitud no es tribuno de club, ni siquiera un orador de barricada cual los que nos hicieron conocer nuestras épocas infantiles revolucionarias: los discursos de aquellos, aun en lo más furibundo de sus períodos, eran música agradable al oído; la oratoria de Costa, revolucionaria en lo substancial, no encaja bien sino en una huelga tumultuosa de masas obreras. Su retórica no recrea el sentido ni alegra el ánimo, sino lo solivianta y despierta en el auditorio sentimientos de ira, de venganza y de rebelión; yo no he leído ni oído un discurso del señor Costa cuya resultante no sea lanzar á los hombres unos contra otros: á veces no es él, pero surge la idea en el público apasionado por el efecto persuasivo de sus tremendas peroraciones, grandes excitadoras de las pasiones de multitud. [...]

El juicio imparcial de la posteridad ha de aplicar grandes descuentos á la fama de muchas notabilidades de nuestros días, y una de las más castigadas ha de ser la del Sr. Costa, en la cual hay mucho de tramoya sectaria, de impresión de momento, de romántica ilusión. Verdaderamente Costa es un hombre de gran talento, de estudio profundísimo; sabe presentar sus investigaciones en una forma nueva la cual parece á primera vista genial, y no es en realidad sino inusitada. Su doctrina no es original; es un sincretismo de soluciones radicales y de rebuscamientos de la vida tradicional, pero carece de la discreción necesaria para elegir bien; ni tampoco sabe adaptarlas á las condiciones del sujeto en cuyo beneficio las aplica; su empeño ciego de formar un Código civil de Aragón hubiera producido la guerra jurídica en España: su tendencia á movilizar la propiedad territorial, introduciría, si triunfase, la anarquía en el régimen hipotecario y causaría la ruina de muchos patrimonios. Y así lo demás.

Tiene una tenacidad abrumadora; tres ó cuatro ideas fijas, verdaderos íncubos de su inteligencia y de su voluntad, forman la médula de su reciente campaña: desde el mensaje del 13 de noviembre hasta el manifiesto de 10 de abril, todos su actos, todos sus discursos, todos sus escritos han venido á repetir esas tres ó cuatro ideas: no hay más en ellos. [...]

Pero con todas esas hermosas cualidades, el señor Costa me recuerda, siempre que pienso en él, la figura siniestramente grande de aquel Mosén

Antón Trijueque pintado por Galdós en uno de sus *Episodios Nacionales*: porque el Sr. Costa y el novelesco guerrillero coinciden en lo superlativo de un horrible pecado: la soberbia.

El Sr. Costa se ha criado en la montaña aragonesa, y de ella ha salido rudo, terriblemente agresivo, sin trabas ni cortapisas á su claro decir: tuvo un protector más cariñoso y más ciegamente encariñado de él que lo suelen ser la mayoría de los padres con sus hijos; y él se formó habituado á que su voluntad fuese ley. Ve con bastante claridad para comprender su propia valía y es lo bastante franco para no disimular; se siente por encima de la humanidad que lo rodea, y obra como un ser superior, como un Júpiter olímpico armado de rayos.

Sueña con el bienestar universal; padece y se agita, como en tremenda convulsión, viendo una injusticia ó un atropello; y da esta consideración, en grado superlativo, á toda lesión justa o injusta, sufrida en su amor propio: idea soluciones para preparar el logro de sus ideales; una vez inventadas, es víctima él de una violenta y total auto-sugestión, las tiene por perfectas, por infalibles, y pone su alma entera en llevarlas á término de realidad, derribando, si así precisa, cuanto á ellas se oponga, excomulgando á sus adversarios, y suspendiendo á todo el mundo de las garantías de la libre opinión.

Protesta de la Retórica, de la oratoria, del parlamentarismo, del intelectualismo, y esto lo hace simpático á esa multitud abigarrada, compuesta por hombres del tipo caricaturesco del ciudadano Nerón, envidiosos, crueles, que odian todo lo que está por encima de ellos. Pero el Sr. Costa es un retórico que sabe manejar todos los artificios de la elocución para construir párrafos de bella ideología, aun cuando trata de materia tan ruda y árida cual es el Derecho consuetudinario de la Montaña aragonesa; es un orador que aprovecha, más que los argumentos, las descripciones apasionadas, las intencionadas reticencias y la modulación de la voz, y la expresión del semblante, y los gestos, y los movimientos, y tal cual incidente mínimo que observa en un momento dado, y las lágrimas, no fingidas, pero fáciles en sus ojos. Sus discursos encajarán bien en un motín, tal vez en una Convención, nunca en un Parlamento, pues no tienen eficacia sino, cuando más, para arrastrar, por sorpresa, las multitudes á un plebiscito o á una rebelión.

En política ha sido hasta ahora republicano unitario de la extremada izquierda; pero hace tiempo, en su ambición de hacerse cabecero del país alto-aragonés, [...]: él sabe que no ha nacido para obedecer; ni siquiera suplicando á los electores: él no quiere lucha en los comicios ni ninguna parte: es preciso que ante su nombre se postren todos: solo así estará satisfecho el Sr. Costa. [...]

Hoy en política sigue siendo liberal; pero no profesa la libertad sino cuando le conviene para sus fines; [...]. Y para alejar todo género de dudas, su

conducta en la Asamblea y en otros actos realizados en Zaragoza, ha sido la de un autócrata. «Aquí hay necesidad de ser absolutista» solía decir á cada paso, Y lo cumplía, en verdad.

En Religión es un hombre funesto. [...]

Su modestia es engañosa cual las incrustaciones piadosas en sus discursos [...], no son deseos de confundirse entre la multitud sino todo lo contrario, ansia de notoriedad suprema, [...]

Pero el Sr. Costa no se conforma con ser comparado á una figura humana; aspira á ser Mesías; así, como suena; pretende hacerse –perdónelo Dios– un colega de Jesucristo. [...]

Y, dentro de esta desatinada emulación, tampoco es lógico el Sr. Costa; no es un Redentor lo que necesita su programa, sino un Creador; menos difícil que cambiar, como él quiere, la substancia y la forma de la sociedad es crearla de nuevo. [...]

Juan Moneva y Pujol: «El señor Costa», *La Asamblea Nacional de Productores (Zaragoza, 1899): memoria presentada a la Liga Agraria de Granada y a la Real Sociedad Económica Granadina de Amigos del País,* Zaragoza, Tip. de Mariano Salas, 1899, pp. 196-205.

Juan Moneva y Pujol (Venta de Pollos, Valladolid, 1871– Zaragoza, 1951). Catedrático de Derecho Canónico en Zaragoza, católico de acción y conservador militante.

2 *En el Ateneo...*

D. Joaquín Costa aparece todas las tardes en la biblioteca del Ateneo. Su figura patricia cruza por entre los estantes y los pupitres y se destaca sobre el fondo turbio de los libros alineados. Su paso de enfermo es inseguro, pero no abatido: es un enfermo que conserva íntegra la majestad del espíritu. En su marcha dolorosa no inspira compasión sino respeto.

[...] Nadie como él, en España, podría adoptar la suave filosofía de la resignación. En nadie se justificaría, como en él, la impasibilidad de los estoicos. Él ha asistido a las querellas de los hombres; ha vivido, en la historia y en la vida, las tristezas de su patria; se ha preocupado de evitarlas o aminorarlas en lo futuro, y ha escrito libros fuertes, llenos de lógica, de conciencia y de fe. [...]

Su espíritu se ha educado en las serenas disciplinas del Derecho, no del derecho sofístico y empírico, sino del sano y resplandeciente que conocen y aman los Pâpianos y los Kants y que en las cátedras y los tribunales, en los bufetes y en las escribanías, interpretan muchos hombres de un modo transitorio, circunstancial y a veces lamentable.

Así educado, su visión de la vida es recta. Enérgica y sincretista. En sus teorías no precipita los movimientos revolucionarios. Demuestra que hace tiempo debimos realizarlos. Conoce a España profundamente porque la ha estudiado en sus costumbres jurídicas. Las bases de su labor no pueden ser más firmes, y su obra es la más extensa y patriótica del pensamiento español después del noventa y ocho. Sus libros sobre el *Colectivismo agrario* y la *Reconstitución y europeización de España*, son el balance de nuestro pasado y programa para la consecución de un porvenir sano, culto y decente. Es un hombre que ha cumplido. Ha dicho su credo. Podría estar satisfecho de sí mismo, y no lo está. Podría tener un orgullo hegeliano y no lo tiene. Vive lleno de amargura y tristeza porque ve hoy ante sus ojos, agravados los males que ayer combatió. Así, palpablemente, ha conseguido poco, y aunque él sabe que su obra es de las que fructifican despacio y de las que conquistan a los hombres lenta pero seguramente, no puede sobreponerse a las melancolías del apóstol que no tiene prosélitos apasionados, y que duda, por esto, de sí propio y del rumbo de su vida.

Esta es la causa de la ira de Costa. El pensador está enfermo y lastimado. Su tristeza lo hace duro, atrabiliario y vehemente. Sus ojos tienen un resplandor agresivo cuando se levantan de las cuartillas y de los libros para mirar a los jóvenes que escribimos artículos o versos y que leemos novelas. Él puso mucha fe en esta juventud. Puso demasiada fe.

La ira de Costa no es ofensiva, sin embargo. Tiene una ingenuidad bíblica. Al mismo tiempo está llena de cosas pintorescas. [...]

En la biblioteca del Ateneo todos los lectores respetan al apóstol iracundo. Todos lo contemplan y él trabaja leyendo en muchos libros y llenando cuartillas con una letra firme y menuda. De vez en cuando descansa; levanta su cabeza noble, lleva su diestra a la cabellera gris y leonina, a la barba doctoral, y priva a sus ojos del auxilio de las gafas. Entonces, bajo la frente anchurosa, los ojos brotan de sus cuencas un poco congestionados y recorren con mirada de águila a los hombres y cosas que están frente a ellos. Luego los ojos dominantes vuelven a posarse en los libros y en las cuartillas, y la mano aristocrática, traza esa letra menuda que exterioriza los pensamientos y las concreciones de una grande y preclara inteligencia.

¿Qué escribe Costa? Yo no lo sé. No pertenezco al número reducido de sus íntimos que se atreven a hablarle cuando él da paz a la pluma y se dispone a tomar un agua en la que derrama ciertos polvos medicinales. [...] Sé que a pesar de su tristeza, de su ira y de su cuerpo enfermo, produce y lucha. Es un hombre de máxima voluntad, un hombre fecundo. Podrá indignarse ante los jóvenes que turban con sus risas y sus charlas el reposo de las bibliotecas. Podrá zaherir a los jóvenes elegantes que sueñan con ser diputados. [...] Pero no llegará a ese abatimiento, a ese tedio, a ese no hacer de los supremamente desilusionados. Es de la raza de los fuertes. En lo físico recuerda al Moisés de Miguel Ángel, y es de esos hombres destinados a conducir los pueblos por encima del imperio de sus gobernantes. Puede más D. Joaquín Costa que D. Antonio Maura. Nuestros estadistas de hoy dejan sobre el mundo a sus amigos y a sus deudos. Pero los hombres como Costa dejan sus ideas, hechas de ciencia, de pureza y de luz.

Alberto Insúa: «La ira de Costa», *El Liberal* 1907 (reproducido en D. Pacheco / A.R. Díez Torre / A. Sanz: *Ateneístas ilustres*, Madrid, Ateneo de Madrid, 2004, pp. 210-211).

Alberto Insúa (La Habana, 1883–Madrid, 1963). Escritor y periodista adscrito a la Generación de 1914.

3 *El solitario de Graus*

En Vísperas del año ocho: una tempestad bajo un cráneo

¿Por qué no?

A ninguno de los que pedimos á España una conmemoración alta, piadosa, seria, reflexiva y confortante de la epopeya, verdaderamente nacional, de los comienzos del siglo XIX, se nos ha ocurrido señalar esta ocasión como la más á propósito para entonar el exultante *hosanna* y el jubiloso *alleluia*.

Después del voto general de la prensa, unánimemente favorable á que en 1908 hagamos los españoles una triple afirmación de fe, de voluntad y de esperanza ante los destinos patrios, han comenzado á surgir los dictámenes personales. Uno de los primeros –y desde luego, el más resonante– ha sido el de D. Joaquín Costa, el solitario de Graus, *el león enfermo*, en que tiene la España actual su terrible é implacable *anavi*, al modo de aquellos del pueblo de Israel: de aquellos Isaías, Jeremías y Ezequieles, que si hoy resucitaran, se quedarían más que estupefactos ante la fuerza, vitalidad y riqueza formidable de los judíos, al cabo de tantos siglo, tantas persecuciones, tantas caídas, tantas catástrofes, y aun hallándose sin patria ni hogar, esparcidos por todas las naciones de la tierra, hostilizados todavía en muchas partes.

Por eso, sin perjuicio de que hasta los menos afectos al pensamiento de D. Joaquín Costa rindan tributo de justicia á las óptimas intenciones, á los exaltados anhelos y á la magna elocuencia del tribuno y polígrafo aragonés, sus tonantes trenos no alcanzan á sumergirnos del todo en la desolación, y para las más de las gentes –de las gentes que ven y oyen, que esperan y trabajan, preparando poco á poco el porvenir– las ardientes imprecaciones del *anavi* no son de mayor efecto que los relámpagos, hermosamente fúlgidos, de una tempestad lejana: de *una tempestad bajo un cráneo*. [...]

El ilustre Costa, en su fiera vehemencia, quisiera ganar Zamora en una hora, y como el tropel no le ayuda en el rudo asalto, da á Zamora por perdida, y al tropel por muerto... Una enérgica pluma, nada propensa en verdad á la patriotería convencional, á los ensueños quiméricos, á la adulación del alto ni del bajo, ha escrito en *El Liberal* estas reposadas razones, respondiendo á los agrios apóstrofes del desesperado patricio aragonés. [...]

No ya las grandes y memorables ocasiones, pero hasta los más leves y pasajeros pretextos, deben aprovecharse para dar fé de vida, y con ella testimonio de esperanza en una rehabilitación que no puede ser instantánea, por lo mismo que el hundimiento viene de tan antiguo.

Cumpla cada cual con su deber, y eso se irá encontrando el procomún. Don Joaquín Costa ¿quién lo duda? cumple con el suyo aplicando tremendos sinapsismos... Cumplamos el nuestro los demás, sosteniendo las fuerzas del enfermo. [...]

Mausoleo en el Moncayo

[...] Ahora hay que hablar de nuevo, y sobre todo, que hay que hacer. Costa ha cesado de sufrir; más no puede decirse que todo ha concluido. Muy pocos hombres tienen derecho a despedirse de la vida con las palabras de Horacio: *Non omnis moriar*. Costa se sobrevivirá a sí mismo con toda la fuerza que el infausto destino que pesa sobre España le negó para realizar por su propio impulso cuanto tenía sabiamente estudiado y luminosamente propuesto.

El día –¿cuándo amanecerá ese día de ensueño? –en que un puñado de estadistas puros y enérgicos se resuelva a desligarse de las trabas consuetudinarias y de los ataderos convencionales, hallará en las obras de Costa un caudal tan copioso y fecundo de enseñanzas, de pensamientos y de planes, que acaso, no sea suficiente el esfuerzo enérgico y constante de una generación.

Y mientras llega ese ideal momento de la resurrección de Costa, puestos de hinojos antes sus restos mortales hay que preguntar a la Patria, hay que interrogar a los poderes públicos: Costa muerto ¿obtendrá de sus contemporáneos el magno homenaje, el culto de devota ejemplaridad, que no acertaron a tributarle en vida? [...]

El magno y duradero homenaje a Joaquín Costa ha de ser obra de todo el país, y al frente del país ha de marchar el Gobierno, ya que el Gobierno no se halla ahora, por rara fortuna, en manos de beocios y retrógrados.

Donde quieran que yazgan los despojos del autor de *Oligarquía y caciquismo*, tendrán un santuario su nombre y su memoria; pero el corazón de Costa –merecedor de guardarse en espléndido vaso de oro– no puede quedar enterrado y disuelto en un rincón del cementerio de Graus.

Los pueblos y quienes los rigen tienen más altas obligaciones.

Si España tuviera, como Inglaterra, una abadía de Wetsminster donde perpetuar el recuerdo de sus grandes hombres, o como Alemania, una Walhalla cual la que alzó el genio del arquitecto Klenze junto al pueblecillo bávaro de Donaustauf, no hay que decir en qué sitio se erigiría el mausoleo o la estatua de Joaquín Costa.

Pero, se me dirá: ¿no posee Madrid la basílica de Atocha?

A fe que todavía más honrado de lo que está ese honradísimo panteón, habría de verse aguardando los restos del excelso aragonés, hermano de los Ximénez de Cerdán, de los Lanuzas, los Zuritas, los Arandas y los Goyas; pero ya estoy viendo salir al paso escrupulosos menudos, que de pura ver-

güenza no quiero puntualizar. De otra parte, es dudoso que el espíritu de Costa se holgase con ver su nombre y sus cenizas al lado de los cenotafios de caudillos y gobernantes, cuyos méritos personales son indiscutibles, pero que anduvieron en el campo de la Historia por senderos muy distintos de los que el sabio patriota a quien lloramos señalaba, brava y ásperamente, a la adormecida e irredenta nación española.

Cuéntase de Muley Hacén, rey moro de Granada, que se hizo enterrar en el pico más alto de la Nevada Sierra. Todavía lleva aquella cumbre el nombre del musulmán español. A Costa se le debería alzar severo y granítico mausoleo en el Moncayo, desde cuya cima se alcanzara a ver tantas llanadas, montes, ríos, pueblos y ciudades de Aragón, de Navarra y de Castilla. ¡Bello y fortificante lugar de peregrinación sería aquel, en la consoladora primavera, en el fértil estío y en el próvido otoño, para la fe liberal, para la esperanza social y para el amor patrio! [...]

Mariano de CÁVIA: «De profundis», *Revista Aragonesa*, I (abril á diciembre de 1907); «La tumba de Costa», *El Imparcial*, XLV, 15.781 (jueves 9 de febrero de 1911), p. 1-2 (reproducido en Mariano A. FACI BALLABRIGA: *Mariano de Cávia y Lac, periodista zaragozano,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 255-257).

Mariano de Cavia y Lac (Zaragoza, 1855–Madrid, 1920). Periodista y académico de la Española.

4 *Elegías*

El sentido del paisaje de los aragoneses

Zaragoza desea que sea enterrado en su recinto el cadáver de Joaquín Costa. Representantes de la opinión zaragozana han pedido á periodistas y parlamentarios de Madrid que cooperen á sus nobles deseos. El autor de estas líneas ha expresado su parecer –modestísimo, insignificante– á quienes, haciéndole honor, se lo han demandado. Costa era un espíritu profundamente aragonés; hay dos regiones en España que han impreso un hondo carácter á los hombres que han nacido en su suelo: Aragón y Extremadura. De esas dos regiones han salido artistas, guerreros y políticos de una excepcional energía. Joaquín Costa es el último descendiente de una larga estirpe de grandes y fuertes caracteres aragoneses. En Aragón han nacido los Argensola, Baltasar Gracián, Zorita, Pellicer, Aranda, Goya... En todos estos hombres –en unos más que en otros– se ve el reflejo de una naturaleza dura, noble y bravía; todos compendian el paisaje y la historia de la tierra aragonesa. Se distinguen todos por su entereza varonil, por su tesón, por su constancia, por su rectitud, por su amor a la independencia. Si la patria es –como decía Ganivet– «la cantidad de medio que de pequeños nos hemos asimilado, y que forma parte latente, de nuestro ser físico y casi de nuestro ser psicológico» todos estos grandes espíritus aragoneses llevan en sí por modo maravilloso, el sello indeleble del paisaje y del ambiente que cuando niños han contemplado y respirado.

Un rasgo intenso y profundo los une á todos. Joaquín Costa nació en la vetusta ciudad de Monzón. En la segunda mitad del siglo XVIII, en esa misma ciudad, vio la luz un escritor que había de reunir en su persona las mismas cualidades de la raza. Aludo á D. José Mor de Fuentes. Pocas figuras tan interesantes habrá en nuestra historia literaria. Mor de Fuentes fue un espíritu indisciplinado, agresivo, ávido de saber, extraordinariamente culto. Aprendió cuatro ó seis lenguas: el griego, el latín, el inglés, el alemán; escribía y declamaba en francés como en su propio idioma; tradujo á los poetas helénicos y dio la primera versión castellana del *Werther*, de Goethe; redactó trabajos sobre agricultura, hidráulica, ingeniería, estrategia. No pudo jamás sujetarse á ninguna norma ni disciplina; tres ó cuatro veces estuvo en camino de alcanzar una gran posición; murió, al cabo, en la misma ciudad de Monzón, en la mayor pobreza. Mor de Fuentes, en *La Serafina* y en el *Bosquejillo* de su vida –dos libros casi desconocidos de los mismos aficionados á las letras–, nos ha dejado un modelo de prosa viva, palpitante, libre, pintoresca; enamorado de los poetas ingleses, hay en la primera de estas dos obras –publicada en el año 1807–, capítulos por los

que se puede observar que, por primera vez y de una manera completamente moderna, entra en la literatura castellana *el sentido del paisaje*.

Lo que distingue á Costa, como á todos sus antecesores, es un hondo amor á la realidad, á la tierra, al pueblo. El mismo Gracián –el más aristocrático de todos– es un espíritu profundamente realista. De la realidad toman todos estos grandes aragoneses su fuerza extraordinaria; en la tierra hunden todas las raíces de su espíritu. No hay más que leer *El criticón*, de Gracián, y contemplar los cuadros de Goya. [...] Mor de Fuentes, al pasar por vez primera de los campos secos de España á los jugosos y verdes de Francia, escribe lo siguiente: «Dígase cuanto se quiera del Gobierno, al viajar por Francia se ve que el país está en prosperidad, pues por dondequiera andan construyendo, mejorando y adelantando, lo que seguramente no sucede en Aragón, Castilla, Extremadura, Andalucía, etc., donde, si cae una casa, allí se queda; si se inutiliza un camino, un puentecillo, etc., así se está; pero con tal que tengamos muchos secretarios y oficinas, con secciones y subdivisiones y sueldazos bestiales, con alamares y relumbros, poquísimo importa que expire la labranza entera. Está demostrado que todas las plumadas imaginables de todas las oficinas del universo, ni producirán una espiga, una aceituna, ó un racimo, ni plantearán jamás un telar ó un ramo de industria».

Se escribían estas líneas en 1836. ¿No es verdad que en ellas está ya todo el sentido de la política de Costa: sentido realista, de la tierra, del árbol, del camino y del agua, en contraposición al sentido abstracto, doctrinario, de Reales órdenes y *Gaceta*? En el mismo Monzón había de nacer más tarde, en 1844, el hombre que encarnará más patética y elocuentemente esa manera de ser y sentir el problema nacional.

Joaquín Costa ha vivido como un niño y ha muerto abrumado por el trabajo intelectual. Su vida da la impresión de algo al margen de nuestra política y de nuestras letras. No abrumemos su memoria con loas rimbombantes, que para su gloria no necesita. Quien fue una continua protesta contra la vida «oficial» de España no debe ser sometido en muerte á apoteosis «oficiales». Decía bien Ganivet cuando escribía que la patria es la cantidad de medio que de pequeños hemos asimilado; hay quienes no se han asimilado nada de las montañas, de los ríos, de las campiñas, que cuando muchacho han contemplado; hay quienes –como Joaquín Costa– han llevado en su alma, hasta la muerte, la esencia de esa tierra, de ese paisaje y de esa raza. Pues en la misma tierra en que tan gran espíritu se ha formado, ante la perspectiva de esas montañas nobles y austeras, deben reposar para siempre los restos del pensador aragonés.

El conocimiento de la historia patria

Ha comenzado á publicarse en Madrid una revista consagrada á estudios de historia; se titula la nueva publicación –sobria y elegantemente impresa– *Archivo de investigaciones históricas*. [...] El conocimiento de la

historia patria es cosa totalmente descuidada entre nuestros escritores y políticos; una de las características más lamentables del presente período estriba en ver la realidad nacional completamente desligada de sus antecedentes lógicos y fatales. Se procura conocer y averiguar lo que ocurre fuera de nuestra casa; se leen multitud de obras extranjeras; se investigan las reformas y adelantamientos llevados a cabo en países extraños, y, al mismo tiempo, se desconoce lo que en nuestra patria se ha laborado, la obra de nuestros pensadores, los antecedentes que en nuestro propio país existen de esas reformas y mejoras que vamos diligentemente á estudiar lejos, el nexo, en fin, que une al pasado nacional, histórico, castizo, con el presente. [...]

Vive la generalidad de nuestros periodistas y políticos en España como pudiera vivir en el más remoto y diferente –diferente del nuestro– país del planeta. Se desconoce la realidad nacional [...]. El resultado más inmediato, ostensible y doloroso de este desconocimiento de la realidad nacional es un completo divorcio entre periodistas y políticos y el pueblo en que unos y otros gobiernan y escriben. [...]

En estos días precisamente acaba de morir en España uno de sus hombres más eminentes: D. Joaquín Costa. Cuando serenamente, sin espíritu de parcialidad, se estudie su obra, habrá de reconocerse –como la primera de nuestras deudas hacia el pensador aragonés– ese sentido hondamente castizo, histórico, de viva realidad nacional, en que Costa ha fundamentado su larga obra. La obra de Costa representa, lo primero de todo, una formidable reacción contra el sentido obstruccionista, desligado de la realidad, de políticos y escritores. La obra de Costa hunde sus raíces profundamente en la tradición, en la historia, en la mitología, en el derecho consuetudinario, en la raza, en los factores naturales y sociales de nuestra sociedad, en todo lo que, en suma, constituye nuestra nacionalidad, nuestro pasado y nuestro presente. Si esa obra tiene fuerza y tendrá eficacia en lo porvenir, es cabalmente por ser una obra tradicionalista, profundamente castiza, apoyada en la historia, en la raza y en el suelo.

La primera lección de D. Joaquín Costa á los españoles del presente y á las generaciones venideras la constituye esta invitación paciente, pertinaz, patriótica, al estudio de nuestra propia realidad: al conocimiento minucioso y exacto de la historia de nuestra patria, de la raza, del arte, del derecho, de la geografía. Invitación ésta que es, al propio tiempo, una condenación de las preocupaciones –y despreocupaciones– que dominan á la actual hornada de periodistas y parlamentarios. La misma labor de D. Joaquín Costa no podía ser estudiada con fruto si no se tienen en cuenta todos los antecedentes históricos –la obra de los precursores– que la han determinado. Sería un error infantil el suponer que la «doctrina» del pensador aragonés es única y original en nuestra patria. Debemos á Costa muchas ideas bellas y fecundas; debemos un impulso ardiente y generoso; debemos el que con su genio, realmente admirable, haya vivificado y robuste-

cido una doctrina política verdaderamente nacional y bienhechora. Pero no debemos olvidar que esas ideas, que se nos quiere presentar ahora como debiéndolas nosotros, los españoles de ahora, al gran escritor, tienen una larga y elocuentísima serie de antecedentes en España. [...]

Con todo este caudal de antecedentes históricos, D. Joaquín Costa ha elaborado su ideal. Ha habido en el pensador aragonés mayor genio, más luminosa y fuerte inteligencia; un conocimiento más exacto y escrupuloso de nuestra historia, de nuestra geografía, de nuestra raza, de nuestro derecho consuetudinario; una mezcla de pasión patética, trágica, en la exposición de su doctrina; una visión más honda, en fin, de nuestro pasado y de nuestro presente.

La cabeza de Costa

Todavía parece que lo estoy viendo: tenía el cuello recio; su cabeza se erguía sobre un cuerpo fornido, atlético; su barba entrecana, sin aliños afectados, revuelta, bajaba hasta su pecho fuerte y saliente. Andaba despacio; parecía agobiado, abrumado por un tremendo peso misterioso, por una anonadadora fatiga. La última vez que habló en público, llegó al salón –donde un público ansioso le aguardaba– sostenido entre dos amigos. Una profunda tristeza velaba sus hermosos ojos llenos de bondad. Comenzó a hablar: su voz era lenta, uniforme, como un lamento, como un expirante gemido trágico. La emoción embargaba a los oyentes. De vez en cuando –con la cabeza hacia atrás, como si quisiera sacudirse un peso invisible–; de vez en cuando se interrumpía y hacía una honda inspiración... [...]

Era fuerte, recio, fornido, y daba la impresión de algo frágil, inestable, quebradizo. Hay en todos estos hombres dedicados a los trabajos intelectuales; en todos los que viven del pensamiento, los que leen mucho, los que escriben mucho, los que se preocupan de un problema del intelecto hasta el punto de obsesionarse, los que continuamente, todos los días, a todas horas, piensan y sienten; hay en las figuras de estos hombres, envolviéndolas, algo como un hálito, como un nimbo que no podemos explicar. Diríase que la inteligencia ha extravasado por todos los poros del cuerpo, y que la hegemonía, el predominio del cerebro sobre todo el organismo, ha hecho que éste haya rendido toda su fuerza a la cabeza y se haya tornado frágil y quebradizo. Los ojos, el gesto, la línea total de la figura, la tez –un poco pálida– de estos hombres fuertemente intelectualizados, nos los muestra como aparte, distintos de los otros hombres. Adivinamos su exquisita, casi morbosa sensibilidad. Comprendemos que estos hombres se *han ido haciendo* para vivir en los interiores, en los estudios, rodeados de una luz tamizada, suave. Allí, en ese medio discreto, lejos de la acción, apartados del estrépito, iluminados por un claror dulce, entre libros, a la vista de alguna obra de arte, es cuando vemos a estos hombres como ellos son; es cuando su inteligencia, su sensibilidad, irradian poderosamente; es

cuando comprendemos, *sentimos*, que estos hombres apartados de la acción, que estos soñadores, que asociadores y disociadores de ideas son los más formidables, los más transcendentales, los más gigantescos hombres de acción. [...]

Todavía parece que le estoy viendo. Cuando pienso en estos hombres que he conocido y admirado en mi mocedad –Costa, Pi y Margall, Leopoldo Alas–, columbro en la lejanía pretérita un pedazo de mi existencia que ya no volveré a vivir. Todavía parece que le estoy viendo, andando lentamente como abrumado por una fatiga misteriosa. Su cabeza se levantaba sobre un pecho recio. Había en sus ojos relumbres de melancolía y de fuerza candorosa. Quería celar su bondad bajo una aparente rudeza; pero su bondad era como los arbustos fuertes e indomables que salen retorciéndose de entre las peñas en busca de la luz. Y cuando hablaba, su voz rugía, salmodiaba, imprecaba, amenazaba, estaba henchida de conminaciones terribles y de añoranzas del pasado.

AZORÍN: «En tierra aragonesa», *ABC* (viernes, 10 de febrero de 1911), p. 5; «La lección de Costa», *ABC* (miércoles, 15 de febrero de 1911), pp. 5-6; y «Joaquín Costa», *ABC* (febrero de 1913) (reeditados en *Obras Escogidas, II. Ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, pp. 793-795 y 965-968).

José Martínez Ruiz (Monovar, Alicante, 1873–Madrid, 1967). Escritor conocido por su seudónimo *Azorín*, novelista, ensayista y crítico literario.

5 *Un Atlas sin renombre en Europa*

Veinte líneas escasas en el *Times* y otras tantas en el *Daily News*, escritas sobre un telegrama de Reuter; esto es todo lo que hemos hallado en la Prensa inglesa acerca de la muerte de Costa. Tan breves noticias necrológicas no confirman, por esta vez, por lo que se refiere a Inglaterra, la opinión corriente en España de que nuestros grandes hombres están mejor reputados fuera del país que dentro. Están mejor reputados aquellos que se buscan la gloria pagando á peso de oro el anuncio de sus obras y su nombre, ó aquellos que la buscan por medio de un premeditado y alevoso acto de arbitrariedad. Bien puede asegurarse desde ahora que los celebrados artículos del Sr. Unamuno en *Engliswoman* [...] le valdrán á su autor, cuando se muera, doble número de líneas necrológicas que las dedicadas á Costa por los periódicos de Londres.

Nuestro muerto era poco conocido en Inglaterra. Seguramente, no faltarán hombres que le hayan estudiado á conciencia y que, más adelante, nos den en alguna de las grandes revistas algún buen trabajo crítico de su obra. Pero esto no bastaría para decir que era tan conocido como otros de menos valor intelectual que él.

Hay varias razones que explican el hecho. Costa no trató de difundir su obra en el extranjero porque carecía de vanidad, y carecía de vanidad porque era un hombre cuya vida estaba íntegramente enlazada á un problema objetivo: al magno problema de crear ciencia, moral y riqueza en España. No era uno de esos grandes farsantes, conocidos de todos, que se imaginan estar en el centro del mundo y que se pasan la vida pidiendo á alaridos la inmortalidad. Un hombre como Costa, cuyo espíritu andaba disuelto en los problemas de España, no tenía tiempo de pensar en sí mismo. No se cuidó de mandar sus obras al extranjero, ni trabó relación con autores y críticos de fuera que se las divulgasen. No se acordó de publicaciones europeas, que hubiesen dado á conocer su libros. No los mandó tampoco á las bibliotecas extranjeras, para que su nombre apareciese en los grandes catálogos. No supo, no quiso, en una palabra, fabricar su renombre fuera de España.

No quiere decir esto, sin embargo, que todos los hombres renombrados fuera de su país han adquirido su reputación gracias al industrialismo de la vanidad. En todas las naciones hay centinelas que vigilan los esfuerzos del pensamiento humano. No faltan en Inglaterra hombres que siguen los movimientos culturales de todos los pueblos. También á nosotros, los españoles, se nos observa. Pero la observación no puede ser directa, si el observador está fuera. Los hechos, sobre todo los hechos del espíritu, como

son los libros, sólo pueden llegar después de ser debidamente agitados. Ahora bien; ¿qué agitación intelectual ha habido en torno de la obra de Costa? ¿Cuándo se dedicó á sus libros algún sólido estudio de crítica? ¿Qué polémicas suscitaron sus doctrinas? ¿Qué discusiones públicas hubo sobre sus enseñanzas de derecho, de política y de literatura? No habiendo sido agitada su obra hasta ahora, no debe extrañarnos, pues, que haya pasado inadvertida, aun para quellos que espían los movimientos del espíritu de todos los pueblos. De ello es responsable, en primer término –nuevo mérito suyo–, el mismo Costa, que sacrificó la manufactura de su fama á la solución de los problemas nacionales; y, en segundo término, somos responsables la mayoría de los españoles.

Sólo teniendo en consideración su honradez intelectual –incapaz de ir mendigando por el extranjero un empréstito de gloria– y la indiferencia del medio ambiente, puede explicarse que su obra científica no gozara de más renombre en Inglaterra, donde predomina la escuela histórica del derecho, que Costa defendió. En cuanto á su obra política, no sorprende que fuera desconocida. La obra políticas de Costa es la obra política que la mayor parte de los países europeos han realizado hace más de medio siglo. Por consiguiente, para Europa, y en especial para Inglaterra, la obra política de Costa no representaba una enseñanza, como representa para nosotros, por ejemplo, la obra política de Lloyd George. Desde el punto de vista de Europa, las doctrinas políticas de Costa no tenían más que un valor histórico. Lo que para nosotros era y es en Costa ideal, para Europa es ya cosa realizada. Había, sí, interés dramático en el caso de aquel hombre, que quería reducir una realidad mezquina á un ideal elevado. Pero este interés dramático sólo podía ser apreciable en el mismo lugar de la acción, ó sea en España. Ahora bien; los hombres extranjeros que han venido á España para hacer un libro han sido en su mayoría, hombres que no han visto más que la parte decorativa y jocosa de nuestro drama. Pocos de ellos han visto á Costa.

Yo he sentido algo de vergüenza al leer libros extranjeros en que se hablaba con gran encomio de escritores españoles sin ningún mérito, saludando en ellos á los hombres de nuestro resurgimiento, mientras que no se hacía mención de Costa, el Atlas que sostiene y sostendrá por mucho tiempo las nuevas ideas de reforma.

Costa es la columna vertebral de nuestro liberalismo; pero mientras no la coloquemos en su verdadero sitio, mientras no estudiemos profundamente á Costa y no sea el eje de nuestra política, no podemos quejarnos de que en el extranjero permanezca obscurecida su obra.

Luis ARAQUISTÁIN: «Costa en Inglaterra», *El Liberal*, XXXIII, 11.427 (lunes, 13 de febrero de 1911), p. 1.

Luis Araquistáin Quevedo (Bárcena de Pie de Concha, Cantabria 1886–Ginebra, 1959). Escritor, periodista e intelectual destacado del pensamiento socialista español.

6 Mater Dolorosa: *Ideas de un patriota español*

El patriotismo del dolor

Apenas si he escrito una página alguna vez en que no apareciera el nombre de Costa como fondo resonante y ennoblecedor que yo buscara para la silueta de mis pensamientos, en realidad como epónimo y genealogía de estos mismos pensamientos. Y ello me da alguna facilidad para moverme libremente en medio de este fango lírico que sobre aquel hombre poderoso ha caído en estos días.

Estas gentes que ahora se disponen al funerario alarido, que parece quisieran morir con Costa muerto, ¿por qué no han vivido la vida de Costa? ¿Por qué no han repensado, proseguido, defendido y proclamado lo que en Costa hubo de superior vitalidad, de profundamente enérgico, de clásico: su programa?¿Son ellos, por ventura, los que han hablado estos últimos años de europeización? ¿Son ellos lo que, en consecuencia, han sido sospechosos de plañideros, de petulantes y hasta de poco patriotas?

¿Qué es esto de aclamar a Costa como grande hombre, abstrayendo de sus opiniones? ¿Qué es Costa sin su doctrina de España?

Porque no se ha de pretender convencernos de que tanta gente como ahora eleva su voz y pone en ejercicio su retórica, admira a Costa por sus obras científicas. Dígase con alguna claridad: las obras científicas de Costa no han sido apenas leídas, no se hable de aprovecharlas. [...]

Lo científico en la obra de Costa es su concepción del problema español y su sistemática respuesta. Si estas gentes, que ahora se afanan ruidosamente en torno a su cadáver, quieren salvarse de la acusación de frivolidad, es menester que en sus corazones acepten la idea trágica, la idea severísima y cruel, la grande idea de la europeización de España. [...]

Conviene hacer constar –siquiera para facilitar la tarea a futuros investigadores, a quienes pretendan un día de entre los días reconstruir la sentimentalidad de esta época nuestra– que, aun muerto Costa, algunos españoles de hoy, al escuchar la palabra «España», no recuerdan Calderón ni Lepanto, no piensan en la victoria de la Cruz, no suscitan la imagen de un cielo azul y bajo él un esplendor, sino que meramente sienten, y esto que sienten es dolor. Yo no sé si estos españoles son muchos o pocos; sé que son algunos, y que me parecerían los mejores si no me encontrara yo entre ellos.

Con frecuencia se nos tacha de escaso patriotismo, como si mientras nos quejamos yaciéramos en un lecho de rosas o se nos sorprendiera buscan-

do a toda hora la comodidad. [...] Tápense, pues, los oídos quienes no gusten de escuchar lamentaciones y busquen, a su modo, otros métodos para salvar la vieja casta enferma. Siendo, para mí, la tradición española un grave dolor que me atormenta, yo no sé otro medio de salvar a España que librarme de ella; es decir, que España sea otra cosa de lo que fue y de lo que es: que no me duela.

Costa nos ha enseñado este patriotismo del dolor; nos ha servido de ejemplo en medio de la frivolidad ambiente, para que nos convenciéramos de que esa vaga abstracción que se dice decadencia española puede ser sentida inmediatamente como la más concreta herida corporal. El corazón de Costa hervía lacerado, traspasado por España, y Costa proyectaba ese desesperado hervor hacia fuera en gestos de amencia quijotesca. Cuando yo le conocí, había ya perdido la ecuanimidad: sobre su pensamiento, sobre su palabra, sobre su ademán, sobre sus sentimientos, pesaba ya un acento de incontinencia enfermiza, que en ningún caso, debo declarar que ni aun en Costa, me aparece grato o admisible. Era la amencia quijotesca que, como en el héroe divino de Cervantes, presenta ante nosotros –hombres tibios, contentadizos, insensibles– la simiente de una realidad profunda envuelta en cáscara barroca. Quijotesca llamo la sensibilidad para acontecimientos ideales, para las realidades abstractas, para las cosas trascendentales que ocurren en el seno de los valores eternos. Y lo que para Don Quijote era la justicia distributiva, era para Costa la decadencia de España. [...]

Más no se contentó Costa con enseñarnos la virtud de dolernos, sino que dio al dolor español una estructura, organizó el pesimismo para que fecundara la tierra misma acongojada; en la anatomía del dolor fijó los caminos hacia la salud, hacia la liberación del pesimismo. El dolor, como toda sensación, según la psicología contemporánea, es sensación de una diferencia, de un desnivel: sentir la angustiosa realidad española supone la percepción comparativa de la magnífica posibilidad europea. Dolerse de España es ya querer ser Europa. Todo pesimismo noble es relativo, meramente instrumental; es pesimismo metódico, disposición espiritual para producir aumento y mejoración. El pesimismo que Costa enseñó tenía el sentido de hostigar, de suscitar en la raza moribunda los últimos instintos europeos. [...]

Seguirá viviendo el alma de Costa mientras haya quien recoja esta su doble herencia: el dolor de España, la idea de Europa. [...]

El espíritu de los pueblos

[...] la observación de que las dos palabras *reconstitución y europeización* propuestas por Costa a su política son antagónicas: reconstituir es volver a ser lo que se ha sido, andar hacia atrás; europeización es dar un paso *hacia delante*...[...]

Efectivamente, no es fácil leer el libro político de Costa sin advertir la dualidad contradictoria de su programa, y este antagonismo, quiera o no el se-

ñor Cejador, existe, y es debido a razones mucho más profundas de las que mi buen don Julio parece sospechar.

La individualidad de los hombres, y mucho menos de los grandes hombres, no puede ser cazada a lazo, mientras recorremos al galope sus escritos o sus actos; eso se queda para los gauchos literarios. Es preciso primero disponer su fisonomía ideológica, situándolos, asentándolos sobre aquella corriente del pensamiento universal que los llevaba, y de que, en verdad, no son sino variaciones. Cuando Costa educaba sus broncos ideales juveniles, sus ciclópeas imaginaciones de Titán mozo, reinaba en Europa una manera de ver el mundo que, procedente de Herder, Schelling y Hegel, había adquirido entre juristas y filólogos el nombre de historicismo. Queríase ver en la historia el campo de la experiencia metafísica, el lugar donde daba sus revelaciones el Espíritu Universal. Estas revelaciones son lo que se llamó espíritus de los pueblos. [...]

Así fue suscitada aquella grandiosa labor de filólogos, de historiadores de juristas que reconstruyeron las formas primitivas de las tradiciones culturales. Los pueblos cobraron, gracias a este impulso, la conciencia de su personalidad diferencial, y en un supremo arranque se organizaron en nacionalidades políticas.

[...], Costa se saturó de la atmósfera historicista, de los dogmas románticos, y dejando ir su corazón y su cerebro hacia donde naturalmente tendían, dedicó su vida austera y solícita al estudio del *pueblo* español, de las masas irracionales hispánicas. Conforme con los principios extranjeros, que sin detenerse a discutirlos había aceptado, pensaba que cada Pueblo tiene su misión histórica, su carácter metafísico irrompible y su absoluta justificación. Porque ha de notarse que aquel amor hacia lo peculiar, sugerido por el hegelianismo, degeneró en un empirismo histórico que se afanaba exclusivamente por dotar a lo transitorio e individual de una importancia eterna.

La opinión que Costa, bajo tal influencia, se formará del problema español es fácil de anticipar: en rigor no hacía falta leer sus libros para conocerla, porque él mismo no la adquirió estudiando en España, sino que, al contrario, estudió España bajo el prejuicio –en el mejor sentido de esta palabra– que la filosofía extranjera le había imbuido. Pensó de España lo que de sus países pensaron Renan, Taine, Treitschke, etcétera. [...]

José Ortega y Gasset: «La herencia viva de Costa», *El Imparcial*, XLV, 15.792 (lunes, 20 de febrero de 1911), p. 2; «Observaciones», *El Imparcial,* XLV, 15.825 (sábado, 25 de marzo de 1911), p. 2 (recogidos en *Obras Completas, I, 1902-1915,* Madrid, Taurus / Fundación Ortega y Gasset, 2004, pp. 401-404 y 405-409).

José Ortega y Gasset (Madrid, 1883–1955). Catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, escritor, ensayista y filósofo.

7 *Una santidad que rectifica*

Debemos á Costa un ejemplo de santidad activa que no se conforma con la vida personalmente austera, sino que se consagra toda entera á los demás en el esfuerzo y en el trabajo cotidianos. Pero le debemos sobre todo un ejemplo de santidad objetiva que llega al sacrificio de las opiniones más queridas y profundas cuando descubre su insuficiencia para solucionar el problema planteado. Debemos á Costa un caso de santidad que actúa y rectifica.

Una rectificación profunda no es obra de santidad en aquellos ambientes donde se haya vencido el demonio del entercamiento y de la tendencia que nos impulsa a encerrarnos en nosotros mismos cuando nos sorprende alguna idea que se armoniza con las demás ideas que llevamos dentro y que puede destruir nuestro edificio interno. [...]

La rectificación profunda de Costa no consiste en haber buscado en los productores, y luego en los intelectuales, y después en los republicanos, y últimamente en el ejército los instrumentos necesarios para realizar su obra. Su rectificación profunda ha de encontrarse en el título mismo de su obra *Reconstitución y europeización de España*.

Ha observado Ortega y Gasset –¡otra vez Ortega y Gasset!; pero ¿cómo evitarlo?– que las dos palabras son antagónicas; reconstituir es volver á ser lo que se ha sido, andar hacia atrás; europeizarse es dar un paso hacia adelante, por lo menos hacia un camino diferente del que se ha seguido. Téngase en cuenta que Costa ha sido historicista toda la vida; que se ha pasado treinta años de trabajo en averiguar las costumbres y los refranes populares, en desentrañar el sentido jurídico del pueblo y hasta en abominar de las doctrinas de gabinete por considerarlas de poco ó ningún valor frente á las construcciones espontáneas del pueblo. [...]

Esta rectificación nos da la medida de la santidad de Costa. Sólo que no podemos creer que el ideal europeísta surgió improvisadamente en Costa en las semanas del desastre. Aquí he de mantener, por creerlas exactas, las afirmaciones de que el corazón de Costa era su cabeza y de que el hecho central de su vida fue el viaje á Francia de 1867. Fue ese viaje lo que le reveló la distancia en riqueza y en cultura que separaba nuestra patria del mundo europeo. Entonces vió lo que eran otros pueblos, y por haberlo visto, quiso que el nuestro fuera como ellos.

En realidad, no fue Costa un historicista puro sino en momentos impetuosos que le hacían ver en la Historia lo que él ponía en ella. Lo que Costa buscó en la Historia y en las costumbres populares no fue tanto la historia y las costumbres mismas, como un procedimiento real y positivo de llegar á la europeización. Vió que los libros sólo vivían en los libros y en las

cabezas de unos cuantos sabios, lo cual es verdad; pero creyó que los sabios debían buscar en el pueblo mismo la manera mejor de gobernarle, lo cual ya no es cierto. El camino de la europeización, de la idealización de un pueblo, no consiste en que el sabio se haga pueblo, sino en hallar el modo –que esté en la escuela y en la despensa– de que el pueblo se haga sabio, en la medida que pueda hacerse sabio. [...]

Es inicial en Costa el hecho de que se lanzara al estudio de la Historia para encontrar en ella un procedimiento para hacer á los españoles más cultos y más ricos. No fué á la Historia para halagar nuestro amor propio demostrándonos que ya habíamos sido cultos y ricos y que los valores culturales de España no tenían nada que envidiar á los de ningún otro país. Esto lo hicieron otros historicistas, los que no rectificaron ni en 1898. Fue á la Historia porque vió que á los labradores de Aragón llegaban menos riquezas y menos libros que á los de Francia, y quiso hallar en la Historia y en la Geografía las causas de esta mengua, en lo cual acertaba, y los remedios para evitarla, en lo cual no acertaba.

Por debajo de sus investigaciones históricas cabía siempre el espíritu progresista, el noble espíritu progresista. Su error fue haber dado por resuelto lo que teníamos que hacer con España y haber dedicado la vida á averiguar lo que era esa España que ha de transformarse. Creyó que para la transformación de los pueblos era preciso que los sabios se adaptasen á ellos. Pero no es así como los pueblos se transforman, sino cuando llega á ellos una idea que surja de los sabios.

Lo primero es que los sabios conciban esa idea; lo segundo, que los propagandistas, los agitadores y los políticos vean esa idea y la hagan sentir al pueblo, y es función suya, y no de los sabios, la de ponerse en contacto con el pueblo y adaptar la idea á sus orejas, para lo cual necesitarían conocerle, y lo tercero es la transformación.

La vida entera de Costa fue dedicada á la transformación de España. Es doloroso que se sumergiese en la inercia de los hechos treinta años de labor. Probablemente habría llegado mucho más lejos de haber continuado en el camino que inició con su *Teoría del hecho jurídico* y rectificado después sucesivamente algunas de sus afirmaciones y doctrinas.

Pero toda la vida le animó el deseo de reformar España. Nunca escribió con el propósito mercenario de adularnos. Supo vernos en nuestra incultura y en nuestra pobreza. Y, finalmente, en suprema rectificación nos lanzó a Europa.

Ramiro de Maeztu: «Debemos a Costa», *Heraldo de Madrid*, XXII, 7405 (jueves, 9 de marzo de 1911), p. 1 (recogido en *Debemos a Costa*, Zaragoza, Tip. Imp. de Emilio Casaña, 1911, pp. 41-46).

Ramiro de Maeztu y Whitney (Vitoria, 1875–Aravaca, 1936). Escritor, periodista e intelectual destacado del pensamiento católico y contrarrevolucionario, fundador de *Acción Española*.

8 *En memoria de un espíritu sincero*

La verdad desnuda

A Joaquín Costa debe España muchas enseñanzas, ya por su vida, ya por su muerte. [...]

A su muerte, se ha desatado y desbordado la farándula periodística y se han escrito cosas que, de haberlas podido leer él en su sano juicio, habría deseado volver á morirse.

No le han faltado ni los responsos de funerales de primera, por lo kilométricos, del publicista refuso á toda sobriedad, ni los ditirambos carambólicos del cronista atolondrado, ni la frase inevitablemente hueca, del tribuno de la plebe. Cierto es, por otra parte, que se han escrito también cosas justas y ponderadas. Entre las que he leído sobresalen los juicios de la siempre ecuánime y sagaz Doña Emilia, del reposado y perspicaz *Andrenio*, del sutil Azorín, de Luis de Zulueta, espíritu noble, y de José Ortega Gasset, ansioso de verdad siempre. Pero fuera de éstos y algunos otros, ¡qué farandulería, cielo santo! Y para honrar á uno que odió ante todo y sobre todo esta farándula. Yo no sé cuándo el autor de *Los intereses creados*, obra imperecedera de nuestra literatura, tomará la pluma para dejar de una vez para siempre inmortalizada está farándula de los forzados de la galerada.

Costa ha muerto, y ya es de todos: del primero que de él quiera servirse. Así ha sido siempre, y así seguirá siendo. Y hasta tiene ello su justificación. Se comprende y se justifica que los partidarios del Cid, o los que creen serlo, monten su cadáver a caballo para ganar así una batalla. Lo que no habría sido de tolerar es que hubieran escogido al Cid valetudinario y enfermo, obligándole a montar, a riesgo de matarle, para la batalla. Y ello se hizo con Costa cuando la bullanguera información aquella sobre el proyecto de ley del terrorismo. [...]

Y escribo estas notas en una revista, y no en un diario, porque en éstos, en unos por unas razones y en otros por las contrarias, no goza de verdadera libertad un colaborador sincero. Lo interesante no es lo que dicen los diarios, sino lo que en la intimidad de sus redacciones los forzados de la pluma que los redacta. Temo, además, á la pavorosa diosa Actualidad, madre de la farándula. [...]

No he leído en esos días ninguno de los diarios de la que se llama a sí misma la buena prensa, pero me temo que entre relativos elogios –y tiene esa prensa mucho por que elogiar á Costa– hayan dejado deslizar las insidias venenosas é hipócritas, en ellos habituales, degeneración laica

del ya célebre *odium theologicum* que estaría mucho mejor llamado *invidia theologica*.

Por mi parte, me propongo honrar la memoria del que fue mi buen amigo y en no pocas cosas maestro [...], honrarla siguiendo su ejemplo de decir la verdad desnuda.

¡Cuántas enseñanzas encierran la vida y la obra de Costa! Empezó su labor muy joven, y se distinguió ya como orador en las campañas de la Junta para reforma de Aranceles. Pero ni esto, ni menos sus trabajos sobre la literatura y mitología celtohispanas, lograron una gran difusión. La índole de su labor no era la más a propósito para atraerle lectores y público en España, ni era tampoco de tal carácter que pudiese resonar en el extranjero, como la de Cajal, y de allí volver acá, por repercusión [...]; las investigaciones á la española de Costa no pudieron darle fuera de España el crédito que ha logrado Cajal con sus investigaciones á la europea, y el que Ramón Menéndez Pidal está cobrando. Y así transcurrían su vida y su labor en el relativo aislamiento –y el aislamiento relativo es peor que el absoluto– de quien se dedica aquí á trabajos tales. Una cierta inquietud, además, una curiosidad plurilateral que le empujaba al poligrafismo, le llevó á desparramar su actividad intelectual en muy diversos campos. Y no es cosa de repetir las simplezas que contra las oposiciones á cátedras han dicho algunos, fundándose en que á Costa no se le diese una, como si fuera algo insólito el que hubiese otro que entonces supiera más en aquella materia. Porque no llegó a ser Costa especialista en cosa alguna. Pero empezó a trabajar en él la dolencia que le ha llevado a la muerte, y esa dolencia fue adolorando y adoleciendo su espíritu, el cual llegó a una cierta exaltación patológica. Y no digo lo de patológico por reproche. Cuando le dolió el cuerpo y el alma, empezó a dolerle España en ellos, a dolerle a la vez su relativo aislamiento, y, obrando móviles altruistas y sociales sobre otros egotistas y personales, se sintió profeta y hasta tribuno del pueblo. Empezó entonces a predicar revolución, y el efecto fue mágico. ¿Qué más quiere una parte de nuestro pueblo? Se declaró después republicano, y al poco tiempo disputábanle genio inconmovible muchos que jamás leyeron una página suya. [...]

Y empezó para Costa el período, acaso inevitable en casos como el suyo, del contrasentido y la antinomia. [...] Él fue quien popularizó eso de la europeización. Es decir, quien popularizó la palabra. Porque aquí se cobra más nombre poularizando una palabra ó una frase, que no una idea. Y es una de las más íntimas tristezas que al cabo visitan el alma de un publicista español –y Costa debió sentirla– el observar que se retiene y repite de él lo más externo, aunque más sonoro, las meras palabras, las frases – y cuanto más huecas mejor– y se desconoce su espíritu. Cuando no se toma la frase en un sentido, no ya contrario, sino opuesto á aquel que uno le quiso dar. De tal modo Costa aparecía el portaestandarte de la europeización.

Y aunque se ha dicho ya, hay que repetirlo y más claro. Uno de los españoles más antieuropeizantes, en el sentido en que toman esto del europeísmo todos esos definidores pedantes que no dejan caer de la boca el imperativo categórico de Kant o el binomio de Newton, uno de los más antieuropeizantes, digo, era Costa. [...]

Y no sólo era Costa archiespañol en el fondo de sus doctrinas, [...]; lo era en su modo de trabajar. Para investigar de esa manera que llaman a la europea [...] Lo característico es el método. Y el método de Costa tenía muy poco de europeo, con lo cual no trato, claro está, de rebajarlo. Su método era de intuición, de adivinaciones parciales y, sobre todo, de fantasía y de retórica, aunque estas se ejerciesen sobre datos. [...]

Costa, además, propendía, como buen español, al poligrafismo. Nunca pudo resignarse a ser un buen especialista. Y acaso el estado cultural de la Patria no consiente todavía el especialismo. Costa quería abarcar mucho; tenía la castiza ambición intelectual y la también castiza impaciencia intelectual. Porque aquí, en esta tierra de místicos, todos aspiramos a la ciencia infusa, intuitiva, con trabajos más que con trabajo. [...]

Con esas tendencias y convicciones; con esa democracia rural de calzón corto; con ese colectivismo, que lejos de ser el que el socialismo propugna, es todo lo contrario de éste, pues el de Costa era un colectivismo retrospectivo y no el que el industrialismo puede traer; con todo eso, ¿qué iba á hacer en un republicanismo donde se combaten las más antagónicas tendencias y luchas el individualismo manchesteriano con el socialismo, el unitarismo con el federalismo, y hasta una cierta ortodoxia católica progresista con el anticristianismo? No había lugar para él en este conglomerado de contradicciones, cuya liga de unidad es lo puramente negativo; en este republicanismo español, cuyo único exponente común es el antimonarquismo.

Caudillo no podía ser, y menos en nuestra política de sectarios, él, que si tenía alguna secta, era la suya propia, era *costista*.

Tenían demasiada personalidad sus doctrinas para poder haberle hecho tribuno de la plebe. [...]

Costa creyó en sí mismo, y en un principio creyó en exceso en los demás. Y confió en exceso, muy en exceso, en su retórica apocalíptica. De ahí su impaciencia, que le llevó al desengaño, aunque sin desengañarse nunca del todo, y de ahí su pesimismo. Es la historia de siempre. Le irritaba la lentitud de su pueblo. [...]

Vivió siempre en, dentro y para la Historia

Aquel hombre vivió siempre en la Historia, dentro de la Historia y para la Historia. Toda su concepción era una concepción historicista. No había en él nada de lo que podríamos llamar metafísica. Yo podría decir que era, más que un espíritu platónico, un espíritu tucididéstico; porque...

está bien Platón, pero está mejor Tucídides. Aquel hombre tenía la preocupación de la Historia, y como era un historicista, era también un tradicionalista; un hombre que vivía por y para la tradición en una misma cosa que el progreso: es la tradición del progreso, como el progreso es progreso de una tradición. [...]

Aquí se ha dicho lo del «cirujano de hierro». Realmente, ésta fué una de tantas cosas de aquella fantasía, de aquella encendida retórica [...] que daba un alto sentido a lo del cirujano de hierro, detrás de lo cual se veía el caudillaje. Y no me extraña que en la época de aquella lamentable dictadura surgiera aquel que no era un cirujano, ni de hierro siquiera; a lo sumo una especie de sacamuelas. Hubo entonces quien exhumó textos de Costa para justificar la dictadura. Yo creo que de Costa, como de una porción de gentes que tienen una personalidad, se pueden exhumar textos para defenderlo todo, lo uno, lo otro y lo de más allá. [...]

No quiero continuar hablando de un tiempo que ya va haciéndose histórico, en el peor sentido algunas veces; que se va haciendo legendario; no quiero seguir hablando de un hombre a quien perdió la leyenda, ni hablar bajo la preocupación de que a otros también nos envuelve la leyenda. Ved cómo murió «el solitario», cómo murió consumido por ese fuego vivo... Que si a Servet le quemaron los calvinistas, a él le quemó el amor a su España, la visión de lo que estaba pasando en esta pobre tierra, que entonces agonizaba en manos de una dinastía agonizante también.

Miguel de UNAMUNO: «Sobre la tumba de Costa. A la más clara memoria de un espíritu sincero», *Nuestro Tiempo* (febrero de 1911), pp. 326-336; y «Discurso en el homenaje a Joaquín Costa, en el Ateneo de Madrid, el 8 de febrero de 1932», *El Sol,* XVI, 4.523 (martes, 9 de febrero de 1932), p. 1 y 12 (recogidos en *Obras Completas,* Biblioteca Castro, Madrid, Fundación José Antonio Castro, 2007, VIII, pp. 1019-1033; y IX, pp. 1074-1084).

Miguel de Unamuno y Jugo (Bilbao, 1864–Salamanca, 1936). Catedrático de Griego y rector perpetuo de la Universidad de Salamanca, escritor, intelectual y filósofo.

9 *Maestros y discípulos*

Giner y Costa

Por eso lo que sus discípulos (sus discípulos digo, no sus alumnos) han recogido de él y lo que él les daba principalmente, era la regla de conducta, que en el conocer se llama método, rigor lógico, espíritu científico, flexibilidad de criterio, y en moral austeridad, desinterés, pureza, justicia, tolerancia. Lo que en este orden representa la acción de don Francisco, supera en cien codos á lo que representan sus libros y sus lecciones de cátedra en punto a materia jurídica, filosófica y aun pedagógica, ó las continuas sugestiones con que generosamente fecundaba la labor científica de otros, en espléndido obsequio de ideas que no se agotaban nunca, y cuyos despojos han bastado para enriquecer la obra de muchos.

Esa nota característica de don Francisco es la que distingue su acción sobre España de la del otro gran hombre que con él comparte el principado de nuestra dirección espiritual moderna. Me refiero a Joaquín Costa. Costa y Giner son los dos cerebros que más han sembrado para la España presente y futura; pero no cabe compararlos, porque su campo era muy diferente. En rigor, Costa (salvo el efecto de reacción que todo hombre superior produce en algunos de sus contemporáneos, y el doctrinal que produjo en algunas disciplinas por él cultivadas, todo ello de escasa área de difusión) lo que dio fue un legado de ideas y planes para nuestro mañana, algo que él no pudo hacer en vida porque no tenía en sus manos los medios para hacerlo y que sus contemporáneos tampoco supieron traducir en realidad: nos dejó un programa de gobierno tan preñado de ideas y soluciones, que de él decía el mismo don Francisco ser cantera que podía alimentar, durante cien años, la actividad de los políticos españoles resueltos a estudiar las necesidades verdaderas del país y a darles satisfacción.

Razones de una amistad intelectual

Y siento todo lo que se refiere a Costa, por dos razones fundamentales. La primera es, porque yo amé a aquel hombre, porque tuve por él un afecto sincero, una amistad leal y profunda, una admiración honda y franca, sin reservas de ningún género. Le amé, en primer lugar, con aquel amor que mucho se acerca al que los padres quisiéramos que los hijos tuvieran con nosotros, con el amor del discípulo al maestro, que es también, como la gratitud, de las cosas que van desapareciendo en la depresión terrible de nuestro espíritu nacional. Le amé como discípulo, porque constantemente, aun en los momentos en que, por ley natural del pensamiento, me separaba de su camino, en mi alma vibraba una voz que me decía: «mucho de lo

que eres intelectualmente lo debes a Costa»; le amé, porque no ha habido apenas ninguna acción en mi vida de orden intelectual, en que no repercutiese de alguna manera un consejo, en que no sonase la voz de atención de aquel hombre; y reconociéndolo así como uno de los que han representado la paternidad de mi espíritu, en la juventud, viéndome una y otra y otra vez en el fondo de mi conciencia como Costa redivivo (con toda la distancia que había entre él y yo), tenía que ir creciendo continuamente aquel afecto en virtud del cual los corazones bien nacidos no olvidan jamás dónde estuvo la fuente de la cual han manado muchas de sus acciones.

Costa, para hacerse amar, tenía, además de su grandiosa intelectualidad, además de aquella fuerza extraordinaria de pensamiento, además de aquella cultura enciclopédica en el más alto sentido de la palabra, tenía, digo, una atracción personal particularísima; y quiero hablaros de ella de una manera especial, por lo mismo que contrasta con el juicio que ordinariamente tenían las gentes de Costa.

Costa, en los últimos años de su vida, seguía enseñando, pero enseñaba a latigazos; y este látigo, que esgrimía constantemente, trajo el olvido de aquellas cualidades de verdadero maestro que habíamos visto unos pocos en la temporada, no diré reposo (Costa no tuvo reposo jamás), pero sí cierta paz de vida. [...]

Costa era bondadoso; Costa, en el fondo, era un espíritu benigno. Aquella corteza exterior era a modo de erizo de las castañas, que hiere y que a veces hace derramar sangre: la envoltura tan solo de un corazón en que anidaban todas las ingenuidades de los niños y de los hombres buenos, de que se aprovechaban aquellos que no son buenos y saben navegar en el mar de la vida.

Este fondo bueno, esta expresión de ingenuidad verdaderamente infantil, era la característica de Costa. En relación con ella hay un recuerdo que viene a mi memoria. Éramos entonces compañeros en la misma casa de huéspedes de Madrid. Costa estaba en uno de esos períodos de labor verdaderamente asombrosa, que causaba miedo a las gentes más decididas para el trabajo. Trabajaba sin descanso seis días en la semana; comía apresuradamente y volvía a la labor. Cuando llegaba el séptimo, de reposo para él, y cuando sus piernas, que ya arrastraban difícilmente aquel cuerpo de gigante, no le permitían ir al campo, que amaba tanto, ¿sabéis lo que hacía?: se tumbaba en la cama y se pasaba leyendo, con el mismo encanto con que las puede leer un adolescente, las novelas de Julio Verne.

Rafael Altamira: *Giner de los Ríos educador*, Valencia, Prometeo, 1915, pp. 12-13; y «Aspecto general é histórico de la obra de Costa», *Conferencia pronunciada por Don Rafael Altamira el dia 8 de febrero de 1912,* Bilbao, Sociedad el Sitio de Bilbao [Imp. P. Vidorreta], 1912 (recogido en *Rafael Altamira 1866-1951*, Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert», Diputación Provincial de Alicante, 1987, p. 40).

Rafael Altamira y Crevea (Alicante, 1866 – Ciudad de México, 1951). Catedrático de Derecho, historiador, jurista, juez internacional y político liberal.

10 *La posteridad dañada: escamoteos y parcialidades de un biógrafo interesado*

Si algún hombre en España reunió las dotes extraordinarias que parecen las propias y características de un político, fue Costa.

Tenía físicamente esto que los franceses llaman la figura del empleo. [...]

Costa era un hombre de principios. Era un hombre de carácter. Era uno de esos *caracteres de una pieza*, como se decía en lo antiguo, en su calidad de aragonés de la montaña. Costa creía firmemente que la política, que el parlamentarismo, eran la ruina, la perdición de España. Miraba, pues, en su fuerte patriotismo, al parlamentarismo y la política con una mezcla de desdén y de aversión. [...]

No era un temperamento de acero sino de granito, como sus montañas del Pirineo aragonés. Jamás supo lo que sería doblegarse. Cuando en las oposiciones á catedrático numerario de Universidad no se le hizo justicia, renuncio á su cátedra supernumeraria de Madrid, é ingresó en otra carrera. Cuando en ésta, que era la de abogados del Estado, chocó con los intereses caciquiles de la política provinciana, abandonó su segunda carrera. Tan sólo permaneció en la última en que ingresara siendo notario, es decir, un ser ajeno á toda dependencia oficial. [...]

Y como Costa predicaba la *revolución* como único medio para salvar á España, y no existía más partido político revolucionario que el republicano, Costa ondeó la bandera de la República.

Entonces Costa se vió elegido diputado. El sufragio universal le llevó á las Cortes por dos ó tres distritos. Pero Costa no fue á ellas, no jurando siquiera su cargo. Antes de tener el acta, el gran tribuno, ya se había lanzado por el camino de las asambleas populares, había firmado proclamas incendiarias y manifiestos truculentos, había sentido el inmenso vacío de la política revolucionaria de los republicanos españoles, dándose cuenta de que estaba de más entre ellos.

Aquellos republicanos eran políticos peor que los demás, salvo excepciones de algún iluso como él. Aquellos republicanos lo eran todo menos revolucionarios. Se habían servido de él como pretexto, acogiendo el gran ruido de su nombre al entrar como un temblor de tierra en la política, y sus prestigios intelectuales inmensos. Costa había sido la víctima de una especulación, de una explotación mercantil. Y estimando que aquellas actas que había recibido no las había obtenido por sus méritos, sino merced á la inmoralidad política, Costa se encerró en su casa, jurando sólo no pisar en el Congreso. [...]

En Costa hay siempre dos individualidades: la una, española, racial, tradicionalista en el sentido racional de la palabra, y la otra, indefinible, inexplicable, vaga, confusa, resultante, de una parte, del ambiente en que nació, de la primera educación que recibió, y de otra, de los influjos extranjeros por efecto inevitable del predominio de lo exótico en todos los órdenes de la intelectualidad en España.

Costa es, realmente, en lo más hondo, en lo más íntimo, el más castizo de nuestros grandes hombres de su época. Pero esto lo es por atavismo, por instinto, por intuición, sin que nadie lo enseñara, lo condujese por esos derroteros.

Entonces Costa proclama el que pudiéramos llamar *nacionalismo* español. Costa exalta las grandezas del pasado y, renegando de la libertad moderna, de las mentiras del siglo XIX, se hace adalid de una política teórica de «calzón corto y de alpargata», de una política que llamaremos labriega.

Costa fue siempre y ante todo un labrador [...], quiere volver, en sus estudios jurídicos, sobre el derecho consuetudinario de España, en sus trabajos sobre la sociología tradicional de nuestra patria, á lo vernáculo, á lo social, á lo nuestro. En tal sentido Costa es *nacionalista*.

[...] El Costa republicano, revolucionario, europeizante, enemigo del Cid, es el mismo que proclama la tesis de la necesidad de un *cirujano de hierro*, de una política *quirúrgica*, de amputaciones implacables. ¿No es esto, acaso, proclamar la dictadura?

La idea madre de la política de Costa, cuando se aparta de su sentido *español*, de su sentido *nacionalista*, racial, tradicional, de libertades forales, de democracia concejil, de organización castiza, fue siempre la de la dictadura, la de «tutela de pueblos», ejercida por un artista excepcional, por un «escultor de pueblos»; la teoría, en suma, del «Fiat», para decirlo con su propia expresión. [...]

Los españoles auténticos, los nacionales, pueden y deben reclamarlo como suyo. Porque, á despecho de sus contradicciones políticas y espirituales, hijas ratificales del medio, de la educación, lo que en conjunto, en la síntesis total de su personalidad múltiple, sobresale y predomina en Costa, es su sentido racial, su tradicionalismo genuino, castizo, su concepto de las libertades españolas, de las instituciones forales, del derecho democrático de Iberia. [...]

Costa, ¿fue republicano por despecho? No. Se hizo republicano en un momento de desesperación, como quien abre la última puerta á la esperanza. [...]

Costa, apartado de los republicanos, retirado definitivamente á Graus, murió siendo republicano. La Monarquía, sin embargo, no lo consideró como á un enemigo. Viendo en él á un entusiasta patriota, tanto el Go-

bierno como el Rey se apresuraron á testificar á Costa el homenaje que le era debido, en los momentos que precedieron á su muerte.

Luis Antón del Olmet: *Los grandes españoles. Costa*, Madrid, Ilustraciones culturales e históricas del marqués de Dos Fuentes, 1917, pp. 216-219, 220-221, 222-223, 225, 241 y 248-249 (edición electrónica, con un estudio introductorio de Juan Carlos Ara, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, Biblioteca virtual Costa, htpp: //ifc.dpz.es/publicaciones/ver/id/3027).

Luis Antón del Olmet (Bilbao, 1866–Madrid, 1923), escritor político, chismógrafo y periodista conservador, creó la serie *Los grandes españoles*.

11 *Réquiem académico*

[...] Una cosa hay que rectifica, que es lo referente a haber obtenido los mejores lugares en las oposiciones, porque esto lo fue en todas menos, desgraciadamente, en las dos que hizo en 1875 para obtener las cátedras de derecho político-administrativo de Valencia y la de Historia de España en la Universidad de Madrid; pues no logró más que ser incluido en terna, debido, según cuentan las crónicas, a injusticia de los Tribunales. Y digo desgraciadamente, porque si hubiera logrado ingresar en el profesorado, para el que tenía tantas y tan extraordinarias condiciones, no sólo habría sido un astro de primera magnitud en la enseñanza, sino que, por las mismas condiciones de ésta, no habría sido Costa, como, por desgracia, fue, durante casi toda su vida, un solitario; condición que no ha dejado de revelarse en su obra.

En cambio, seguramente, no habría escrito Costa el número inverosímil de trabajos que dio a la imprenta. [...] Pero lo más notable del caso está en la inmensa variedad de esos trabajos. [...], preciso es ver, en medio de todo el contenido de su obra, aquellos puntos salientes que la han dado carácter, que han trascendido a la sociedad y que, por lo mismo, parecen los obligados para llenar el fin de este discurso.

Tales trabajos son, a mi juicio, los siguientes: 1.º Su trascendental actuación en pro de la costumbre como fuente de derecho. 2.º Sus doctrinas respecto de la enseñanza. 3.º Su acción en el seno de la Cámara Agrícola del Alto Aragón y de la Asamblea Nacional de productores. 4.º Su acción en la política. [...]

Esa dureza que suele atribuirse a Costa no existía para los niños, para los cuales siempre tenía tiempo y atención, sin que jamás le molestaran, y no hay que decir que desaparecía en absoluto en sus relaciones con aquellos con quienes estaba unido por una sincera y cariñosa amistad. Además, preciso es distinguir entre tiempos y tiempos, entre aquellos en que tranquilamente Costa exponía y escribía, y aquellos otros en que de sus labios salían los epítetos tremendos, a veces un tanto excesivos, con que fustigaba a todo el mundo cuando hacía el último esfuerzo para intentar la realización de algo de lo que había predicado. [...]

Pero Costa era, se ha dicho, jurisconsulto, economista, político, historiador, pedagogo, etc., etc., y cuando un hombre se revela en el mundo en distintos sentidos, en distintas profesiones, en distintas maneras de ser, hay siempre entre todos ellos uno que caracteriza propiamente al individuo y en este caso preciso es decir que Costa era ante todo y sobre todo un historiador, y así ha podido desentrañar hechos antes desconocidos y

doctrinas que habían pasado inadvertidas, mostrando, por cierto, cualidad que con razón se ha dicho que le asemejaban a Spencer. De ello, su obra monumental sobre colectivismo agrario es una demostración. [...]

Costa tenía para la Historia la primera condición que su contemplación implica, que es sentirla, y a Costa le afectaban hondamente los hechos, prósperos o adversos, y no sentía tan sólo los actuales, en que estamos todos comprometidos, sino también los pasados. [...]

Por eso, cuando se trataba de los agudos males presentes, de lo limitado de los remedios y de las dificultades de su aplicación, y, en consecuencia, de la distancia grande que mediaba entre lo logrado y lo deseado, es natural que a Costa se le ocurriera una de esas frases que se han hecho célebres: *«No se puede gobernar sin tristeza»*.

Amaba Costa la naturaleza y se preciaba de haberla cantado: [...]

Del modo admirable que tenía Costa de hablar y escribir, dice Altamira lo siguiente: «Costa era un hombre que escribía y hablaba de igual manera. Pocos escritores he encontrado que dominasen el habla castellana con mayor gallardía, con mayor riqueza, con mayor rotundidad [...], el verbo de Costa era siempre un verbo caliente, un verbo en el cual la palabra parecía chispear y a veces golpear a las gentes, arrojando los conceptos como quien arroja proyectiles, para despertar a las inteligencias dormidas». [...]

[...] en medio de labor tan extensiva y variada, bien puede decirse que lo más saliente de los frutos de su poderosa inteligencia es lo relativo *a la costumbre*; tema que desarrolló en [...] su primera obra, escrita cuando era mozo, y que fue constante preocupación de toda su vida. [...]

[*La política*]. Es otro de los particulares que interesa señalar, por ser una de sus obras más salientes, por lo que aquietaron al país, y por los esfuerzos que a ella dedicó Costa. [...]

Todos los capítulos que forman el programa se encierran en dos: suministrar al cerebro español una educación sólida y una nutrición abundante, apuntalando la despensa y la escuela, y en suma de todo, y como resultado, una revolución más honda que cualquiera de las que con tanto aparato se han hecho hasta ahora en España. [...]

Esto nos lleva a ocuparnos de la que fue actitud política de Costa en los últimos años de su vida. Durante muchos no había tomado parte directa en ella en ningún concepto. Luego tomó el camino de agitar la opinión mediante la constitución de la Cámara Agrícola del Alto Aragón y la Asamblea Nacional de Productores, y mediante la agitación extraordinaria producida por su excitación contra la oligarquía y el caciquismo. [...]

En el discurso que pronunció en el célebre mitin del Frontón Central el 2 de Abril de 1903, a seguida de mostrar cómo la mayoría, de 16 a 17 millones, eran neutros, quedando sólo una minoría, dividida y subdividida, de un doble millón escaso, sostenía que la república debía gobernar, en

vista principalmente de esa mayoría, atraérsela, ocupándose casi exclusivamente de ella, respetando sus sentimientos, orientando el plan de reforma y revolución de arriba en sentido de sus intereses, de sus necesidades individuales, resultando así, en conclusión –decía– primero, que hay que gobernar principalmente para las clases neutras en general; segundo, que más especialmente hay que gobernar para la blusa y el calzón corto.

Entonces explicaba también en qué consistía la revolución que se podía hacer desde el Gobierno, y estimando que para llevar a cabo la obra exigida en tal caso se requieren, necesariamente dos cosas: una, hacer maestros, hacer sabios, hacer inventores, hacer jueces, estadistas, agricultores, marinos, comerciantes, administradores públicos, profesores, etcétera; todo esto nos falta. Otra, construir escuelas, caminos acequias, pantanos, bibliotecas, correos, mercados, almohadíes, fuentes, alcantarillado, lavaderos, baños públicos, viviendas higienizadas. [...]

Si alguien preguntara cuál ha sido la gran preocupación de Costa, la contestación no podría ser más que ésta: «España». Por eso se dedicó a estudiar su pasado, a enaltecer sus glorias, primero; después, con honda pena, a señalar el retroceso y la decadencia en que últimamente ha caído, y, por último, a tronar indignado contra los que agravan los males existentes y contra los que nada hacen por remediarlos. [...]

Gumersindo de AZCÁRATE: *Necrología del señor Don Joaquín Costa Martínez, escrita por encargo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas por el señor Don... y leída por el señor Don Adolfo G. Posada en las sesiones de 9 y 16 de Abril y 7 y 21 de Mayo de 1918*, Madrid, Establecimiento Tip. de Jaime Ratés, 1919, pp. 19-20, 26-36 y 41-46.

Gumersindo de Azcárate y Menéndez (León, 1840–Madrid, 1917). Catedrático de Legislación Comparada en Madrid, intelectual krausista, reformador social y político republicano.

12 *La voluntad de saber: el historiador del Derecho*

De las varias aficiones científicas que solicitaron el espíritu eminentemente universal de Costa en el curso de su triste y procelosa vida, ninguna le atrajo tan poderosamente, tan persistentemente, como la historia del derecho.

Costa fué en este género de estudios autodidacta, como lo han sido todos los investigadores españoles de historia del derecho anteriores a él: Pidal, Muñoz y Romero, Rodríguez de Berlanga, Oliver, Cárdenas y Pérez Pujol.

El frecuente manejo durante muchos años del volumen del *Corpus inscriptionum latinarum*, relativo a España, de los geógrafos e historiadores griegos y latinos y de los monumentos jurídicos del período romano, le había hecho adquirir un dominio soberano de las fuentes epigráficas, jurídicas y literarias.

Costa era un apasionado del método comparativo, y fue el primero que lo aplicó a la historia del derecho.

Superaba en variedad de cultura, y de cultura sólida, a cuantos nos hemos dedicado á esta clase de estudios. Poseía una profunda cultura –no de diletante– filosófica, jurídica, filológica e histórica; le eran familiares los métodos de investigación y de crítica; habíalos aprendido no en ninguna cátedra, sino en el ejemplo de los grandes eruditos, cuyas obras manejaba frecuentemente –Mommsen, Fustel–, y los aplicaba no mecánicamente, sino con la libertad propia de un genio.

Era maravillosa su diligencia para allegar y utilizar los materiales necesarios para sus trabajos, aun a costa de los mayores esfuerzos. Espíritu soberanamente constructivo, no menospreciaba, sin embargo, el análisis menudo o minucioso. No se representó nunca Costa, sin embargo la historia del derecho como un almacén de antigüedades.

Aunque hombre de gran erudición, no era Costa un erudito en el sentido corriente de la palabra.

Leía inmensamente, y el fruto de su sed insaciable de lecturas hallaba amplia y adecuada colocación en los vastos casilleros de aquel cerebro maravillosamente organizado.

Su mirada penetrante, como de águila, sabía desentrañar de entre el cúmulo de detalles secundarios lo que constituye la esencia y la originalidad de cada doctrina, y su arte maravilloso de exposición le servía para caracterizarla gráficamente, con exactitud y sobriedad, en frases lapidarias. [...]

El interés capital de los estudios de derecho consuetudinario, iniciados y promovidos enérgicamente por Costa y de los cuales dio un modelo insuperable y no igualado todavía en su *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*, sobre todo su inmensa trascendencia para preparar la revisión fundamental de nuestro Código civil, no podrá encarecerse nunca demasiado. [...]

Corren parejas en la obra de Costa *El colectivismo agrario en España,* la solidez de la investigación, la grandiosidad del plan y el arte de la exposición. [...]

Conclusión firmísima de la parte del libro *El Colectivismo agrario* relativa a la historia de las ideas, es la existencia en España de una tradición nacional no interrumpida.

La revelación de la existencia a través de los siglos con vida lozana hasta la época actual de la Asamblea general de vecinos en Asturias, León y Santander, hecha en la serie de trabajos publicados por iniciativa de Costa y con un prólogo suyo, bajo el título de *Derecho municipal consuetudinario*, ha conducido a dar vida legal a esta institución en el Proyecto de ley de administración local.

El defecto de que adolecen a veces los trabajos de Costa, sobre todo los primeros, explicable quizá por predominar entonces en su espíritu la cultura filosófica respecto de la histórica, consiste en dejarse llevar demasiado del amor a las ideas abstractas, del espíritu de construcción, del afán excesivo por sistematizar.

Aunque propendía al dogmatismo, puede aplicarse con justicia a las producciones históricojurídicas de Costa la frase que emplean frecuentemente los alemanes como el mayor elogio de un trabajo científico: están a la altura de la ciencia, *auf der Höhe der Wissenschaft*. [...]

Este fue Costa como historiador del derecho; esta fue su obra, y ella le asegura para siempre un lugar eminente entre los promovedores de la cultura española en el siglo XIX. Pero ¡cuánto más importante y fecunda no hubiera sido –apenas hondamente pensarlo– si hombre como él, dotado de tan admirables aptitudes, se hubiera visto colocado, como procuró y no logró, en condiciones favorables!

Si se considera las condiciones desfavorabilísimas en que trabajaba, se acrecentará la admiración. El que esto escribe ha presenciado más de una vez la violencia que había de hacerse Costa para abandonar el estudio o la discusión de un texto histórico en que se había engolfado, a fin de recibir a un cliente que venía a encomendarle la redacción de una escritura. [...]

Causa profunda tristeza ver que hombre de tan decidida vocación y de tan grandes aptitudes, que apenas concebirlas mayores, para la ciencia y la enseñanza, tropezara con dificultades insuperables en camino tan llano y expedito para otros que valían infinitamente menos que él.

No habría sido Costa seguramente –pugnaba esto con sus condiciones geniales, y, por decirlo así, bravías– uno de esos profesores universitarios metódicos e irreprochables desde el punto de vista vulgarmente pedagógico, duchos o versados en el arte de las definiciones y de las clasificaciones, que se afana penosamente por incrustar en la mente pasiva de sus pobres alumnos.

Costa hubiera sido un profesor excelente, insuperable, de historia del Derecho. Su palabra elocuente, viva, animada, pintoresca, sugestiva, como su estilo, habría engendrado seguramente vocaciones. [...]

No pudo ser catedrático y tuvo que resignarse a ser abogado del Estado y notario, profesiones ambas importantes y honrosas, pero que no se habían hecho para él. Este divorcio constante e irredimible de toda la vida entre la vocación, a que hubiera querido dedicarse en cuerpo y alma, y la profesión a que las necesidades de la vida le obligaban a consagrar por entero o casi por entero, su tiempo y su atención, fue la grande e inenarrable amargura de la vida de Costa.

Esta lucha de todos los momentos entre su vocación y su profesión, es, a mi modo de ver, la clave principal del desasosiego –por no decir del desequilibrio– de que dió muestra en todos los órdenes a que consagró su incansable y fecunda actividad.

Esta honda amargura acompañó a Costa hasta su muerte. [...]

Eduardo de Hinojosa: «Joaquín Costa como historiador del Derecho», *Anuario de Historia del Derecho Español*, II (1925), pp. 5-12.

Eduardo de Hinojosa y Naveros (Alhama de Granada, 1852–Madrid, 1919). Catedrático de Historia Antigua y Media de España en Madrid, padre de la escuela de Historia del Derecho español.

13 *Hércules y Prometeo en una pieza*

Reminiscencias

El fracaso es para considerarlo en la vejez, cuando ya nada tiene remedio y se ha corrido el albur del acierto o del yerro. Pero entrar en la vida como creían entrar aquellos hombres del 98, desconsolados, y contemplarla sin la magnífica altanería propia de la juventud, no puede ser más que una enfermedad pasajera, una crisis del crecimiento. La generación del 98 se liberó, es lo normal, aplicándose a trabajar en el menester a que su vocación la destinaba. Innovó, transformó los valores literarios. Ésa es su obra. [...] En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98, está por empezar.

El único de aquel grupo que, saliéndose de las letras puras, se ha planteado un problema radical (no el de ser español o no serlo, ni el de cómo se ha de ser español, sino el de ser o no ser hombre), es Unamuno. Es demasiada confusión incluir a Costa (por echar mano de un profeta político), sin otro discernimiento, en el grupo de la generación del 98. Hay una rúbrica que los une aparentemente: la protesta. Pero las afinidades profundas de Costa con el decadentismo, la anarquía y la crítica antiespañolista son nulas. Costa, más que un innovador, era un moralizador de la política. El pensamiento era en él poco importante. Poseía un tradicionalismo de fondo, una «creencia» en ciertas instituciones míticas, que se aproximan a las ideas de Maura y de Vázquez Mella mucho más de lo que a primera vista puede parecer. A Costa no le querían porque era republicano; pero eso prueba que las clasificaciones del momento no sirven para pasado mañana. La «revolución desde arriba» (una frase puesta en circulación por Maura) no significa, por sí misma nada. Depende de quién sea el que esté arriba, y también de los caminos por donde haya llegado. Ateniéndonos al sentido costista, esa revolución significa que el Estado funcione bien; pero da por resuelto el problema del Estado; más aún: acepta el Estado en su forma actual, en el momento de inaugurarse la revolución. Es muy poco revolucionario. A Costa le faltó comprender por qué un pueblo puede sublevarse, en ciertos momentos, para cambiar la Constitución, y no se subleva para que le construyan pantanos. Todo Costa es, seguramente, realizable el día menos pensado, sin que desaparezca ninguna de nuestras aspiraciones actuales. Por añadidura, era jurista. Su tragedia es la de un hombre que quisiera dejar de ser conservador, y no puede. Caso muy español. Entre su historicismo, su política de «calzón corto», su despotismo providencial y restaurador, y el análisis, la introspección y la egolatría de los del 98 hay un mundo de distancia.[...]

El cirujano de hierro

Lo más popular en el apostolado cívico de Costa es, con la demanda de la despensa y la escuela, la figura del cirujano de hierro, llamado también (expresión menos pavorosa) «escultor de naciones», Costa poseía un don verbal sobresaliente. Hallaba con naturalidad los vocablos significativos y justos. Esto importa en política tanto como en cualquier aplicación donde la palabra sea el instrumento principal. Hay páginas de Costa que son ríos de imágenes candentes. Era un artista: las entidades con que piensa el hombre público adquirían en su espíritu una plasticidad dolorosa; y artista popular: condensó los sentimientos difusos en la multitud, revistiéndolos con formas tópicas. Patriotismo en carne viva, corazón indefenso, porque no conoció la ironía: ahí estaban su fuerza y su flaqueza. Yo le vi en la tribuna del Ateneo llorar de rabia, temblándole las gruesas facciones, mientras improvisaba una arenga descomunal para confundir, ya que no podía comérselo, a un contradictor impertinente. Irascible, apremiante, iluminado por la indignación, su destino era abrasarse en los sentimientos ingenuos, y realizar con el testimonio de su propia vida una propaganda tan eficaz y tan recia como la de su palabra. Costa era el hombre de las fórmulas absolutas, de las conminaciones urgentes; medía por segundos el tiempo de la nación. Hablaba a gritos, como quien habla a sordos. [...] Costa derrochó una fuerza enorme en mostrar cómo las cosas existentes, dadas, podrían ser perfectas, acomodándolas a los arquetipos imaginados. Se encolerizaba contra las resistencias naturales; hijo de su cólera, no de su pensamiento, el «cirujano de hierro» fabuloso personaje, vigorosamente implantado por Costa en el ámbito español, muerto después a sus manos.

[...] Muchos hallazgos de Costa se han convertido en lugares comunes de la conversación y del periodismo, y es probable que tarden en caer en desuso, porque la misma generalidad de la expresión permite atribuirles, en cambiando los tiempos, sentido diverso. Ateniéndonos a su criatura más imponente, el «cirujano de hierro», ¿es en el texto de Costa una figura tan acabada como pretenden algunos modernos exégetas y utilizadores del costismo? Cuando recibíamos la enseñanza oral de Costa, a todos se nos antojaba el «escultor de naciones» una persona conocida, y lo que es más, un héroe necesario e inminente. Un semidiós; moralmente un gigantazo, vasto como el alma de la nación; Hércules y Prometeo en una pieza, sin parangón en la Historia, por muchos ejemplos que quisiéramos buscar. Costa le prestaba su acento estentóreo, su ardimiento, su premura, si la indignación le inspiraba; y era un gigante bueno, enternecido por un sentimiento «de infinita compasión» hacia el pueblo. Invitado a reflexionar, por la contradicción que suscitaba esa catadura temerosa, Costa reducía el tamaño de su invento, y el gobernante sabio, a la oriental, especie de Salomón o de Haarun-al-Raschid fundidos con Marco Aurelio, se transformaba en un modesto jefe de república presidencial. En eso me fundo para creer que el «cirujano de hierro» no era fruto de su pensamiento, sino artificio improvisado por la desesperación, con objeto de escaparse del es-

trecho en que le ponían de una parte sus ideas organizadas, y de otra, su apetencia sentimental. En suma: era el modo de infringir ciertas condiciones del progreso, como son la incertidumbre y la lentitud, declaradas por el mismo Costa leyes de la Historia; éstas amenazaban la eficacia y comprometían la solidez del invento, mas no estorbaron a su popularidad, porque el mecanismo era comprensible y sencillo. [...]

Costa esperaba que de la raza española surgiese un escultor de naciones que fuese lo menos español posible; es decir, que no fuese vanilocuo, ni improvisador, ni mendigo, ni fraile; que no le cuadrase ninguna de las lindezas proferidas sobre el carácter nacional. [...]

Estas vacilaciones de Costa tienen por fondo su pesimismo radical y su recelo de la democracia. [...] Costa quería que se hiciera una Revolución, pero poniéndola en buenas manos; inventó el escultor de naciones, después de haber pensado en una revolución conservadora, digámoslo así, preventiva, hecha por los contribuyentes, que, claro está, se frustró.

Manuel AZAÑA: «¡Todavía el 98!», *España* (20 de octubre de 1923); y «El cirujano de hierro, según Costa», *España* (24 de noviembre de 1923) (reproducidos en *Obras Completas. II. Junio de 1920-abril de 1923*, edición de Santos Juliá, Madrid, Ministerio de la Presidencia, Secretaría General y Técnica, Centro de Estudios Constitucionales, 2007, pp. 271-272, 290-293 y 301-302).

Manuel Azaña Díaz (Alcalá de Henares, 1880–Montauban, Francia, 1940). Escritor y político, jefe del gobierno y presidente de la Segunda República Española.

14 *El último fracaso*

El Cid, que inspiró a Costa, ganó batallas después de muerto; Costa siguió fracasando hasta después de morir.

Las nieves del Moncayo no sufrieron ultraje ni el monte lesión. Del monumento faraónico sólo quedó el dibujo de un artista, reproducido en el frágil papel de un periódico. [...]

Las cenizas de Costa estaban ya frías y helados los sentimientos de admiración que suscitó su muerte. Aquellos centenares de periódicos que iban a abrir subscripciones para la «lista civil», guardaron silencio. Aquella «media España» que iba a contribuir con su óbolo, cerró la bolsa. Al ayuntamiento de Zaragoza tuvieron que recordarle su tributo á última hora. De los dos grandes Casinos que colgaron de negro al pasar el féretro bajo sus balcones, el aristocrático no dio nada, y el plutocrático recaudó 12 pesetas entre sus 3.200 socios. Dos de los tres diarios que tiene Zaragoza no insertaron las listas de subscripción; entre ellos, el que protegía a Costa, mutilándole los originales. Ninguno de los tres se subscribió con un céntimo.

Ese monumento, inaugurado el 19 de septiembre de 1929 por un dictador que se proclamó discípulo de Costa, fue el último fracaso del que soñaba en 1874 con otro género de dictadura.

Manuel Ciges Aparicio: *Joaquín Costa. El gran fracasado*, Madrid-Barcelona, Espasa-Calpe, 1930, pp. 250-252.

Manuel Ciges Aparicio (Enguera, Valencia, 1873–Ávila, 1936). Periodista y escritor republicano, hombre de confianza de Manuel Azaña.

15 *Dos Profetas: homologaciones fascistas*

[...] *Dos ceremonias coincidentes*. Apenas se ha sabido en la España presente –la de hoy– que bajo el cuidado de Benito Mussolini se daba término a la edición de *Opera Omnia*, de Alfredo Oriani, en la ciudad de Bolonia. Ni de que el Duce prologaba de propia voz un libro como *La Rivolta Ideale*. Todo lo más –en España–, alguna ilusión fina (pero sin trascendencia pública) de algún corresponsal. Asimismo, en Italia, ¿quién –sino algún que otro cronista de circuito estrecho– se dio cuenta de que en 1929 la prensa española comenzó a exaltar la figura de Joaquín Costa y a reinar su obra; y de que Primo de Rivera acudió al viejo Aragón a inaugurar un monumento a este preclaro y misterioso héroe español?

Homologaciones. Costa y Oriani. ¿Se conocían ellos mismos en Berlín? Seguramente, no. Y, sin embargo, dos hermanos. Dos similitudes. Dos perfectas contemporaneidades: en edad, en figura, en tierra de nacimiento, en destino vital, en ruta histórica, en pensamiento, en orientaciones, en profetismos patrios.

Para mí, Costa y Oriani son las dos claves que explican la extraña paradoja hispano-italiana del final de siglo. O sea ésta: que mientras la *intrahistoria*, como diría Unamuno, está enlazando íntima y secretamente nuestros dos países con figuras como las de Costa y Oriani –tan mellizas–, la *historia oficial* (superficial) presenta a estos dos países no sólo alejados, sino opuestos entre sí. No sólo sin figuras comparables, sino con el desconocimiento mutuo de las existentes en la realidad.

[...] *Previdencia y presencia política*. No fue la misión de Costa y Oriani en la vida de España e Italia la *presencia*, sino la *previdencia política*.

De la vida de Oriani se ha hablado como de una tragedia, un fracaso. [...] Asimismo, a Joaquín Costa se le ha llamado «el gran fracasado». [...]

¿Por qué fracasó? ¿Por qué fracasados? ¡Ah! ¿Por qué sus ambiciones y planes no se realizaron en ellos mismos?

[...] Joaquín Costa, [...] adquirió consistencia de mito nacional cuando Primo de Rivera –el 19 de septiembre de 1929– se declaró su seguidor, aspirando a ser «el cirujano de hierro» (previsto por el patriota aragonés), inaugurando a su memoria un monumento que no lograron inaugurar nunca las «fuerzas republicanas de izquierda», que le tenían por suyo.

[...] *El imperialismo de Costa*. La época de Costa en España no puede ser más frágil y decisiva. Reducido el inmenso Imperio hispánico a sus últimas posesiones en las Antillas, Joaquín Costa veía la asfixia que se venía encima de su Patria. [...]

Como Oriani, se declaró «africanista» entusiasta. Antes de que Francia, Italia y Alemania se decidiesen a intervenir ampliamente en el continente negro, ya Costa había dado la voz de alarma incitando a una política navalista y transfretana para derivar a África el alma imperial de la antigua España.

Replegamiento de Costa a un imperio interno. La derrota de España por los Estados Unidos, con la pérdida de sus últimas colonias, en 1898, sumió el país en un estertor «casi sin pulso» –según la frase de un político–. El único que en tan terrible crisis no perdió la fe y la voz fue Joaquín Costa.

Renunciando ya a toda nueva aventura exterior, proclamó el «echar siete llaves al sepulcro del Cid» y emprender una activa y generosa política de reconstrucción interior. [...] En fórmulas elementales de fácil comprensión popular, Costa concretó las reformas necesarias: «Despensa y escuela», «Europeización», «Patria feliz», «Política del ochavo», «Ejército y Guardia Civil, no militarismo», «Maestro sacerdote», «Embalses, caminos» y la «Revolución desde arriba» con un «cirujano de hierro». Costa presagió la dictadura en muchas ocasiones. Llegó a constituir para él esta forma de gobierno una necesidad casi psicológica, según dice uno de sus recientes comentaristas.

Abominaba la «política de partidos» que en torno al fantasma-tino de la libertad de prensa, el orden público y las leyes electorales olvidaban al país, al pobre pueblo dominado por el «cacique», o sea, el instrumento del nuevo feudalismo oligárquico, clavado en el mismo corazón nacional.

[...] España, muerto Costa, muerto su sedicente ejecutor, vuelve a entrar en su más densa penumbra, en una oscuridad de noche.

A los españoles no nos puede sino esperar una nueva y próxima aurora. Si es que puede todavía soñar con jóvenes auroras la vieja y fatigada España.

Ernesto Giménez Caballero: *La conquista del Estado*, 2 (21 de marzo de 1931), pp. 1-2 (en red: http://www.filosofia.org/hem/193/lce/lce021d.htm).

Ernesto Giménez Caballero (Madrid, 1899–1988). Periodista, escritor e ideólogo intelectual del fascismo español.

16 *¡Tierra a los que la trabajan!*

Costa, con sus insuperados estudios sobre las instituciones agrarias de la Península y sus postulados de reforma, reavivó el antiguo ideario español, concitando hace cuarenta o cincuenta años en torno a su egregia obra de sabio y de patriota la parte más selecta de los núcleos intelectuales de su país.

Que la idea obsesiva de Costa al proponerse renovar la economía nacional encarnaba un anhelo popular lo demuestran estas circunstancias: el petitorio de las masas trabajadoras al instaurarse la República y la preocupación de las Cortes Constituyentes. [...]

Si importaba, pues, mucho la Constitución, estructura política, no valía menos la ley agraria, *substractum económico*.

Y buena prueba de que el nervio central en el tránsito de un régimen a otro radicaba en este problema la dan estos dos hechos significativos: Al estarse terminando la votación de la ley agraria, en 1932, se produce la sublevación monárquica encabezada por el general Sanjurjo. [...] Y cuando comienzan las incautaciones de fincas, especialmente en Extremadura, para hacer efectiva la ley, en abril de 1936, estalla a los tres meses el levantamiento militar que habría de producir, tras la heroica defensa del pueblo, la caída de la República.

Ciego tendría que ser quien no viese en esos dos movimientos armados una relación evidentísima de causa a efecto [...] cuando se llegó al instante álgido en que se tocaban los intereses económicos, aquellos en que reposaba, como un cimiento, la vieja armazón política; en suma: aquello que dolía, entonces, fue cuando se desataron las rebeldías.

«¡La tierra para los que la trabajan!»

Esta frase sacudió a todos los campesinos de España. Fue llevada, claro está, por la propaganda política hasta las más remotas aldeas en los días que precedieron a la elección de las Constituyentes de 1931. [...]

Sin embargo, el primer hombre de España que en tiempos relativamente modernos, con autoridad moral y sin compromisos partidarios, políticos o proletarios, había pronunciado aquella frase de redención civil fue Joaquín Costa.

«Tierra a los que la trabajan», había él dicho en un momento histórico. El anhelo lo formulaba una personalidad insospechada de todo espíritu clasista, ajena a cualquier veleidad demagógica. Era la robusta voz de un intérprete de las necesidades nacionales, que no era socialista militante, ni siquiera hasta ese momento se había incorporado activamente a una frac-

ción política republicana, pues el gran movimiento de la Unión antimonárquica se produjo al año siguiente, 1903.

Proponíase Costa solucionar el problema agrario en forma enérgica y rápida, mas usando los medios jurídicos tradicionales: por compra directa, por arriendo, por acensuamiento, y en último caso, mediante expropiación por causa de utilidad pública e indemnizando a los expropiados.

Según él, la obra a realizarse debía reposar sobre dos conceptos:

En primer lugar, proporcionar tierra cultivable al que la trabaja y no la tiene propia «en calidad de posesión perpetua e inalienable». Esto se llamó en los días de la República la «redistribución de la tierra» por asentamiento.

En segundo término, el aumento de la producción por hectárea, siquiera en el doble o en el triple. Designóse este aspecto en 1932 la «racionalización del cultivo».

Es notable comprobar cómo las directivas costianas se tuvieron presentes. Costa no daba la propiedad al trabajador en el sentido del Derecho civil clásico. Si fuera así, resuelto el problema un día, retornaba al siguiente. [...] El resultado es que en una generación, en dos a lo sumo, la finquita es hipotecada, vendida. El modesto propietario vuelve a ser jornalero.

Siguiendo el pensamiento del maestro, la República creó una saturación jurídica especial: «el asentado». Atendió más a la seguridad de la posesión que al codiciado título de «propietario». [...]

Ahora bien: complemento indispensable era el crédito oficial. [...] Exactamente lo que Costa había propuesto: «manumitir el suelo de la servidumbre del usurero, y determinando o favoreciendo la reducción del interés del dinero mediante la generalización de las Cajas Rurales y los Bancos Agrícolas y territoriales...».

¿Qué tierras entrarían en la reforma? Los latifundios y los antiguos bienes comunales, o sea de los Municipios. La República agregó: los que por su origen eran antiguos señoríos y hubieran pasado a sus actuales dueños por herencias o donaciones. [...]

En suma: el principal problema económico-social de España sigue siendo el que preocupó toda su vida a Joaquín Costa.

Pero si dejamos de lado el hecho jurídico de esta distribución del suelo, del que resulta que haya, entre un puñado de terratenientes, centenares de miles de hombres que no tienen con la tierra otro contacto que el de braceros, existe otro aspecto en el que debe pararse la atención.

Es el estrictamente económico: el de la productividad. España produce menos de lo que debiera. [...]

Costa había señalado reiteradamente los defectos de tal sistema [caciquismo]. Pues bien: la República dio el golpe de gracia a la influencia caciquil modificando la ley Electoral que databa de época monárquica. [...]

Finalmente, otra huella de los principios propugnados por Costa se encuentra en la incorporación del *referendum* a las normas constitucionales. [...]

El sistema, que constituye el más alto perfeccionamiento de la democracia, bien conocido en las instituciones suizas, había sido defendido por Costa, «como freno para los excesos y abusos del Poder», en uno de sus más notables trabajos: *Unidad e identidad de ley y costumbre*. Las leyes se promulgan siempre «*ad referendum*»

A través de las principales iniciativas en que la República concretó sus actividades se proyecta el genio precursor de Costa.

La obra del maestro queda, por ese hecho, identificada con el movimiento renovador que sacudió el espíritu nacional en abril de 1931.

Lo que un hombre solo, por más geniales que fuesen sus concepciones, no podía alcanzar, frente a un sistema como era la monarquía, impermeable a cualquier honda transformación, trató de hacerlo el régimen nuevo, que representaba íntegramente la voluntad popular, guiada por conductores esclarecidos.

Las dificultades que halló el estado republicano para llevar a la realidad sus propósitos, la resistencia y la oposición que encontró, nos explican con elocuencia la lucha heroica que significó la vida de Joaquín Costa.

Seguirán, pues, sus doctrinas como substancia viva, actual. La hora de su realización plena vendrá, indefectiblemente, y con ella el momento en que reciba la patria –que fué lema sagrado de sus afanes– los beneficios inspirados en la inteligencia y el amor de esa prócer figura de España.

Luis Méndez Calzada: *Joaquín Costa, precursor doctrinario de la República española*, Buenos Aires, Publicaciones del Patronato Hispano-Argentino de Cultura (Cuadernos de Cultura Española, 19), 1943, pp. 47-59 y 100-102.

Luis Méndez Calzada (Navia, Asturias, 1888). Abogado y escritor republicano, residente en Argentina desde 1904, presidió el Centro Asturiano de Buenos Aires.

17 *El sueño de su razón no produjo monstruos*

Oligarquía y caciquismo. Escuela y despensa. Política hidráulica. El sepulcro del Cid y sus llaves. En estas, y otras pocas palabras, –siempre o casi siempre, gritadas– va vuelto y revuelto el nombre de Joaquín Costa. El, hombre de grandes voces, que no de gritos, queda hoy como un grito sin voz interior. Extraño destino de la proyección intelectual de Costa en la vida espiritual de España. Gracián le hubiera llamado «hombre de oídas, que no de leídas, más conocido que sabido».

[...] Costa no fue un periodistas, pero fue siempre noticiable, no fue político, pero sí un estrépito público, aprovechado por los periodistas y desaprovechado por España.

Desde el primer momento, se apodera de él el vacío de la prensa y marcha por los linderos de la política. La garrulería le convierte en lo que él más odiaba: en un lugar común. [...]

Una deformación de Costa a mil kilómetros de su realidad. Costa utilizado como fenómeno de feria.

Muerto Costa, siguen las mismas agresiones contra su figura. Quedan –ya como otro lugar común– las eternas referencias a sus obras, no leídas, no vistas y no entendidas. Se recoge, en el ambiente, impúdicamente, lo que él no pudo por menos de dejar y se habla de Costa, con aire beato y milagrero unas veces, y con intención perversa otras. Desde el republicano perezoso hasta el cazador del Somatén, se refieren a él como apoyo de su penuria intelectual. Hay quien logra una pequeña reputación a base de tres o cuatro frases del calendario, de las que todo el mundo, inevitablemente, produce, entresacadas de las obras de don Joaquín, y no por un paciente expurgo, sino por el eco que dejaron cuando él las escribió.

Hombre que pasó su vida escribiendo, queda hoy reducido a un recuerdo verbal y verbalista. [...]

Toda la vida de Costa fue una impaciente y apasionada espera casi siempre estéril de la ocasión propicia que se prolonga tras su muerte. Espera inconforme con ella misma y por lo tanto sin resignación, creando, en lo imposible, los caminos que necesitaba, y que luego no transitaba él. Caminos de historia y de realidad, en que circulaban pícaros y vivos. Por eso se envuelve en grandes voces que le rediman de su quietud forzada y lanza aquellos apóstrofes de profeta, que de él han quedado, cuando era quizá lo que menos le interesaba. Inconforme con la realidad, hay algo de noble doblez en su vida. Toda ella me recuerda, y no sé todavía formularme bien el motivo, las magníficamente irracionales coplas de Linares (Teruel) en que los caracoles cantan en las esquinas y suspiran las ballenas

cartageneras. La naturaleza toda realizando imposibles, para expresar embozadamente, disfrazándolo de brutalidad, un sentimiento que tiene miedo de expresarse llanamente. Quizá sea ésta una de las cualidades fundamentales de los hombres de Aragón. Artificiosos barrocos, para no parecer débiles, frívolos para no presentarse apasionados. Baltasar Gracián, soñando siempre con crear cortesanos, hombres de mundo, vive lo mejor de su vida, salvo breves paréntesis no muy afortunados, entre jesuitas acartonados, estrellándose contra las paredes de conventos semi-rurales, para pasar prácticamente inadvertido en su Patria, a universalizarse, a convertirse en un filósofo de moda, a través de selectas tertulias femeninas de París. Se envuelve en una eterna reticencia, tan fina, que casi es quebradiza, pero que sí quiebra muchas hipocresías a fuerza de proclamar y estimular la doblez.

En uno de los pocos estudios serios –no periodísticos– sobre Joaquín Costa, dice don Eduardo de Hinojosa, refiriéndose a sus estudios de historia del derecho, que no admitía Joaquín Costa lo estable, que no aceptaba las teorías sino como un punto de tránsito, como meras hipótesis, únicamente válidas para fundamentar experiencias y continuar hacia el encuentro de la verdad, sujetas siempre a revisión. [...]

Quién no lo examine en esa manera, como un gambusino de España, lo desenfocará y se verá condenado a decir, con piedad y con amor, pero con absoluta incomprensión; que Costa era un gran fracasado, cuando no lo fue. Una vida heroica dedicada a un noble fin. Así no se puede fracasar, ni en grande ni en pequeño. [...]

Nada más admirable que el panorama de concentrada energía que es su obra. [...]

Su vida intelectual es simplemente una investigación de lo que España es. De lo permanente de España. Costa, hombre justo –dijo, con verdad, que la característica del aragonés es el sentido de la justicia– no quería mentir, ni mentirse una patria, quería conocerla. Esta búsqueda impaciente, tenaz, le llevó a la acción política, peo sus quijotescas salidas a este descampado trozo del siglo XIX, producen siempre la impresión de algo provisional. Más justamente, son ensayos de laboratorio, del hombre científico que hace experiencias a y en lo vivo. [...] El gran protagonista de todos sus estudios es el pueblo español marchando. No hace disecciones. Va siempre a buscar la causa del movimiento porque consideraba a España como un ser vivo; por eso partía siempre del momento en que vivía para salir hacia la historia y regresar la vida que le rodeaba y con la que no estaba conforme. Fué su grandeza y por lo tanto su debilidad.

Por eso, hombre real, con pies deformes, pero siempre en el suelo, partía siempre de Aragón y de tal manera lo caló, con tanta hondura, que quienquiera conocerlo, tiene que sujetarse a él. La verdad y la justicia fueron sus grandes pasiones. Un ser totalmente extraño en aquel cotarro de ramplones, pedantes, vividores y acomodaticios. Lo consideraron algunos, lo si-

guen considerando muchos, como un iluminado. El sueño de su razón no produjo monstruos. Estos vivían muy a gusto en aquel momento, dominándolo todo, considerando un ser extraño a quien por el estudio apasionado, llegaba a la conclusión de que lo normal de su época, era en realidad monstruoso. [...]

Buen aliento para los pusilánimes, para los indecisos. Buen revulsivo, su vida, contra el egoísmo. En medio de una pobreza dramática, en lucha constante con la inseguridad del momento, frente a un alto muro que le cerraba el porvenir, encontró tiempo para elaborar su Aragón y su España. Fue un emigrado en su propia Patria y marcó el ejemplo de quienes lo son por deber y no por casualidad.

José Ignacio MANTECÓN: «Joaquín Costa. Apunte biográfico», *Aragón. Gaceta mensual de los Aragoneses en México*, I, 1 (octubre de 1943), p. 4.

José Ignacio Mantecón Navasal (Zaragoza, 1902–México DF, 1982). Historiador, escritor, ensayista y político republicano, exiliado en México tras la guerra civil.

18 *Filosofía del Derecho: Armonismos y eclecticismos krausistas*

Joaquín Costa rindió tributo en su pensamiento a lo que se podría llamar «filosofía oficial» de aquel grupo intelectual que fue primero el germen y más tarde el núcleo de la Institución Libre de Enseñanza, de la que el propio Costa fue profesor, a saber, la filosofía krausista. No se puede decir, en verdad, que el krausismo sea un timbre de orgullo del pensamiento español. Es sabido que Krause fue un filósofo de segunda fila, que al lado de los astros de primera magnitud que fueron Kant, Fichte, Schelling y Hegel, no ofrece más que un brillo pálido y no alcanza más que una dimensión reducida. Junto a filósofos intelectualmente de una sola pieza, como aquellos magnos representantes del idealismo alemán, los armonismos y eclecticismos de Krause suenan indefectiblemente a cosa fofa y decadente. Ha sorprendido siempre que esta figura secundaria de la filosofía alemana alcanzase entre nosotros tal valor representativo y tal fuerza proselitista. Pero de poco sirve sorprenderse si no se busca explicación al hecho que motiva la sorpresa. Siempre me ha parecido que era totalmente inadecuado reaccionar ante el hecho del krausismo español con la burla o el ataque tosco e incomprensivo. [...]

La doctrina krausista es, pues, una pieza esencial del pensamiento de Costa, en cuanto representa una filosofía de la libertad y crea en el hombre un reducto de libertad y derecho que, lejos de absorber al individuo en el Estado, absorbe al Estado en el individuo, creándole a su imagen y semejanza. De suerte que no es el Estado el prototipo del Derecho, ni el que tiene por excelencia una constitución, sino que es el individuo, el Estado individual lo que constituye la fuente y el prototipo de toda constitución y de todo derecho. Y con tal consecuencia piensa Costa esta idea y de tal modo centra en la esfera de la individualidad el eje de toda su especulación, que ésta se convierte, bajo otro aspecto, en una filosofía de la costumbre, en una afirmación obsesiva de la realidad primaria y axiológicamente suprema del hecho jurídico consuetudinario, y de ahí lo específico del concepto costista de libertad, tan alejado, pese a sus propias raíces, de la idea jacobina de la libertad, esencialmente vinculada al racionalismo jurídico abstracto y a un absorbente legalismo.

Desde el punto de vista filosófico, hay, dice Costa, dos formas de manifestarse la actividad del ser: libertad y necesidad. La libertad es la forma en que se mueve el ser de Espíritu, es lo característico de la actividad racional y de cada una de las actividades particulares que contiene, incluida la jurídica, e implica la propia substantividad o autonomía, a diferencia de la forma de la actividad natural, que es la solidaridad y continuidad de cada

individuo respecto del todo de su género, el cual forma en derredor suyo un ambiente, cuyo influjo lo determina y avasalla. Al verificarse el análisis del Derecho en la conciencia, éste presenta como uno de sus caracteres el ser forma de la actividad consciente y libre, o sea, la actividad de esa forma que constituye el Derecho debe ser una actividad libre, o tener por forma la libertad, pues, de lo contrario, si fuese necesario, mal pudiera informar en sí dicha actividad consciente y libre de los seres racionales.

Ahora bien, la libertad entra en el Derecho como uno entre otros factores, pero no como término equivalente que forme ecuación con él ni con su actividad. El Derecho no es, pura y simplemente, la libertad. Kant pensó, y con él sus discípulos, que la única materia del Derecho y su función única es la garantía de la libertad exterior que ha de hacer posible el ejercicio de la libertad interna o moral, manteniéndola fuera del alcance de toda fuerza extraña, mediante la represión de las agresiones individuales que impliquen perturbación o puedan menoscabarla o comprometerla, mediante la coerción y restricción exterior de la voluntad: y así la libertad es el Derecho fundamental que contiene a todos los demás. [...]

Esta libertad, aclara Costa, no es el arbitrio; no significa que la actividad jurídica puede prestar o dejar de prestar las condiciones exigidas en cada caso por el fin, sino lo contrario, que las preste siempre que sean necesitadas o pretendidas, no fatalmente o sin conciencia –en la forma de concreta y continua solidaridad con que proceden los seres de la naturaleza al suministrarnos medios de utilidad o de belleza–, sino en forma de contrasolidaridad consciente, autónoma, voluntaria, y como de dentro a fuera, que es el modo como proceden los seres de espíritu, lo mismo en aquello que les es facultativo o arbitrable, como en lo que les es obligado, así cuando se trata de hacer como de abstenerse. En una palabra: La ley fundamental de la vida del Derecho es, por lo tocante a su esencia, el bien, por lo tocante a su actividad, la libertad; este segundo aspecto se halla subordinado al primero, el sujeto jurídico (Estado) debe realizar el Derecho libremente dentro de los límites que le traza la ley objetiva del Bien, la cual, como eterna y necesaria, sólo en parte y temporalmente puede ser negada o suspendida por el sujeto finito. Para el bien solamente, para la justicia, la verdad y la virtud, no para el mal es dada la libertad.

Luis Legaz Lacambra: «Libertad política y libertad civil, según Joaquín Costa», *Revista de Estudios Políticos,* 29-30 (septiembre-diciembre de 1946), pp. 1-42.

Luis Legaz Lacambra (Zaragoza, 1906–Madrid, 1980). Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Madrid, escritor, traductor y político franquista.

19 Finis Hispaniae: *El drama de una personalidad intelectual*

Y he aquí que Costa no resiste la prueba terrible del 98. Lejos de aducir la confirmación de sus puntos de vista, de su ilusión, de su temor, de sus avisos, se deja tragar por un pesimismo tan extremo que no podría explicarse en un estado de cabal salud. Bajo la negra ala del *Finis Hispaniae*, Costa se ensombrece para siempre, con la raíz de su valeroso patriotismo herida mortalmente, y considerando inútil cuanto se hiciese por libertar a España de su postración, gime más que pronuncia: «Es fatal que España sucumba y sea arrastrada como China, como la India, como Persia, como Egipto...».

En tal momento, rompe Costa con su viejo amigo el Cid. Le hunde en su huesa bajo la definitiva «doble llave» con que cierra también el sepulcro del Marqués de la Ensenada: «doble llave» a cuanto simbolice ímpetus, cálculos y aventuras capaces de resucitar a España. Pero Costa había exaltado todo lo contrario en los libros que, tocando puntos vivos de Historia, Literatura, Derecho, *Folklore,* tendían a un objetivo común: a la afirmación categórica de España. Por lo que hace al Cid, había dado Costa escape a su fe y a su esperanza en una página, fuertemente expresiva, de uno de sus libros más originales y sugestivos: *Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas.* En ese pasaje, después de hacer el autor constar que «ostenta nuestra poesía popular la representación de una idea política universal y permanente», se detiene ante la figura del Cid para dedicarle este canto: «Los héroes de nuestra epopeya nacional se convierten en símbolos y *schema* de categorías generales de la vida, expresadas con aquella viveza y energía que son el más preciado distintivo de toda musa primitiva. El Cid, por ejemplo (hablamos del Cid tal como lo ha transfigurado el entusiasmo y la devoción del pueblo), no es tan sólo un Caudillo castellano y su vida un episodio de la Historia de España: el Cid es además un principio, y su vida un ideal. No se pierde todo allá en las penumbras de lo pasado, se dibuja también en los senos del porvenir: no ha quedado su personalidad entera detrás de nosotros; su espíritu nos precede y alumbra con la antorcha que las generaciones han encendido en su mano. No limitan su mirada de águila las fronteras de la patria, sino que abraza el horizonte todo de la vida, en tanto que vida jurídica. Representa su idea sin limitación de espacio ni de tiempo: habla para todas las latitudes y para todos los siglos».

¿No hace recordar esa voz de Costa el timbre de la de Menéndez y Pelayo? No es caprichosa la asociación de ideas que nos lleva de Costa a Menéndez y Pelayo; también por contactos varios, a Cánovas, a Cajal, a

Unamuno... Todos tienen un aire de época, década más o menos, y a todos les domina un enterizo e inflexible patriotismo, a la vez que insaciable curiosidad intelectual, incluso Cajal, el único, entre los nombrados, que se sometió, con todas sus consecuencias, a la exigente disciplina de una técnica. Lo general, como signo de los tiempos, era la poligrafía. Visto en grande, el polígrafo del siglo XIX se llama Menéndez y Pelayo, que señorea anchos campos de Filosofía, Literatura e Historia. Visto en pequeño, el polígrafo del siglo XIX se llama *Doctor Thebussem,* enciclopédico de la trivialidad, si son triviales la Filatelia, el Arte culinario, la Tauromaquia... Costa escribió más que ninguno y sobre mayor número de materias, graduándose de jurisconsulto, historiador, filólogo, geógrafo, economista, etc., y entrañando en el fondo de sus múltiples conocimientos un hombre de acción, no por fracasado menos cierto: un político de vocación ardiente, quizá frustrado por la inadaptación al medio y, desde luego, un arbitrista de muy castizo abolengo.

Las huellas de la poligrafía de Costa son harto desiguales, pero allá donde puso su planta con mayor ahínco, dejó imborrable la señal de su personalísimo paso. Menéndez y Pelayo estimó en mucho los trabajos de Costa sobre la España primitiva. [...]

¡Patético drama el de Costa, romántico desmelenado y monstruoso, con delicadezas perdidas en sus arrebatos de energúmeno! Costa contra Costa: Costa, enemigo de sí mismo, por su dispersión y su violencia. Se ha dicho alguna vez que Costa pudo representar en España un papel parecido al de Fichte en Alemania, Kossuth en Hungría, Mazzini en Italia. Pero hubiera necesitado crear en torno a sus propagandas una alta atmósfera saturada del ideal orgánico que le faltó. Sin este requisito no podían sentirse atraídos, con eficacia y continuidad, grandes núcleos de opinión, y menos aún la juventud, fácil al entusiasmo que comunican las grandes soluciones. [...]

Melchor Fernández Almagro: «El caso Joaquín Costa», *Revista de Estudios Políticos,* 29-30 (septiembre-diciembre de 1946), pp. 117-127 (reproducido *En torno al 98. Política y literatura*, Madrid, Ediciones Jordán, 1948, pp. 63-74).

Melchor Fernández Almagro (Granada, 1893–Madrid, 1966). Abogado, historiador, ensayista y académico franquista.

20 *Inmenso macho celtíbero con la testa blindada*

No quiero banalizar sobre Joaquín Costa; y masticar acerca de su figura ingente, un solo concepto, que no sea migado, nitrogenado, ferroquinado; que no blanquee, impregnado de leche, como una almendra tierna; que, al rayarlo el diamante de vuestra mirada, no halléis que está venado de sangre más dulce que la de una madre. [...]

Proceder de otro modo, hablar de Joaquín Costa en un lenguaje, que no sea alabastrino, que no sea de metal, fuera subírsele simiescamente a la barba bellida al canterizo y carrasqueño ribagorzano –Ribagorza, Ripacurcia, ripa quercuum–, al que rendimos hoy un homenaje de tizonas nunca envainadas, de ametralladoras jamás frías y en ningún momento silentes. [...]

Al prometeico titán, que tuvo su Cáucaso mítico en el puñal de basalto que el Esera y el Isábena afilan, se le denomina perifrástica y antonomásticamente el León de Graus y el Macho Ibero.

El Macho llamaban ya a Aragón los ministros aguadores y secapozos de Fernando VII, bombas aspirantes del erario público. Y lo designaban con ese mote, tanto porque Aragón, con el ex reino de León, son las dos únicas regiones de nombre masculino de la Península, cuanto porque, cuando aquellas taurómacas proyectaban algún bajonazo villano al bolsillo del contribuyente y al eral de sus lidias, la jundama de su alma de rateros les inducía a preguntarse «¿Qué hará el Macho?» El Macho era Aragón, que eventual o emergencialmente representaba las malas pulgas de nuestro laboratorio terruñero, con cuyos calzones había que contar. [...]

Para el azufral y el secano de la España macabea, espartaca, cayoytiberiograca de nuestros días, el cerebro de Costa no ha sido sólo una vía navatera y una vena inagotable de irrigación, sino un verdadero diluvio de fecundidad, un septenio de vacas gordas, de cuyas nutricias y galactiferas ubres está pendiente nuestra generación todavía. Ha sido como el pantano de Barasona y el canal de Tamarite, hidraulismo de su Política genesiaca y genesiarca por cierto, para las bíblicas Mesopotamias de Monegros y la Litera.

Ibero, Costa no lo fue nunca. [...]

Costa era celtíbero, como Aragón. Como Aragón, riñón derecho de España. [...]

Era enterizo Joaquín Costa también y de una madera que el hierro no hendía y sacaba chispas al hacha, como Aragón, viga maestra y espina axial o

dorsal de nuestro sistema osteológico, fábrica de las tres cuartas partes de nuestras hormonas históricas; quilla y palo mayor de nuestra argonáutica nave, minera de mundos.

Era Costa celtíbero, como Viriato. [...]

Costa era serrano, o serrejano, altimontano, cordillerano y abarquero; nervio de rocambre viva. Como los siete mil almogávares de la expedición cataloaragonesa al Bósforo [...]

Era nuestro profeta del 98, celtibérico puro, sin una gota de bautismal agua en el vino añejo, en el cariñoso Cariñena de 18 grados de su sangre. [...]

En suma –y para remachar el clavo, en que vengo maceando– Costa era celtíbero o maño y magno como Marcial, como Gracián o Goya. Y como Miguel Servet. Y como los Góngoras barbastrenses, Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, maestros del castellano en Castilla, según Cervantes.

Y, además, como Aranda, Antonio Pérez, y Álvaro de Luna, el triángulo de estadistas más cuadrangulares que España ha tenido.

Y, como si modernamente hubiese querido Aragón demostrar que está al otro lado de la tapia del regodón de jotas, zorongos, santirulicas volatineras, gasconadas, calendarios de Mariano Castillo y otras rabalerías de nuestro arsenal panderetero, y que no es un barranco entre Cataluña y Castilla, como Marraco dijo, se ha desabrochado el pecho de abajo a arriba, dándole al Commonwealth de taifas almoravídicas de aquende el freo o Estrecho, además de Costa, a Cajal, a Dicenta, a Cavia, a De Buen, a Cejador, a Lucas Mallada –éste es otro Mallada–, al criminólogo Salillas, al civilista Castán, a los arabistas Codera y Asín, al químico Rocasolano, al maestro Luna y a otros planetas y asteroides, dignos de figurar en la misma constelación.

A la par que Aragón, tercer riñón de España, yema y cogollo de nuestro ruedo taurino nacional, eje de la hispanidad antiyugal y antiflechera, tuvo el ribagorzano de pórfido la extralucidez racionalista del celta y del ario y la jugosa sentimentalidad del mediterráneo y del beréber. [...]

El republicanismo español, que programó nuestro Licurgo legífero, fue para los que propugnamos remociones sustantivas y sustantíficas en la subestructura social, casi nada más que pura garrulería revolucionariomstense, jacobinodemagógica; mero psitacismo tropical, cameral o de cocal; [...] hasta que Costa, el inmenso Macho celtíbero, lo preñó de jovialidad, de sustancia y de sentido, dándole un programa gacetable y gurgitable. [...]

La República no comenzó entre nosotros a perfilarse con contorno artístico, a tener verdaderamente cara y ojos, tactilidad caliente y mollar bajo la

vaporosa y aeriforme túnica, hasta que salió de manos del escultor miguelangelesco ¡qué miguelangelesco! juliantoniesco; hasta que salió del hacha en centellas, del filo del hacha del tallador de robles de Ribagorza. Esa idea no fue potenciada, maternizada, modulada y nucleada; no se activó y sustantivó; no se convirtió en una presencia, en una vigencia o, como se dice hoy, en una vivencia, hasta Costa. [...]

Joaquín Costa mete diagonalmente la cuña de sus ácidos críticos en la falange de los nacionalismos racistas y judeorroboámicos hoy en boga, podridas matrices de las vandolocracias plutolatrodemocráticas, que actualmente cerniesen nuestro dolor de eccehomos: el dolor de entrañas, el dolor de parto, el dolor de madre, de España. Nuestro sabio con savia y desacademizado, en función de crear jurisprudencia siempre y de manufacturar historia, como Aragón Derecho, afirma que las agriculturas y las culturas –ciencias, artes, riegos– únicos metaempirismos, dignos de la vida, los infantó la ciudad: Babilonia, Grecia, renacimiento, italiano, Murcias y Granadas arábigas, Municipalismo español. [...]

De estar vivo Costa, a quien el solo nombre de España torcía y espinaba la boca, se le encendía como un chile, se la despellejaba y bañaba en sangre, y le tajeaba el corazón con las seis navajas de afeitar de sus seis letras, lo mataría la risa, si no lo ahogaba el llanto, viendo que Naciones sin partida civil de buen nacimiento, o con ella falsa, y acabadas de salir del seno de la horda, se sindican comercialmente para el acogotamiento de un país; [...] y sostienen en equilibrio el sangrón hemorroidal de monicaco, que nos montó en la traviesa de la cruz la gardenia del Prater vienés y de los valses del Danubio azul, Adolfo Hitler, en complicidad con la casa real de Windsor. [...] Baste de acémila, con el que nos ensillaron nada más que porque Franco es la imagen fiel de la bestialidad de sus rodrigones; porque éstos son el retrato que envió a la novia el «Cucaracha», que para dejarnos sin plumas, se hubo de compinchar con los cascos de acero o de cerdo de la Bürgerbräu Keller de Munich, con los Favogrossas y los Desbergonzolis barbaelectrónicos, más todas las pulgas del Alemtejo, todos los chinches de la Morería y todo el comjén del Sinn Fein chuán, del sacristanesco De Valera. [...]

Somos la bomba atómica no espúrea, no adjudicada en subasta al mejor postor; no asalariada, no militarizada; no sentada a comer, en clase de convidado de piedra de comedia, en la mesa de los vencedores. Cargada con 40 siglos de ira y represado humor podre de los desbancados de la vida. Y la máquina infernal química podrá estallar en Hirosima y como Nagasaki o fracasar como el atolón de Bikini. Pero, que el polvorín español les revienta en la cabeza a nuestros trailleros y se la hace pedazos, eso solemnemente se lo prometemos a México y se lo juramos a Costa. Y ya se lo dio escrito Jehová a Moisés en el Sinaí.

Y le dijo, además, que la azogada piel de nuestro toro bravo, quedaba excluida de la obediencia a sus mandamientos, porque ni Dios mismo iba a poder con el genio monstruo, con el genio almogávar, beréber, abencerraje y alpujarro de España.

Ángel SAMBLANCAT: *El genio monstruo de Costa, de Aragón, de España. Palabras dichas por el Autor en la conmemoración del Centenario de Joaquín Costa, que tuvo lugar en el Teatro de Bellas Artes, de la ciudad de México*, México DF, Ediciones Orbe, [1946], pp. 1-18.

Ángel Samblancat y Salanova (Graus, Huesca, 1885–México DF, 1963). Abogado, periodista, escritor y político anarquista, exiliado en México tras la guerra civil.

21 *Ideas «prefascistas»: caudillismo y autoritarismo*

[...] Costa cultivó una semilla que Mallada y otros recogieron, la semilla del caudillo revolucionario que realizase la Revolución Nacional. En este sentido, visto desde ochenta años después, Costa es culpable. Desde el libro de Mallada se ilumina con claridad el perfil de Costa; duro, mal dotado para convivir, inflexible, generoso desde la superioridad e incapaz de comprender la desobediencia o la contradicción en las relaciones personales. Costa tenía condiciones, pero no temperamento de jefe, y hubo de vivir bajo el signo del liberalismo ascendente y del espíritu democrático de la Restauración. Resulta, pues, una personalidad contradictoria que sembró la semilla de un nuevo caudillismo, que tiene poco que ver con el caudillo tradicional de los pronunciamientos, sin percatarse que en el fondo había una dificultad insuperable: la clase dirigente española jamás admitirá una revolución nacional regeneradora hecha desde arriba. El caudillo de Costa y Mallada había de ser *necesariamente* el caudillo de la propia corrupción que venía a remediar. A Costa le faltó previa a su programa, pero inexcusable, una revolución destructora. Esta ausencia hace de Costa un burgués imperfecto, violento y soñador, precursor de otros burgueses violentos y realistas en grado sumo. No obstante, siempre será un mérito de Costa su reducción de lo teórico a lo concreto y su tendencia a huir de las ideologías e imponer un espíritu práctico. Precisamente lo más fecundo de él apenas se ha secundado.

[...] Hay tres libros de Costa que creo recogen un pensamiento más personal. Con esto adelanto la tesis de este capítulo y, en cierto modo, la de este libro. El Costa más moderno, el que realmente ha influido en el proceso histórico posterior, el hombre concreto del riego y la estadística, aparece siempre subordinado al Costa auténtico, más próximo al pensamiento burgués estetizante de lo que normalmente se cree. El alma de Costa va unida a una España más o menos quimérica que se conecta con la de Menéndez Pelayo y Ganivet. De los dos, el auténtico Costa es, a mi juicio, el autor de los *Estudios ibéricos*, de *El colectivismo agrario en España* y de los primeros capítulos de los *Estudios jurídicos y políticos*. Es el menos popular y el menos efectivo, pero el que realmente escribe y responde según las exigencias de la ideología burguesa imperante. Sería absurdo pretender que ha existido un Costa elemental, proletario, campesino de verdad, que vivió sin enajenarse a la ideología burguesa española. Ese otro Costa aparece en los momentos de inautenticidad, cuando el burgués que admira la burguesía europea, que no cita a Marx y que no sabe distinguir entre proletariado industrial y campesino, está desesperado y habla de los de la al-

pargata. Es una actitud profundamente contradictoria. Su ideal es burgués y conservador. Su desprecio al cacique es el desprecio del autodidacta austero, pero no existe un Costa efectivamente popular. Por otra parte, es infrecuente el autodidacta revolucionario. Al contrario de lo que comúnmente se cree, los grandes revolucionarios han salido de una educación seria e institucionalizada. Los revolucionarios de comparsa y glosa o bien los fingidos y grandilocuentes son los que se han instruido leyendo a deshora más los libros que encontraban que los que querían. Conviene no olvidar que Marx era antes que otra cosa un profesor, y que Lenin procedía de una familia de intelectuales dedicados a la enseñanza, y que él mismo fue un universitario licenciado en Derecho. Aún más claro es el caso de Bakunin. Desde el punto de vista de otros ejemplos, Rousseau, un autodidacta típico, tenía manifiesta proclividad a la dictadura y aspiró siempre a la condición de burgués. Ni uno solo de sus libros pretende ser revolucionario, más bien reformador, como corresponde a su miedo, incalculable, por el desorden.

El caso de Costa, en este sentido, en España es común. Las clases directoras poseen una ideología sumamente precisa y atractiva, que se centra en torno a la apología del pasado y las grandes virtudes que la raza tiene en reserva; ideología que seduce al hombre del pueblo que asciende. Le seduce tanto más cuanto le da una justificación genérica de grandeza y hondura histórica. No conozco más caso que el siempre extraño de Goya, que, al parecer, no aceptó la ideología de la clase social dirigente. Costa la aceptó, y me parece incuestionable que cuando la formulaba se sentía más seguro y más feliz. Sin embargo, en los momentos de desesperanza o de desesperación excesiva formuló las protestas concretas y la ideología popular del bienestar, que eran formalmente incompatibles con el nacionalismo profundo apologético que profesaba. De esta yuxtaposición procede el germen totalitario que tanta raíz echó en ciertas minorías urbanas castellanas. [...]

Es sumamente interesante el análisis de la imperfección burguesa de Costa. Un burgués bien entrenado como Cánovas, o un hombre de origen más modesto pero con mejores condiciones de adaptación como Maura, pensaban desde supuestos prácticos y actitudes resolutorias. Pero Costa tenía la ideología burguesa y carecía del don burgués de la efectividad empresarial. Vacilante, epilépticamente enérgico, bien intencionado, inteligente e ineficaz. Nada de lo que intentó salía adelante. Es difícil tener una ideología burguesa y empeñarse en pertenecer al pueblo. Este empeño es común a muchos autodidactas, y resulta destructor. [...]

Costa tiene incluso dos lenguajes. Uno retórico, de párrafo amplio y sonoro, otro conciso de programa y slogan. Este último estilo, nuevo en España e incluso en su época, tiene vigor extraordinario y gran capacidad de seducción. Es, sin duda, un anticipo de la oratoria artificiosamente adusta y concisa de los oradores del totalitarismo moderno y engrana la afir-

mación dogmática, que se acepta o se rechaza, con la contundencia afirmativa de la estadística y el número. Este Costa popular, construido en falso, en alianza con el Costa auténtico de los ditirambos y del lenguaje ampuloso, es un arquetipo de hombre fascista. La propaganda fascista e incluso la mentalidad fascista tienen la misma duplicidad. Sobre todo la semejanza con el fascismo italiano, es grande. Otro autodidacta, Mussolini, recuerda en muchas de sus actitudes el nuevo estilo oratorio de Joaquín Costa. [...]

Lo más permanente en Costa es la protesta contra la mala administración y el hambre y la ignorancia, pero esta permanencia no es de Costa, pertenece por entero a España. Las ideas y procedimientos que corresponden plenamente a Costa son vacilantes, aunque orientado según un norte constante propio, a mi juicio, del intelectual autodidacta; el autoritarismo.

Enrique TIERNO GALVÁN: *Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, Editorial Barna, 1961, pp. 44, 141-142, 147-148 y 157.

Enrique Tierno Galván (Madrid, 1918–1986). Catedrático de Derecho Político y de Teoría del Estado, escritor, político socialista y alcalde de Madrid en la Transición.

22 *Pesimismo y tradición de un jacobino a destiempo*

Idea del Derecho

[...] los conceptos básicos de toda la actuación pública de Costa están ya en sus primeros libros doctrinales. Es decir, el pensamiento de Costa presenta una admirable consecuencia en todas sus épocas; o, si se prefiere verlo desde otro ángulo, el pensamiento de Costa evoluciona muy poco: ciertamente se amolda o responde a las circunstancias, se completa, pero manteniendo siempre el mismo, y en él evolución será más bien sinónimo de intensidad: ésta será la raíz de su tragedia personal y, aunque no se suela ver con claridad, la base de esa literatura sobre su «fracaso».

Jacobinismo ideológico

[...] acaso lo que más sobrecoge en tan extraordinario texto es su intenso pesimismo. Y también, la enorme tradicionalidad del autor –tradición del terruño– perfectamente compatible con un apartamiento consciente de la Iglesia y de sus ministros; y una rígida, casi desesperante, concepción de la moral.

Costa era personaje de una sola pieza, un campesino altoaragonés transplantado a las altas esferas –los altos yermos, diría él– de la cultura nacional. Todos los rasgos señalados son rasgos fijos, perennes, inconmovibles: con ellos iría a la tumba. [...]

Costa, entusiasta de las ideas jurídicas de Giner –sobre las que construye la suyas propias– y de los métodos pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza –fundada en 1876– tendría dentro de esta filosofía idealista comportamiento particular. También él quería conciliar, pero no tanto las ideas, cuanto la filosofía en conjunto con el pueblo del que él mismo procedía. Ahora bien, esta filosofía, en conjunto, no podía resolver los problemas sociales; por el contrario, era expresión del fenómeno socioeconómico, la desamortización, que más los había agravado. Por eso no sólo su desesperación, la de Costa, sino sus frecuentes ataques a los partidos liberales, por la incomprensión absoluta de estos partidos ante la vida popular y sus necesidades.

Del krausismo recogió Costa fundamentalmente la exaltación del Derecho; creyó en la misión salvadora del Derecho, verdadero «ideal de la Humanidad para la vida». En igual sentido obró la influencia de la Escuela Histórica, la de Savigny. Era esta Escuela Histórica, fundada en 1815, un movimiento reaccionario –contra las ideas de la Revolución francesa–, pero dialécticamente necesario.

[...] Sea como fuere, la Escuela Histórica pretendía espiritualizar el Derecho al contacto con una vaga entidad llamada pueblo, o más exactamente *Volksgeit*. Era un movimiento romántico. A Costa le sugirió –o le reforzó– su interés por el Derecho consuetudinario, que le acercaba otra vez a sus orígenes; y le aumentó –con apoyo intelectual– su patriotismo, su intenso sentimiento nacionalista. [...]

Con estos elementos, el pensamiento de Costa se hizo íntimamente contradictorio. Trató de superarlo, pero, a mi entender, nunca lo logró. Rechazaba las «peligrosas abstracciones de la Revolución francesa», pero se sentía profundamente liberal; quería resolver los problemas sociales de su patria, pero creía en el Derecho; atacaba a la desamortización, pero era krausista. Desconfiaba de los abogados, de las clases medias, pero a ellas apelaba para hacer su revolución. Entendía que la revolución era necesaria y urgente en beneficio del pueblo, pero cayó en eso de la revolución desde arriba; cuando quiso organizar un partido, sólo consiguió organizar una Liga, que muy pronto serviría para las ambiciones de hombres carentes de la estricta moralidad que él poseía. [...]

Y, sin embargo, su rígido moralismo individualista, su apelación a la opinión pública, su liberalismo de clase media y vocación popular, su intenso patriotismo y nacionalismo, su repetido contacto con el pensamiento alemán, hacen de Costa un jacobino de raíz fichteana, un jacobino a destiempo (con el atraso espantoso de nuestro país).

Este jacobinismo ideológico de Costa arranca de sus años mozos, de su Aragón nativo, del sentimiento de fraternidad, de ayuda al humilde y al menesteroso, que es en Costa nota perpetua, y se ve alimentado a través del krausismo por su contacto con el pensamiento alemán. Cuando Fichte escribía, Alemania era un país social e industrialmente atrasado, un país que apenas estaba saliendo de la era feudal. Cuando Costa escribe, España era también un país atrasado y semifeudal –Costa será el primero en señalarlo y en denunciarlo estentóreamente–. Es consciente de que su actitud ha tenido un precedente nacional, minoritario pero intenso, en las dos primeas épocas constitucionales, que después quedó enterrado, y su renacimiento es consecuencia de la revolución del 68. Aproximadamente en medio siglo, el país se ha repuesto y se ha lanzado otra vez a la revolución. Ahora bien, en lo que a las clases medias respecta, esa revolución es krausista, quiero decir exponente de la clase entonces ascensionista, que busca hacerse con el poder. Pero en la segunda mitad de siglo XIX ya la clase obrera y campesina española está organizada, o se está organizando, y a través de socialismo y anarquismo buscará su propia revolución. Costa no se sumará a ninguno de estos movimientos, Costa no puede ser sin más un proletario. Rechaza el socialismo, fundamentalmente porque Costa no comprendió nunca la sociedad industrial moderna –ésta es su más grave deficiencia [...] Su revolución predicada será la de las clases neutras, es decir, liberal popular agraria: el sentimiento será jacobino, pero se rechaza la violencia, la sangre.

La revolución costista, enérgicamente deseada, será imposible. Costa se debatirá como un león enjaulado y se desfogará apostrofando al país y a sus hombres.

[...] dice que España necesita un partido de San Franciscos de Asís, injerto en Bismarcks. Costa buscaba salir de su desesperación, insisto, no privada, sino nacional. Habrá un Costa reaccionario –por deficiencias ideológicas– evidentemente, el que ofrece soluciones; pero habrá también un Costa enormemente progresista, el que denuncia con valentía las llagas sociales de su época y de su patria.

Cuando se habla del famoso «cirujano de hierro», se olvida con excesiva frecuencia que Costa llegó a pensar en él precisamente para curar las llagas sociales, no para aumentarlas o conservarlas. Se trataba de un cirujano liberal: después de su actuación, España, ya curada, practicaría el siempre admirado liberalismo a la inglesa.

Alberto GIL NOVALES: *Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa*, Madrid, Península, 1965, pp. 11-12; y «El pensamiento de Costa», *Bulletin Hispanique*, LXX, 3-4 (1968), pp. 413-425.

Alberto Gil Novales (Barcelona, 1930). Catedrático emérito de Historia Universal Contemporánea en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid.

23 *La integración de la idea en la persona: el regeneracionismo*

En su deseo de romper el círculo vicioso de la política de la Restauración, a veces piensa en acudir a revoluciones o a formas tutelares o incluso pronunciamientos militares para poder instaurar una auténtica democracia, pero en estas afirmaciones, incluso quitándoles la mucha retórica que tienen, es revelador que ponga en el mismo nivel revolución y formas autoritarias. [...] en la formulación de esas aseveraciones y en la política quirúrgica influyeron una serie de elementos que requieren algún breve comentario.

Uno de estos elementos es el pesimismo de Costa, cuyas raíces están, según creemos, en su impaciencia, o mejor dicho, en la lentitud que el pueblo español mostró en reaccionar en contra de los caciques, en unirse a sus llamadas a la acción política, en desear una revolución. Ese pesimismo va aumentando y es especialmente aguado a partir del 98, Sin embargo, nunca fue continuo sino esporádico. [...]

A este pesimismo, sin embargo, sucedían períodos de fe sincera en el porvenir. Pero estas manifestaciones depresivas tienen una frecuencia suficiente para que nos permitan suponer que durante el último período de su vida llegó, llevado por su impaciencia y carácter algo atrabiliario, a dudar seriamente de las posibilidades de regeneración de España y a preguntarse si no se daban en nuestro país las condiciones de decrepitud y corrupción insalvables que, según su concepción político-jurídica, harían justificable una dictadura temporal; pero esas dudas y preguntas fueron siempre discontinuas y en ningún caso las aceptó o incorporó seriamente a su doctrina política.

Otro elemento muy importante que hay que tener en cuenta en su actitud es su personalismo, nacido en parte como una reacción contra el formalismo, pero también quizá de alguna razón más honda: de esa tendencia tan profundamente española hacia la integración de la idea en la persona. [...]

Ese personalismo, con tan hondas raíces en la concepción española de la vida, cristalizó en el mesianismo ambiental con que se pretendía superar el desastre. [...]

Hay que diferenciar en Costa al estudioso de nuestro pasado, al preocupado por nuestro derecho consuetudinario, al investigador del colectivismo agrario, al autor de obras sobre poesía popular, costumbres, filología, etc., del político que lanzándose a la acción en medio de la angustia y la impaciencia entra en la vida pública con un programa acuñado en frases fáci-

les, accesibles y positivas, que en poco tiempo le pusieron en primer plano de la escena nacional.

Entre estos dos aspectos hay una perfecta correlación. Costa, con una actitud romántica historicista, investigó nuestro pasado movido por una obsesiva preocupación de resolver los problema nacionales, intentando extraer de nuestra historia y nuestra literatura las soluciones políticas y jurídicas creadas por el pueblo español. Esa misma obsesión le hizo luego construir apresuradamente con algunos resultados de su búsqueda un programa de urgencia que pudiera servir de solución inmediata. Su anterior trabajo era, y sigue siendo, poco conocido, siendo ésta una de las razones de que se haya entendido mal su programa político; las fórmulas de emergencia, en cambio, pasaron al público y por algún tiempo se convirtieron casi en credo nacional.

Ese momento fue el regeneracionismo. Se caracteriza este movimiento por el paso a primer plano de la política española de una serie de personas: Mallada, Macías Picavea, Isern, etc., que ofrecieron a la nación, en un momento de fracaso y hundimiento, un programa de soluciones envueltas en lenguaje pragmático y cientifista y con carácter de neutralidad política, soluciones concretas a problemas concretos, casi todas de carácter económico y educativo, que se pretendía que fueran impuestas con suma urgencia por cualquiera de los partidos turnantes, con indiferencia de las formas de gobierno o de las doctrinas políticas teóricas. El desastre del 98 actuó de catalizador de este movimiento, que encontró su portavoz y jefe en Joaquín Costa. [...]

Este movimiento estaba formado por personas de las más diversas procedencias políticas, si bien hicieron abstracción de todas esas diferencias doctrinales y basaron su programa en «hechos»; sus libros están llenos de estadísticas, datos matemáticos, observaciones sociológicas, de culto a la «ciencia», en fin. La mayor parte de sus iniciadores no eran políticos profesionales. Algunos ni siquiera abogados –revolucionaria novedad en nuestra política–. En general, se le podría considerar como el grupo que ensayó la aplicación de la ciencia positiva a fines del siglo XIX a la resolución de los problemas nacionales.

Laín Entralgo los considera como «la versión del arbitrismo que corresponde a los supuestos del nacionalismo democrático», señalando como notas del regeneracionismo la política de realidades, la fe en la revitalización de España y la autarquía de la nación en esta obra de soteriología histórica. [...]

[...] paradójicamente, nos parezca Costa, portavoz del grupo, bastante alejado de los demás miembros. Es natural que así sea; en Costa las conclusiones políticas concretas tienen detrás una vida entera de estudio y de investigación de la realidad humana y física de España, al mismo tiempo que un conocimiento de las corrientes culturales y filosóficas eu-

ropeas bastante superior al de sus compañeros. En ellos, detrás de sus fórmulas caseras, sólo hay estadísticas, ciencia «experimental». En Costa el regeneracionismo de recetas caseras no es sino un momento de su obra; en los demás es toda ella. Ciertamente se puede calificar al grupo de nuevos arbitristas pero sin duda esta calificación le viene estrecha al escritor de Graus.

Pronto se unieron a este grupo por algún tiempo varios intelectuales que habían permanecido hasta entonces al margen de la política, entre ellos Cajal. [...]

Pocos españoles jóvenes se libraron de ese influjo; la atracción era demasiado fuerte, e incluso muchos, aunque le abandonaran, siguieron después conservando sus huellas. El regeneracionismo se introdujo en todos los ámbitos de la vida nacional; sobre él aparecieron chistes; incluso en el Teatro Lírico se llegó a representar *La Regeneración*, de Fernández Palomero, con música de Calleja. De manera cómica o seria, la idea estaba en el aire y a ella se unieron por algún tiempo los jóvenes escritores del grupo que luego se llamaría del 98. Todos ellos se diferenciaban de los regeneracionistas en que simplemente a*ceptaron* sus soluciones, no las crearon.

Rafael Pérez de la Dehesa: *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, pp. 155-159, 167-170.

Rafael Pérez de la Dehesa, (Madrid, 1931–1972). Profesor de literatura española en las universidades norteamericanas de Providence y Berkeley.

24 *María Costa Palacín:* Antígone

La primera vez que la vi ofuscado todavía por la sorprendente noticia de su existencia, doña María del Pilar Costa Palacín extendió los brazos y vino a mi encuentro como si nos hubiéramos conocido desde antiguo. Y así debe ser, pues doña María del Pilar, que vino al mundo en el tercer año de la octava década del siglo pasado, hija del tribuno apasionado, del león rampante y del toro que no lograron castrar ni la derrota, ni la salada soledad de su destierro, ha conocido infinitas sombras que se han deslizado no sólo por su penumbra del recibidor, sino por los sillones del salón dorado pecios o contribución de un cardenal más o menos magnánimo. Depositó en el mundo trece hijos, la mayoría varones, y pasó por el dolor de ver morir a dos de ellos y de comprobar el envejecimiento de la tribu familiar selecta, cerrada y extendida como una yedra de la aristocracia del espíritu. Ingenieros, notarios, abogados y generales en activo que han lanzado a su vez, cuando la historia es tan reciente que aún duele y todavía no se ha apagado el trepidante eco de don Joaquín, los tataranietos del mayúsculo escandalizador político.

Cuando don Joaquín Costa disuelto en el cementerio de Torrero, abrazado e introducido a la fuerza en el camposanto por una sibilina y astuta modificación de los muros, está resucitando en el país –porque aún son necesarios los profetas airados; porque, don Joaquín, los puñetazos de tus palabras aún tienen que conmover las orondas vísceras ibéricas, sacudir la modorra y regenerar este cuerpo que si ya era cadáver en tus tiempos ahora es una momia que habla y que sigue mangoneando, como entonces, sentada en su sillón clandestino–, doña María del Pilar Costa Palacín da su cotidiano paseo, conducida por el chófer del prestigioso notario don Trinidad Ortega Costa.

[...] Sola y sin centinelas. Embargada en sus pensamientos de hija del hombre más discutido del siglo, del guerrillero político que no habría pagado con trescientos años de cárcel reaccionaria el tremendo y osado delito de haber desenmascarado y puesto en la picota a los responsables del desastre nacional. [...]

El tribuno preside todos los salones de la casa, quieto y doloroso en los daguerrotipos, ensimismado en los cuadros al óleo y uno y diverso en los álbumes familiares; y desde el fondo del baúl más vigilantemente guardado, atosigado por las bolitas de naftalina, espera la hora en que alguien venga a liberarle de sus silencios de juventud disecados en los cuadros manuscritos. Y tiene que llegar el día que alguien descorra los cerrojos y suelte la enorme carga contenida en los viejos legajos, quitándole la mordaza al hombre que murió de tanto dolor que le producía España. El tremendo

fracaso de su vida se palpa también en esta casa de la parte alta de la ciudad en el piso a donde acuden a jugar con la anciana los tataranietos. ¡Ya lo ves don Joaquín, cien años y pico no han sido suficientes para recorrer la distancia que nos separa de la tierra prometida y al releer tus últimos desesperados discursos pienso que la cuenta de tus mártires forma ya una legión innumerable!

Doña María del Pilar con su talante de reina destronada o de matrona capaz de dominar un imperio se va y viene de este mundo al compás de sus recuerdos, de las nebulosas que forman las historias, la leyenda y el inagotable desfile de sombras a lo largo de ochenta y seis años lentísimos. Y cuando la memoria se consolida y se conecta con el venero de experiencias, habla como un torrente. «Oh el papá. Cansado, sudado, lleno de buena voluntad lo he visto llegar de los mítines, tremendamente derrotado porque sus palabras caían en vano, en el desierto, sobre las piedras. Por ser hombre íntegro y por la claridad con que veía las cosas, sufrió mucho y no tuvo nunca paz. En mi infancia, porque yo también he sido niña aunque usted me vea así, el papá me hablaba, me enseñaba sus dibujos y hasta me llevaba a las reuniones. Yo permanecía sentada, sin atreverme a mover los ojos porque aquellas graves personas me asustaban. De él aprendí la severidad y la disciplina y hasta los arranques coléricos. Hay que comprenderlo así. ¿Cree usted que un gigante que ve las cosas claras y que lucha por cambiar la tierra puede ser manso y sosegado? ¡No, no lo crea!». [...]

Han venido los hijos a la reunión. No todos. Trinidad está en su despacho, cuyas ventanas se pueden ver desde el piso de la madre y doña María del Pilar, que camina por su claustro dando manotazos a los fantasmas, contempla por las noches las luces del escritorio y murmura: «Aún está trabajando», y lo dice como si ratificara su presencia en la vida, su puesto de cabeza de la familia que ella dirigiera con mano de auriga. Milagros tampoco ha acudido. Precisamente en estos días ha regresado a Norteamérica, a Amherst, cerca de Boston, en cuya Universidad se está doctorando en Letras. Han venido sólo José María, Alfonso, Isabel y Ana María.

Doña María del Pilar se casó con don José María Ortega Ballestero, ingeniero que llegó a ser jefe de Obras Públicas en Barcelona. La hija de Costa enviudó a los cuarenta años, con trece hijos. Su carácter agradable y abierto sufrió una dura modificación y se hizo autoritario. De su padre pudo heredar bien poca cosa tangible y material. Con la pensión de su marido llevó la casa adelante y entre sus hijos figuran cuatro abogados, un médico, dos ingenieros y un general de caballería que fue gobernador de Jaén y de Santander. A Juan le sorprendió la guerra siendo agregado comercial en la embajada de Bruselas; se quedó de parte del gobierno republicano y no pudo reingresar en la carrera diplomática. Trabajó en la Organización Mundial de la Salud, vivió en Ginebra y murió en Lyon. Escribió varios libros. Isabel tiene dos hijas y un hijo, José María Casta-

ñer, director de «Metra 6». Rafael es médico radiólogo y se ha casado a los sesenta años. Alfonso, licenciado en Derecho, que se denomina a sí mismo «el gran fracasado de la familia» es un profundo conocedor de la obra de su abuelo y de no tener un carácter introvertido y silencioso, daría a la imprenta estudios muy singulares. De su abuelo ha heredado también la terrible enfermedad paralizadora. Antonio, ingeniero industrial, especializado en la historia económica del siglo XVIII, aupado por su voluntad férrea acude todas las mañanas al despacho a pesar de que le enfermedad heredada que también ha afectado a Trinidad le impide caminar. Joaquín es subdirector general de Energía. Luis, notario de día y noche encerrado en su despacho de Palma. Ana María, desde que quiso entrar en un convento..., se ha convertido en la principal ayuda de su madre. Le acompaña en los paseos. Por la casa y por la ciudad, pendiente de ella, haciendo gala de una paciencia santificadora. María Luisa tras dos noviazgos estropeados por el autoritarismo familiar, se casó al tercer intento. Pilar murió a los veintisiete años o a los veintiocho. Sí a los veintisiete que los años pasan confundiéndolo todo, de un sarcoma en la pierna. [...]

«No fui a Graus para asistir al entierro de papá. ¿Por qué no? Por aquellas fechas me parece que estaba esperando un hijo o lo tenía enfermo, y no me decidí a emprender el viaje. No, no me gustaba el ferrocarril y al papá tampoco. Hacía tiempo que no tenía noticias suyas y una tarde oí al voceador del *Noticiero*, gritando en la calle: «¡La muerte de Costa!». Me quedé tiesa y sin sangre, amigo mío. Todo desaparece, todo se lo lleva la muerte y en esta vida no hacemos otra cosa que caminar derechos a ella».

Eliseo BAYO: «Habla la hija de Joaquín Costa», *Destino*, XXXII, 1654 (14 de junio de 1969), pp. 36-37.

Eliseo Bayo Poblador (Caspe, Zaragoza, 1939). Periodista, escritor y agitador político antifranquista.

María Pilar Costa Palacín (Madrid, 1883–Barcelona, 1970). Hija de Isabel Palacín Carrasco y de Joaquín Costa Martínez.

25 *Ni socialista, ni fascista*

Joaquín Costa nació cuatro años antes que Pablo Iglesias. Ninguno de los dos tomaron parte en los acontecimientos derivados de la Revolución de 1868, ni intervinieron en actividades de los partidos políticos que alcanzaron relieve circunstancial durante el reinado de Amadeo y el efímero paso de la República de 1873. Costa estaba entregado a sus estudios, aislado del torbellino revolucionario, y Pablo Iglesias se había inscrito en las filas de la Primera Internacional, defendiendo tendencias libertarias. Aunque posteriormente actuaron ambos en movimientos de carácter nacional, de modo singular Pablo Iglesias, jamás cruzaron el saludo. Costa miró siempre al campo, a los labriegos españoles, mientras Iglesias se preocupó de organizar a los obreros de las ciudades, sin excluir por ello a los de la tierra, preparándoles para que lucharan con eficacia contra la clase capitalista y el régimen por ella representado.

¡Cuánto hubieran ganado el proletariado español y la causa de la democracia social si Costa, con la portentosa capacidad de que dio muestras, se hubiese consagrado a educar políticamente a los asalariados! Ahí radica, a mi juicio, el mayor reproche que se le puede hacer: no tenía fe en la acción política. Y, no obstante, hay trabajos suyos que demuestran el interés que sintió por los problemas políticos, económicos y sociales.

En noviembre de 1895, presidente de la Sección Histórica del Ateneo de Madrid, Costa leyó una extensa Memoria sobre «Viriato y la cuestión social en España en el siglo II antes de Jesucristo», donde abundan juicios que podría suscribir un socialista. Tiene interés el dato, porque en aquellos años en España no estaba de moda el Socialismo; todo lo contrario: anarquistas y republicanos, preponderantes en la izquierda, coincidían en verter las más groseras calumnias contra Pablo Iglesias y sus camaradas de ideología. [...]

¿Conoció Costa suficientemente bien las doctrinas de Carlos Marx, a través de textos de autoridad? En sus discursos y libros hay alusiones a Marx y al Socialismo, tan breves y aisladas, que dejan la sensación de no haber profundizado en esas materias, lo que en cierto modo se explica porque en los primeros tiempos de Costa las traducciones de libros y folletos de tendencia marxista, aunque no escasearon tanto como han sostenido algunos autores, circularon principalmente en un reducido círculo de lectores.

Por otra parte, Costa, como los escritores políticos de la época, por radicales que pretendieran ser, en el fondo eran defensores intransigentes del régimen de propiedad privada, exaltado por la Revolución Francesa en cuya fuente estuvieron orientados la mayoría de ellos.

Una objeción puede hacerse a este juicio nuestro, al referirse a Costa, autor del *Colectivismo agrario* en España. Efectivamente, ese libro debió ser escrito por un socialista, no por un individualista como lo era Costa; pero en ese libro, de mérito excepcional, no se encuentra ninguna afirmación de carácter socialista, limitándose el autor –lo que no es poco, en otro aspecto– a poner de relieve las ventajas y raigambre del tradicional colectivismo agrario español, extendiendo el mismo razonamiento a la existencia de parecidos sistemas en otros países. [...]

Otra aclaración es oportuna aún: Costa no fue socialista, pero tampoco he encontrado en sus obras ningún ataque a Carlos Marx. Costa recelaba de la democracia, es exacto, de «la inmunda democracia», que escribió en un «momento de mal humor» Ganivet; pero los socialistas del siglo pasado, interpretando demasiado rígidamente a Marx y Engels, solían escribir: «¿Democracia? El capitalismo utiliza la democracia para dejarnos morir de hambre. ¿Libertad? La libertad de la burguesía está reducida a defender su caja de caudales». Eso era y sigue siendo verdad, pero abusando de estas expresiones se contribuye, sin desearlo, a fomentar el fascismo y la dictadura. [...]

Ni Salmerón ni Pi y Margall, políticos militantes de izquierda, aceptaron la lucha de clases, a pesar de que indudablemente conocieron las teorías de Marx y Engels. En 1911, cuando fallece Costa, en el Partido Socialista no militaba ningún profesor de Universidad. Había dos de Instituto, en Alicante y Córdoba, sin influencia entre los trabajadores de esas capitales, a pesar de su austera conducta y su reconocida autoridad profesional. Julián Besteiro ingresa en la Agrupación Socialista Madrileña meses después del fallecimiento de Costa, y Fernando de los Ríos, socialista reformista muy poco hostilizado por la prensa burguesa de la época, fue alta en las filas socialistas ocho años más tarde. [...]

Tampoco fue fascista

[...] En otros párrafos de ese mismo libro [Tierno Galván] sostiene que Costa defendió ideas casi fascistas. Con perdón del citado profesor, las ideas que Costa defendían no tienen nada que ver, a mi juicio, con los métodos utilizados por el nazismo, el fascismo o el comunismo soviético. Costa pedía eficacia a los gobernantes: hechos, decía, y no palabras. Por desgracia, los políticos españoles, sin excluir a los republicanos, a veces eran excelentes oradores, pero casi siempre fueron gobernantes bastante lamentables. Cualquier régimen dictatorial es la negación de la persona humana. ¿Cómo suponer que Costa hubiera simpatizado con métodos semejantes? [...]

¿Que fue entusiasta de Aranda y Jovellanos?. Ni uno ni otro pueden ser calificados de fascistas. El despotismo ilustrado es otra cosa. Ambos fueron superiores a su tiempo, al menos en España. Bien caro lo pagaron. [...]

Muy aragonés, no predicó nunca el aragonesismo: no fue regionalista ni transigió con los resabios nacionalistas que brotaron en algunas regiones. Hasta puso prólogo a un libro de Royo Villanova, campeón del anticatalanismo. [...]

Andrés SABORIT: *Joaquín Costa y el socialismo*, Madrid, Zero, 1970, pp. 99-100, 117 y 167-168.

Andrés Saborit Colomer (Alcalá de Henares, 1889 – Valencia 1980). Tipógrafo, periodista, escritor y político socialista, exiliado en Francia y Suiza tras la guerra civil.

26 *La historia de vida de un gran hombre*

[...] Mi único deseo ha sido hacer resaltar su continuidad y no referirla como una serie de episodios aislados; he tratado de conseguir esto volviendo constantemente al Costa hombre, en vez de detenerme en pasmada admiración ante el «tribuno». [...]

Queda ahora la compleja tarea de evaluar con objetividad esta misma vida sobre la que tantos y tan divergentes juicios se han emitido.

Después de 1898, la mayoría de sus compatriotas veían a Costa en términos extremos: para unos era un «loco desaforado», otros lo estimaban como a un «santo civil»; a menudo se le trataba de rebelde y otras veces se le comparaba con el Justicia de Aragón de antaño. Esta visión popular ha llegado a infiltrarse en los trabajos de escritores que no suelen dirigirse al gran público. Ahora bien, el retrato que nos han dejado los hombres que llegaron a conocerle, en la medida en que Costa se dejaba conocer, es más matizado, aunque a veces resulte igualmente fascinador. Hinojosa, que era ante todo un jurista, consideraba a Costa como un historiador, y Altamira, el historiador, le creía principalmente «un sociólogo... y un político». Azcárate, que dispuso de algunas partes del *Diario* para componer su *Necrología*, se mostró más cauteloso: a su juicio, Costa no había encontrado cauce adecuado para sus talentos excepcionales. Pero Giner, que de todos ellos fue tal vez quien le conoció mejor, sabedor nos sólo de sus desengaños académicos sino también de sus conflictos emotivos, siempre demostró hacia él ternura y un muy gran respeto. [...]

Buscando un camino entre los papeles de Costa, pensando y hablando de él año tras año, he llegado, con Giner, a sentir hacia este hombre igual ternura y respeto. Pero lo que Giner pudo percibir en el contacto inmediato, no se me descubrió a través de manuscritos sino tras largo tiempo, porque Costa se escudó tanto detrás de su trabajo, que una vez se hubo perdido la pista de este trabajo, o una vez este trabajo pareció perder su relación con el momento actual, perdióse también la persona de Costa. [...]

¿Por qué vale, sin embargo, la pena recordarlo? Esencialmente porque, si se conceptúa la vida en términos orteguianos como un resultado de tres factores –la vocación, la circunstancia y el azar–, la circunstancia y el azar de sus tiempos llegaron a frustrar su vocación, y a pesar de ello consiguió dedicarse al saber y al servicio de su país. De él escribió Araquistáin que «sacrificaba la manufactura de su fama a los problemas nacionales». España, naturalmente, puede entenderse sin Costa, pero no es posible comprender ni la vida ni la obra de Costa sin referirse a España. En muchos aspectos era él su conciencia.

Merece recordársele también por sus agudos análisis de los males de la patria, análisis aún hoy día respetados por los historiadores, y por su perseverancia en tratar de hallarles solución, si bien en esto demostrara menos agudeza. En un siglo en que se vio a la democracia atacada primero con el mayor salvajismo y luego puesta en ridículo, sin demasiada sutileza, por el juego de la política de partidos, bregó por la libertad y la dignidad del individuo. En un país, entonces notorio por su analfabetismo, luchó por la educación. En una tierra en la que «más de la mitad de los españoles, después de haber trabajado en jornada agotadora de sol a sol se acuesta todas las noches con hambre», no se avergonzó de insistir en la necesidad de la despensa: [...]

Merece recordársele igualmente por su honradez personal, su sinceridad y (como hizo notar Cossío) por su odio constante a la hipocresía y la cobardía.

Pero sobre todo merece respeto y ternura por el modo como soportó sus mayores problemas personales, es decir, su extrema pobreza, la carencia de hogar y vida de familia, y su enfermedad. [...]

Ninguna de las tres constantes –pobreza, soledad y enfermedad– que formaban la trama de su vida deben echarse en olvido cuando se trata de valorar su carácter. *A posteriori*, puede decirse que dirigió su vida con notable falta de prudencia. [...]

A mi modo de ver, Costa fue un hombre de la clase humilde, solitario, que nunca pudo aceptar el ambiente en el que se practicaba el juego político ni encontrarse a sus anchas en aquella sociedad; un hombre abrumado por una inteligencia desproporcionadamente poderosa en relación con el lado emotivo de su carácter: vio la hipocresía a su alrededor con prístina claridad, pero no tuvo el tacto o la mano izquierda necesarios para vencerla.

La personalidad escapa al análisis y no se puede ni se debe por tanto encasillar a nadie en una fórmula, aunque a veces ayude a la comprensión. Ciges describió a Costa como «el gran fracasado», haciéndose eco de las propias palabras de su biografiado en muchas de sus últimas cartas, y es verdad que lo que Costa anheló no lo consiguió y que lo poco que consiguió ha perdido hoy día gran parte de su pertinencia. Yo por mi parte le he visto siempre como el «gran frustrado», ante todo porque no siempre fracasó, y en segundo lugar porque así se pone en mientes las especiales dificultades que atendieron su vida y estorbaron su obra. [...]

George J.G. CHEYNE: *Joaquín Costa. El gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972, pp. 161-167 (reed., Barcelona, Ariel, 2011, pp. 169-175).

George James Gordon Cheyne (Londres, 1916–Newcastle, 1990). Hispanista inglés, profesor en la Newcastle University, Newcastle upon Tyne.

27 *Reinterpretar a Costa: una nueva generación de historiadores*

Para la gente de mi generación Joaquín Costa resultaba ser una figura atractiva y enigmática. Atractiva, no por la retórica regeneracionista que puso en circulación, y a la que parece ir unida su fama, puesto que esa retórica comenzaba a causar hastío, sino porque adivinábamos que, en este caso concreto, detrás de las palabras había un hombre que luchó efectivamente por mejorar en algo el triste país en que vivía. Pero, por otra parte, el Costa que podíamos encontrar en los libros que sobre él se habían escrito era una figura confusa y contradictoria. Que lo pudiesen reivindicar para sí desde los anarquistas hasta la extrema derecha no era producto de un respeto unánime hacia su integridad (el país no ha dado nunca para estos refinamientos), sino que se debía a que la versión que teníamos de su vida y de su pensamiento (tal vez fuese más exacto decir –las versiones–) se prestaba a todos los equívocos y a todos los juegos de manos. No había biografías dignas de confianza, y sus propias obras habían sido publicadas de tal forma (mezclando texto de juventud y madurez que correspondían a fases muy distintas de su evolución, sin molestarse en advertir al lector ni darle las pistas más elementales para orientarse en medio de aquel batiburrillo) que parecía que se hubiese pretendido confundirnos deliberadamente, creando contradicciones donde no las había.

La imagen de Costa no podía deducirse de todo esto, era la de un titán nebuloso, cuyos contornos estaban velados por zonas de oscuridad que ocultaban detalles esenciales de su vida y por deformaciones deliberadas que su pensamiento, con las que se había querido domesticar en el recuerdo a un hombre que en vida no se habría prestado a ello. Al «león de Graus» le habían limado cuidadosamente las garras y los dientes. A partir de los pocos datos y las muchas obras disponibles cualquier ensayista podía fabricar «su Costa», tomando del rompecabezas las piezas que le convinieran. Se llegaría incluso a utilizarlo como propagandista aliado contra Alemania en los años de la primera guerra mundial. Costa daba para todo. Sobre pocas figuras de la España contemporánea se habrá escrito más y se habrán dicho menos cosas sensatas. [...]

El titán nebuloso se transforma en estas páginas en un ser humano de perfiles precisos. Atormentado y complejo, si se quiere, pero nada contradictorio. El curso de su vida pudo llevarle a abandonar viejas posiciones ideológicas y a clarificar otras. Pero esta evolución siguió una trayectoria rectilínea, sin equívoco posible, que cristalizaría en unas actitudes y un pensamiento claramente definidos. [...]

La figura que resulta al aclararse los contornos del retrato es la de un hombre que buscó la renovación de su país a través de una política avanzada: por una vía revolucionaria, si fuese preciso. Conviene mucho no confundirle con todo ese amplio rebaño de declamadores del «problema de España», que se le asemejan en el léxico y en el estilo, pero que jamás descendieron al terreno de la acción concreta, temerosos de recibir algún rasguño, a diferencia del hombre que en los últimos años de su vida podía exclamar que no había en él «una pulgada que no exhiba la señal de una herradura». [...] Le vemos como un hombre a quien importa sobre todo obrar, y obrar para los demás, con una honda vocación política, aunque su política no fuera la que se hacía habitualmente en su tiempo. Porque tampoco hay que confundirle con esos gobernantes «regeneracionistas» que no regeneraron nada. [...]

Fracasados fueron, más que Costa, quienes se rindieron sin pelear. Los escritores que enronquecieron bramando el dolor que les producían los males de España, pero que, a la hora de la verdad, decidieron que el país no merecía sus sacrificios y pasaron del revolucionarismo verbal al conservadurismo más apacible, sin ni siquiera guardar la transición de un honesto liberalismo (caso hubo que en pocos años cambió su emplazamiento desde las antologías de narradores anarquistas al papel de ideólogo de la extrema derecha). Fracasados más que Costa, los políticos que hacían hermosas frases ciceronianas en el Congreso y se acomodaban en su gestión a dejarlo todo como estaba, lo cual significaba transigir con una situación de corrupción total de la vida pública, que no sólo era criticada por los sectores políticos de izquierda, sino por los hombres más honrados de la derecha. [...]

A diferencia de unos y otros, Costa no se limitó a exteriorizar en voz bien alta su protesta, sino que actuó hasta el límite de sus fuerzas, de esas inmensas fuerzas morales que contrastaban con su debilidad física. Fue siempre fiel a sí mismo, e hizo cuanto podía hacerse –cuanto el país y la sociedad en que vivía le permitieron– sin rendirse ni pactar. [...] Luchó cuanto pudo e hizo tanto, por lo menos, como el que más hiciera en su tiempo. [...]

Fracasados, insisto, fueron los otros. [...]

Josep FONTANA: «Prólogo», en G.J.G. CHEYNE: *Joaquín Costa. El gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972, pp. 7-10 (reed., Barcelona, Ariel, 2011, pp. 9-13).

Josep Fontana Lázaro (Barcelona, 1931). Catedrático emérito de Historia Contemporánea de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona y director del Institut d'Història Jaume Vicens Vives.

28 *Madrid, la universidad y la política en la crisis del sistema liberal*

[...], se insiste, incluso con la analogía de los títulos, en hacer de Costa un obstáculo insuperable, cubierto por la bruma [...] Mas ni siquiera los de a pie, los que llevan las riendas de la acción política en sus manos, han podido eludir la ambigüedad. Así, mientras Ortega y Gasset en 1911 confesaba que quisiera seguir el programa de Costa, y llegaría a constituir, tres años más tarde, la «Liga de Educación política española», el general Primo de Rivera descubriría durante su Dictadura un monumento al «león de Graus», y un oscuro Jefe de Gobierno del bienio radical-cedista de la II República, Ricardo Samper, aseguraría en su presentación ante las Cortes querer llevar a cabo la «herencia política» de Costa. Todo ello ha dado lugar a que los comentadores de la España política hayan hecho, indistintamente, de Costa «un profeta de la reconstrucción nacional» o un formulador de la «revolución desde arriba», como el norteamericano Gabriel Jackson, o bien un «precursor doctrinario de la República española», como Luis Méndez Calzada o Carlos Rama, o bien un «prefascista», como Enrique Tierno. Como se ve, términos todos ellos –»profeta», «precursor», «prefascista»– llenos de una carga emocional, que contribuye al fomento de la confusión en torno a Costa. [...]

Precisamente, sin un expreso ánimo «desmitificador», he intentado historiar en 1969, en el estudio *El reformismo español*, el pensamiento jurídico español del siglo XIX en relación con el europeo coetáneo. Por parecerme fructífero este punto de partida y por haber estudiado allí el Costa investigador de la teoría y de la práctica jurídica, voy a fijar de nuevo el punto de mira sobre este hombre, intentando relacionar su actividad intelectual y su actividad política y todo ello dentro del contexto intelectual y político –pero también social– de la España y la Europa de entonces. Quizás, bajo este prisma, la figura de Costa resulte menos gigantesca, menos original –como su estatura física–, más verdadera. [...]

Su paso por la Universidad va alentado por la idea de alcanzar una plataforma desde la que no sólo ejercer una función oracular, sino conquistar el poder político, y proceder desde la ciudad –Madrid– a la «regeneración» del campo español, que es tanto, en su mentalidad, como la «regeneración» de España. La concatenación que él establece entre Universidad y política es la propia de los universitarios de su tiempo, si bien, en este caso, sublimada por un interés por lo colectivo indudable. Esa relación entre Universidad y política, planteada por lo demás en términos todavía vigentes en España, queda en este caso truncada, con detrimento tanto de la tarea universitaria como de la política de Joaquín Costa.

Truncada aquélla, se procedió con urgencia a lograr la segunda: un régimen político presidencialista sin trabas del poder legislativo. [...]

Los tres hombres –Costa, Maura y Ortega– se evadirán de la realidad refugiándose en la tarea de educar políticamente al individuo. Su ideal era, una vez más, el del «despotismo ilustrado», como ha hecho notar el mismo Carr. Pero ellos fracasaron en la versión remozada que quisieron alentar, directa o indirectamente: la Dictadura civil. En la España contemporánea no echa raíces ninguna Dictadura civil –»tutelar», la llamó Costa– a pesar de que a ella empujaba, en sus formulaciones, la filosofía de mayor eco universitario: el krausismo, hecho lugar común.

Maura, desde la política, no logró su empeño de «revolución desde arriba»; Ortega desde la Universidad, tampoco ensambló la minoría selecta que regenera al país por la cabeza; Costa, en difícil equilibrio entre la Universidad y la política, preludió la decepción de estos intentos. Todos ellos desconocían que la sociedad engendrada por el sistema liberal había hecho crujir las duelas del estado liberal y reclamaba «odres nuevos»: los del Estado intervencionista y de base social amplia. [...]

Costa, lo sabemos, nace en un ambiente agrícola altoaragonés. No está predestinado, pues, para ir a la Universidad, ni siquiera por el camino de rodeo que supuso el Seminario para algunos hombres que dieron fuerte impronta al siglo XIX español. [...]Por fin, a los veinticuatro años puede alcanzar, como él dice, «la categoría de estudiante de la Universidad». [...]

Al fin tiene que remontar el vuelo y renunciar definitivamente a la Universidad como palenque. Oposita a notarías, marchando a Granada para, en 1890, pasar a Jaén y, finalmente, en 1894, acabar como notario en Madrid: esta será la plataforma de su acción política, que se ha ido gestando [...], y que no ha podido llevarse a cabo desde la Universidad. [...]

La incitación política surge en Costa –como en tantos hombres del siglo XIX español– por la rabia que produce constatar que más allá de las fronteras del propio país hay naciones prósperas. [...]

Porque el despertar de España es, para él, «europeización». Se ha mitificado esta palabra, y se ha olvidado lo que Europa significaba en esos lustros. La Europa que Costa y otros envidiaban es la Europa del imperialismo, de la expansión en África y Asia. La Historia ha denominado a esta era de fines del XIX «época del imperialismo». Las primeras actividades públicas de Costa, y su afán de «unidad ibérica» van en este sentido: hacer de España una potencia capaz de codearse con Francia o Inglaterra. [...] Lo que irrita a Costa es que España no pueda codearse con otros países europeos en la tarea expansiva. Esa irritación sube de punto cuando su país ni siquiera es capaz de conservar lo que tiene frente a los ataques del expansionismo. [...] La crisis de 1898 se ha convertido en un artificio, por haber querido urgar en la «metafísica» española. Habría que verla más bien como la rabia que produce el ir en sentido inverso al de la historia, sin pre-

guntarse por lo acertado o no de tal sentido, que acabará en la gran guerra europea, guerra de la que España estará ausente por haberlo estado antes de la dinámica imperialista que la ha desencadenado.

Pero Costa, muerto en 1911, no conocerá ese desenlace. Mientras viva alentará su lucha contra esa España desfasada respecto de la Europa contemporánea. [...] Como ha fallado la Universidad como epicentro, Costa ha de buscar el campo desde donde le hemos dejado: la notaría de Madrid. [...] Desde Madrid, como plataforma, va a Graus y pone en marcha, en 1891, la Liga de Contribuyentes de Ribagorza. [...]

De la debilidad de su punto de partida debía ser consciente el propio Costa cuando, en su empeño de convertir la Liga Nacional de Productores en un partido de nuevo cuño [...] quiso convocar no sólo al campo, sino al menestral y comerciante castellano y aragonés, la «masa neutra». Esa «masa neutra», como la «mayoría silenciosa» de hoy, no puede ser por sí sola una fuerza política, mucho menos revolucionaria. Ni siquiera añadiéndole el ingrediente del intelectual, como pretendió Costa. [...] En su llamamiento había pedido la colaboración de los hombres de la Universidad, particularmente los krausistas, y así había organizado la encuesta sobre el caciquismo en el Ateneo madrileño. Los universitarios no acudieron a la cita. Si Costa no había podido acceder a la política a través de la Universidad, tampoco ahora tenía acceso a la Universidad por el camino de la política.

Juan José Gil Cremades: «Universidad y política en Joaquín Costa», *Revista de estudios políticos*, 183-184 (mayo-agosto de 1972), pp. 291-304 (reproducido en *Krausistas y liberales*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975, pp. 247-264).

Juan José Gil Cremades (Zaragoza, 1937). Catedrático emérito de Filosofía del Derecho de la Universidad de Zaragoza.

29 *Derecho y tradición jurídica aragonesa*

Pero la tradición jurídica no es un conjunto de normas, instituciones y principios dados de una vez por todas, que se transmite luego inmutado e intocable de generación en generación. La tradición es también cambio. La tradición jurídica es parte de la historia cultural de un pueblo y esta historia no se cierra mientras el pueblo vive. El principio *standum est chartae* –literalmente, que hay que estar a la carta– ha recibido muy diversos significados a lo largo del tiempo, algunos de los cuales se han mantenido simultáneamente en un momento dado. [...]

Pues bien, uno de los puntos de inflexión en el significado de *standum est chartae*, en el que nace el tramo de la tradición jurídica aragonesa que llega a la Compilación vigente, se sitúa en el último tercio del pasado siglo. [...] Es entonces cuando *standum est chartae*, Observancia 16 *De fide instrumentorum*, autonomía de la voluntad y libertad civil conforman un todo significativo en derredor del cual gira sistemáticamente el Derecho aragonés. Y ello bajo la influencia directa de un pensamiento filosófico original y creador, nuestro aristado paisano Joaquín Costa, que marca así con su sello personal la configuración presente de nuestro sistema jurídico.

El Derecho aragonés, en este punto fundamental, no es del todo comprensible sin Costa; como no es del todo comprensible el pensamiento jurídico de Costa en tema tan esencial como el de la libertad civil sin tener en cuenta el Derecho aragonés. [...]

Concepción antiestatista –contra el «Estado social o superior»–, antiautoritaria y organicista que caracteriza la filosofía jurídica y social del krausismo en que Costa se movía. Como él mismo indicará más tarde, la teoría de la persona individual considerada como Estado la estableció Giner de los Ríos, de quién él la recogió con fervor de neófito y desarrolló inteligentemente en algún extremo en su *Teoría del hecho jurídico*. [...]

Lo mismo podría decirse de la familia, del municipio, de la provincia y de la región, y así lo afirma Costa repetidas veces. Ahora bien, mientras que estudia con detenimiento la constitución del Estado individual y familiar precisamente en el contexto de la libertad civil, y la del Estado municipal principalmente en relación con el colectivismo agrario, apenas se ocupa de la constitución originaria y sustantiva de la provincia o la región. Aunque sea incidentalmente, señalo que Costa no fue regionalista ni federalista. [...] Políticamente, defenderá la descentralización y las autonomías municipales –de *selfgovernment* hablará repetidas veces–, pero se enfrentará al regionalismo catalán. Su visión es nacionalista española. En esto será siempre fiel a su formación krausista y a su militancia en el republicanismo unitario. [...]

Cuando Costa escribe todo lo anterior, que no es en buena parte sino repetición y desarrollo de ideas ya expuestas por su maestro Giner de los Ríos y correspondientes, en general, al krausismo jurídico, conocía ya el Derecho aragonés y lo proclamaba vehementemente como el más conforme a la razón y acomodado al pueblo que lo ha creado. Su obra *Derecho consuetudinario del Alto Aragón* se había comenzado a publicar en 1879 (en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*), de modo que hay, sin duda, un tiempo durante el cual Costa trabaja simultáneamente en la recopilación y valoración de las costumbres jurídicas aragonesas y en su *Teoría del hecho jurídico individual y social*, donde la doctrina de la libertad civil aparece completa de todas sus piezas. [...]

No extrañará entonces que al buscar un ejemplo histórico, real, de régimen de libertad civil, surja inmediatamente en su pensamiento el Derecho aragonés: «el más libre de Europa», dirá; y lo contrapondrá repetidamente al Derecho castellano, paradigma, a su vez, de la falta de libertad civil. [...]

[...] cómo se plantea el tema del *standum est chartae* en el Congreso de Jurisconsultos aragoneses de 1880, y la decisiva contribución de Costa a la inteligencia actual de aforismo.

El Congreso nació de una iniciativa particular de Gil Berges, a la sazón Decano del Colegio de Abogados de Zaragoza y Diputado a Cortes republicano por la misma ciudad, quien, al prologar una recopilación de Fueros y Observancias [...] indicaba la necesidad de codificar el Derecho aragonés mediante la convocatoria de un Congreso de Abogados que redactase el proyecto que habría de ser sometido a los Cuerpos Colegisladores de la nación. [...]

Correspondía discutir el tema a la sección primera del Congreso, cuya mesa estaba formada por los señores Moner, Costa, Sasera y Zugarramundi. Elaboró el proyecto de dictamen, que la sección aprobó y remitió al Congreso, Joaquín Costa, domiciliado entonces en Madrid, y que había acudido a Zaragoza como representante de la Institución Libre de Enseñanza. [...] En él –y por su posterior aprobación por el Congreso– quedan definitivamente emparejados los términos de libertad civil y *standum est chartae*, concebido éste como la expresión tradicional de la libertad civil realizada históricamente en el Derecho aragonés, que coincide por ello y armoniza «con las conclusiones de la filosofía del Derecho más progresiva», es decir, la filosofía jurídica krausista. [...]

El Congreso aceptó, por tanto, el planteamiento que del *standum est chartae* había hecho Costa. A partir de ese momento [...], el *standum est chartae*, entendido como expresión de la libertad civil, se situará doctrinalmente en el centro y como eje de todo el Derecho aragonés. [...]

La libertad civil comprende también, en el pensamiento de Costa, la creación de la costumbre, valorada como expresión inmediata de la soberanía popular. [...]

Costa entiende que el Derecho verdaderamente vigente se encuentra en la costumbre; que todo Derecho vigente es de alguna manera costumbre. Esta constituye el Derecho verdadero, real, vivido por la comunidad, en contraposición al derecho oficial promulgado en la Gaceta. Derecho popular frente a Derecho oficial viene a ser un aspecto o concreción de la distinción entre la España real y la España oficial. [...] se entiende así el empeño de Costa por recoger (de boca de quienes los practican, de las informaciones de quienes los conocen por razón de su oficio, de los testimonios escritos en que se concretaron) los usos jurídicos consuetudinarios de las comarcas del Alto Aragón. Si su teorización sobre la costumbre es, como he insinuado, la más rica que pueden hallarse entre los juristas españoles de su época, su trabajo aparentemente modesto y casi mecánico de recolector paciente de costumbres vivas implica una postura absolutamente original y pionera, sin precedentes conocidos en España. Por eso considero su obra *Derecho consuetudinario del Alto Aragón* como su contribución máxima y más perdurable al derecho aragonés, al tiempo que una aportación de primer orden en el terreno de la sociología jurídica, de mucha mayor importancia en este campo que sus reflexiones teórica o las de los españoles coetáneos suyos, centradas en aspectos filosóficos o metodológicos antes que puramente sociológicos.

Jesús DELGADO ECHEVERRÍA: *Joaquín Costa y el Derecho Aragonés (Libertad civil, costumbre y codificación)*, Zaragoza, Facultad de Derecho, Universidad de Zaragoza, 1978, pp. 7-8, 10-13, 20-23 y 31-32.

Jesús Delgado Echeverría (Zaragoza, 1944). Catedrático de Derecho Civil de la Universidad de Zaragoza, preside la Comisión Aragonesa de Derecho Civil.

30 *La «revolución burguesa»: el caciquismo en la cultura política de los españoles*

Por su naturaleza académica, el contexto teórico e ideológico global de la Información del Ateneo desborda el propósito político inmediato de Costa, que pretendía hacer de la misma un acto de propaganda a favor de un «partido nacional», para desplazar del Poder a los dos grandes partidos dinásticos turnantes en los sucesivos Gobiernos de la Restauración sobre la base de su control caciquil de las elecciones. Pues, en realidad, el debate fundamental de la Información va más allá del análisis del fenómeno específico del *caciquismo electoral* en las prácticas políticas del momento, para convertirse en un proceso de revisión crítica de la formación y estructura del Estado Liberal en España; o si se quiere, de la revolución burguesa española. «Tanto el señor Costa en su Memoria como los informantes en sus testimonios escritos u orales han abarcado materia mucho más amplia que la del tema. La tendencia en todos, o casi todos –advierte D. Gumersindo de Azcárate en su discurso de clausura–, ha sido estudiar el estado general de la nación, el problema español entero, considerando implícitamente el caciquismo como la única enfermedad que padece España...». [...]

Por todas estas razones, los enfoques interpretativos del Prólogo se sitúan al nivel del análisis ideológico; y se articulan en tres secciones –parcialmente complementarias y parcialmente redundantes–, que representan una triple aproximación o propuesta de lectura de los textos:

• En primer lugar, la *Sección O* constituye un intento de interpretación unitaria del *regeneracionismo* como estructura ideológica y como formación caracterial o afectiva específica, que surge y tiende a reproducirse en todas las situaciones de impotencia política y crisis de identidad de la pequeña burguesía. La aplicación de determinadas categorías psicoanalíticas debe entenderse referida a la *estructura emocional subsconciente* latente en el conjunto de los textos; esto es, como un modelo psicosociológico al nivel de la posición de clase, y no como una explicación individualizadora de los autores. (De modo particular, hay que insistir en que la interpretación psicoanalítica de las actitudes básicas del *regeneracionismo* no debe referirse exclusiva ni individualizadamente a la «patética personalidad» de Joaquín Costa –objeto ya de parciales interpretaciones *psicologistas*–, sino al contexto emocional determinado por la *situación de clase* de la propia pequeña-burguesía: en este sentido, la crítica de la pasión anticaciquil no sólo debe generalizarse –entonces y ahora– al ibérico arquetípico político del «pequeño burgués airado», sino también supone –sin duda– una au-

tocrítica de la formación sentimental elaborada en los años 40 y 50 por la actual generación adulta. Se trata de criticar *estructuras psíquicas de clase*, y no de personalidades, dramas humanos que siempre deben ser comprendidos, de forma individualizada, como una lucha contra los condicionamientos patológicos y cosificadores de su medio. En el caso de Costa, la comprensión de su personalidad tiene además que partir siempre del doble condicionamiento de su arraigo popular, como miembro de una familia del pequeño campesinado pobre, y de su enfermedad, en el asfixiante ambiente de rígido clasismo y mediocridad intelectual de la Restauración. [...]

• Por último, la interpretación histórica de la génesis y cristalización de estas *formaciones ideológico-políticas*, como un resultado de las peculiaridades y conflictos del proceso de realización de la revolución burguesa en España, confronta [...] los problemas debatidos en los textos de la Información con la realidad histórica del Estado liberal español, a la luz de la historiografía actual, analizando la función del *caciquismo* como elemento de dominación del liberalismo agrario peninsular. [...]

Al invocar el fantasma de la «oligarquía», se está implícitamente suscribiendo uno de los mitos clásicos de la historiografía de la España Contemporánea: el mito de la revolución burguesa frustrada. La estructura oligárquico-caciquil del Estado liberal español constituiría –según este discurso mítico– el resultado histórico, y la peculiaridad nacional, de la no consumación de la revolución burguesa en España. [...] Mito liberal por excelencia –de un liberalismo burgués que no se resigna al absurdo histórico de ser «diferente», y espera siempre tener una nueva oportunidad–, su eco resuena incluso en el propio Azaña que creía [...] que «la burguesía española no había sabido tener conciencia burguesa, y había sido finalmente dominada por sus antiguos opresores (el triunvirato de Corte, Iglesia y Milicia)». [...]

La revolución burguesa, más que una misión histórica ideal correspondiente a una clase empresarial especialmente vocada y dotada para la dirección del capitalismo nacional –concepción maxweberiana clásica que subyace, creo, en la historiografía admirativa de Vicens Vives y su escuela sobre «els burguesos cataláns», consiste así –entiendo por mi parte– en un proceso estructural de creación de las condiciones jurídicas y políticas para la constitución del modo de producción capitalista y su posterior desarrollo y conversión en el modo de producción hegemónico o predominante en una formación social histórica dada. [...] El término «revolución burguesa» queda, según esta acepción, estrictamente referido a los cambios institucionales en la esfera del Estado que fundan las bases de un mercado para el desarrollo capitalista. En ese sentido, la revolución burguesa presupone precisamente la posibilidad de la existencia de un Estado *burgués* en un país todavía *precapitalista* (con predominio de la agricultura tradicional y de la pequeña producción, etc.).

Y la cuestión de la existencia de *una burguesía nacional*, o de su relativa debilidad numérica –otro de los tópicos favoritos de la autocompasiva historiografía española– queda reducida a una cuestión secundaria: el «aburguesamiento» es un proceso jurídico-institucional, y no un problema de «mentalidad». [...]

El «regeneracionismo» pequeño-burgués y nacionalista del 98 se limita a ser la expresión de la protesta a *nivel ideológico* de las fracciones progresistas de la pequeña-burguesía frente a la posición hegemónica de la gran burguesía propietaria; esto es, una simple «contestación» del sistema de poder de la Restauración que no entraña ninguna alternativa real a *nivel político*, porque separada de las masa populares en el 73, y reducida a sus propias fuerzas, la pequeña burguesía ha dejado de ser una clase revolucionaria. [...]

La estrategia *populista* de Costa pretende, ante todo, desplazar al campo y a la pequeña producción el eje del desarrollo, a la vez que democratizar el país rural, y evitar precisamente que el campesinado se convierta en el «ejército de reserva» del desarrollo capitalista español o europeo. Su modelo de desarrollo supone un claro ejemplo de *retroprogresión*: con la afirmación de la primacía del desarrollo rural y agrario sobre el industrial y urbano, Costa propone reequilibrar el lento, raquítico y dependiente capitalismo nacional, para relanzarlo desde sus bases rurales. Para desconcierto de la mentalidad urbana de la élite de su tiempo, el programa de «europeización» costiano resulta ser un programa de desarrollo rural (cuyo modelo idealizado se identifica con una Suiza rousseauniana, pequeño-campesina y democrática). La promoción del campesinado a la condición pequeño-burguesa, que lo transformaría en la columna vertebral del Estado liberal, es generalizada por Costa como la única forma de reconstituir y europeizar a la nación. [...]

La reforma agraria queda, de este modo, convertida en la estrategia costiana en el centro de la política nacional. [...]

Alfonso Ortí: «Estudio introductorio» a Joaquín Costa: *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975, pp. XIII-XVI, CXI-CXIV, CXXIV y CCLXX-CCXXI.

Alfonso Ortí Benlloc (Valencia, 1933). Sociólogo e historiador, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid.

31 *Isabel Palacín Carrasco: Elisa*

En 1875, después de diez años de matrimonio, Teodoro Bergnes de las Casas murió. Al quedarse viuda la vida cambió para mi abuela Isabel totalmente. Y es entonces cuando yo creo que su personalidad empieza a trazarse de manera decisiva, un rasgo que me la hace sentir todavía más cerca.

Primero marchó a Barbastro con sus hijos, mi madre Felicidad y su hermano Antonio. Regresa a casa de sus padres, pero se encuentra completamente transplantada. [...] Mi abuela Isabel añora Madrid, y pasados unos años decide volverse.

Se viene a Madrid con sus dos hijos. Muy joven todavía, pero sin recursos porque de su marido no le había quedado fortuna, se instala en un barrio muy modesto y procura ganarse la vida y no depender de nadie. Trabaja en labores casi humildes que le proporciona la modista que había tenido en su juventud de niña rica en casa de sus padrinos. Es asombroso cómo, en aquellos tiempos, lucha desesperadamente para sostener a sus hijos y no tener que volver con sus padres.

Entonces es cuando encuentra a Joaquín Costa. A Joaquín Costa lo había conocido en Barcelona cuándo él, necesitado de dinero, trabajaba casi de amanuense en la oficina de mi abuelo Bergnes. Hay unas pequeñas memorias de Costa de aquellos años en que menciona a ella, la joven esposa de Teodoro Bergnes de Las Casas, con admiración. Ya entonces la ve como a un ser fuera de lo común, aunque no piensa en ningún momento que ella pueda mirarle con el más mínimo interés, como así fue. Cuando vuelven a verse en Madrid, Joaquín Costa es ya una personalidad a la que se escucha. Y ella se dirige a él en busca de apoyo, recordando los tiempos en que trabajaba con su marido.

En estos años se despierta en mi abuela la pasión política. Ella, que siempre había admirado a su padre, comprende ahora sus ideales y se identifica con la causa de la libertad por la que él había luchado siempre. Lee incansablemente, es el momento en que algunas mujeres en España empiezan a darse cuenta de muchas cosas. La amistad con Joaquín Costa la transforma, admira en él su desprendimiento, que le hace casi abandonar su Notaría y pasar a veces apuros económicos, entregado a su lucha en solitario contra una sociedad mediocre y pomposa.

Todo ello exalta los ideales románticos de mi abuela. La amistad pronto se transforma en amor y mi abuela ya no vive más que para este amor, del que tuvo una hija, mi tía María Costa, que murió hace unos años. Lo que a mí más me asombra en mi abuela Isabel es que una mujer que había vi-

vido desde niña una vida de refinamiento y ociosidad y que ahora, por espíritu de independencia, aceptaba una vida más que modesta, más bien triste, tuviera aún fuerzas para enamorarse y la valentía para vivir esta pasión sola y con dos niños.

Mis bisabuelos tardaron en enterarse de la aventura de su hija. No sabían que había nacido la niña. Cuando se enteran, montan en cólera y mi bisabuela Margarita exige a su hija Isabel que le entregue inmediatamente a mi madre. Y es mi tía Eloísa la que la recoge y se la lleva, primero a Barbastro, y después con ella a Barcelona.

Cuando mi madre volvió a Barbastro tenía catorce años. Ella recordaba que al llegar iba peinada como se estilaba en Madrid, con numerosos bucles y adornos, y qu lo primero que hizo su abuela fue lavarle la cabeza y ponerle todo el pelo tirante. La niña notó que en casa de su abuela la miraban como un ser contaminado, porque había vivido de cerca una aventura de amor. Lo admirable en mi madre es que, sin embargo, recordó siempre con cariño a su madre y sintió un gran respeto por esta pasión. Nunca le oí una crítica sobre ella, sino todo lo contrario: defendía la figura de Costa y defendía la figura de su madre. Consideraba este amor completamente intachable, y tengo motivos para creer que habría aconsejado a su madre que lo viviera.

A Joaquín Costa no le conozco más que a través de los relatos de mi madre, que guardó por él siempre un gran cariño, lo cual indica que él debía ser también cariñoso con ella. Nunca se casó, pero reconoció a su hija. Parece ser que en la última parte de su vida la enfermedad de la médula que padecía no le permitía mantenerse erguido, a él, a quien llamaban «el león de Graus». Y mi abuela Isabel, a quien una vida dura, combativa, sola y sin el apoyo de su familia, hizo envejecer muy pronto, en cuanto se sintió vieja no quiso que él la volviese a ver. Tuvo verdadero tesón en ello. Solamente su hija mantenía contacto con él, porque Costa siempre se interesó por ella.

Después de esta aventura todas las energías de mi abuela se concentraron en sacar adelante a su hija María. Era lo único que le quedaba, pues se le habían llevado a mi madre, y su hijo Antonio se había casado ya. [...]

En María Costa puso mi abuela Isabel todas sus ilusiones. Quería hacer de María la mujer que ella no había podido ser, darle una carrera. Hace que estudie Magisterio, lo cual en aquella época en que el noventa por ciento de las mujeres no sabían leer ni escribir era algo muy importante. Y cuando se vio muy apurada económicamente recurrió a mi tía Eloísa, que la acogió en su casa. A partir de entonces, con su vida destruida para siempre, fue ya el personaje que yo conocí, triste, silenciosa, siempre como a parte de los demás. Alejada. [...]

A la abuela Isabel la recuerdo como una viejecita con capota y lazo de terciopelo, como vestía en nuestros paseos; una viejecita encorvada, pues seguramente por una enfermedad de columna empezó a inclinarse

mucho hacia delante y tenía algo de joroba. La abuela era enormemente supersticiosa, tenía terror a los espejos que se rompen, a la sal que se derrama. [...]

De su juventud, la abuela Isabel sólo conservó su pasión por la política. Ya muy vieja, cuando me llevaba al colegio –ella fue siempre la encargada de llevarnos y recogernos de los colegios–, esa figura familiar que los niños ven con tanta ilusión a la salida era para mí la abuela leyendo *La libertad*, el periódico liberal, y riéndose de las coplas de Luis de Tapia.

Y ella es quien un día me lleva a ver el entierro de Pablo Iglesias. Una mañana la encuentro llorando. Le pregunto: «¿Qué te pasa, abuela?». Y ella me contesta: «Ha muerto un gran hombre. No digas nada, te voy a llevar al entierro. Pero no digas nada, porque me regañarían». Y cogida de su mano fui al entierro de Pablo Iglesias. Veo todavía hoy las calles estrechas que llevaban a la Casa del Pueblo, veo a la muchedumbre inmensa, las blusas de los obreros, todos con su gorra, veo a las mujeres llorando. Y de repente se hace un silencio y sale el ataúd, el ataúd de Pablo Iglesias. A mí el silencio me sobrecoge, me agarro fuerte a la mano de la abuela porque tengo miedo de perderme, de que la gente nos separe, porque la muchedumbre nos empuja. Al volver a casa, la abuela me vuelve a repetir: «No se lo digas a nadie. Pero nunca olvides que has estado en el entierro de Pablo Iglesias».

Felicidad BLANC: *Espejo de Sombras*, Barcelona, Argos, 1977, pp. 23-26 y 35.

Felicidad Blanc Bergnes (Madrid, 1911–1990). Nieta de Isabel Palacín, escritora casada con el poeta Leopoldo Panero, protagonizó junto a sus hijos el film *El Desencanto*.

32 Alma española: *pueblo y cultura popular*

El pueblo es soberano. Pero ¿qué es el pueblo? Esta pregunta está en el centro mismo de la obra de Costa, consagrada por entero a la difícil tarea de definir la identidad del pueblo español.

Costa, fiel al principio según el cual los «hechos son retrato del ser», parte en busca de esa identidad a través de las realizaciones literarias, jurídicas, etc., del pueblo. Pero en esa investigación halla una dificultad preliminar. ¿Cómo distinguir una obra «popular» de la que no lo es? [...]

Cualquier género de obra es siempre el resultado de una creación individual, pues una «entidad colectiva» no produce nada directamente. Sin embargo, existe una diferencia entre obra «popular» y obra «erudita»; pero en vez de quererlas distinguir por el modo de su creación, Costa propone ampliar la perspectiva. [...]

«Génesis» y «creación» son, pues, distintas: ésta es siempre individual, mientras que aquélla es un proceso que, a partir del acto creador, permite a la colectividad ejercer su soberanía, de manera anónima, cortando o añadiendo, multiplicando las variantes, etc., hasta llegar a una representación ideal de sus aspiraciones. De tal manera, las gestas, los refraneros, etc., vienen a ser una especie de compendio de esas aspiraciones de la colectividad, de su sensibilidad, como un testamento legado a la posteridad por el «pueblo» en el transcurso de su historia y en el que queda cifrado lo esencial de su pensamiento. [...]

A la vista de lo anterior, parecería que se tuviera que considerar como popular únicamente aquella obra en cuya elaboración ha podido participar la colectividad. En la práctica, sin embargo, todo ocurre como si Costa utilizara otro criterio, mucho más amplio todavía, aunque menos preciso. Merecería el adjetivo de popular toda obra que, independientemente de la forma de su elaboración, ha sido capaz de encarnar el sentimiento del pueblo, de la colectividad. [...]

No importa ya la participación más o menos directa del pueblo en la génesis de la obra; sólo se exige que el autor se inspire en lo que está más o menos latente en la colectividad y sepa darle forma en su obra. Esta es entonces doblemente popular, pues, por un lado, parte del espíritu general de la colectividad cuando, gracias a eso, por otro lado, permite que el pueblo se reconozca «objetivado» en ella y la haga suya. El proceso es circular porque parte de la colectividad y vuelve a ella: el autor, el creador individual, no es más que un agente de esa colectividad, el que consigue dar forma a sus ideas, el que en un momento dado sabe responder a sus aspiraciones.

En teoría sigue manteniendo Costa la distinción entre obra «erudita» y obra «popular», como si se tratara de dos formas diferentes pero complementarias de la cultura. Pero, de hecho, la obra es, además individual, «erudita» cuando es «subjetiva o extratemporánea, hija de la pura individualidad del artista, cuando no reconoce por base los materiales fragmentarios ofrecidos por la tradición ni ha bebido su inspiración en el arsenal de los recuerdos vivos y de las creencias y aspiraciones ideales de la sociedad, cuando la sociedad no ha sido consultada ni atendida», queda entonces descalificada. Está en este caso marcada con el cuño del «egoísmo» y viene a ser algo ajeno a la colectividad, algo exterior que por lo mismo carece de trascendencia. O bien la obra es «popular», en el sentido más amplio de la palabra, o bien casi deja de ser verdadera obra y queda marginada en el pensamiento de Costa. Tan populares son el *Mío Cid* como el *Don Quijote*, pese a las diferencias existentes en su elaboración, pues ambas obras corresponden al ser profundo del pueblo español. La obra «erudita», centrándose en el individuo, es necesariamente de calidad inferior, por ser ajena a ese mismo pueblo. [...]

El estudio de lo que Costa llama «obra popular» muestra que en todos los casos se postula la existencia de un espíritu general con el cual la obra tiene que estar conforme para ser «popular» e incluso para ser plenamente una «obra». Por lo mismo, puede verse que la idea de pueblo, en el discurso costiano, no sólo remite a una colectividad, por oposición al individuo, sino que supone que esa colectividad tenga aspiraciones, deseos, actitudes que fundan su unidad. El pueblo es entonces un «conjunto orgánico» dotado de un «espíritu» cuyo agente puede ser creador individual en un momento dado, pero que siempre preexiste y sirve de referencia a la obra.

La terminología de Costa, pese a sus tentativas de definición, es bastante fluctuante e imprecisa. Pero en todo caso revela que en el fondo de su pensamiento siguen vivas las ideas de los teóricos alemanes del *volkgeist*: cada pueblo tiene una identidad particular, un «espíritu», un «genio» que lo distinguen de los demás pueblos y que hacen de él una totalidad «autárquica», lo que autoriza a que Costa emprenda la «explicación del alma española» y hable de la «psicología de la Nación».

Esta teoría, que ha desempeñado un innegable papel histórico, no está exenta de profundas ambigüedades, manifiestas en ciertos aspectos de la obra costiana. ¿Qué es lo que permite decidir que tal o cual obra, que tal o cual género o corriente es conforme al genio del pueblo? La terminología tiende aquí a dar del pueblo una interpretación estática. Puede conducir, y de hecho ha conducido, a ciertas formas de xenofobia en sus interpretaciones más radicales, como se dio el caso en Alemania precisamente. En cuanto a Costa, esta concepción le lleva a privilegiar un aspecto particular de la formación histórica del pueblo español por encima de todos los demás. Para él, en efecto, el «genio» o el «alma» españoles se definen ex-

clusivamente por su componente de origen germánico: el pueblo español es de fondo «ario» y, por lo mismo, ajeno a las influencias «orientales», árabes o judías, en todo caso «semíticas».

Jacques MAURICE / Carlos SERRANO: *J. Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 143-146.

Jacques Maurice. Hispanista francés, catedrático emérito de la Université de Paris Ouest Nanterre La Défense.

Carlos Serrano (Buenos Aires, 1943 - París, 2001). Historiador, catedrático de la Université de Paris-Sorbonne Paris IV.

33 *Ficciones: el creador y sus heterónimos*

Pero no acaban los problemas con la ordenación interna de *Justo de Valdediós*, ya que este proyecto narrativo no es una isla de contornos perfectamente delimitados, sino que sus perfiles se confunden con los de otras novelas, sin que se sepa a ciencia cierta dónde empieza ni dónde acaba.

Costa se hallaba inmerso en la redacción de una empresa más ambiciosa, las *Novelas Nacionales* (de las que no me atrevo a ofrecer todavía un avance, pero que parecían totalizar la Historia de España), cuando cambia decisivamente sus planes: el 14 de enero de 1875, bajo el impacto de la entrada de Alfonso XII en Madrid, decide desarrollar exclusivamente la parte sexta de las *Novelas Nacionales* («De 1812 a 1823»), bajo el protagonismo de Justo de Valdediós. [...]

A partir de ahí entra en la vida íntima de Costa un heterónimo suyo idealizado que ya no le abandonará nunca: Justo de Valdediós irá evolucionando hasta convertirse en Justo Soter, personaje intermedio que, seguramente, marca el tránsito hacia el Soter definitivo. La génesis de Justo Soter cabe sospechar que guarda alguna relación con la paternidad de Costa, ya que este protagonista tiene una hija, Antígona (sólo tratada como esbozo en la tierra de nadie que une *Justo de Valdediós* con *Justo Soter*), que nace, simbólicamente, de su unión con una mujer americana. El primer Justo cumple la frustrada vocación universitaria de Costa y su papel de Fichte al hispánico modo entre efluvios inequívocamente krausistas, teniendo como trasfondo temático la epopeya del liberalismo y como intento paralelo los *Episodios Nacionales* de Galdós. *Soter* es ya el ajuste de cuentas con la Restauración y el cumplimiento mediante fórmulas de ficción de sus programas de tutela sobre el país, y en ella hubiera explicado a sus compatriotas muchos puntos oscuros que no pudo abordar materialmente.

Aunque las afirmaciones definitivas deben quedar para el momento en que *Soter* esté reconstruida, algunos avances pueden contribuir a delimitar *Justo de Valdediós*. De ciertas notas se deduce que Soter sería discípulo de Cajal y de Giner, tendría unos cincuenta años hacia 1915 ó 1920 y sería compañero del nieto del personaje galdosiano Gabriel Araceli. Hasta tal punto representa las ideas políticas de Costa y sus programas de regeneración, que hay manuscritos de muchas de sus más importantes piezas de intervención pública embutidos en bruto entre las notas de la novela: *Política quirúrgica*, *Criterios de gobierno*, etc.

Las relaciones de toda esta evolución narrativa con *Último día* vienen a complicar todavía más el panorama de los proyectos novelísticos de Costa, ya que este distrae energías de su gran entrega testamentaria a sabien-

das de que no le sobraban, e imprime un nuevo giro a sus maneras de abordar la ficción al abrazar el molde de la novela más o menos arqueológica.

El profesor Cheyne, en la [...] introducción al epistolario con Bescós, ha subrayado los efectos que produjo la interferencia de *El último tirano* de este en el *Soter* de Costa, sugiriendo que *Último día* seria un intento de preservar ciertos materiales de *Soter* que la intervención de Bescós hizo superfluos. El *Soter* inicial, el genuinamente costista, habría sido estorbado por el ímpetu y entusiasmo colaborador de *Silvio Kossti*. Ese parece, indudablemente, uno de los estímulos que habrían dado origen a *Último día*.

Sospecho que tampoco fue ajeno al estreno de *Electra*, de Galdós, significativo en grado sumo para el cuestionamiento de unos pilares del tinglado canovista, la Iglesia, el mismo año de 1901 en que Costa hacía objeto de sus denuncias a otro de ellos en el debate del Ateneo sobre *Oligarquía y caciquismo*. Las posibilidades que tenía el teatro como caja de resonancia, demostradas con *Electra* de forma impresionante, habría hecho replantearse a Costa la forma dramática como vehículo más eficaz e inmediato que la novela.

En un legajo de Soter escrito en agosto de 1905 el protagonista y su discípulo Pascual Villanúa, junto a varios otros que integran el grupo de «La Joven España», acuden a ver un drama titulado *Primer día de lo mismo...*, descrito en su repercusión pública como una especie de *Electra.* [...]

Libres a palos (o *La libertad por la estaca*) es caracterizado con trazos que recuerdan a *Oligarquía y caciquismo* y, según se nos cuenta, fue un libro teórico «que preparó el advenimiento de Soter», «se le llamó, por eso, el precursor o Bautista de Soter». Iturrigaray (o Garay, a secas) podría ser una mezcla del Costa de *Oligarquía y caciquismo*, del Galdos de *Electra* y de Echegaray, ya que en otros papeles de Soter se incluye un recorte ajeno en que se separan las virtudes y defectos de Echegaray, seguramente para aprovechar aquellas en un proyecto dramático, algunas de cuyas escenas se adjuntan, y en las que aparece un tal Numisio que educa a Numisiano según las ideas de Quintiliano. Las escenas deben pertenecer a la pieza teatral *Último día...*, que habría compuesto Garay y se representaría en el transcurso de *Soter*. Tal carácter originalmente dramático de *Último día* explicaría el subtítulo de la obra que perduró en los papeles de Costa y se filtró hasta su versión última: «Narración histórica del siglo IV y argumento para un drama del siglo XX». La inminencia de su muerte habría llevado a Costa a convertir, finalmente, *Último día* en un avance de *Soter*, remodelándolo en otra clave y género. [...]

Costa pensaba estructurar su novela de acuerdo con la articulación histórica que él percibía en los años decisivos de la primera mitad del siglo XIX español, que irradiaban al resto de Europa y América. Por esta razón, tomaba como núcleo de la misma los comprendidos entre las fechas de 1808 y 1823, y así, en la portada del primer cuaderno de *Justo de Val-*

dediós puede leerse como subtítulo de la novela –a pesar de esta tachado– «Patria y Libertad. Libertad y Patria del 8 al 25», epígrafe que, definitivamente, quedaría en «Revolución y Patria». Y es que Costa considerará estos años como un alambique depurador mediante el cual España sintetiza lo más valioso de las revoluciones modernas (la estadounidense y la francesa, teniendo siempre como fondo la inglesa) para difundirlo por Europa (Portugal, Italia, Grecia, pero, sobre todo, por la acuñación del término *liberal*, que adopta hasta Inglaterra) y América (Brasil y la América hispana). [...]

Las dos partes (1808-1823 y 1820-1823) irían acompañadas de una *Introducción*, que se situaría cronológicamente en la segunda mitad del siglo XVIII y recogería la infancia y primera juventud del protagonista, y de una *Conclusión*, tras 1823, que llegaría hasta 1832 ó 1833, años en los que moriría Justo, pero con la serenidad que le proporcionaría el constatar el eco que empieza a despertar su obra en América y Europa. Los años 1814 a 1820 serían cubiertos en la narración mediante su evocación por los personajes en la segunda parte de la novela. Es evidente que Costa evita los «tiempos muertos» dejando en la penumbra los momentos sombríos de la España sometida al absolutismo, confiriendo categoría de sustancia primordial a los años revolucionarios.

Para centrar en la atención del lector esta materia abstractamente histórica está la figura de Justo de Valdediós, cuya biografía es, en cierto modo, la de la Revolución moderna. Por eso, participará en sus tres grandes ciclos: en la estadounidense como discípulo, peleando al lado de Washington; en la francesa como víctima propiciatoria y en la española como maestro. [...]

Argumentalmente, cada parte se cierra con un tormento a Justo, excepto la Conclusión, tras su muerte. [...] Justo simboliza la Humanidad y «el progreso de esta se basa en los sufrimientos que han impulsado cada avance». Es más, Justo «tenía tan desarrollado el sentido del deber, que se le ocurría pensar que era un mártir del derecho, que era un representante y personificación de la humanidad en sus horas infaustas».

Agustín SÁNCHEZ VIDAL: *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdedios*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española, Universidad de Zaragoza, 1981, pp. 12-14 y 17-19.

Agustín Sánchez Vidal (Cilleros de la Bastida, Salamanca, 1948). Catedrático de Historia del Cine en la Universidad de Zaragoza, ensayista, guionista y novelista.

34 *Tradiciones culturales: etnografía y antropología social*

Plan y método de trabajo

[...] Pero es casi desconocido y no suficientemente apreciado, uno de los aspectos científicamente más fundamentales y permanentes de la obra de Costa: su investigación y reflexión etnográfica. Ya en 1881 se lamentaba de que en la Universidad no se estudiase etnografía ni mitología. [...]

Con voracidad intelectual insaciable se consagró a la investigación de la tradición cultural no sólo del Alto Aragón sino del pueblo español. [...]

Para entender al otro, es decir, al pueblo, a otros modos de vida y cultura recomienda, y cito, no mirarlo «exclusivamente desde mi punto de vista según es uso, sino que me [pongo] en su lugar». Esto es lo que llamamos hoy punto de vista empático y recordamos a todo alumno que se dispone a realizar una investigación antropológica. Es lo que acertadamente llama él en otras publicaciones poner «en contacto directo con... [el] pueblo» o «penetrar en el corazón de un pueblo». Más concretamente y en unas pocas líneas describe su método –netamente antropológico– de trabajo; cito: «he acometido la ardua tarea de estudiar, por vía de ejemplo, la vida jurídica en el Pirineo Aragonés, y deducir de los hechos en que se manifiesta, las leyes no articuladas ni escritas que la rigen. He consultado al efecto... los protocolos y notarías de Jaca, Boltaña, Benasque, Benabarre y Huesca; y me han facilitado instrumentos y noticias multitud de amigos», informantes, les llamaríamos hoy.

Otra dimensión clave en la investigación de la cultura a subrayar es, primero, la forma imaginativo-positiva en que Costa se plantea las preguntas; segundo, los temas que selecciona para su análisis, y tercero, la reflexión crítica a que los somete. En cuanto al primer punto quiero simplemente realzar el enfoque y acercamiento *cultural* a muchos de los temas que investiga. Los hechos empíricos que recoge los visualiza como signos, analogías, sinécdoques, metáforas y metonimias. Dice expresamente que hay que tomar «en serio las vida de las ideas» y consecuentemente recomienda la investigación seria de arquetipos, de mitos, de símbolos. [...] estoy aludiendo a su interpretación mítico-simbólica del Cid quien, con precisión antropológica, define como «categoría de razón».

Los temas fundamentales de su investigación, aquellos que mantienen vivo el nombre de Costa en la literatura científica actual son netamente antropológicos. Además de los títulos bien conocidos como son *Derecho consuetudinario del Alto Aragón, Poesía Popular, Derecho consuetudinario y Economía popular, Colectivismo agrario, Oligarquía y Caciquismo*, Cos-

ta escribió un buen número de artículos sobre costumbres populares aragonesas, sobre el romancero, hablas y proverbios comarcales, sobre formas mentales y estructura social-local. Su peregrinaje por la historia interna, sus sondeos por la parajuridicidad, por la etnografía de la mente, del arte y del proverbio le hacen no sólo, quizá, el primero de los etnógrafos de su época, sino que lo convierten además en figura central en nuestra tradición antropológica; su obra vive en, y pertenece a, la Antropología de hoy a través de la alusión, la referencia y la temática. [...]

Hitos prácticos

Costa comenzó muy pronto, en 1876 concretamente, a publicar artículos sobre costumbres, religión, folklore, mitología y literatura popular. Desde esa fecha y hasta 1911 el número de sus publicaciones de carácter etnográfico-antropológico –entendido éste siempre con criterio amplio– alcanzó la cifra de 56, según un cómputo inicial y sin pretensiones de precisión, imposible en una disciplina de ambigua frontera. Ciertamente no todas toleran idéntica rigidez de escrutinio etnográfico, pero el conjunto configura un argumento cumulativo de imaginativa matriz antropológica. [...]

Otra nota distintiva de la producción costista es su prioridad temporal. Machado y Álvarez publicó *El Folklore español* en noviembre de 1881, fecha en la que Costa contaba ya con 22 publicaciones sobre la materia y entre las que figuraba, pues la había terminado cinco años antes, el seminal volumen sobre poesía popular. Tercero, y esto debe realzarse, recoge personalmente los materiales en el Alto Aragón, dialogando con la gente, informándose, sometiendo los datos propios y ajenos a verdadero registro etnográfico. Recomienda más tarde anotar nombres, profesión y domicilio de los informantes para «asegurar de algún modo la autenticidad de las referencias». En cuarto lugar, y no menos importante, Costa trasmutó el folklore en significado vivo y actual, interpretó, a veces, la etnografía con categorías explicativas y alcanzó, en ocasiones, a valorar la naturaleza diacrítica del signo cultural. Quinto: desarrolla una *ars nova* metodológica unidireccional pero multidimensional, esto es, una estructura en estrella, aplicable a universos diferentes que hace aflorar simultáneamente el *pattern* pero en su complejidad y variedad. [...]

Desde su primera juventud supo apreciar las manifestaciones vivas, espontáneas, en operación en la remansada vida comunitaria pirenaica; con ojo para el detalle significante registraba en sus cuadernos el material bajo falsilla etnográfica; su capacidad empática le permitía ponerse en lugar del *otro*, tanto para escuchar al informante como para preguntar o escribir. [...] De 1880 a 1883 participó activamente en las excursiones didácticas de los alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, en las que uno de los cometidos de los estudiantes era recoger información

local sobre costumbres, modos de vida y tradiciones. [...] Enfoque de conjunto, pionero, *tour d'horizon* empírico en busca de la lógica de lo disperso pero que habla con una sola voz: la de la cualidad cultural.

Carmelo Lisón Tolosana: «Pioneros aragoneses de la antropología social: Vagad, de las Cortes y Joaquín Costa» y «Joaquín Costa Martínez (notas para la epopeya de un pionero)», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 4 (1987), pp. 51-67; y 12 (1995), pp. 73-92.

Carmelo Lisón Tolosana (La Puebla de Alfindén, 1929). Catedrático emérito de Antropología Social en la Universidad Complutense de Madrid.

35 *Costismo y aragonesismo*

En los años posteriores a su muerte, Joaquín Costa fue considerado un héroe del aragonesismo a partir de lecturas excesivamente subjetivas e interesadas por parte de los distintos grupos que asumieron posiciones aragonesistas más o menos radicales o coherentes. El mito Costa aragonesista aparece unido a concepciones agraristas –cuestión de los regadíos, política hidráulica en general– y en conexión con lo jurídico –e incluso con lo lingüístico– como exponente de un hecho diferencial aragonés, sin olvidar sus reiterados ataques al caciquismo y al centralismo como manifestaciones de un mismo mal, así como la necesidad de una descentralización. Costismo y aragonesismo no son, por tanto, dos conceptos unidos de forma caprichosa o al azar.

La prensa aragonesista de la época es, de nuevo, un medio único para integrar y sistematizar la aparición de dicho mito en el contexto del aragonesismo del primer tercio de nuestro siglo. Estas diversas tendencias regionalistas y, en menor medida, nacionalistas experimentan una aguda invertebración y adoptan el mito aragonesista de Costa como catalizador de una identidad que no podía ser captada de un modo más coherente.

Las referencias a Costa en todos los medios de prensa reseñados son muy numerosas y no se quedan en simples alusiones. Desde la constante reivindicación de un mausoleo primero y un monumento después por parte de *La Crónica*, los correspondientes recordatorios del aniversario de su muerte (ocho de febrero) en todos los medios de prensa referidos, incluso con números extraordinarios, pasando por la exaltación republicano-federal de Costa en las páginas de *Ideal de Aragón*, la unanimidad en cuanto al sentir aragonés del Maestro, y su puesta en contacto con la descentralización y la política hidráulica como soluciones a los problemas de Aragón, hasta llegar a la exégesis del aragonesismo costista en las páginas de *El Ebro* y *Renacimiento Aragonés*, el espíritu comarcalista de *El Ribagorzano*, o los números monográficos dedicados a Costa en *Aragón* (*S.I.P.A.*) y *El Ideal de Aragón*. [...]

[...], planteamos una serie de interrogantes que por el momento no pasan de conjeturas:

a) ¿Consideramos simplemente a Costa como un objeto de mitificación debido a un intento (deliberado o no) de enarbolarlo como bandera de un aragonesismo que carecía de consistencia teórica, o debemos mirar más allá y apreciar si Costa es utilizado como fuente de mitos anteriores? En otras palabras, contemplaríamos dos niveles de apropiación: el primero es la lectura aragonesista de Costa como compensadora de esa carencia: el tener a una figura de tal entidad intelectual y política como padre del arago-

nesismo le daría a éste mayor prestigio, y contrarrestaría la ausencia en Aragón de un Sabino Arana y sobre todo de un Valentín Almirall. El segundo nivel, más complejo, nos lleva a ver a Costa como «correa de transmisión» de mitos anteriores y a su obra como legitimadora de supuestas realidades (Aragón, cuna de libertades, maestra en cuestiones sociales; derecho consuetudinario como fuente de esas libertades; incluso el río Ebro como generador de la vida aragonesa, dentro de esa retórica organicista tan propia del regeneracionismo).

b) No es éste el momento ni el lugar para debatir si esta mitificación aragonesista de Costa tiene o no sentido, si en realidad Costa era un nacionalista español, cuyo interés por Aragón era una mezcla de preocupación sentimental por su tierra y de interés arqueológico por sus costumbres y leyes, despojados de todo elemento político aragonesista. Lectura y opiniones las hay para todos los gustos, y del mismo modo que hay que admitir la parcialidad y el sesgo con que su discurso es adoptado, sin entrar en valoraciones morales ni en justificaciones, no se puede negar que la preocupación de Costa por Aragón va más allá de esas reducciones sentimentales y que en su programa político hay coincidencia con muchos intereses de corrientes aragonesistas (entre otros la descentralización administrativa y la política hidráulica: véase por ejemplo la consideración de la Confederación Hidrográfica del Ebro como órgano de gestión autónoma que, a la vez, cumple teóricamente los postulados económicos costistas).

c) Como matización de lo que acabamos de decir, tal vez una frase del propio Costa resumiría el espíritu de ese aragonesismo costista: «aflojar los lazos administrativos para reforzar los políticos»: es decir, satisfacer esas exigencias de gestión autónoma significa fortalecer la unidad del estado, al prevenir descontentos que puedan dar lugar a posibles separatismos. Es esclarecedor a este respecto su artículo publicado en *Heraldo de Aragón* en 1906 sobre la descentralización y el regionalismo. [...]

d) Existe la posibilidad de hacer una análisis basado en un rebuscado ejercicio de búsqueda de ambigüedades, que podría quedar planteado de la siguiente manera: ¿Podríamos establecer un paralelismo entre la ambigüedad, ya señalada más arriba, de los regeneracionistas de finales del siglo XIX y principios del XX, la ambigüedad del propio discurso costista, y la ambigüedad del aragonesismo del primer tercio del siglo XX? Las dos primeras ambigüedades son evidentes, por la inclusión de Costa entre los regeneracionistas (es un caso paradigmático, a pesar de que el regeneracionismo tampoco puede ser visto de un modo unívoco, pues no era un grupo homogéneo), mientras que entre las dos primeras ambigüedades y la propia del aragonesismo existe un mayor grado de matices, pues encontramos un regionalismo conservador zaragozano en el que se hallan entreverados intereses de la alta burguesía y de la gran propiedad: no obstante, el aragonesismo de la emigración en Cataluña y el más confuso de los republicanos autónomos responden al canon socioprofesional y a la posi-

ción de las clases medias confundidas ante el empuje de los partidos obreros señalada por los regeneracionistas. En los tres casos encontramos que sus protagonistas son mayoritariamente pequeñoburgueses, profesionales, demócratas republicanos no comprometidos con la clase obrera, que odian el caciquismo como manifestación de la gran burguesía oligarca y centralizadora. Por supuesto, hay distancias que salvar: el buscar paralelismos no significa, ni mucho menos, identificar estas tendencias. Llevando más allá la argumentación, quizá también podríamos encontrar regeneracionismos y aragonesismos de izquierdas y de derechas, así como un Costa conservador y un Costa progresista, y deberíamos además tener en cuenta que entre esas izquierdas y esas derechas la divisoria es más que borrosa. Nos encontramos en el imperio de una ambigüedad, sugerente por las puertas que abre.

Carlos SERRANO LACARRA: «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesista (1911-1936)», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 13 (1996), pp. 327-331.

Carlos Serrano Lacarra (Zaragoza, 1969). Licenciado en Historia, gestor cultural, coordinador de actividades de *Rolde de Estudios Aragoneses*.

36 *Como los corderos de Panurgo, se van con los que mandan...*

[...], finalizado el conflicto, «el Desastre» se percibió como problema del país y no sólo de los políticos, ni siquiera de un régimen. De este modo, el 98 español más que resaca nostálgica del imperio perdido, se manifestó como un revulsivo nacional. [...]

Los regeneracionistas confiaron erróneamente en poder seguir los pasos de los republicanos franceses tras la *débâcle* de Sedán. A los efectos, propusieron una *expiación prudente* [...] y montaron una campaña de agitación que puso al régimen de la Restauración en su punto de mira: *los políticos a la vida privada, el pueblo a la vida pública*. Pero, a diferencia de la Francia de Napoleón III, la Restauración española pudo digerir Santiago de Cuba. De hecho, los políticos profesionales de los partidos dinásticos resistieron el envite y superaron el reto. [...]

Desde esta perspectiva, la reacción española frente a la catástrofe se pareció más a la Prusia tras Jena que a la Francia después de Sedán: queremos –aseguraba Costa– un gobierno de la revancha, pero de la revancha contra los Moltkes y los Bismarks interiores, que son quienes nos han vencido. De esta suerte, no hay que entender el 98 como una reacción aislada y pesimista, sino amarga, cáustica y despiadada, pero afirmativa en el fondo, que venía e iba desde y a lo lejos y que buscaba la expiación por vía de contrición imitativa: la modernización. [...]

Por aquellos años la sociedad europea vivía en suspenso y pendiente del *affaire Dreyfus* [...]. En España, algunos no sólo lo vivieron: intentaron interpretarlo. No en vano el *Desastre* era traducción de *La Débâcle*; por cierto, el título de una obra del propio Zola que enfureció a los generales franceses.

Entre nosotros, quien mejor encarnó este espíritu fue Joaquín Costa: un honesto intelectual aragonés, infatigable autodidacta y escritor polifacético, pero también provinciano y desorbitado. Aquel Zola carpetovetónico componía, en suma, una figura excéntrica y atrabiliaria, desafiante e intransigente que, en momentos de crisis nacional como aquél, bien podía recoger fuertes dividendos políticos. Con multitud de variantes, incluso drásticas, según las modas y las personas, no es fácil encontrar, en la España de este siglo, ejemplos de parecida influencia a las dos principales líneas de interpretación costista del «problema de España»: pasividad senil y clientelismo. El primer motivo costista, tuvo gran predicamento, hasta que la República y la Guerra Civil se encargaran de aportar un desmentido trágico. La segunda gran *idée force* de Costa ha formado

hasta hoy el núcleo de las interpretaciones más arraigadas acerca de los problemas de la democratización política española de preguerra. Pero para Costa fue, ante todo, munición acusatoria: *¡Oligarquía y Caciquismo!* Dejó, por entonces, de ser una forma política para envenenar el dardo con la palabra, que vino a convertirse en la descalificación de un sistema y resumen de cuanto de corrupto y decrépito contenía la política española. [...]

Y de allí, del Ateneo, Costa no buscaba un análisis. Necesitaba un grito de rabia y un bramido de denuncia que convenciera a la Corona de que era más peligroso marginar a los regeneracionistas de la Unión Nacional que arrumbar a los apestados partidos del «turno» –cuya exclusión le había costado el trono a la reina Isabel en 1868–.

Costa era persona de verbo resonante, ademán bíblico y gesto aparatoso. Pero distaba de ser un iluso y su análisis no era rehén de su retórica. En la discreta prosa epistolar revela una idea fría y precisa de la fisonomía española, desarrollada en secuencia argumental impecable. Sabía que el poder no nacía de las urnas ni estaba en un Parlamento de diputados, ya estuvieran muñidos por caciques o votados por electores; [...]

Hasta aquí el análisis. Otro asunto era la agitación. Para «persuadir» a la Corona de prescindir de los políticos profesionales del turno y llamar a los regeneracionistas, como Costa recomendaba a sus correligionarios de la Unión Nacional, se precisaba de un proyecto y objetivos políticos, organización y movilización. [...] No querían hacer «política» y, sin quererlo, la hicieron sin querer, que se demostró la peor de las políticas posibles. Fueron rebeldes con causa pero sin propósito.

Don Joaquín Costa fue un lúcido impotente en aquel juego de despropósitos. Su opinión [...] fue marginada. A Costa sólo le quedó la palabra, la agitación. A pesar de sus reminiscencias arcaicas y veleidades arbitristas, Costa sabía muy bien que era difícil entusiasmar y arrastrar a la opinión al grito de *¡queremos pantanos!* [...] Es pues, en aquel marco, y precisamente en este punto, en el que hay que colocar su alarido –más que análisis– contra el caciquismo. Así fue como se convirtió un sustantivo político en un calificativo, un epíteto peyorativo, que concitaría cuantos resentimientos, frustraciones, anhelos y ambiciones podía suscitar la vieja política. Con Costa *¡Caciquismo!* Se vacío de contenido, descriptivo de una forma política de clientelas, una fórmula transicional de gestión entre la abstracción de una administración moderna y el personalismo del medio rural, para transformarse en un insulto, en banderín de enganche de la nueva España contra el país decrépito y corrupto que se hundía en Santiago de Cuba. [...]

Sin embargo, la distorsión intelectual que se nos presenta es que, desde entonces, la partitura con que se ha venido interpretando la Restauración ha seguido lastrada por la estridente nota propagandística de aquel *tiempo de lúgubres presagios*, que dijo el poeta, de turbulencia y agitación. [...]

Hasta el propio Costa, terminó por reconocerlo, aunque fuera en la reserva epistolar: *en España no exist[ía]* cuerpo electoral. [...] En esta línea, el veredicto de don Francisco Silvela, un fino político conservador, redondeaba este razonamiento: más que caciques, el problema de España consistía en la abrumadora sumisión al Gobierno: *el común de las gentes* –reconocía el famoso orador republicano, Emilio Castelar– *como los corderos de Panurgo, se van con los que mandan*.

De esta suerte, los problemas de la democratización política española prerrepublicana, fueran los que quieran, no podían estar en ese supuesto hiperparlamentarismo, sino en el intrusismo de un *ejecutivivismo omnipotente* (Azcárate), dirigido por gobiernos arbitrarios y entrometidos, a la par que débiles. Convendría recordarlo. En efecto, medio siglo atrás, o incluso diez años antes de que se encontrara en la figura del cacique el chivo expiatorio de una catástrofe, para casi todos, la característica de la política española estaba clara: la concentración de poder en el ejecutivo. [...]

Desde esta perspectiva, el llamado caciquismo o canibalización de la administración por grupos pandilleros, representaba un progreso indudable, por cuanto articulación de la representación de intereses a través del legislativo, aunque fuera a un costo de corrupción. [...]

[...] A los «cirujanos» reformistas, jacobinos de izquierda o derecha, les costó entender que el cacique era una respuesta de la sociedad a necesidades creadas –o encarecidas– por una normativa y estructura administrativa reguladoras e intervencionistas, cuyo objetivo era maximizar y concentrar poder en el ejecutivo. El cacique era, en suma, una manifestación del costo que se pagaba por haber decidido una determinada –y desequilibrada– distribución de poderes. Por eso, su terapeúdica, como la de tanto pícaro pintoresco del paisaje sociopolítico español, estaba mucho más en derogar (independizar y separar) que en legislar, reforzando la capacidad de intervención del ejecutivo –que era, precisamente, la raíz del problema (o el origen de la oportunidad, si se prefiere el punto de vista del cacique gestor)–.

José Varela Ortega: «Introducción» a Joaquín Costa: *Oligarquía y Caciquismo como la forma actual de gobierno en España; urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 19-50.

José Varela Ortega (Madrid, 1944). Catedrático de *Historia Contemporánea* de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid: preside la Fundación José Ortega y Gasset.

37 *La cirugía de hierro y la cirugía estética*

En una de sus vacuas generalizaciones, Pío Baroja llegaba a escribir en su artículo «Contra la democracia» de la *Revista Nueva* (1899) que en España todo el mundo se siente un dictador. [...]

El ambiente de profunda crisis social abonaba insistentemente actitudes como la barojiana. Los planteamientos antidemocráticos de estos jóvenes cada día menos airados tenían su origen en el aristocratismo elistista provocado por sus lecturas de Carlyle, Emerson, Stirner, Schopenhauer, Nietzsche o d'Annunzio y estaba en la raíz del exhibicionismo pretendidamente radical de que estaban alardeando. La necesidad de una dictadura la habían leído también en las *Herejías* de Pompeyo Gener –uno de los mentores de la nueva juventud intelectual–, quien volvía a insistir en *Amigos y Maestros* (1897) en la urgencia de un genio salvador para unos tiempos de decadencia.

Para Tierno Galván la «revolución desde arriba» era un tópico de época. Apenas había político o periodista que no repitiera esa misma idea, que venía siendo avalada por la literatura regeneracionista desde *Los males de la patria* del ingeniero oscense Lucas Mallada. El «cirujano de hierro» por el que suspiraba Costa –un «León de Graus» frecuentemente considerado como un «Grande Hombre» de estirpe nietscheana– no era, por lo tanto, una añoranza aislada ya que, en última instancia, en mayor o menor medida estaba siendo compartida por amplios sectores de opinión, independientemente de la ideología en que se encuadrase. La aportación de Costa en este aspecto consistió en dar contenido nacional a dos tópicos frecuentísimos en su tiempo: la dictadura y la revolución.

[...] Su idea de una «dictadura neutral» –que subordinara la ideología a la eficacia en aras de la salvación del país–, iba a crear unos sentimientos difusos de admiración por la dictadura totalitaria de tipo nacionalista, reconocibles más tarde en los golpes de estado de Primo de Rivera y Franco. La «revolución desde el poder», vinculada al decisionismo dictatorial configuraba el «prefascismo costista», el cual venía a alimentar así la confianza en el advenimiento de un hombre excepcional, distante por igual del caudillismo decimonónico y de la ineficacia parlamentaria. Un verdadero «hombre» y un «cirujano de hierro», híbrido ejemplar de patriota y mesías redentor.

Asiduos a las sesiones del Ateneo, no debieron perderse «Los Tres» [Baroja, Maeztu y Azorín] las que tuvieron lugar entre marzo y abril de 1901, tanto más cuanto que el flamante autor de *Hacia otra España* había sido invitado, lo mismo que Unamuno, a responder a las encuestas

que, junto con las intervenciones públicas, configurarían una especie de manifiesto de intelectuales –quizás el más parecido en espíritu al de los firmantes de *L'Aurore*–, que saldría a la luz al año siguiente con el título de *Oligarquía y Caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. [...]

Habían fracasado los partidos turnantes y los intentos regeneradores de las clases medias, pero no dejaba de ser llamativo que, como se ha señalado, Joaquín Costa intentara fundar su nuevo partido político en los salones del Ateneo. Los jóvenes ateneístas habían leído en la encuesta que siguió a la *Memoria* costista numerosas alusiones al poder social que se esperaba de los intelectuales. [...]

Es importante destacar que estas mismas incitaciones las suscribía Antonio Maura, quien estaba sustituyendo ya a Pi y Margall en el corazón de Azorín [...]

Las seguridades y la firmeza que se adivinaban en el futuro presidente le granjearon un notable carisma entre los sectores juveniles pequeñoburgueses. [...] En cambio Costa, cuyo poco flexible arbitrismo comenzaba a rodear su augusta cabeza con la aureola del fracaso, dejaría pronto de interesarles.

No era de extrañar una actitud distante en Pío Baroja. De hacer caso a sus memorias, admiraba la capacidad del «Grande Hombre» para arrastrar multitudes, aunque a veces las tratara a zapatazos –cabe suponer que con la complacencia del aristocrático novelista–. Con todo, leyó poco al aragonés, al que veía como «uno de esos tipos de histrión que se dan siempre en los países meridionales», y una especie de anomalía social por haber conseguido alcanzar sorprendentemente la fama a golpe de erudición y de dato histórico.

En el polo opuesto en punto a repentinas adhesiones, Ramiro de Maeztu había viajado en 1898 para no perderse las palabras de Costa en la Asamblea de Zaragoza y enviarlas a *Vida Nueva*; le había visitado en su casa para sufrir en silencio los mismos desfallecimientos de tan enorme corazón; se había conmovido cuando le escuchaba oponer la tristeza pasajera del vencido a la «íntima y permanente tristeza española» de la tierra yerma, sin agua y abandonada... Pero había transcurrido escasamente un año y el vitoriano ya había dejado de ser incondicionalmente costista. Censuraba la ingenuidad del grausino al confiar el brazo ejecutor de su política hidráulica a la buena voluntad de un «Gobierno-providencia» o «pesebre». El que había sido poco antes el «poeta» de la regeneración, se había convertido a sus ojos en un simple «aspirante frustrado a hombre público». Su mirada reclamaba ahora las caricias de Maura, el verdadero político del futuro. [...]

Martínez Ruiz, por su parte –convertido pronto en un «pequeño filósofo», distante y escéptico–, escuchaba con pesar a uno de tantos políticos de ca-

sino que seguía vinculando la salvación nacional al advenimiento del «superhombre» aragonés. Sus nostalgias de devoto cada vez más clandestino de Nietzsche no veían ya en Costa otra cosa que defectos. Era un erudito y un hombre de gabinete, pero no un hombre de realidad y de observación directa, sino un «ilusionista abstraído de la vida diaria, menudo e inexorable» y, para colmo, con caducos métodos de observación propios de un arbitrista del pasado. Tan sólo a un año de la publicación de *Oligarquía y Caciquismo*, ni siquiera la *Memoria* con que la encabezaba lograba despertar ya su interés. Carecía del pragmatismo social que el monovero –quien en 1903 andaba reponiéndose todavía de sus fatigas regeneradoras en el proyectado grupo de presión de «Los Tres»–, sólo tenía ojos para descubrir en aquella reencarnación política de Cánovas que iba cobrando cuerpo en el conservador Antonio Maura. En cambio, el hombre salvador que ofrecía Costa era una abstracción que, antes de ver la luz, había abortado ya entre sus libros y cartapacios.

Justo es decir que –al hilo del nacionalismo moderno que en la segunda década del siglo estaba promocionando Ortega y Gasset–, el gigante de Graus, cosechó un granado centón de reconocimientos públicos. Algunos de ellos, procedían, significativamente de Maeztu y de Azorín. Éste abundaría en maduras protestas de fidelidad al apóstol regenerador, mientras que el autor de *Hacia otra España* publicaba en 1911 una instructiva cartilla –*Debemos a Costa*– en la que especificaba un buen número de débitos generacionales. Pero ese era el año en que Costa, abandonado de todos, acababa de fallecer y, como cuenta José García Mercadal en una oportuna crónica novelada, había sonado la hora de que saliese de las sombras una insospechada camada de «cachorros del león», la cual desgarraría desaprensivamente el aún caliente cadáver para aprovisionarse de reliquias.

No fue éste el caso de Maeztu y Azorín. Al margen de cumplir con el obligado ritual necrológico, estas reivindicaciones *post mortem* tenían algo de vaga compunción por la infidelidad cometida con Costa en sus años de neófito regeneracionismo. Porque aquellas consignas del hombre de orden –aquella tinta que pensaba derramar Maura al hacer su «revolución» desde el Congreso, antes de que fuera la sangre la que corriese por el empedrado– pertenecían también al testamento político del modelo intelectual que tan prontamente habían abandonado.

José Luis Calvo Carilla: *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 371-376.

José Luis Calvo Carilla (Huesca, 1950). Catedrático de *Literatura española* en la Universidad de Zaragoza.

38 *Costa y el anarquismo*

[...], no faltaron entre los libertarios españoles el reconocimiento y la admiración hacia el autor de *Colectivismo agrario*. Antes nos hacíamos eco del énfasis con que Manuel Buenacasa hablaba de su coterráneo; José Peirats, por su parte, catalogaba a Costa, junto a Pi y Margall, como «[g]rande entre los grandes precursores» de los escritores anarquistas en España, lo calificaba en otros lugares de «genio» e «hijo del pueblo-pueblo» o lo consideraba creador de una «historia nueva». [...]

El también escritor libertario Ramón Liarte apreciaba, todavía en 1980, múltiples razones para sentirse identificado con el autor de Graus. Apuntaba, por ejemplo, que «[s]u obra monumental es nuestra: el *Colectivismo agrario en España*, manantial de conocimientos y gloria de la sabiduría», y advertía que el pensamiento del altoaragonés había orientado la «Revolución Social española». [...]

Sin perder de vista que las motivaciones, los objetivos o, incluso, el alcance teórico son sustancialmente distintos, pienso que cabe anotar semejanzas relevantes entre *Colectivismo agrario en España* (1898) *y El apoyo mutuo* (1902), del pensador anarquista P. Kropotkin (1842-1921), coetáneo estricto de Joaquín Costa. Como es sabido, Kropotkin intentó demostrar con su investigación que la colaboración entre los individuos de una misma especie o incluso de especies distintas era un factor hondamente enraizado no sólo en los hombres sino también en los animales, de modo que esta circunstancia había favorecido enormemente el desenvolvimiento colectivo de unos y otros. De esta manera trataba de rebatir a quienes subrayaban en las teorías de Darwin sobre lo que era la lucha por la vida, la rivalidad, la competencia. [...] lo que le llevaba a concluir que «el principal papel de la evolución ética de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua».

Parecido procedimiento seguía Kropotkin para demostrar en *El Estado y su papel histórico* que «los períodos más gloriosos de la humanidad fueron aquellos en que las libertades y la vida local no estaban aún destruidas por el Estado y en que las masas humanas vivían en municipalidades (*comunes*) y en federaciones libres». A mi juicio, es precisamente el método, el procedimiento, lo que emparenta a Costa y al Kropotkin de las obras citadas. Ambos acuden a la tradición, a lo consuetudinario, a lo popular y espontáneo como autoridad sobre la que asentar sus tesis; del mismo modo que Proudhon apelaba a las comunidades campesinas preindustriales como modelo espontáneo, no coercitivo, de organización social o que Bakunin evocaba con parecidas pretensiones las tradiciones del campesinado ruso.

En definitiva, se trataba de recuperar el paraíso perdido, de remontarse a épocas pretéritas para encontrarse ahí, en lo primitivo, lo más cercano a lo natural; es la percepción del pueblo como guía certero, en la medida en que se equipara Pueblo y Naturaleza o, cuando menos, en que se considera al pueblo como lo más natural, lo menos contaminado por la civilización. [...]

También Herbert Spencer (1820-1903), inspirador tanto de Costa como de Kropotkin, se situaba en coordenadas semejantes. [...]

A diferencia de cualquier teórico anarquista, el montisonense no cuestionó tanto el Estado como tal, sino su funcionamiento; propugnó la transformación profunda del sistema legislativo, pero desde la perspectiva del reformador, [...]

No obstante, lo dicho bastará para entender que los anarquistas españoles de entresiglos pudieran considerar a Costa, no sin motivos, como un precursor, o para explicar que desde la admiración hacia el Grande Hombre algunos jóvenes republicanos nacidos a las letras cuando moría el polígrado pudieran alcanzar fácilmente posiciones obreristas, especialmente de carácter ácrata, [...]

[...], también debió de contribuir a aproximar la figura de Costa al campo libertario la preeminencia que el polígrafo concedió al dictado de una muy estricta moral tanto en su vida pública como privada o de su confianza en la educación como factor transformador. Y en el caso de Aragón, [...], también los incipientes regionalismo y nacionalismo del primer tercio del siglo fomentaron la aproximación al Grande Hombre de quienes se movían entre el republicanismo federalista o el aragonesismo más sentimental, algunos de cuyos defensores derivaron finalmente hacia las filas anarquistas, como es el caso de Felipe Alaiz o de Gil Bel.

José Domingo Dueñas: *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas. El grupo de Talión (Samblancat, Alaiz, Acín, Bel, Maurín)*, Zaragoza, Edizions de l'Astral / Instituto de Estudios Altoragoneses / Institución «Fernando el Católico», 2000, pp. 22, 31-32 y 40-42.

José Domingo Dueñas Lorente (Maluenda, 1959). Doctor en Filología Hispánica y profesor de *Literatura española* de Enseñanza Secundaria.

39 *L'electron libre de la vie politique e intellectuelle espagnole*

La littérature sur le «98» espagnol, alimentée par l'effet commémoratif du centenaire, a tendu cependant à se déprende d'une lecture exclusivement nationale du phénomène et à lire dans celui-ci un épisode de la crise de conscience qui a frappé la plupart des pays de l'Europe méditerranéenne dans les dernières années du XIXe siècle à la suite d'une série de défaites militaires (l'ultimatum anglais de 1890 pour le Portugal, la défaite coloniale d'Adoua pour l'Italie en 1896, la guerre crétoise de 1897 pour la Grèce et Fachoda pour la France en 1898). Ces événements traumatisants coïncidèrent avec des périodes de violentes protestations populaires tandis qu'elles amplifièrent chez les élites le sentiment de décadence et la force des critiques contre des institutions parlamentaires accusées d'être manipulées para une oligarchie corrompue et égoïste. Le cas espagnol ne se distingue finalement de ce schéma que par l'ancienneté qu'y avaient acquis le discours sur la décadence nationale et le débat sur l'imitation des modèles étrangers, qui remontaient à l'epoque moderne et qu'avaient constamment repris et reinterprétés au XIXè siècle les liberaux et leurs héritiers.

La relecture historiographique du «Desastre» a aussi permis de démontrer à quel point le catastrophisme ambiant des lendemains de 1898 fut abusif (l'économie espagnole n'en avait pas trop souffert, et l'opinion publique se montra globalemente indifférente) et qu'il ne fut, pour une large part, que l'ingrédient d'une rhétorique déployée non sans arrièrre-pensées par une certaine élite dont le choc colonial avait exacerbé les aspirations au renouveau. Le déblâcle annoncée du régime de la Restauration en 1898 –certains parlèrent d'un Sedan espagnol– et l'atonie momentanée des oppositions républicaine et carliste semblaient ouvrir la voie à des hommes neufs porteurs d'un engagemente réformateur. La crisis politique fut contemporaine de l'apparition des «intellectuels» : le mot entre dans le vocabulaire espagnol entre 1895 et 1900, accompagnant l'autoaffirmation d'un groupe social que s'était étoffé au faveur des timides évolutions de la société et des champs de la production culturelle lors des trois décennies antérieures. Or, nul plus que Costa n'a affirmé, à ce moment-là, que les détenteurs du savoir (le professeur d'université, l'homme de lettres, le savant, parfois le journaliste) étaient les porte-parole privilegiés d'une cause intéressant l'ensemble de la société (la «régénération nationale»), et surtout n'a tenté de traduire cette mission sociale et historique en un projet colectif d'action politique. [...]

La régénération, telle que l'entendaient les institutionnistes, était avant tout une transformation intérieur et individuelle de l'homme par l'educa-

tion. [...] À côté de l'effort éducatif, il ajouta un programme de développement économique destiné à procurer l'indépendance matérielle sans laquelle les libertés politiques ne son qu'une coquille vide: éducation et amélioration des conditions de vie sont ainsi «les deux ingrédients premiers de la citoyenneté, les deux facteurs nécessaires à la liberté, les veritables chefs de la conscience: sang et lumière, pain et abécédaire» [...]. Rien que de très consensuel: la formule «l'école et le garde-manger», forgée dans un discours de 1899, restera ainsi son expresión la plus célèbre et la plus souvent associée à sa pensée. Ces réformes, en outre, réclamaient une intervention active de l'État. Rappelons que le krausisme n'etait pas favorable à une intervention étatique, car il fondait sa défense de la liberté sur la nécessité d'instaurer une séparation stricte entre la société et l'État et de cantonner ce dernier dans sa sphère particulière (c'est-à-dire les fins pour lesquelles la force des particuliers était insuffisante); les institutionnistes, plus généralement, mettaient l'accent sur le rôle des énergies individuelles, exprimant une certaine méfiance à l'égard de l'action gouvernementale. Mais Costa s'était deja declaré partisan d'une intervention de l'État en matière économique (en plaidant pour sa politique hydraulique), et d'autres krausistes avaient accompli une lente évolution interventionniste sur le terrain de la «question sociale» (dont témoigne notamment la Commission des réformes sociales de Valence, créée en 1883 sous l'inspiration d'Azcárate.

La dictature tutélaire

Restait à dèterminer les conditions politiques et institutionnelles dans lesquelles s'accomplirait cette révolution par le haut. C'était-là la proposition politique fondamentale du mémoire: seul un pouvoir exécutif fort et libéré de la tutelle du Parlement pouvait conduir une réforme sociale radicale. [...]

Cette radicalisation ne fait pourtant pas de Costa une adversaire de la démocratie. C'est une chose de justifier une dictature temporaire dans des cas exceptionnels et une autre de condamner la démocratie como un mal en soi (même si l'experience prouve que les deux finissent souvent par se rejoindre). [...] Le régime parlamentaire restait l'idéal, auquel il était nécessaire de renoncer temporairement afin de préparer l'instauration finale et définitive d'un parlamentarisme democratique. D'où la «dictature tutelaire», concept auquel Costa avait consagré toute une partie de sa première grande oeuvre juridique (*La vida del derecho*, 1876), dans laquelle il faisait l'étude de ses justifications à travers l'histoire de la pensée, depuis Aristote et Platon jusqu'à Stuart Mill, en passant par saint Augustin, Machiavel et Rousseau. La «dictature tutélaire» était aussi au coeur du projet d'enquête à l'Athénée de 1895, et Rafael Altamira avait pronnoncé à cette occasion une conférence sur ce thème. Mais il faut se rappeler que la «dictature révolutionnaire» a eu plus généralement une grande fortune tout au long du XIXè siècle; son écho était particulière-

ment fort auprès de la fraction la plus progressiste du républicanisme espagnol, par ailleurs intellectuellement très proche des régénérationnistes.

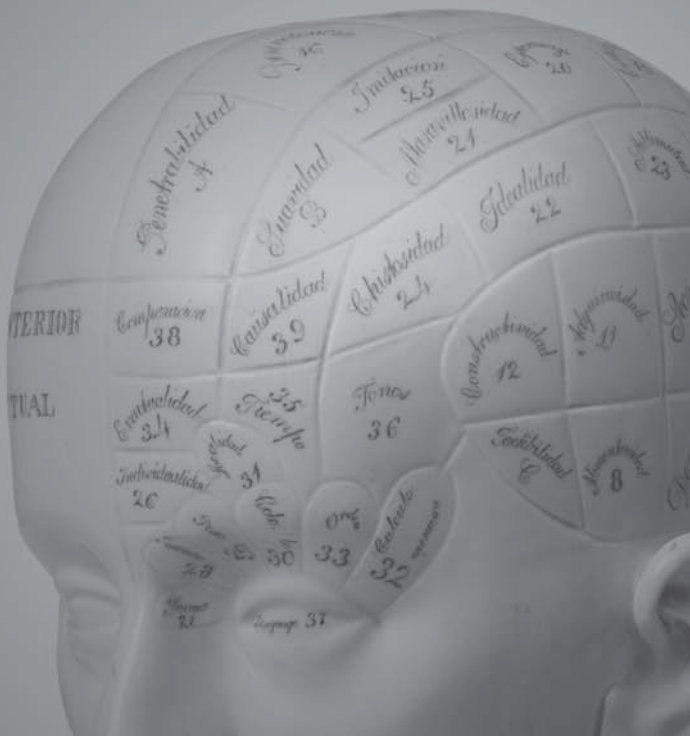
La dictature «démocratique» se présente comme une solution technique et provisoire, destinée à conduire de la façon la plus efficace et la plus rapide la régénération politique. Elle s'impose dans le cas extrêmes où le problème ne peut être résolu par le jeu normal des forces sociales, et doit être entourée de limites (dans ses pouvoirs et dans le temps). [...]

L'appel à une dictature provisoire dérive donc de la frustration produite par l'échec de l'ideal démocratique, et non d'un renoncement. Elle se justifie par un sentiment d'urgence: la domination du darwinisme social sur les esprits, la prédiction généralisée d'une disparition prochaine de l'Espagne dans les remous de l'impérialisme européen, à la lumière de la crise de 1898, exacerbe un sentiment ancien –l'Espagne est une nation moribonde, on ne cesse de le répéter–. Crise rédemptrice ou disparition pure et simple, telle est l'alternative: l'échec ou la réussite devient alors un verdict de l'histoire, la preuve d'un destin supérieur ou celle d'un épuisement mortel.

Simon SARLIN: «Introduction. L'Enquête de 1901 sur «oligarchie et caciquisme»: un mise en scène de la crisis du libélisme dans l'Espagne au tournant du XX^{e} siècle», en Joaquín COSTA: *Oligarchie et caciquisme comme forme actuelle de gouvernement en Espagne: urgence et modalités d'un changement*, Paris, Éditions Rue d'Ulm / Presses d'École Normale Supérieure, 2009, pp. 12-13 y 40-43.

Simon Sarlin, agrégé d'histoire en L'École Française de Rome.

Epílogo


Penetrabilidad
Imitacion
25
Inventividad
21
Idealidad
22
Causalidad
39
Fonos
36
Tiempo
35
Calculo
33
32
38
34
31
30
37

En este valle de lágrimas: los libros del Centenario de Joaquín Costa

Ignacio Peiró Martín

A lo largo de 2011, coincidiendo con los últimos actos dedicados a la memoria del historiador catalán Jaume Vicens Vives, se han solapado los homenajes a otros tres referentes de la cultura nacional española: Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Costa y Rafael Altamira. Por separado, las razones para impulsar el reconocimiento de estos «profetas del saber y sacerdotes de la ciencia» han sido bien distintas. Así, mientras se celebraba la designación del rondeño Giner como «Andaluz del año» con una exposición itinerante[1]; las actividades programadas en el *Año internacional Rafael Altamira* se justificaban por el medio siglo de la muerte del catedrático alicantino en Ciudad de México[2]; y, en el caso de Costa, el motivo era el centenario de su fallecimiento, el 8 de febrero de 1911, en el pueblo oscense de Graus.

Sin embargo, en su contexto generacional, importa recordar que el espacio triangular de sus relaciones intelectuales y, aun personales (incluidos sus enfados, quebrantos y distancias), es una representación del panorama de conciencias abnegadas y continuidades admirables consolidadas durante la segunda mitad del XIX y extendidas, cuando menos, hasta la década de 1930. Maestros y discípulos, Giner, Costa y Altamira compartieron las fuentes doctrinales krausistas y la cultura política republicana,

1 El catálogo editado por José García-Velasco: *Francisco Giner de los Ríos. Un andaluz de fuego,* Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2011.

2 La información en red: http://www.rafaelaltamira.es/index.html

la vocación por la enseñanza y la pasión por la escritura, por la laicidad de la Institución Libre de Enseñanza y la independencia intelectual de su *Boletín*. Llegado el momento, los tres participaron del espíritu regeneracionista finisecular, de sus críticas y dudas sobre España. Y, en el primer decenio del XX, encendieron su patriotismo con las materias de la educación y el paisaje, mezcladas con los programas del reformismo social, la confianza en los valores positivos de la ciencia moderna y la historia de la civilización como base del renacimiento ideal de España.

Pasados los años, su ejemplo perduró entre algunos intelectuales de las generaciones siguientes. En particular, siguieron influyendo en aquellos que, no sin temor, se atrevieron a saltar sobre las fosas de la guerra civil y se esforzaron en superar las prácticas de la «primera hora cero» de la memoria profesional. En ese sentido, a comienzos de 1954, al explicar el plan editorial de la *Historia Social de España y América*, el catedrático de Barcelona Vicens Vives no dudó en traer al presente perpetuo de la dictadura al profesional que mejor había llevado a la práctica historiográfica alguno de los pensamientos sobre la historia nacional avanzados por sus maestros Giner y Costa: «Como modelo no puedo referirme a ninguna obra, pero el que más me gusta es un tipo de Altamira modernizado».

Todo esto se sabe. Y conocemos también que Joaquín Costa interiorizó los fracasos en las oposiciones a cátedras como un desencanto individual. Una permanente desilusión provocada, antes de nada, al sentir truncados sus sueños de emular a su admirado Francisco Giner («que posee el don del consejo, y que es acaso mi único amigo»). Y, para siempre, al vocear las injusticias terribles que provocaron su particular desvío del camino hacia lo más alto de la jerarquía universitaria seguido, entre otros conocidos, por su «amigo y discípulo que le abraza cordialmente» Rafael Altamira. Por supuesto, no fue éste el único invierno del descontento de Joaquín Costa. El particular valle de lágrimas de su vida estuvo sembrado de amarguras privadas y en sus extensiones crecieron, quizás en demasía, las decepciones públicas. En cualquier caso, como intermediario de la cultura y la sociedad de su tiempo, su personalidad desarrolló una multiplicidad de facetas creadoras que le permitieron alcanzar la gloria de la República de las Letras, la celebridad en el Ruedo Ibérico de la política nacional y el reconocimiento popular como un gran sabio. Sin duda, uno de los personajes más representativos de la España Fin-de-Siglo.

Pero en este país, las cosas de la fama y la posteridad son azarosas (ahí están los casos de Castelar, de Azaña, de Manuel Núñez de Arenas y otros muchos para demostrarlo)[3]. Y así, desde el mismo día del entierro en el ce-

3 Al propósito quiero recordar al historiador madrileño Manuel Núñez de Arenas, descendiente de una extensa familia de literatos e intelectuales krausistas que murió en París el 9 de septiembre de 1951. Sus textos reunidos por Robert Marrats se publicaron como *L'Espagne des Lumières au Romantisme* (1963). Sirvan estas líneas para rendirle homenaje en el aniversario de su muerte.

menterio de Torrero, el recuerdo costista comenzó a diluirse entre los usos políticos de sus ideas, las manipulaciones comerciales y las razones de los otros. En verdad, manteniendo su autoridad entre los círculos de especialistas de la España contemporánea y convertido en una figura de culto para ciertos grupos de admiradores incondicionales (casi todos aragoneses), en el primer decenio del siglo XXI la celebridad de Costa resultaba remota en la cultura de la memoria española. Un nombre asociado al rótulo de una gran calle madrileña, al título de un conocido grupo escolar de Zaragoza o a las inscripciones de un puñado de esculturas repartidas por distintas ciudades del Estado, más que a una referencia al pasado. Por eso, podría decirse que el Centenario de 2011 con toda su densa acumulación de detalles (congresos, exposiciones, libros, guías didácticas, cortos y documentales), ha contribuido a facilitar el regreso de Joaquín Costa y Martínez e incluirlo, una vez más, en el horizonte presente de las imágenes e historias de otro tiempo y otras sociedades.

Sin embargo, no es fácil bajar los monumentos nacionales de sus pedestales sin recurrir a la melancolía (sentimiento, «misterio español» y problema vivo que, según los antropólogos, permea nuestra cultura contemporánea). Y más aún cuando se trata de recuperar la compleja constelación de angustias y laberintos interiores que se funden en la biografía de un hombre de genio como fue Costa. De esta manera, esculpidas sus palabras en los mármoles identitarios de la generación que comenzó a despuntar en los años setenta del siglo pasado, iniciamos estas notas acerca de las publicaciones del Centenario con la reedición del libro de George James Gordon Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido* (publicado originalmente en 1972)[4]. Una obra memorable, ciertamente, que marcó época al trazar las líneas para el conocimiento científico de la vida y la obra del notario aragonés en las siguientes décadas. Con un relato riguroso que superaba todas las narraciones biográficas anteriores (por ejemplo, las de Luis Antón del Olmet o Manuel Ciges Aparicio), fue un trabajo de su tiempo, repleto de aciertos e intuiciones. Lo cual no quita, sin embargo, que este estudio pionero presentara grandes lagunas achacables, tanto a las limitaciones bibliográficas y documentales sobre el personaje, como al incipiente desarrollo de la historia contemporánea en la España del momento. Desde entonces, el malogrado historiador británico convirtió a Costa en su personal proyecto de investigación y de vida hasta su desaparición en diciembre de 1990. No obstante, firmado por Eloy Fernández Clemente, el epílogo que cierra esta nueva edición del clásico de Cheyne es una puesta al día de las etapas y principales autores que, a lo largo de estos cuarenta años, han marcado el desarrollo de los estudios costistas[5].

4 G.J.G. Cheyne: *Joaquín Costa, el gran desconocido,* Barcelona, Ariel, 2010.

5 E. Fernández Clemente: «Epílogo», en G.J.G. Cheyne: *Joaquín Costa, el gran desconocido, op. cit.,* pp. 263-277. La relación de trabajos que alcanza hasta principios de 2011 me exime de repetir en el texto proyectos como la «Biblio-

A partir de aquí, a nadie resulta extraño que las políticas de la conmemoración se hayan volcado en la exhumación y edición crítica de alguno de sus escritos mayores y menores. En realidad, lanzado al incierto futuro el plan de publicar las *Obras Selectas* de Joaquín Costa (según la relación cronológica establecida por su autor), la lectura de estas publicaciones sirve para recordarnos las múltiples facetas de su personalidad. Pero, sobre todo, nos ayuda a percibir el impulso hacia delante que caracteriza la escritura costista y la naturaleza fáustica de su portentoso proyecto intelectual. Como ha escrito uno de sus investigadores más intensos, además de las intenciones redentoras y alientos nacionales, el conjunto de su obra responde a una lógica interna que la dota de un significado programático: «hacer una *biología*, una historia *tout court* (armónica, que dirían de consuno Costa y sus amigos krausistas) del derecho, las costumbres, la política, la economía, la agricultura... y también, claro es, las lenguas»[6]. Y porque la quintaesencia del espíritu de Costa se encuentra en sus textos de derecho consuetudinario, está clara la condición de fuente que otorgaba al rastreo de los hechos literarios de los territorios peninsulares (de sus usos y sus costumbres) y explica su temprana vocación por recopilar datos desde los tiempos antiguos y medievales para la construcción de «la historia de la poesía popular».

Desde esta interpretación global, apuntamos la aparición de dos libros que ejemplifican los viajes literarios (documentales) y las aventuras lingüísticas del recién titulado doctor en Derecho y Filosofía. Sensible ante la *razón armónica* que nutría su sentido del paisaje, por entonces, era un institucionista altoaragonés preocupado por conocer de forma positiva el «ser popular» y profundizar, de ese modo, en la «casa del alma» de la nación española. Y de eso trata *Textos sobre las lenguas de Aragón*, la obra en dos volúmenes introducida por el especialista en dialectología Ramón Sistac. El tomo primero reúne los artículos «etno-lingüísticos» publicados por Costa en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* entre junio de 1878 y diciembre de 1879. Mientras que el segundo, editado por José Ignacio López Susín, recupera varios textos inéditos y trabajos publicados en diferentes medios sobre refranes, dialectos y canciones de la tierra aragonesa[7].

teca Virtual Ignacio Larramendi», con casi medio centenar de libros de Costa digitalizados (en red: http://www.fundacionmgimenezabad.es/index.php?option=com_wrapper&vie w=wrapper&Itemid=100649). El sitio del Centenario Joaquín Costa del Gobierno de Aragón informa sobre las diferentes páginas donde se han digitalizado textos y documentos (en red: http://www.centenariocosta.es/?q=joaquincosta/16).

6 J.C. Ara Torralba: «Unas notas a modo de presentación», J. Costa, *Textos sobre las lenguas de Aragón. I. Los dialectos de transición en general y los celtibéricos-latinos en particular*, Zaragoza, Aladrada, 2010, p. 12.

7 J. Costa: *Textos sobre las lenguas de Aragón. II. Artículos y otros escritos,* Zaragoza, Aladrada, 2010.

Por otro lado, la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación Provincial de Zaragoza ha patrocinado la reimpresión del libro, editado en 1881, *Introducción a un tratado de política: sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península*. Un denso volumen de quinientas páginas que, el profesor de la Institución Libre de Enseñanza y correspondiente de la Real Academia de la Historia (según rezan los títulos de la portada), escribió con la pretensión transcendental de recoger los «consejos de la experiencia acaudalada por todo un pueblo» sobre la mejor manera de gobernar para ilustrar el presente, mediante «una trasfusión de savia popular, humilde y exenta de pretensiones por razón de su procedencia, pero exuberante de vitalidad en las exhaustas venas de la ciencia política moderna»[8]. La investigadora del Instituto de Historia del CSIC, Isabel Alfonso, es la responsable del estudio introductorio. Curiosamente, escrita en clave de la historia social de los años ochenta, los argumentos de esta pulcra presentación que rastrea las fuentes populares del pensamiento político costista, destilan las desconexiones temporales y humores melancólicos que, en ocasiones, saturan los espacios conmemorativos[9].

En cualquier caso, conviene tener en cuenta que esos trabajos filológicos, folclóricos o etnográficos guardaban una estrecha relación con otra de las dimensiones desarrolladas por Joaquín Costa durante la década de 1880: activista de las causas económicas institucionistas (librecambismo, abolicionismo y geografía comercial). Los discursos pronunciados en congresos de agricultores y ganaderos, asociaciones de aranceles o *meetings* librecambistas, los ha dado a conocer José María Serrano Sanz, en dos pequeñas ediciones que se complementan y revelan la faceta del Costa economista. El opúsculo *En defensa de la libertad* es una edición no venal en facsímil de tres folletos publicados en su día por la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas difíciles de encontrar hasta ahora (Cheyne no llegó a localizarlos en su *Estudio bibliográfico* sobre Costa)[10]. Por su parte, *Discursos librecambistas* reedita las cinco disertaciones pronunciadas por Costa, entre el 18 de mayo de 1881 y el 24 de junio de 1883[11]. El detallado estudio introductorio presenta los textos contextua-

8 J. Costa: *Introducción a un tratado de política: sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011. La cita en la página 20 de la primera edición de 1881, disponible en la «Biblioteca Virtual Costa» de la IFC (en red: http://ifc.dpz.es/publicaciones/ver-coleccion/id/9).

9 I. Alfonso: «Introducción», en J. Costa: *Introducción a un tratado de política..., op. cit.,* pp. IX-XXXVIII.

10 J. Costa: *En defensa de la libertad comercial*, Zaragoza, Colegio Oficial de Economistas de Aragón y Fundación Economía Aragonesa, Fundear, 2011.

11 J. Costa: *Discursos librecambistas*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón / Instituto de Estudios Altoaragoneses / Instituto de Estudios Turolenses, 2011.

lizados en el ambiente de las ideas económicas y las políticas arancelarias de la época. En los siguientes apartados, Serrano Sanz analiza los orígenes del interés de Costa por la economía y los maestros doctrinales del librecambio (Figuerola o Gabriel Rodríguez), sus argumentaciones y su intensa militancia librecambrista[12]. A modo de apéndices, el libro incluye cuatro artículos y la relación completa de escritos que aluden a cuestiones de asunto comercial y conectan con sus preocupaciones por la geografía, aparecidos en la *Revista de Geografía Comercial* (dirigida por Costa desde junio de 1885 hasta marzo de 1886).

Entramos así en otra fase de la trayectoria vital de nuestro personaje y en otra de las facetas de su personalidad, representada por el liberalismo reformista, los programas económicos y la práctica política. Y es que, durante la década de 1890, el Costa pensador y propagandista de ideas se convirtió en un hombre de acción, un sabio metido a político que pretendió presionar al sistema desde fuera (desde las cámaras agrarias locales y las ligas nacionales de productores). Un regeneracionista esforzado que, en octubre de 1898, habló al país en *El Liberal*. Y porque, según exponía en la entrevista, estaba convencido de que la «España antigua está muerta», pues, «esa guerra de Cuba, hija de nuestra falta ingénita de aptitudes para gobernar, complemento doloroso de lo de Ayacucho, se ha tragado el porvenir económico de España», ofreció a la nación las «soluciones» para su reconstitución y europeización.

Entre los medios que utilizó para dar a conocer su programa de actuación, «trabajado, pensado, y formulado con coherencia» volvió a recurrir a la creación de una publicación periódica, siempre mucho más ubicua y manejable que los libros: la *Revista Nacional*. Una «empresa personal costiana», explica Carlos Forcadell en el brillante prólogo que presenta la edición facsímil de la revista concebida como «órgano de la Liga Nacional de Productores, de su Directorio, y del propio Costa». Veinticuatro números de periodicidad quincenal que tuvieron y tienen «la importancia, así política como historiográfica, de constituir el principal instrumento de seguimiento del proceso que llevó, entre la primavera de 1899 y comienzos de 1900, a la constitución de la Unión Nacional». Páginas que, según su presentador, se han convertido en un testimonio histórico de las tensiones individuales y competencias políticas de dos republicanos aragoneses, Basilio Paraíso y Joaquín Costa. Hermes y Prometeo contemporáneos cuya «sed de nación... y hambre de gobierno» les llevó a compartir, por un tiempo, esperanzas reformadoras y participar del discurso regeneracionista y modernizador de España[13].

12 J.Mª Serrano Sanz: «Joaquín Costa, librecambista», ibídem, pp. IX-LXX.

13 C. Forcadell Álvarez: «Las empresas de Basilio Paraíso y Joaquín Costa. Regeneracionismo y fin de siglo en la *Revista Nacional* (1899-1900)», *Revista Nacional, 1899-1900*, edición facsímil, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» / Fundación Basilio Paraíso, 2011, pp. VII-XVII.

Entre tantos entrecruzamientos y avatares, cabe volver a recordar que su programa de método continuaba con el estudio histórico del pasado nacional, considerado por Costa «más que un fin..., un bagaje, un utensilio imprescindible en su quehacer público». Centrado en el estudio de la Antigüedad hispana, *Estudios ibéricos* le abrió las puertas de la Real Academia de la Historia al obtener, en 1895, el Premio al Talento que otorgaba la fundación Fermín Caballero y la concesión automática del diploma de correspondiente. Siempre desde la autónoma voluntad del autor de mantenerse alejado de cualquier idea de fragmentariedad, el plan de la obra es una propuesta de conectar los conocimientos eruditos de Costa, con su filosofía krausista de la historia y sus atenciones lingüísticas (aquí ampliadas a las lenguas paleohispánicas, el vasco o el bereber con sus variantes, amén del griego y el latín). Y, todo ello, al servicio de un original *Plan de una Historia del Derecho español en la antigüedad* y el lejano proyecto universitario de estudiar lo «ibérico» enunciado en su *Programa de oposiciones a la cátedra de Historia de España* de 1875. En esta línea de continuidad, Guillermo Fatás desglosa en la presentación de la reedición de *Estudios Ibéricos* los caminos de la práctica historiográfica costiana y ahonda en los descubrimientos que proporciona la relectura del libro, escrito por quien «fue historiador a su modo, por su singularidad personal y porque no pudo serlo de otra forma». Un trabajo repleto de peligros lingüísticos, tentaciones e hipótesis atrevidas (acerca de Tartesos o la Atlántida); pero, también, de dominio de fuentes clásicas y buenas intenciones potenciales, entre las que destaca, «su precocidad en contemplar a Viriato no principalmente como a un bárbaro, sino como a un excluido, víctima de una injusta pobreza cuyo remedio, según la interesante apreciación del aragonés, radicaba en un pillaje organizado y racionalizado (el abigeato mediante la constitución de una «banda») a través del cual se lograban recursos para la subsistencia»[14].

Por otra parte, el amplio programa de actividades del Centenario ha favorecido la aparición de un segundo gran grupo de publicaciones que se nutren de los homenajes colectivos, las jornadas de estudios, cursos y ciclos de conferencias patrocinados por academias e instituciones. En este sentido, a la espera de las actas anunciadas por los organizadores de alguno de los congresos (entre otros, mencionaré el primero y el último de los nacionales dedicados a *Joaquín Costa y la modernización de España* y *El renacimiento ideal. La pedagogía en acción de Joaquín Costa*)[15], añadiré

14 G. Fatás Cabeza: «Presentación», en J. Costa: *Estudios ibéricos (1891-1895)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, pp. VII-LXVIII (las citas en pp. XXIX, LXIV y LXV).

15 Presidido por el Comisario del Centenario Cristobal Gómez Benito, *Joaquín Costa y la modernización de España* se celebró en la Residencia de Estudiantes de Madrid del 7 al 10 de marzo de 2011 y contó con la participación de dieciocho ponentes. Cuando corrijo las pruebas de este libro ha aparecido el volu-

a este análisis bibliográfico el libro editado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en memoria del académico aragonés que ocupó la medalla número 16 de la institución desde el 12 de junio de 1900 (sucedió en la misma a su tío José Salamero y cuando falleció, once años después, fue elegido para ocupar la vacante su discipulo Rafael Altamira). A medio camino entre las reimpresiones mencionadas en el apartado anterior y los estudios contemporáneos sobre el personaje, el ejemplar se compone de las intervenciones del presidente de la corporación Marcelino Oreja y las de los numerarios José María Serrano Sanz y Juan Velarde Fuertes. Las tres disertaciones preceden la reedición facsímil del discurso de recepción académica de Costa, *El problema de la Ignorancia del Derecho y sus relaciones con el status individual, el referéndum y la costumbre*, y la necrología que le dedicó su director de tesis e introductor en la academia, Gumersindo de Azcárate[16]. En similar perspectiva se sitúa *Cuatro miradas sobre Costa* coordinado por el entusiasta Eloy Fernández Clemente. El ejemplar reúne los textos del ciclo de conferencias «Costa, todavía vivo», ofrecidas por la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y dictadas, durante el mes de marzo de 2011, en el Museo IberCaja Camón Aznar de Zaragoza[17]. Y, también, las colaboraciones que componen el monográfico *Costa y los Ateneos*, editado por la revista del Ateneo de la capital aragonesa[18].

Por los caminos de la divulgación discurre el volumen dirigido por Rafael Bardají Pérez, *Joaquín Costa, el sueño de un país imposible*. Se trata de interesante trabajo (originalmente diseñado a la manera de fascículos coleccionables para el suplemento dominical del *Heraldo de Aragón*), elaborado con los materiales de una treintena larga de periodistas, estudiosos y expertos universitarios de distintas materias con disposición para escribir sobre el

men del mismo título, editado por C. Gómez Benito, Madrid, Congreso de los Diputados, 2011. Por su parte, Guillermo Vicente y Guerrero ha sido el organizador del congreso *El renacimiento ideal. La pedagogía en acción de Joaquín Costa,* celebrado en el Instituto Goya de Zaragoza del 12 al 15 de diciembre de 2011, en el que participaron doce conferenciantes.

16 *Joaquín Costa. Homenaje y memoria de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en su Centenario (1911-2011)*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2011.

17 E. Fernández Clemente (coord.): *Cuatro miradas sobre Costa*, Zaragoza, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, 2011. Junto al cordinador, los autores de los textos son Cristóbal Gómez Benito, Víctor M. Juan Borroy, Fernando García Vicente y Guillermo Fatás Cabeza.

18 *Cuadernos del Ateneo de Zaragoza*, 39 (2011). Presentado por E. Fernández Clemente, firman los trabajos J.C. Ara Torralba: «Joaquín Costa y el Ateneo oscense»; J. Domínguez Lasierra: «Costa y el Ateneo de Zaragoza»; y A.R. Díez Torre: «Joaquín Costa, referencia permanente del siglo XX en el Ateneo de Madrid». El número se completa con unos apéndices y un epílogo escrito por el presidente de la institución, F. Solsona.

pensador aragonés[19]. Una nómina similar de autores colabora también en el «dossier Costa», dirigido por Eloy Fernández Clemente y publicado en la *Revista de Andorra*[20]. Y, en último término, la más reciente historia de Monzón en el siglo XIX (el pueblo donde nació), dedica dos artículos finales a su ilustre paisano y el epílogo reproduce la carta dirigida a Dionisio Casañal, presidente del Comité Republicano de Zaragoza, en julio de 1905[21].

Avanzando hacia la conclusión de este balance bibliográfico, conviene señalar el protagonismo desempeñado por las exposiciones en los centenarios. Trasunto y representación de la efímera temporalidad que rige los rituales conmemorativos, las muestras proporcionan visibilidad pública a la personalidad celebrada. A través de ellas, se ponen al descubierto los elementos que participan en la «construcción» de las figuras eminentes (fundamento vital, facetas intelectuales y componente mítico). De todos modos, en el caso particular de estos eventos, la necesidad de superar la fugacidad de los actos parece satisfacerse con la edición de catálogos. Una literatura especial que se sostiene en la tradicional creencia en la duración y pervivencia del libro impreso. Y un tipo de publicaciones cuyos contenidos se conciben, no sólo en función del discurso conmemorativo, sino en su capacidad para superar el presente de la evocación centenaria y actuar como mecanismo de continuidad hacia el horizonte futuro de la posteridad.

19 R. Bardají Pérez / C. Duplá Agüeras (coords.): *Joaquín Costa, el sueño de un país imposible. Una visión desde el siglo XXI del pensador aragonés*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 2011. La mención de este libro me permite resaltar, por una parte, la constancia en el trabajo de memoria realizado por el periódista y escritor Juan Domínguez Lasierra con sus páginas dominicales de evocaciones y recuerdos costistas aparecidas a lo largo del año en en el periódico *Heraldo de Aragón*. También, el seguimiento del Centenario y la publicación de suplementos en otros periódicos locales como el *Diario del Alto Aragón, El Periódico de Aragón* (obsequió a sus lectores con el facsímil del libro de Pedro Martínez Baselga, *¿Quién fue Costa?* de 1918) o *Andalán* (en red: www.andalan.es). Y, en tercer lugar, la difusión que ha tenido en diarios nacionales, con noticias y artículos en páginas de opinión como el firmado por el emérito Gabriel Jackson: «Las lecciones de Joaquín Costa», *El País* (sábado, 1 de octubre de 2011), p. 31.

20 *Revista de Andorra*, 10 (2010). Citada en estas páginas en representación de los centros de cultura local que han homenajeado a Costa, otras publicaciones periódicas han participado con artículos y números monográficos: desde la revista del Departamento de Agricultura y Alimentación del Gobierno de Aragón en la que C. Gómez Benito colaboró con «Joaquín Costa. Un reformador agrario. En el año del Centenario de su muerte (1911-2011)», *Surcos de Aragón*, 120 (2011), pp. 6-11; hasta la decana *Leer* que dedicó una entrevista al comisario del Centenario en el número 222 (mayo de 2011), pp. 20-21.

21 A. Sabio Alcutén (coord.): *De la guerra de la Independencia a Joaquín Costa: Monzón en la tinta del siglo XIX*, Huesca, Ayuntamiento de Monzón, 2011, pp. 367-414 (firman los artículos J.L. Botanch Callén, «Joaquín Costa: la educación en su contexto. La realidad y el krausismo»; y C. Gómez Benito, «El montisonense Joaquín Costa: estudios teóricos y programa de gobierno»).

En ese orden de cosas, *Joaquín Costa. El fabricante de ideas* es el título del catálogo de la magna exposición celebrada, entre marzo y noviembre de 2011, en el Paraninfo de la Universidad Zaragoza y la Biblioteca Nacional de España de Madrid[22]. Una obra pensada con la voluntad de reproducir el espíritu de la muestra que intentaba ofrecer una visión más alternativa y diferente de quien creía en la fuerza de las ideas como categoría de razón y motivo de vida. En ese sentido, tras las presentaciones oficiales y el texto de homenaje del historiador norteamericano Gabriel Jackson, el núcleo del volumen lo componen tres grandes apartados: *Miradas contemporáneas*, el *Catálogo* y *Razones de los otros: perfiles, memoria e historia de Joaquín Costa*. El primer apartado agrupa las visiones interdisciplinares de siete especialistas de renombre (José-Carlos Mainer, Juan Carlos Ara, Eloy Fernández Clemente, Guillermo Fatás, Cristóbal Gómez Benito, José María Serrano, Carlos Forcadell y Santos Juliá). A su lado, María García Soria firma la relación ordenada e ilustrada de las obras de arte, objetos, documentos y libros exhibidos que constituye el segundo apartado. Y el tercer capítulo, elaborado por el director de la publicación (a partir de una antigua idea de Alfonso Ortí), reproduce extractos de una lista de treinta y nueve trabajos que empieza en 1899 y acaba en 2009. Se trata de un mosaico de palabras y citas ajenas, escogidas con la única pretensión de acercarnos a la historia de la cultura española contemporánea y hacer nuestra la personalidad inalcanzable de Joaquín Costa[23].

Por lo demás, se acaba de abrir la vía para adelantar en el conocimiento de aquel luchador, admirador de Franklin, Carlyle y Emerson, de Julio Verne y de Goethe. Un «hombre que [...] entendía la existencia en tanto que agonía, en tanto que lucha constante por ser y progresar», alguien para el que «cualquier lance se agigantaba en su imaginación hasta cobrar dimensiones decisivas en el proyecto vital». Y es que, por primera vez, se ha publicado el texto fundamental de las *Memorias* de Costa. El dietario de un joven que, como una afirmación de su individualidad, comenzó a registrar sus momentos de vida transcendentes, entre junio de 1864 y julio de 1878 (sin contar las hojas sueltas que alcanzan los inicios de 1880). El resultado del trabajo de edición e investigación de las notas realizado por Juan Carlos Ara es espléndido. Y no lo es menos la novedosa introducción en la que sitúa y contextualiza el principio de la escritura, de los proyectos y

22 I. Peiró Martín (dir.): *Joaquín Costa. El fabricante de ideas. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, del 22 de marzo al 5 de junio de 2011*, Zaragoza, Gobierno de Aragón / Sociedad Estatal de Acción Cultural / Universidad de Zaragoza, 2011. El mismo catálogo sirvió para la exposición de Madrid celebrada en las Sala Recoletos de la BNE, del 14 de septiembre al 6 de noviembre de 2011.

23 El catálogo se completa con una «Cronología» realizada por Raúl Mayoral; y la «Bibliografía», seleccionada y recopilada por Inmaculada Cantín, Matilde Cantín y Paz Miranda. Los apartados primero y tercero se reproducen en el presente libro.

libros del montisonense que despertó a la realidad de los otros lugares y descubrió la geografía urbana de la educación en Huesca, París y Madrid. Con agudo entendimiento y brillantez narrativa, el prologuista presenta los grandes cuadros que marcaron la novela de formación y aprendizaje de Costa, empezando por el de los estudios. «Y hablamos así, en plural, sin distinguir disciplina ninguna, porque en Costa lo que importaba era el *studium* en sí, el viejo *afán* latino por aprender algo. La interminable tarea del conocimiento sería entendida por Costa como placer y como maldición, pero al cabo ahí es donde el autor de *La vida del derecho* se sentirá a gusto hasta el resto de sus días». Entre confidencias e incertidumbres, las restantes escenas de su vida se suceden una tras otra (oposiciones, enfermedad, amoríos y cortejos, trabajos, etc.) en las más de cuatrocientas páginas de unas *Memorias* que constituyen la mejor descripción del Costa más íntimo. Un auténtico valle de lágrimas que, a la espera de una próxima publicación del resto de los escritos autobiográficos, «ha de contrapesar y matizar la gravedad y solemnidad, ya casi atávicas, del Costa ciclópeo y monumental, meramente conmemorativo»[24].

Sin duda, una excelente noticia bibliográfica que nos permite concluir esta incitación a la relectura de la vida y las obras de Joaquín Costa con optimismo. Pero también, con un comentario final acerca de cómo las políticas institucionales de las conmemoraciones impulsan la creación de redes de intereses en las que se involucran una amplia gama de participantes (desde los advenedizos ansiosos por opinar hasta los rastreadores de documentos, los expurgadores de mentes y los académicos puntillosos, pasando por unos cuantos especialistas). En su conjunto, resulta imposible dejar de comprender las intermitencias del corazón y alternativas emocionales que rigen los empeños de quienes deciden conservar la *memoria* más evidente y obvia de los personajes celebrados. Y, sin embargo, como explicó hace años Christophe Charle, los integrantes del último grupo (el de los historiadores, filólogos, economistas o sociólogos), necesariamente, deben enfrentarse al problema derivado de la posición ambivalente de ser un *célebrateur* o un *chercheur*[25]. Al cabo, por oposición a los rasgos que caracterizan la investigación profesional (en teoría, regida por planes y ritmos temporales marcados por la producción científica de sus resultados), el tiempo oficial de la celebración siempre es efímero. Y es que, las leyes de las conmemoraciones y de las «medias» que la acom-

24 J.C. Ara Torralba: «La minuta de un proyecto vital», introducción a J. Costa: *Memorias*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza / Institución «Fernando el Católico» / Departamento de Eduación, Universidad, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón / Instituto de Estudios Altoaragoneses / Instituto de Estudios Turolenses, 2011, pp. IX-XLVII. Las citas entrecomilladas en pp. XXX y XLI.

25 Ch. Charle: «Être historien en France: une nouvelle profession?», en François Bédarida (dir.): *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, Paris, Maison des Sciences de l'Homme, 1995, p. 42.

pañan son tan inexorables como instantáneas resultan la presión de los circuitos de conferencias y las necesidades de consumo inmediato del mercado editorial. Por todo eso, a nadie debe extrañar la repetición de nombres e ideas en unos textos donde apenas existe la originalidad, salvo en los detalles.

Es evidente, con todo, que en el espacio del Centenario de 2011 la reiteración de los mejores argumentos ha servido para contrarrestar los efectos provocados por la acumulación de lugares comunes y la fragmentación en facetas, a veces difíciles de reunir, de una personalidad tan compleja como la de Joaquín Costa. Como se ha indicado, en los terrenos de la cultura y la celebración el mejor remedio para evitar el duelo perpetuo y los sentimientos melancólicos que invaden los actos de memoria se encuentra en la investigación precisa y la práctica rigurosa de la historia. A fin de cuentas, hace más de tres siglos que Baltasar Gracián, otro altoaragonés acogido por la posteridad, escribió en uno de sus libros más famosos: «Si toda arte, si toda ciencia que tiende a perficionar actos del entendimiento es noble, la que aspira a realzar el más remontado y sutil bien, merecerá el renombre de sol de la inteligencia, consorte del ingenio, progenitora del conceto, y agudeza»[26].

26 B. Gracián: *Agudeza y arte de ingenio*, edición y notas de Ceferino Peralta, Jorge M. Ayala y José M.ª Andreu, Zaragoza, Prensas Universitarias / Instituto de Estudios Altoaragoneses / Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, 2004, II, p. 647.

Índice

5 **Presentación**
Ignacio Peiró Martín

9 **MIRADAS CONTEMPORÁNEAS**

11 **Homenaje a Joaquín Costa**
Gabriel Jackson

19 **De 1868 a 1911, pasando por el 98: para una topografía costiana**
José-Carlos Mainer Baqué

27 **Costa en sus Memorias, o la inexorable voluntad de ser alguien**
Juan Carlos Ara Torralba

39 **Prometeo intelectual: facetas de una personalidad**
Eloy Fernández Clemente

49 **Iluminar la Antigüedad: Costa y su «audacia histórica»**
Guillermo Fatás Cabeza

63 **El sembrador de ideas. Realismo y utopía en el reformismo social de Joaquín Costa**
Cristóbal Gómez Benito

75 **Joaquín Costa, economista**
José María Serrano Sanz

87 **La escritura y la política**
Carlos Forcadell Álvarez

99 **Europeizar España: Ortega y Azaña encuentran a Costa**
Santos Juliá

111 **LOS TEXTOS DE LA EXPOSICIÓN**

113 **Joaquín Costa: el fabricante de ideas**
Ignacio Peiró Martín

131 **RAZONES DE LOS OTROS**

133 **Perfiles, memoria e historia de Joaquín Costa. Una selección**
Ignacio Peiró Martín

245 **EPÍLOGO**

247 **En este valle de lágrimas: los libros del Centenario de Joaquín Costa**
Ignacio Peiró Martín

C. S. I. C.

INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO

DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA

9 788499 111872